HENRY ROUSSO

LA ÚLTIMA CATÁSTROFE

La historia, el presente, lo contemporáneo

CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA

dibam

DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS Y MUSEOS

EDITORIAL UNIVERSITARIA

907.2
R867u Rousso, Henry, 1954-.
La última catástrofe. La historia, el presente, lo contemporáneo / Henry Rousso
– 1ª ed. – Santiago de Chile: Universitaria-Dirección de Bibliotecas, Achivos y Museos, 2018.
283 p., 17,2 x 24,5 cm.
Bibliografía: p. 253-283.

ISBN: 978-956-11-2582-7

1. Historiografía. 2. Historia moderna - Historiografía. 3. Filosofía de la historia. I.t.

©2012, EDICIONES GALLIMARD.
TÍTULO ORIGINAL
La dernière catastrophe.

© 2018, EDITORIAL UNIVERSITARIA
Inscripción N° 287.273, Santiago de Chile.

Derechos de edición reservados para todos los países excluyendo
España y los países de la Unión Europea por
© EDITORIAL UNIVERSITARIA, S.A.
Avda. Bernardo O'Higgins 1050, Santiago de Chile.

y para esta edición
©DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS
Avda. Bernardo O'Higgins 651, Santiago de Chile.

creative commons

Texto compuesto en tipografía *Berling 11/14*

Se terminó de imprimir
en los talleres de Salesianos Impresores S.A.,
General Gana 1486, Santiago de Chile, en febrero de 2018.

DIAGRAMACIÓN
Yenny Isla Rodríguez, Norma Díaz San Martín

DISEÑO DE PORTADA
Norma Díaz San Martín

REVISOR DE LA TRADUCCIÓN
Manuel Gárate C.

IMAGEN DE PORTADA
©mirzavisoko/Shutterstock.com
Memorial de la masacre de Srebrenica en Bosnia y Herzegovina.

PROYECTO FINANCIADO POR
FONDO NACIONAL DE FOMENTO DEL LIBRO Y LA LECTURA
FOLIO 205082, CONVOCATORIA 2016.

www.universitaria.cl

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

HENRY ROUSSO

LA ÚLTIMA CATÁSTROFE.
La historia, el presente, lo contemporáneo

TRADUCCIÓN
Denise Bard A.

CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA

EDITORIAL UNIVERSITARIA

dibam | DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

ÍNDICE

Presentación a la edición en español 9

Prefacio. Henry Rousso 13

INTRODUCCIÓN
"¡Ustedes no estaban ahí!" 15

CAPÍTULO I
La contemporaneidad en el pasado 29
¿Un antiguo problema? 29
Toda historia merecedora de este nombre es contemporánea 35
El tiempo presente antiguo 38
El eterno presente medieval 43
Historia Contemporánea e Historia Mediada 47
Nacimiento de la Historia Contemporánea Moderna 57
El rechazo paradójico de fines del siglo XIX 69

CAPÍTULO II
La guerra y el tiempo posterior 85
El horizonte de la catástrofe 85
Fin de la guerra y contemporaneidad 100
Inmediatamente después del nazismo 110
Movilización y desmovilización ideológica 124
El tiempo desincronizado 136

CAPÍTULO III
La contemporaneidad en el centro de la historicidad 141
La larga duración o la resistencia al presente 142
Aprehender la historia en movimiento 152
Una historia comprometida con su época 160
La reinvención del tiempo presente 165

CAPÍTULO IV
Nuestro tiempo 185

Tiempo presente y presentismo 185
Denominaciones más o menos controladas 195
¿Qué es ser contemporáneo? 199
Una definición a partir de criterios constantes 205
Un periodo móvil 206
Una duración significativa 207
Un periodo político de reserva 209
El ritmo secular 210
El actor y el testigo 213
Una historia inconclusa 219
Una definición a partir de criterios variables 221
1789 222
1917 223
1945 223
1940 226
1914 229
¿1989, 2001? 232

CONCLUSIONES
Frente a la tragedia 235

AGRADECIMIENTOS 253

BIBLIOGRAFÍA 255
Pensar la Historia 255
Pensar la Contemporaneidad 265
Testimonio, presencia y usos del pasado 280

PRESENTACIÓN A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Cuando leímos la versión en francés de la *Última Catástrofe*, su propuesta de análisis, la forma de explicar y analizar el pasado reciente, nos pareció que era de vital importancia poder tener la versión en español, por las posibilidades que entregaba para interpretar las realidades latinoamericanas actuales, y en especial los episodios de violencia política de los últimos 50 años.

Pensar la historia reciente de América Latina, es decir, aquella que explica nuestro tiempo a partir de las grandes transformaciones sociopolíticas y culturales surgidas de un álgido siglo XX, es un ejercicio que ha tomado fuerza desde fines de la década de los años 1990, con un especial énfasis en los temas de la violencia política y los regímenes autoritarios y dictaduras que se instalaron desde mediados de la década de los años 1960 en el contexto de la Guerra Fría. Hay que reconocer, sin embargo, que los historiadores no fuimos, ni de cerca, los primeros en estudiar esta problemática, la cual ha sido abordada principalmente desde el periodismo de investigación, la sociología o las ciencias políticas.

Nuestra formación universitaria aconsejaba "tomar cierta distancia" respecto de los acontecimientos recientes para que las subjetividades del investigador en relación con sus propias vivencias, como con sus posiciones políticas, no "contaminaran" el objeto de estudio. La propuesta de la Historia del Tiempo Presente pone en cuestión aquella perspectiva y fija su campo de estudio sobre aquellos pasados que una y otra vez vuelven al presente e incluso pueden influir en el futuro.

El libro de Henry Rousso permite establecer un fructífero diálogo entre las experiencias europea y latinoamericana, que si bien no son en ningún caso intercambiables ni temporal ni ideológicamente, sí pueden ser comparadas a partir del concepto central que plantea el autor: la noción de última catástrofe, entendida como aquel hito que marca un antes y un después en el acontecer de una sociedad, y al cual todo hace referencia. Y si bien no tenemos en el continente un gran o único "acontecimiento monstruo"[1], como fue la Segun-

[1] Utilizo la Noción de Pierre Nora de "acontecimiento monstruo", elaborada en un artículo aparecido en 1972, donde el autor pone el acento en la relación entre el acontecimiento y su conocimiento a través de los modernos medios de comunicación, los cuales actúan como caja de resonancia y le dan su carácter emocional e ineludible. Véase: Nora Pierre. "L'evénément Monstre", en *Communications*, 18, 1972, pp. 162-172.

da Guerra Mundial para Europa, sí podemos hablar de un periodo de alrededor de 40 a 50 años, donde nuestras sociedades (desde Cuba a la Patagonia) fueron sacudidas por la violencia política, las guerras civiles y las dictaduras militares, que marcaron profundamente el devenir de nuestras sociedades.

Y no se trata se subsumir todos los estudios sobre el pasado en un gran agujero negro de un presentismo que todo lo consume, sino de reconocer que no importando el periodo en el cual se trabaje, tanto la vida como el trabajo de los historiadores se vieron afectados e incluso se transformaron radícalmente producto de estos acontecimientos políticos (exilio, exoneración, autocensura). En tal sentido, el libro de Rousso reconoce el cercano vínculo que une la experiencia del historiador con su objeto de estudio cuando se estudia el pasado reciente, sin que aquello signifique caer en un subjetivismo que descanse casi exclusivamente en los testigos y sus testimonios.

Nuestros países, a lo largo de este periodo de casi medio siglo, han tenido cada uno sus propias grandes y "últimas catástrofes". Sin embargo todo se puede apreciar como un hilo conductor y un contexto histórico común donde destaca una endémica dependencia económica de recursos naturales, fallidas o incompletas reformas agrarias, una concentración del poder político y económico, movimientos guerrilleros, la revolución como proyecto real de la izquierda, las dictaduras militares con apoyo más o menos explícito de Estados Unidos y los complejos procesos de transición democrática, de la instalación del neoliberalismo de los años 1980 y 90, configurándose un periodo de gran agitación política y enormes transformaciones socioeconómicas y culturales que cubren prácticamente todo el continente americano.

Sin lugar a dudas los procesos de transición democrática, de estabilidad social y de reordenamiento político, se entienden en gran medida por el "acontecimiento monstruo" que representó el quiebre del sistema democrático en varios países latinoamericanos. No existe un "acontecimiento monstruo" único; cada país o región carga con su propia barbarie.

Los historiadores del Tiempo Presente debemos ser capaces de interrogar y entender el presente, no como la historia del último tiempo o la historia en curso, sino que entender los procesos en desarrollo, con conclusiones transitorias en tanto pueden surgir nuevos antecedentes, nuevas fuentes. Son procesos cuyos efectos aún están presentes, un periodo que no está definido *a priori* como tiempo delimitado, sino que tiene la movilidad que dan los procesos históricos en curso, es decir, tiene por definición un límite móvil.

Así mismo, lo que se entiende por régimen de historicidad, es decir, la manera que la sociedad tiene de relacionarse con el pasado y con el presente; la forma en cómo recupera el pasado y lee su presente, llevan a plantear, desde la historia del tiempo presente, que dicha relación pasado/presente

está definida por el último "acontecimiento monstruo", aquel que marcará el punto de inflexión en la relación pasado, presente, futuro.

Henry Rousso analiza con gran lucidez las transformaciones del concepto de historia contemporánea durante los últimos trescientos años, poniendo el acento en los cortes y también en las continuidades históricas. El periodo de entreguerras en Europa aparece como un momento de gran interés para entender el cambio en la relación de la disciplina histórica con el tiempo presente, rescatando incluso las tradiciones más antiguas de los primeros historiadores. Pero sin duda es la Segunda Guerra Mundial y su inmenso legado de muerte y destrucción lo que marca el punto de inflexión de una historia que debe explicar la catástrofe como parte de una demanda social, y enfrentando el lado más oscuro del ser humano, pero asumiendo que no tiene el monopolio disciplinar de este pasado cercano, como ocurría con los periodos más lejanos.

La historiografía que considera la última catástrofe como momento axial se construye sobre "territorios en disputa", el de la memoria de los sobrevivientes, de las ideologías, de los intereses políticos y económicos, de los patrimonialistas,como también de otras disciplinas del conocimiento que se sienten con igual o más derecho que la Historia para indagar sobre el pasado reciente, especialmente si este tiene un carácter traumático (por ejemplo la sociología y la psicología social).

En la Historia del Tiempo Presente, de acuerdo con el planteamiento de Rousso, resulta ineludible incorporar los estudios sobre las memorias. A ello se suma que el tiempo presente multiplica la disponibilidad de fuentes de todo tipo, como, así mismo restringe, de manera paradojal, aquellas que los poderes públicos consideran "sensibles" o que someten a embargo o censura por largos periodos. Ejemplo de aquello son los actuales debates políticos, jurídicos y éticos sobre las desclasificación de informes de verdad y justicia ¿Desde dónde se posiciona el historiador? ¿Puede ser partidario de la desclasificación para avanzar en el conocimiento histórico o proclive a respetar lo acordado con los testigos, muchos de ellos aún vivos? Esta realidad antecede cualquier operación historiográfica. Son disyuntivas complejas, muchas veces conflictivas, donde han quedado huellas psíquicas o físicas en grupos sociales o individuos y donde la opción asumida podría revelarse posteriormente equivocada.

Finalmente, este es un libro que invita a una reflexión profunda sobre nuestro oficio, sus definiciones y la forma que tenemos de trabajar sobre un presente que se transforma en pasado casi instantáneamente debido a la vorágine de cambios que vivimos en nuestro tiempo, y que no hacen más que acelerarse. Destacamos especialmente del autor su reflexión en torno a sus

experiencias recientes en América Latina (Colombia, Argentina y Chile), de las cuales rescata que nuestro interés por trabajar la historia del tiempo presente ha sido mucho más precoz que en Europa, donde debieron pasar al menos 30 años después de la catástrofe y una generación completa de historiadores, para que estos estudios lograran finalmente cierta legitimidad al interior de la disciplina.

Agradecemos especialmente a Henry Rousso por alentarnos en esta tarea, a la editorial Gallimard por autorizar la traducción, a Editorial Universitaria y al Centro de Investigaciones Diego Barros Arana por respaldar la posibilidad de contar con esta notable obra en español.

ISABEL TORRES DUJISIN
MANUEL GÁRATE CHATEAU

Prefacio
a la edición en español para el Cono Sur

Por una suerte de coincidencia, a inicios del mes de diciembre de 2017, al momento de regresar de una estadía en Argentina invitado por la Universidad Nacional de la Plata para recibir un doctorado *honoris causa*, descubrí en mi mensajería esta bella traducción al español de mi libro, publicado originalmente en francés el año 2012, y que tuvo su primera edición extranjera en Brasil en 2016. Resulta evidente que existe en América Latina un interés marcado por todo lo relacionado con la reflexión sobre los fundamentos y la práctica de la historia contemporánea, esta "historia del tiempo presente", que se ha desarrollado en diversas partes del mundo a partir de la década de 1970, y de la cual intento relatar aquí su genealogía en la larga duración.

Durante mis estadías en Argentina, Chile y Colombia pude notar, de manera recurrente, que tal interés era mayor en esta región en comparación a otros países, como por ejemplo, Estados Unidos, donde el libro también fue traducido en 2016, pero donde el atractivo por los temas historiográficos es menor. Al igual que en Europa, y especialmente en Alemania, España, Italia y Francia, también existe en América Latina una curiosidad marcada por el estudio de las prácticas y las teorías relacionadas con la forma de escribir la historia, y no sólo la historia erudita, académica, sino todas las formas de historia que se pueden desarrollar en el espacio público ampliado de nuestras sociedades modernas. Existe igualmente una misma pasión por la memoria ; ésta vía particular de acceso al pasado, que desde hace treinta años se ha transformado en un tema central de las ciencias sociales, al mismo tiempo que un valor primordial inscrito, desde ya, en la panoplia de los derechos humanos. Sin embargo, la cuestión de la memoria es indisociable de aquella de la historia del tiempo presente, pues ella concierne prioritariamente los acontecimientos traumáticos recientes que tratan sobre violencias de masa, violencias políticas, o incluso de acontecimientos o procesos lejanos en el tiempo que siguen actuando en el presente, como es el caso de la herencia colonial o la trata de esclavos. Por lo tanto, no es sorprendente que ambas interrogaciones hayan emergido al mismo tiempo, dándole a la escritura de la historia reciente una primacía en la comprensión de aquellos "pasados que no pasan".

La historia de la historia del tiempo presente, la historia de la noción misma de "contemporaneidad", que son el objeto de este libro, van más allá de una reflexión sobre el método histórico, y no conciernen únicamente a los

historiadores e historiadoras profesionales. Ellas ofrecen, de una manera más amplia, una posible entrada para analizar la evolución de los regímenes de historicidad actuales; para comprender el lugar que otorgamos al pasado, y por lo tanto al presente y al futuro. En el fondo, se trata de una reflexión sobre el peso de los traumatismos históricos y sobre la manera en que, durante les últimas décadas, fueron enfrentados y procesados por distintos colectivos humanos. Me alegro profundamente de que estas reflexiones puedan estar disponibles a los lectores de un continente donde la historia es aún materia incandescente.

Henry Rousso
Paris, 1 enero 2018

INTRODUCCION
"¡Ustedes no estaban ahí!"

La escena transcurre en 1989, en el Instituto de Historia del Tiempo Presente, IHTP [Institut d'histoire du temps présent], un equipo de trabajo perteneciente al CNRS francés. Ese día François Bédarida, el director, preside una reunión de preparación para un coloquio internacional acerca del "Régimen de Vichy y los franceses" previsto para el año siguiente. Surge un desacuerdo respecto del contenido entre él y dos jóvenes investigadores, Denis Peschanski y quien escribe. Renombrado historiador de 63 años, en ese momento, François Bédarida vivió la ocupación alemana mientras era estudiante, y formó parte de la Resistencia, bajo la esfera e influencia del periódico *Témoignage Chrétien*. Los otros dos protagonistas de la discusión, ambos de 35 años, emprendieron la aventura de participar en una institución creada unos diez años antes para estructurar y desarrollar una historiografía de lo contemporáneo. La discusión toma vuelo, la tensión crece. Repentinamente François Bédarida exclama con autoridad, y un poco molesto: "¡Ustedes no vivieron esa época, ustedes no pueden comprender!". Bruscamente el silencio se instala, todos vacilan entre la risa y el estupor.

Sin embargo el comentario no es en lo absoluto raro en un laboratorio donde diferentes generaciones están en contacto permanentemente. Los investigadores que, durante su adolescencia o edad adulta, vivieron el nazismo, la Segunda Guerra Mundial, la descolonización, el estalinismo o incluso las barricadas de la primavera de 1968 –episodios todos, entre otros, que eran entonces objeto de investigaciones por parte de este organismo– chocan a veces con los más jóvenes, cuya mirada rara vez coincide con su propia experiencia, aunque se la relea desde el prisma de su trabajo como historiadores.

No obstante, ese día la reacción del director me concierne directamente. Naturalmente la encuentro incongruente, casi absurda, puesto que el "no haber estado" es, en principio, lo propio del historiador. Sin embargo el comentario parece aún más extraño al resonar en un lugar que se dio por tarea trabajar en el tiempo cercano, defendiendo la idea de que no solo era posible sino necesario en un plano científico, político y ético. Pero la característica esencial del tiempo cercano es precisamente la presencia de actores que han vivido los acontecimientos estudiados por el historiador y son capaces eventualmente de dar testimonio de estos, de entablar un diálogo con los más jóvenes cuando se trata de episodios relativamente antiguos.

Si bien el historiador del tiempo presente no ha vivido todo lo que entra directamente en su campo de observación, por lo menos puede hablar con quienes sí estuvieron ahí. El historiador es testigo del testigo, a veces, incluso el primero y quizá también el último con quien este testigo habló antes de morir. La reacción de François Bédarida toma sentido entonces: entre los historiadores presentes es el único que vivió los acontecimientos objeto de la discusión, en consecuencia tiene indudablemente una aparente ventaja respecto de los demás, una ventaja que asume y les hace sentir.

Para un historiador, enfrentar esta exclamación "de no haber estado" significa aprender, a pesar de estar arraigados en el sentido común, dos prejuicios antinómicos. El primero sostiene que ninguna historia correcta es posible sin el debido distanciamiento, incluso que el historiador solo puede entrar en escena una vez que todos los actores estudiados han salido de ella. Según esta concepción del oficio, el historiador observa un pasado concluido, una historia terminada, solo interviene en el tiempo de los muertos, incluso para resucitarlos en el papel. Tiene esta ventaja absoluta de tener la última palabra, respecto de quienes lo precedieron, gracias a una lectura –que se preciará de ser objetiva, distante y fría– acerca de hechos que se convirtieron en "históricos" porque sus efectos habrían dejado de actuar en el presente. A fines de los años 1970 este prejuicio todavía era en parte válido, en especial en la enseñanza superior, donde elegir la vía de la historia contemporánea era arriesgarse a perder la oportunidad de tener una carrera exitosa, porque el historiador se encarnaba sobre todo en la figura del medievalista o del modernista. En ese momento el desarrollo o la creación, por doquier en Europa, de instituciones encargadas del pasado cercano, mostró la evolución de las formas de pensamiento en ese ámbito. El segundo prejuicio cree, en un movimiento prácticamente contrario, que la experiencia prevalece por sobre el conocimiento, que la narración histórica nunca podrá realmente reemplazar al testimonio; que la pretensión por la verdad de los profesionales del pasado deriva de una ilusión cientificista. Solo aquel que formó parte puede contribuir, el primero, a sostener de viva voz un discurso auténtico sobre el pasado cercano antes de cederle su lugar a quienes no tendrán sino las huellas, y precisamente los testimonios. François Bédarida conoce mejor que nadie el impacto de esta creencia porque está inmerso en un universo donde el testigo ex combatiente, ex miembro de la Resistencia, ex deportado, ocupa cada vez más lugar en los debates y las controversias sobre el pasado reciente. Para ser más exactos, se trata de la época en que los historiadores comienzan a dimensionar la presencia y la intervención de estos testigos en el espacio público, figuras morales y actores sociales cuya aparición se remonta al día siguiente de

la Primera Guerra Mundial. A veces, originando roces con los historiadores que, sin embargo, les son cercanos, y controversias entre los propios historiadores, entre quienes rechazan *a priori* todo valor de prueba al testimonio oral y quienes, por el contrario, sienten por el testigo, en especial si es una víctima, una fascinación casi crística, es decir, las dos posiciones extremas. François Bédarida está en primera fila para dimensionar la dificultad de esta confrontación entre conocimiento elaborado y recuerdos reconstruidos, a la vez que él mismo está, por su recorrido y su edad, escindido entre estos dos importantes polos de la representación del pasado. Ese día de 1989, en el espacio de un instante, olvidó su *habitus* profesional para dar rienda suelta a la manifestación de su subjetividad, sin por ello dejar de ser un historiador del presente. Mejor aún, si se puede decir así, parece decir implícitamente que el único verdadero historiador es aquel que fue testigo de los hechos estudiados, retomando la posición de Tucídides, con la diferencia que durante los acontecimientos –el periodo de la Ocupación– el joven François Bédarida no podía saber que algún día sería historiador de ese periodo. No obstante, en la producción de un relato informado acerca de un acontecimiento hay mucho más que la experiencia directa e ingenua de un momento histórico, incluso de uno excepcional. Una cosa es observar conscientemente su tiempo, planteándose como objetivo hacer una narración, como el historiador griego, y otra, movilizar largo tiempo después sus recuerdos de juventud como elementos de un relato histórico creíble.

Con este episodio, ese historiador un tanto inmaduro que era comenzó a comprender que la historia del tiempo presente que pretendíamos fundar derivaba de un enfoque completamente marcado por la tensión, a veces la oposición entre historia y memoria, entre el conocimiento y la experiencia, entre la distancia y la proximidad, entre la objetividad y la subjetividad, entre el investigador y el testigo, tantas discrepancias como se pueden manifestar en una persona. Al igual que en el caso de otras maneras de hacer la historia, esta parte de la disciplina debe considerar las temporalidades diferenciadas y una dialéctica particular entre el pasado y el presente. El tiempo en que se interesa pertenece sobre todo al ámbito de lo imaginario. En lo real se cruzan generaciones distintas, percepciones diferentes acerca de lo lejano y lo cercano, diversos enfoques de lo vivido y lo transmitido. En ese sentido el tiempo presente deriva de una ficción científica, así como existen ficciones literarias o jurídicas. La amnistía, por ejemplo, borra una pena dictada con una decisión formal que hace "como si" la condena no hubiese existido, sin por ello buscar al mismo tiempo borrar el recuerdo del crimen en sí, y menos obligar a la víctima a olvidarlo. En este caso la ficción permite actuar en el presente –perdonar o dejar vacías las

cárceles– sin ser por completo dependientes del peso de un pasado que, de todas maneras, continuará teniendo efectos. Por su parte, el historiador del presente hace "como si" pudiese aprehender el curso del tiempo que pasa, hacer pausa en la imagen para observar el paso entre presente y pasado, y ralentizar el alejamiento y el olvido que acechan a toda experiencia humana. La ficción consiste entonces en no considerar este tiempo presente como un simple momento imposible de aprehender, como el río Lete, sino en conferirle un espesor, una perspectiva, una duración, como lo hacen todos los historiadores abocados a una operación de periodización. De hecho, la dificultad no es insalvable porque, incluso para los contemporáneos de los hechos estudiados, este tiempo presente no se reduce a un instante fugaz: su conciencia, su inconsciente –que se supone ignora el tiempo–, y su memoria le confieren una duración que deriva más de una percepción que de una realidad tangible, pero que solo permite dar sentido a los acontecimientos por los que atravesó. Podemos identificar esta duración, esta temporalidad específica como una "contemporaneidad", calificativo que puede aplicarse a todo aquello que reconocemos como perteneciente a "nuestro tiempo", incluyendo la tradición, las huellas, el recuerdo de épocas finitas. De hecho, la contemporaneidad no es propia de los periodos recientes. Sin embargo la percepción del tiempo pudo evolucionar de manera considerable, a pesar de que desde la aparición de las primeras formas de cultura las sociedades vivieron en un presente marcado por el peso del pasado –a veces por el fardo del pasado–, y abierto a los posibles, incluso a las incertidumbres del futuro. Cuando un historiador observa a un actor de la historia, de ese pasado concluido, siempre debe tener presente que sea cual sea el "haber estado", quien vivió y actúo en un tiempo presente que ya no existe pero que se trata de reconstituir, exige, al igual que nosotros, una tradición epistemológica que va desde Raymond Aron a Paul Ricoeur, pasando por Reinhart Koselleck. La particularidad de la historia del tiempo presente es que se interesa en un presente que es aún el suyo, en un contexto donde el pasado no está terminado ni concluido, donde el tema de su relato es un "aún aquí". Lo que evidentemente planteará ciertos escollos.

La ambición de la historia del tiempo presente ha sido entenderlos y superarlos. Este movimiento se desarrolló, según el lugar, entre los años 1950 y 1970, reinventando una tradición que se remonta a los orígenes griegos de la historiografía. Este libro tiene como objeto investigar la evolución, aprehender los motivos, explicar los paradigmas y los prejuicios de esta parte de la disciplina histórica que pasó, en algunas décadas, de estar al margen a estar en el centro de esta. ¿En verdad la historia del tiempo presente ha existido siempre? ¿Tiene sus propias singularidades o no es sino

un aspecto de la historiografía general sin rasgos distintivos en particular? ¿Qué cambios aparecieron durante el último tercio del siglo XX al punto de hacernos considerar que la disciplina se había transformado en su totalidad? Estas son algunas de las preguntas que deseo plantear al explicar que si la noción de historia del tiempo presente se enraizó en el panorama historiográfico internacional, fue porque tiene una historia y características propias aptas para responder a estas interrogantes, coyunturales y universales al mismo tiempo. Aun cuando esta forma de historia alcanzó su legitimidad, sigue suscitando reservas y críticas respecto de su factibilidad, como en el siglo XIX, pero más respecto de las elecciones epistemológicas operadas por una parte de este movimiento en las dos últimas décadas. En este trabajo retomo latamente este tema: el término "historia del tiempo presente" no se confunde con el de "historia contemporánea" y cada tradición nacional detenta su propia manera de calificar el pasado cercano. Esta diversidad refleja a veces antiguas tradiciones, a veces recientes, y elecciones epistemológicas, distintos objetos históricos y diferentes posiciones en el espacio público. Asimismo, la noción de contemporaneidad reenvía a una polisemia, la cual constituye una dificultad para el historiador, por cuanto busca comprender la de los tiempos concluidos y la suya. Esta noción no reenvía exclusivamente a una temporalidad, no significa solamente una proximidad en el tiempo, y por lo tanto una curiosidad por su propio tiempo, sino que lo hace también a otras formas de proximidad en el espacio y en el imaginario. La presencia del pasado más lejano puede ser a veces más influyente que acontecimientos cercanos, y podemos tener muy pocos puntos en común con sus semejantes temporales y, al contrario, una gran cercanía con sus ancestros de tiempos pasados, incluso de otro lugar, aunque su redescubrimiento o el lugar que se les dé en el presente sean muy menores. Esta constatación, a pesar de ser banal, da lugar a innombrables preguntas que son el objeto de este trabajo que se sitúa en un lugar epistemológico relativamente bien identificado, tanto en el plano intelectual como en el institucional: el de una historia que se enfrentó a lo trágico del siglo pasado, y de este siglo en ciernes. Este movimiento, o más bien esta práctica de la historia, intentó esbozar empíricamente una forma de hacer, una manera de pensar la historia cuando esta alcanza, incluso sobrepasa, el límite de lo comprensible y de lo aceptable. Se encuentra en todos los lugares donde el pasado reciente dejó sus marcas a fuego, en los cuerpos, en las mentes, en los territorios, en los objetos.

En un artículo del año 2006 el historiador Antoine Prost proclamaba que "la historia del tiempo presente es una historia como las demás", denunciando "un pseudo concepto" forjado única y exclusivamente por razones

circunstanciales[2]. El tono sorprendentemente rencoroso de este pequeño texto de siete páginas sostenía que, puesto que este movimiento había efectivamente ganado la batalla de la legitimidad, debía, a partir de ese momento, abandonar el estandarte que le había dado la victoria. Sin embargo no se había propuesto ninguna bandera, como si esta parte de la disciplina hubiese debido ser despojada de su nombre y su identidad, por parte de un imperialismo epistemológico o quizá de un resentimiento que no decían su nombre. No obstante, precisamente, esta práctica historiográfica tiene algunas singularidades que no pueden ser borradas así como así. De las cuatro grandes secuencias de la historiografía occidental: la Antigüedad, la Edad Media, los Tiempos Modernos y la Época Contemporánea, solo la última detenta una periodización constantemente incierta y discutida. Según el lugar y las tradiciones nacionales, lo "contemporáneo" podrá comenzar en efecto en 1789, en 1917, en 1945 o incluso en 1989. En lo que dice relación con su fecha de término, esta es móvil por definición, otra diferencia banal pero importante. De estas cuatro periodizaciones, solamente la historia contemporánea es objeto de recurrentes desacuerdos no acerca de la interpretación de las secuencias temporales en sí –existen debates sobre el fin de la Antigüedad o el fin de la Edad Media, como también existen sobre el comienzo de la historia contemporánea–, sino acerca de su factibilidad, su significado, su nombre, precisamente como en el artículo mencionado con anterioridad. Además, "¿Qué es ser contemporáneo?" proviene de una interrogante que apareció en el siglo XIX, que supera la sola reflexión del historiador. Atraviesa tanto la filosofía como la antropología o la historia del arte y la musicología que utilizan a su manera el adjetivo. Se trata de un tema epistemológico acerca del cual los historiadores deben tomar posición, lo que intentó hacer aquí, interrogándome tanto respecto de la larga evolución de una práctica que pretende hacer la historia de su propio tiempo como de la coyuntura específica del siglo XX, que terminó por darle cierta configuración particular, y por último de los criterios constantes o variables que permiten identificar las singularidades relativas de esta manera de pensar la historia en la disciplina en su conjunto.

Más bien que creer en los clichés que insisten en que "toda historia es contemporánea" o en que esta práctica se remonta a los orígenes de la disciplina, intenté comprender primero qué podía significar concretamente, en la larga duración, el término "contemporáneo" y las nociones "historia contemporánea"

[2] Prost Antoine. "L'histoire du temps présent: une histoire comme les autres", en el dossier "Bilan et perspectives de l'histoire immédiate", *Cahiers d'histoire immédiate*, n° 30-31, otoño 2006-primavera 2007, pp. 21-28.

o "historia del tiempo presente", partiendo de mi propia experiencia –el estudio de la historia y de la memoria de los grandes conflictos recientes– para retroceder en el tiempo de manera regresiva. Enseguida, me concentré en el siglo XX que presencia progresivamente el surgimiento de una historia del tiempo presente institucionalizada, con sus propios métodos, sus paradigmas, sus debates, sus detractores en medio de una profesión histórica a su vez profundamente renovada. No pretendo proponer en esta parte una historia docta de la contemporaneidad, sino más bien situar en el espacio de tiempo más largo posible la hipótesis generalmente admitida del ascenso de la historia contemporánea, a partir de los años 1970. Me detengo en el último tercio del siglo XX, un momento donde la actualidad es objeto de debate en cuanto a su carácter inaugural o de cambio de "régimen de historicidad", término que desde hace algunos años goza de bastante popularidad en la historiografía francesa pero aún poco discutido en otras partes. Nació con la filosofía de la historia, en el contexto del debate sobre el historismo, el término historicidad en alemán (*Geschichtlichkeit*) que en su acepción más simple designa el carácter propiamente temporal, por lo tanto evolutivo, variable, limitado, mortal del hombre o de las sociedades y que infiere que el conocimiento que pueden producir acerca de sí mismos también tiene un límite, un fin, particularmente en oposición con la metafísica tradicional. El término cambió de sentido gracias al impulso de la antropología, que le confiere las acepciones de "la riqueza en acontecimientos" (Claude Lévi-Strauss) de una determinada sociedad y de un medio de diferenciación entre estas, particularmente por la famosa distinción entre "sociedades calientes y frías" o entre "culturas que se mueven y culturas que no se mueven". Se suma también la idea fundamental que la historicidad es una conciencia o una percepción de sí, una imagen subjetiva que el hombre o las sociedades tienen de su propia dimensión temporal. En los años 1980, bajo la pluma de historiadores como François Hartog, o de antropólogos como Gérard Lenclud, a su vez influenciados por Marshall Sahlins, el tema del "régimen de historicidad" sirvió de puente entre las dos disciplinas para así poner fin a una década de querellas entre lo histórico y lo estructural. Con el uso, y en el contexto de los años 1980-2000, cuando tuvo lugar un intenso debate acerca del respectivo lugar del pasado, el presente y el futuro en las sociedades actuales, la noción adquirió un sentido más amplio:

> La expresión régimen de historicidad, en consecuencia, haría referencia, en primer lugar, por lo menos de manera lógica, al tipo de relación que toda sociedad mantiene con su pasado, a la manera cómo lo trata antes de (y para) utilizarlo al constituir esta suerte de constructo que llamamos historia. La manera cómo una sociedad trata a su pasado y de su pasado. Por

> orden ascendente de activismo en el tratamiento: la manera en que una sociedad dispone los marcos culturales que establecen los puntos de vista por medio de los cuales su pasado lo afecta (más allá de lo que implica para toda sociedad el hecho de tener un pasado), la manera cómo ese pasado está presente en su presente (más de lo necesario), la manera en que lo cultiva o lo entierra, lo reconstruye, lo constituye, lo moviliza, etc. Es así como habría toda una escala de actitudes relacionadas con la variabilidad cultural: acá, el pasado es *magistra vitae*; allá, un lastre insoportable; en otras partes, un recurso inagotable, un bien escaso... El régimen de historicidad definiría una forma culturalmente delimitada, por ende convencional, de relación con el pasado. La historiografía sería una de esas formas y, en cuanto género, un elemento sintomático de un supra régimen de historicidad[3].

Más allá de su interés teórico, esta noción ha permitido estimular las investigaciones sobre la historia y la sociología de la memoria, sobre las representaciones y los usos del pasado, sobre la historia de la historia al postular que no solo las sociedades son históricas sino que también su manera de pensarse en el tiempo y en el espacio tiene una historia, una variabilidad. De ahí que se recurra al término "régimen" que permite contemplar varios tipos de vínculos con el tiempo, los cuales pueden sucederse o coexistir en un mismo lugar o en un mismo momento. Trabajar en los regímenes de historicidad no es tan solo interesarse por la historiografía –la evolución de la producción de los historiadores–, sino postular que la manera de considerar el tiempo, en este caso el tiempo presente, constituye un elemento esencial de comprensión de una determinada sociedad, en determinado momento. Es así como François Hartog desarrolló recientemente la hipótesis de que desde 1989 vivimos en un régimen de historicidad "presentista" que habría sido el sucesor de un régimen de historicidad "futurista", iniciado en 1789. La dominación del "futuro" como horizonte cultural –el Progreso, la Revolución, el Crecimiento–, incluyendo las peores degradaciones como los milenarismos totalitarios, fue suplantada por la dominación del "presente": sin futuro y sin pasado, [el presente] genera diariamente el pasado y el futuro que necesita día tras día, y valora lo inmediato"[4]. Comparto en gran medida esta observación, no obstante,

[3] Hartog François y Lenclud Gérard. "Régimes d'historicité", en Dutu Alexandru y Dodille Norbert (dir.). *L'état des lieux en sciences sociales*, Institut français de Bucarest, Paris, L'Harmattan, 1993, p. 18-38, cita p. 26.

[4] Hartog François. *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, Paris, Éditions du Seuil, 2003 (trad. cast.: *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, México, Universidad. Iberoamericana, 2007).

con algunas diferencias y divergencias que explicaré más adelante. Estas tienen que ver con el vínculo entre el presentismo y el surgimiento de una nueva historia del tiempo presente que considero más como una reacción que como un síntoma. Y conciernen al momento de transición de un régimen de historicidad a otro, puesto que, a mi parecer, la evolución respecto al tiempo en el mundo occidental, y particularmente el tema de la contemporaneidad, comenzaron antes de la caída del Muro de Berlín, en los años 1970, y derivan entonces de otro orden de factores explicativos más que el fin de la Guerra Fría y del sistema soviético. Por último, si el presente constituye, sin duda alguna, una categoría dominante e incluso invasiva, sí influye en especial en la manera en que consideramos los recuerdos del pasado cercano, no deja de ser cierto que estos recuerdos, esta memoria, se presentan esencialmente bajo un régimen, bastante tradicional, de un lastre, de un miedo al pasado, aun cuando las soluciones para enfrentarlos deriven, en efecto, en una forma de presentismo.

En este sentido, me resultó asombroso constatar, después de otros, hasta qué punto el fenómeno de la guerra es el que mide el tiempo occidental desde la Revolución Francesa. La mayoría de los hitos utilizados por los actores o los historiadores para delimitar la época contemporánea pertenecen al registro del fin de una guerra, a veces del inicio de una: fin de la Primera Guerra Mundial, fin de la Segunda Guerra Mundial, fin de la Guerra Fría, fechas a las que podemos agregar las dos grandes revoluciones de 1789 y 1917: la primera trajo consigo una larga secuencia de guerras en Europa y la segunda resultó en gran medida parte de la Gran Guerra. Observando con más profundidad, la mayoría de las posguerras o revoluciones provocaron un fuerte aumento del interés por la historia contemporánea, cuando no la creación pura y simplemente de un nuevo régimen de historicidad, como después 1789. De esta manera, el interés por el pasado cercano parece inevitablemente vinculado a un momento de violencia paroxística y más aún la poscatástrofe, al tiempo que viene después del acontecimiento devastador, tiempo necesario para la comprensión, la toma de conciencia, la toma de distancia, pero también tiempo marcado por el traumatismo y por las fuertes tensiones entre la necesidad de recordar y el aliciente por olvidar. Esta es la hipótesis que desarrollo en este trabajo, apoyándome en la definición lapidaria y sorprendente que sostiene que toda historia contemporánea comienza con "la última catástrofe a la fecha", en todo caso, la última que parece más elocuentemente significativa de no ser la cronológicamente más cercana.

¿Cuándo comienza entonces el respectivo presente de una época? Comienza con el último acontecimiento constitutivo, aquel que determina su existencia. Para una pareja feliz su presente se origina en el día de su casamiento.

Partiendo de este ejemplo, podríamos decir que cada presente de una determinada época comienza con la última catástrofe a esa fecha. Por cierto, este término escondería lo esencial. Para casi todos pueblos –para remitirnos en más a la historia de los pueblos– la última catástrofe ha sido la misma, la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, no es el hecho de vivir catástrofes en sí, por muy violentas que resulten, lo único que marca el origen del presente; el presente no comienza por doquier en 1945, sino que es con la catástrofe que se inicia el presente de la estructura histórica de quienes la viven[5].

En este texto, de factura más bien ardua, la definición de la historia del tiempo presente –*Zeitgeschichte* en alemán– oscila entre humorada y afirmación docta. Su autor, Hermann Heimpel, pertenece al *establishment* universitario de la Alemania de posguerra y fue director del Max-Planck-Institut für Geschichte [Instituto Max Planck de Historia, MPIG], a fines de los años 1950. Sus escritos y su trayectoria ilustran la ambivalencia de la historiografía alemana contemporánea, sin duda el modelo paradigmático de una parte de los problemas que intento plantear en este libro. Habiendo dado prueba de su lealtad al régimen nazi y nombrado en la Universidad del Reich, en Estrasburgo, después de la derrota francesa, también resultó ser uno de los primeros, tras el término de la guerra, en enfrentar el asunto de la culpabilidad alemana. Hermann Heimpel habría incluso ayudado a forjar, a partir de los años 1950, el ambivalente concepto de *Vergangenheitsbewältigung*, la necesidad de "controlar el pasado" nazi, que ocupará un lugar central en la historia de la República Federal Alemana, tema que abordo en el Capítulo III[6]. En este sentido, el término "catástrofe" tiene una larga historia en el contexto del posnazismo. Se lo utilizó a fines de los años 1940 para diluir las responsabilidades propiamente alemanas en un uso eufemístico, que aludía tanto a las víctimas de los nazis como a los sufrimientos del pueblo alemán en general. En los años 1980 se generalizó en su versión en hebreo –*Shoah*– después de la película con el mismo nombre realizada por Claude Lanzmann, esta vez para designar la unicidad y la singularidad del exterminio de los judíos, sin que llegase a reemplazar el término *Holocaust*, utilizado en el mundo anglófono. Luego la palabra "catástrofe" se extendió por mimetismo o por reacción para designar la tragedia original y fundadora de la identidad

5 Heimpel Hermann. *Der Mensch in seiner Gegenwart. Acht historische Essais*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1957, p. 12 [1ª ed.: 1954]. Una conferencia de Ulrich Raulff fue lo que llamó por primera vez mi atención sobre este texto: *De l'origine à l'actualité. Marc Bloch, l'histoire et le problème du temps présent*, Sigmaringen, Jan Thorbecke Verlag, 1997, 48 p., cita p. 19.

6 Berg Nicolas. *Der Holocaust und die westdeutschen Historiker. Erforschung und Erinnerung*, Göttingen, Wallstein Verlag, 2003.

de ciertos pueblos, como el de la Nakba palestina, que hace referencia a las expulsiones masivas de 1948.

Por lo tanto, el término "catástrofe" debe ser entendido en su sentido etimológico, al mismo tiempo como un "cambio", un "final" en la acepción griega, que tienen a menudo consecuencias insuperables, pero también como una "resolución", un "desenlace" en el sentido literario y dramático del término, en su acepción latina. Al insistir en la catástrofe como origen provisorio de un tiempo presente, del cual acepta su carácter fugaz, esta concepción historiográfica –cuyas premisas se remontan a 1917-1918–, se inscribe en una visión discontinua de la historia en ruptura con la lógica de la modernidad revolucionaria que más bien descansó en la idea de una continuidad, de una linealidad, de una consumación, particularmente hacia el Progreso, después de haber surgido de una importante ruptura en el curso de la historia, al menos de la occidental:

> Cada vez que se produce un acontecimiento lo bastante eminente para explicar su propio pasado acontece la historia. Solamente, entonces, el desordenado laberinto de las eventualidades pasadas se presenta en forma de un relato que puede ser contado porque tiene un principio y un final. Lo que tal acontecimiento revela es un comienzo que pertenece al pasado, que había permanecido oculto; el acontecimiento ilustrativo solo puede aparecer frente a los ojos del historiador como el término de este principio que acaba de sacar a la luz. Solamente cuando sobrevenga en la historia a futuro, un nuevo acontecimiento, tendrá lugar este "final" que se revelará como un comienzo ante los ojos de los futuros historiadores[7].

Por cierto, la noción presenta algunas dificultades puesto que es raro que una "catástrofe" histórica, humana, sea percibida como tal de manera unánime y universal. Podemos observar que aquellas del siglo XX que nos sirven como punto de referencia derivan de una situación relativamente inédita: con el tiempo, vencedores y vencidos de las dos grandes guerras mundiales terminaron considerando que ambas fueron, para todas las partes involucradas, calamidades sin precedente en la historia de la humanidad, aun cuando la responsabilidad compartida, cada tanto, sigue provocando debates. Esta observación coincide con la de Jean-Pierre Dupuy, cuya defensa de un "catastrofismo ilustrado" resuena en las ideas desarrolladas aquí, puesto que la

[7] Arendt Hannah. "Compréhension et politique", en *La Nature du totalitarisme*, traducción del inglés y prefacio de Michelle-Irène Brudny-de Launay, París, Payot, 1990, p. 55.

necesidad de pensar de manera lúcida en el presente las catástrofes futuras puede hacer eco en la necesidad de pensar también lúcidamente, y también en el presente, las catástrofes históricas del pasado reciente, las cuales sirven de punto de partida:

> En el último siglo la humanidad se volvió capaz de autodestruirse, ya sea directamente por medio de la guerra nuclear, ya sea indirectamente por la alteración de las condiciones necesarias para sobrevivir. El alcanzar este umbral y dar este paso había sido preparado hace mucho tiempo; sin embargo lo que hasta entonces no era más que un peligro potencial, se volvió tangible y crítico[8].

Existe, por lo tanto, cierta convergencia en torno a considerar que las catástrofes del siglo XX, en particular la Segunda Guerra Mundial, inauguraron una nueva contemporaneidad, no marcada por el optimismo, como lo creyeron quienes hicieron del año 1945, en los años 1960, el punto de partida de un nuevo mundo lleno de promesas –Europa, crecimiento, paz–, sino por el pesimismo, un espíritu del tiempo que privilegia por sobre el plano de la memoria colectiva los momentos que más muertes provocaron en el pasado cercano, aquellos que resultan más difíciles de "dejar atrás". El proyecto de una nueva historia del tiempo presente no ha sido acompañar esta visión obsesiva, traumática del pasado, sino ayudar a comprenderla, a ponerla en perspectiva, a pesar de lo dúctil que es la pregnancia en la memoria. Esta historiografía debió ofrecer claves de lectura para ello, a veces incompletas e inciertas. Debió confrontar las grandes fases de anamnesis del pasado nazi o de la historia de la descolonización, al mismo tiempo que buscaba sus propias bases epistemológicas, una de sus principales características y, sin duda también, su mayor fragilidad. Además, hacer retroceder el tiempo presente a la última catástrofe a la fecha da cuenta tanto de una definición estructural (siempre ciertas catástrofes han servido para medir el tiempo histórico), como de una situación coyuntural: nuestro régimen de historicidad se define, en gran parte, por la dificultad de superar el recuerdo de las recientes grandes catástrofes, y por ende de restablecer una cierta continuidad histórica de una más larga duración. Este es el último punto abordado en este trabajo, que intenta comprender la parte respectiva de los criterios constantes que permiten definir una "contemporaneidad", por ejemplo la presencia de actores vivos

[8] Dupuy Jean-Pierre. *Pour un catastrophisme éclairé. Quand l'impossible est certain*, Paris, Éditions du Seuil, 2002, p. 9.

susceptibles de prestar testimonio a viva voz, y la de los criterios variables, particularmente de las diferentes periodizaciones de un autor, de una cultura, de un país a otro, a menudo dependientes de prejuicios ideológicos o intelectuales.

La idea principal de este trabajo tenía, en un comienzo, algo de provocador manifiesto. Con el tiempo se transformó en una interrogante más abierta. No es ni un tratado de epistemología ni un ensayo normativo acerca de la forma correcta de escribir la historia. Este libro pretende simplemente proponer una reflexión en torno a una cierta manera de pensar la historia del tiempo presente, el cual fue posible porque proviene de una práctica de investigación en terreno y de un hábito de estudio de los periodos más sensibles que generaron una cierta mirada de mi disciplina. En cualquier caso, no pretende representar todas las posibles formas de escritura de una historia contemporánea. Al analizarla, el trabajo se inscribe en una coyuntura particular de las sociedades actuales respecto de la relación que mantienen con el pasado, apoyándome en la historiografía francesa, alemana o de los países anglosajones. No obstante, por falta de tiempo, de lugar o de competencia, no pude incluir elementos provenientes de ciertos países de América Latina, cuya situación entra en parte en la perspectiva aquí desarrollada. En estos lugares la historia contemporánea ha tomado un papel incomparablemente mayor que antes en la esfera universitaria y el espacio público. En la actualidad atrae a un gran porcentaje de los estudiantes de historia, de la enseñanza, de los recursos asignados a la disciplina en su conjunto en muchos países, una situación impensable hace treinta años, cuando el tiempo presente derivaba casi exclusivamente, o en el mejor de los casos, en otras ciencias sociales, y, en el peor, en el periodismo ilustrado. La historia reciente además ha concitado la creciente atención de escritores, de cineastas, de documentalistas, de artistas de todas las disciplinas. Se le dedican innumerables blogs, sitios, foros, algunos más disparatados, otros más informados. Esta evolución da cuenta del surgimiento de nuevas preguntas y de una expectativa de inteligibilidad respecto del pasado reciente.

Al mismo tiempo, el lugar de la historia en general cambió de naturaleza. Las nociones de memoria o de patrimonio han invadido los espacios público y científico. El testimonio se revistió de imperativo social y moral. La justicia temporal se transformó en un tribunal de la historia para juzgar antiguos crímenes políticos que datan de medio siglo. Los Estados han invertido muchos recursos y energías en poner en práctica "políticas públicas del pasado" nacionales o internacionales. En el sentido común, en el vocabulario, el pasado se convirtió en un problema que se debe solucionar. En la actualidad se suele decir que las sociedades, los grupos o los individuos lo deben "confrontar", "confrontarse a él", como en las expresiones inglesas: *coping with the past*, o

incluso que se debe "superarlo", "controlarlo", *coming to terms with* o *mastering the past*, idea que encontramos en la expresión alemana *Vergangenheitsbewältigung*. Extraña metáfora cuando pensamos que literalmente significa que ponemos el pasado en un lugar que en principio no es el suyo, a saber, frente a nosotros, o bien que estamos permanentemente dando la espalda al futuro para enfrentarlo, ilustrando concretamente la visión profética de Walter Benjamin, al observar el Angelus Novus de Paul Klee. Las sociedades contemporáneas parecen así mantener con la historia, y en particular con la historia reciente, una relación profundamente marcada por la conflictividad: conflictos íntimos o colectivos originados en traumatismos infranqueables, guerras de memoria, polémicas públicas y controversias científicas, a menudo combinadas. La historia ya no se presenta a primera vista en forma de tradiciones que deben ser respetadas, de herencias que deben ser transmitidas, de conocimientos por elaborar o de muertes por conmemorar, sino más bien como problemas que deben ser "administrados", un constante "trabajo" de duelo o de memoria por emprender, dado que se arraigó la idea de que el pasado debe ser arrancado del limbo del olvido, y que solo los dispositivos públicos o privados permitirán exhumarlo. El pasado se convirtió de esta manera en una materia sobre la que podemos, incluso debemos, actuar constantemente con el fin de adaptarla a las necesidades del presente. En más: se trata de un campo de acción pública. La exigencia de verdad propia del proceso histórico se transformó en una exigencia social de reconocimiento, en políticas de reparación, en discursos de excusas y de "arrepentimiento" hacia las víctimas de las recientes grandes catástrofes. Es en este contexto que se desarrolló una nueva historia del tiempo presente, conminada en cuanto se instituyó a responder a los desafíos de la anamnesis del pasado cercano presentado en su versión más mortífera, a las necesidades de la reparación –gran consumidora de experticia–, a las exigencias de un discurso omnipresente acerca de la memoria, término que perdió poco a poco en claridad a medida que el fenómeno cobraba importancia. A veces a regañadientes, a veces envueltos en la exaltación de la acción –tan alejada de su formación en calidad de observadores distantes–, estos historiadores del tiempo presente se transformaron en actores de una historia que se está haciendo.

CAPÍTULO I
La contemporaneidad en el pasado

¿Un viejo problema?

El hecho que en los últimos 30 años la historia contemporánea, con todas sus escuelas y corrientes, haya conocido un desarrollo imprevisto en los años 1970, no es una novedad que carezca de antecedentes. "¡La historia del tiempo presente es una vieja historia!" escribe Antoine Prost en el artículo antes citado[9] . Esta sentencia obedece a una de las manías más recurrentes del oficio de historiador: reducir toda innovación a un "déjà-vu" y enfrentarla a una lista inagotable de antecedentes que recalcan su pretensión de ver algo nuevo donde no habría sino repetición. Sin embargo esta afirmación expresa también una cierta realidad que no solo no ha sido jamás contradicha, sino, al contrario, a menudo invocada para relegar las bases de la nueva historia del tiempo presente a una larga tradición. De hecho, para los historiadores escribir la historia de su tiempo constituye, al menos a primera vista, una práctica tan antigua como su aparición en calidad de letrados o sabios. Se ha tratado de una característica fundamental de su arte o disciplina, cualquiera haya sido su estatus a través de las diferentes épocas. Y con esta evidencia sobre la mesa, en efecto, no cabría razón alguna para preguntarse sobre las particularidades de esta historia, y, por el contrario, muchas para encasillarla. No obstante, existe una gran diferencia entre la aparente evidencia y la observación más detallada. Aun cuando Tucídides y Eric Hobsbawm escribieron ambos acerca de sus épocas, lo hicieron con algunas diferencias, puesto que, pese a todo, los contextos de la Grecia Antigua y la Europa post 1945 eran distintos. De la misma manera, durante casi tres milenios, el lugar de la historia contemporánea en los estudios académicos, así como en su relación con el poder o la sociedad no permaneció inmutable al punto de ser la mera constatación de una permanente presencia, es decir, una invariabilidad. La evidencia es clara. Aun cuando desde siempre los historiadores se han interesado por la historia de su tiempo, no la han abordado ni de la misma manera ni con los mismos métodos ni con las mismas finalidades. De hecho, hasta la fecha, no existe ningún estudio científico detallado acerca de la manera cómo la historia

[9] Prost Antoine. "L'histoire du temps présent: une histoire comme les autres", art. cit. p. 21.

del pasado reciente ha sido intelectual y socialmente concebida y recibida a través del tiempo. Si bien desde hace mucho la historia de la percepción y de la medida del tiempo concita la atención, no se encuentran o son escasos los estudios sistemáticos sobre la historia específica de la contemporaneidad, problema raramente abordado como tal en los estudios historiográficos. En su *Doce lecciones sobre la historia* (Douze leçons sur l'histoire), publicado en 1996, una de las referencias en lengua francesa sobre epistemología de la historia, Alain Prost no menciona el concepto, aun cuando el surgimiento de la historia del tiempo presente constituye un fenómeno importante en la historiografía europea de la época y suscita numerosos debates y controversias, sobre todo después de la caída del Muro de Berlín[10]. Por consiguiente, resulta estéril afirmar que la práctica de una historia del tiempo presente habría eternamente existido sin esbozar ni siquiera fragmentos de una historia de la noción. Por cierto, la tarea implica un desafío respecto de la erudición necesaria, incluso si nos limitamos al universo occidental[11]. Son demasiadas las diferencias en cuanto a las concepciones y las percepciones del tiempo a largo plazo para que la noción de contemporaneidad pueda compararse a través de las épocas. No obstante, esta digresión es indispensable para entender ciertos debates recientes, o por lo menos para situarlos en un periodo extenso. Con el tiempo se responderá así de manera parcial a los reproches dirigidos a veces a los historiadores del tiempo presente por no tenerlo en cuenta y por situarse casi exclusivamente en el corto plazo del acontecimiento[12]. Un reproche que a veces puede desembocar en acusaciones curiosas: si se cree en

[10] Prost Antoine, *Douze leçons sur l'histoire*, Paris, Éditions du Seuil, 1996 (trad. Cast.: *Doce lecciones sobre la historia*, Madrid, Cátedra, 2001).

[11] Sin embargo, hay elementos para la reflexión en Noiriel Gérard, *Qu'est-ce que l'histoire contemporaine?*, París, Hachette, 1998, que aborda el tema en los siglos XIX y XX, y en François Hartog, *Régimes d'historicité*, *op. cit.* Con Christian Delacroix, François Dosse y Patrick Garcia, exploramos este tema con ocasión de un seminario multidisciplinario celebrado en 2002 en el l'Institut d'histoire du temps présent: "L'histoire du temps présent à l'épreuve du passé", con especialistas en historia antigua (François Hartog), medievalistas (Michel Sot, Patrick Boucheron), modernistas (Jacques Guilhaumou, Nicolas Leroux, Jean-Louis Fournel, Jean-Claude Zancarini), contemporaneístas (Robert Frank, Olivier Dumoulin).

[12] Este reproche esta explicitado en el artículo de Antoine Prost ya citado. Y lo está aún más en la obra de Gérard Noiriel *Les Origines républicaines de Vichy*, París, Hachette, 1999, particularmente en la introducción ("Pour une autre histoire du temps présent"), texto polémico pero argumentado, que ofrece una visión crítica de la historia del tiempo presente tal como se desarrollaba por entonces y a la que respondí en ese momento: "L'histoire du temps présent, vingt ans aprés", en el dossier "L'histoire du temps présent, hier et aujourd'hui", *Bulletin de l'IHTP* n° 75, junio de 2000, pp. 23-40. Señalaré, por mi parte, con un dejo de polémica, que ni Antoine Prost ni Gérard Noiriel han desarrollado nunca un análisis de "larga duración" en sus propios trabajos, que en lo medular tratan de fines del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX, una prueba de que esta objeción deriva básicamente de una pose.

un informe encargado por el Ministerio de la Cultura en 2008 para esbozar el abortado proyecto de la "Maison de l'histoire de France" ("Casa de la historia de Francia"), que deseaba el Presidente de la República Nicolas Sarkozy. Se dice que la sola existencia de la historia del tiempo presente habría frenado el desarrollo de las investigaciones de larga duración y constituiría incluso una de las causas de la dificultad de los franceses para "asumir su historia en toda su globalidad".

> Las investigaciones y los debates sobre "el tiempo presente" ocultaron algunas veces el análisis de los hechos de larga duración y engendraron debates epistemológicos y metodológicos, la transposición de los métodos propios de la "historia de lo muy contemporáneo", sobre todo en materia de historia política y social, al conjunto de los periodos históricos, tendió a volver caducos los antiguos marcos de referencia, a saber, la epistemología de las fuentes; la geografía histórica, etc.[13].

La herencia negativa de Pétain habría ocultado entonces el legado positivo de Juana de Arco, y la historia del tiempo presente habría provocado la pérdida del gusto por la cronología. En cuanto a los debates epistemológicos, estos constituirían por sí mismos una amenaza para la historia nacional. Este discurso solo ameritaría una atención muy menor, si el mencionado informe no hubiese servido para uno de los proyectos culturales más polémicos del poder político en Francia en estos últimos años y si no constituyese un ejemplo de estas críticas recurrentes respecto de la historia del tiempo presente, que difícilmente encuentran argumentos serios.

El adjetivo "contemporáneo", del latín *contemporaneus* –de *cum* y *tempus*, "que da cuenta de un mismo tiempo compartido"– aparece alrededor de 1475, si creemos en el *Trésor de la langue française* (*Tesoro de la Lengua Francesa*). El término "historia contemporánea" parece más tardío, al menos en su acepción moderna: se encuentran rastros de esta en *Les Pensées* (Los *Pensamientos)* de Pascal, un punto estudiado más adelante. No obstante, el término se generaliza mucho más tarde, en el siglo XIX, tras el choque cultural y cognitivo de la Revolución Francesa: la novela de Balzac, *L'envers de l'histoire contemporaine* (*El reverso de la historia contemporánea*), de 1848 y posteriormente en 1875 Hipólito Taine publica en *Origines de la France con-*

[13] Lemoine Hervé, *La maison de l'histoire*. Pour la création d'un Centre de recherche et de collections permanentes dédié à l'histoire civile et militaire de la France. Rapport d'étape, Paris, Ministère de la Culture, 2008, p. 9.

temporaine (Orígenes de la Francia contemporánea). Es en esta época cuando surge su acepción actual, a saber: el estudio de un tiempo, que es también el del observador, y el de una secuencia distintiva, que completa progresivamente la tripartición historiográfica occidental de la historia antigua, medieval y moderna que se articulan en torno de dos grandes rupturas: la caída del Imperio Romano de Occidente y el Renacimiento. La respectiva datación de estos dos "hechos" sigue evolucionando según las diferentes escuelas y autores; por su parte, la delimitación en sí misma tomó la dimensión de una periodización canónica[14]. Recordemos que esta surge a mediados del siglo XV, entre los humanistas italianos que deseaban establecer una clara distancia entre su época y un pasado calificado de "medioevo", término que aparece en 1469 de la pluma de Giovanni Andrea dei Bussi, un bibliotecario pontificio, y que se popularizó en los estudios historiográficos a fines del siglo XVII, especialmente en los escritos del alemán Christoph Keller, conocido como Cellarius[15]. Por lo tanto, es una antigua tradición que se ha perpetuado hasta nuestros días, después de haber sido completada con la adición de un cuarto periodo – "contemporáneo"– en el siglo XIX, también formulado para poner distancia respecto de una "modernidad" que había envejecido y cambiado de naturaleza después del brote revolucionario de 1789. Sin embargo dicha perpetuación no estuvo exenta de críticas constantes. Por ejemplo, Reinhart Koselleck ve en este corte la ilusión de un tiempo lineal, a la vez que un tiempo homogéneo que impide ver la "contemporaneidad de lo no-contemporáneo en la historia", mientras que "cada uno de nosotros puede constatar que aún hoy existen contemporáneos que viven en la edad de piedra"[16]. Jack Goody denuncia esta división y la imposición de esta lectura global de la historia por parte de la civilización europea al resto del mundo, particularmente durante el periodo de la expansión colonial[17]. De ahí la otra ilusión de que distintas civilizaciones que viven en un mismo lapso de tiempo deben conocer inevitablemente al final, la misma evolución hacia el progreso, la democracia, el mercado, siempre y cuando superen su "retraso", entre otros, gracias al mundo occidental, que supuestamente debiera abrirles el camino. Algunas veces dicha ilusión ha tenido consecuencias mortíferas, incluyendo lo sucedido re-

[14] Leduc Jean. *Les Historiens et le temps. Conceptions, problématiques, écritures*, Paris, Éditions du Seuil, 1999, p. 92 sq.

[15] Guenée Bernard. *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval*, Paris, Aubier-Montaigne, 1980, pp. 9-10.

[16] Citado por Jean Leduc, *Les Historiens et le temps*, *op. cit.*, p. 101.

[17] Goody Jack. *Le Vol de l'histoire. Comment l'Europe a imposé le récit de son passé au reste du monde*, trad. fr. Fabienne Durand-Bogaert, Paris, Gallimard, col. NRF Essais, 2010 [1ª ed.: Cambridge University Press, 2007] (trad. cast.: *El robo de la historia*, Madrid, Akal, 2011).

cientemente en Irak o en Afganistán. La noción de régimen de historicidad tuvo precisamente como efecto la deconstrucción de la idea que existiría una adecuación entre el tiempo biológico, el tiempo social y el tiempo cultural, la que de paso contribuiría a hacer notar un poco más las ambivalencias y las ambigüedades de la palabra "contemporáneo". Un mismo tiempo no significa un mismo espacio, una misma "época" no abarca un mismo universo cultural; y en una misma época conviven estructuras, ideas, prácticas que evolucionaron de diferente manera respecto de un pasado que, en sí mismo, está obligado a ser analizado en una evolución diferenciada.

A pesar de esto, la periodización tradicional se ha mantenido dentro de la disciplina histórica. Además del hábito profesional, sin duda existe una necesidad más general que se manifiesta aquí, como lo escribe Michel de Certeau:

> La historiografía separa en primer lugar su propio presente de su pasado. Sin embargo, repite siempre el gesto de dividir. Es así como su cronología se compone de "periodos"(por ejemplo, Edad Media, Historia Moderna, Historia Contemporánea), entre los que se establece cada vez la decisión de ser otro o de ya no ser más lo que se ha sido hasta ese momento (el Renacimiento, la Revolución). Cada "nuevo" tiempo, a su vez, ha dado lugar a un discurso que considera "muerto" aquello que lo precede, sin embargo lo hace recibiendo un "pasado" ya marcado por anteriores rupturas[18].

Sin duda, somos contemporáneos de individuos o grupos que aún viven en "la edad de piedra", pero el solo hecho de identificarlos como tales, y, por lo tanto, de segregarlos a *otro* tiempo por sus diferencias ilustra esa necesidad de distinción entre el hoy y el ayer, característica de la historicidad moderna. Si hacer la historia de su tiempo se inscribe entonces en una práctica aparentemente muy antigua, la singularización y luego la conceptualización de una historia explícitamente contemporánea, sin hablar de la noción misma de contemporaneidad, se desarrollaron sobre todo en los siglos XIX y XX.

Reconstruir la historia de estas nociones, incluso a grandes rasgos, en un periodo largo, puede parecer pretencioso, pero me parece necesario para comprender el surgimiento de una nueva historia del tiempo presente a fines de los años 1970. De hecho, en esa época se planteó la interrogante de

[18] Certeau Michel de. *L'Écriture de l'histoire*, París, Gallimard, col. Bibliothèque des Histoires, 1975; col. Folio Histoire, p. 16 (trad. cast.: *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1999). El subrayado es del autor.

si se debía inventar por completo una nueva práctica, una nueva manera de hacer la historia, esto en un contexto donde la disciplina en su totalidad daba muestras de gran efervescencia intelectual, o si se trataba más bien de retomar una tradición que había sido abandonada. Algunos buscaban una legitimidad en una tradición tan antigua como la historia en sí misma, mientras otros insistían más bien en su carácter innovador, pero tanto los unos como los otros reclamaban un lugar en una profesión que la ubicara en una cierta marginalidad institucional, a saber, incluso bajo una relativa sospecha. En una misma obra colectiva, publicada en 1978 y dedicada a la "nueva historia" –una fórmula editorial que nombra la profusión de una historiografía, en ese entonces en plena mutación, pero que sin embargo sigue considerándose heredera de los *Annales*– Jean Lacouture y Pierre Nora, quienes, cada uno a su manera, bregan por la construcción de una historiografía de lo contemporáneo, toman actitudes distintas al respecto[19]. En un artículo sobre la "historia inmediata", otro término nuevo para designar la historia contemporánea y el nombre de una colección de *Éditions du Seuil*, de la cual retomo el capítulo IV, Jean Lacouture cita tanto a Tucídides como a Julio César, a Ibn Khaldoun como a Charles de Gaulle, a los cronistas Joinville, Froissart y Commynes como a Michelet o Lissagaray, autores que comparten la producción de obras "abiertamente enraizadas en el presente, un presente del que no solo fueron testigos sino protagonistas"[20]. No obstante, él defiende la idea que esta forma de historia constituye una novedad, recordando que generalmente la historia –y no solo la contemporánea– entendida como "una ciencia del pasado que únicamente encuentra su razón de ser, su nobleza, su justificación en el despliegue laborioso de sus recursos aparte de los cerros de archivos", constituye en sí misma "un dogma de reciente data", que apareció hacia fines del Segundo Imperio. Pierre Nora, en su artículo dedicado al "Presente"–una elección original en el contexto historiográfico de aquella época– no se interesa en absoluto en la historia contemporánea tal como pudo existir antes del siglo XIX: "¿Existió una 'historia contemporánea' en el pasado? Sin ningún asomo de duda, San Agustín, los humanistas del Renacimiento y Voltaire intuyeron una nueva era, pero sin relacionarla con la conciencia de una mirada en particular, como sucede con nosotros"[21]. Nora recuerda que, en efecto, a partir de 1870, esta práctica fue excluida parcialmente del campo de la

[19] Le Goff Jacques; Chartier Roger, y Revel Jacques (dir.). *La Nouvelle Histoire*, Paris, Retz, 1978 (trad. cast.: *La nueva historia*, Bilbao, Mensajero, 1988).

[20] Lacouture Jean. "L'histoire immédiate", *ibídem*, pp. 270-293, cita p. 274.

[21] Nora Pierre. "Présent", en Jacques Le Goff, Roger Chartier et Jacques Revel (dir.), *La Nouvelle Histoire*, *óp. cit.*, pp. 467-472, cita p. 467.

historia, disciplina que en ese entonces estaba por derecho propio camino a convertirse en científica, momento que paradójicamente él considera como fundador para situar mejor su propio enfoque, un siglo después. Se trata de un debate que retoma interés en los años 1970-1980, pues esta exclusión se convierte entonces en la referencia negativa, por excelencia, de la nueva Historia del Tiempo Presente, la cual se justifica principalmente al rechazar los argumentos sobre los que se apoyó tal rechazo. Pierre Nora retoma incluso una hipótesis que revisaré en detalle más adelante: en el preciso momento en que la noción de contemporaneidad comienza a enraizarse en el universo mental del siglo XIX, la disciplina histórica en vías de profesionalización decide separar la historia contemporánea del resto de la historia, confiriéndole, de hecho, una singularidad al verse reforzada por la naturaleza misma de esta exclusión.

A mi parecer, con el retroceso y la experiencia de una historia del tiempo presente instalada desde ese momento en el paisaje historiográfico, el tema merece ser abordado de otra manera: ¿Por qué a fines de los años 1970 el desarrollo de la historia contemporánea constituyó un factor de innovación en una disciplina en sí misma en pleno auge y en plena reestructuración, mientras que un siglo antes, en un contexto más o menos comparable en cuanto a innovación, la historia contemporánea fue, por el contrario, percibida como un freno, al punto de ser relegada a una suerte de purgatorio? ¿Por qué algo que parece innovador a fines del siglo XX provoca desconfianza a fines del siglo XIX? ¿Cómo conciliar en la evolución de esta práctica los elementos estructurales que tienen que ver con la posición de los historiadores que trabajan sobre "su tiempo" y los elementos de coyunturales que tratan contextos diferentes y cambiantes?

"Toda historia merecedora de este nombre es contemporánea"

Conocemos la famosa fórmula del historiador y filósofo italiano Benedetto Croce, que prácticamente se transformó en cliché. El presente es la fuente de todo escrito sobre la historia, se trate del pasado reciente o lejano:

> Si la historia contemporánea emerge directamente de la vida, sucede lo mismo respecto de la que nombramos no contemporánea; esta también emerge de la vida puesto que, a todas luces, tan solo una preocupación acerca de la vida presente puede llevarnos a investigar un hecho del pasado. De ahí que este hecho, junto con un interés por la vida presente, ya no responda a una curiosidad por el pasado, sino más bien a una por el

> presente. Las fórmulas empíricas de los historiadores lo han sostenido de mil y una maneras, y esta observación explica no solo el éxito, sino también el contenido profundo de ese lugar común tan repetido: la historia es *magistra vitae*[22].

Benedetto Croce destaca que la historia contemporánea no es la única que considera uno de los rasgos propios de todo proceso histórico, a saber: el rol ejemplar de la historia y el hecho que el conocimiento del pasado debe guiar las acciones en el presente, una característica identificada hace cerca de dos mil años por Cicerón: "la historia es testigo de los tiempos, la luz de la verdad, memoria viviente que nos enseña a vivir [*magistra vitae*], intérprete de los tiempos antiguos"[23]. Esta concepción de la historia como "maestra de vida" creó, en la tradición, un vínculo inseparable entre el pasado y el presente, vínculo que tiene a su vez una historia. La fórmula permite entonces destacar hasta dónde la historia, como proceso de conocimiento y comprensión del mundo, no es una actividad injustificada, desinteresada y situada fuera de la época de quien la escribe, sino que da ventaja al historiador en relación con su objeto. Benedetto Croce establece de hecho una diferencia entre lo que denomina la "crónica" y la historia:

> No se deben considerar la crónica y la historia como formas de historia que se escriben aleatoriamente, o que estarían subordinadas una a la otra. Se trata de dos actitudes espirituales diferentes. La historia es una historia viva y la crónica una historia muerta. Una es la historia contemporánea, y la otra la historia pasada. La historia es principalmente un acto de voluntad. Toda historia se convierte en crónica cuando ya no se la piensa, sino solo se la rememora con palabras abstractas, en discursos que habían sido alguna vez concretos y expresivos y ya no lo son más[24].

Por consiguiente, escribir la historia es un acto intelectual que trasciende la simple relación de hechos y se interesa por lo general, no como la crónica que se aboca a lo particular. Benedetto Croce defiende así una concepción idealista de la historia. Una en la cual la historia, gracias a huellas/trazos vivientes, por

22 Croce Benedetto. *Théorie et histoire de l'historiographie*, traducción francesa de Alain Dufour, París, Dalloz, 1968, p. 13 sq. [1ª ed. en lengua alemana: Tubinga, 1915] (trad. cast.: *Teoría e historia de la historiografía*, Buenos Aires, Escuela, 1955).

23 Cicerón. *De l'Orateur*, livre II, § IX, en *Œuvres complètes de Cicéron: Dialogues de l'orateur*, trad. M. Andrieux París, C. L. F. Panckoucke, 1830, p. 258.

24 Croce Benedetto. *Théorie et histoire de l'historiographie*, *op. cit.*, p. 17- 18. Las palabras destacadas corresponden al autor.

definición, presentes, "precede" a la crónica e incluso le entrega una aparente consistencia: "lo exterior y ajeno al intelecto no existe"[25]. Robin G. Collingwood comenta que este libro es "la síntesis perfecta entre el sujeto y el objeto, en la medida que el historiador se piensa a sí mismo en la historia, convirtiendo en contemporáneos a ambos"[26]. De la lectura de este famoso pasaje de Benedetto Croce podemos concluir, entonces, que la historia en general– y no tan solo la historia contemporánea en *stricto sensu*– es triplemente contemporánea puesto que se funda en huellas posibles de observar y analizar, que se revelan ante el historiador en su estado presente en cuanto entidades pasadas, cuya integridad original es, por definición, inaccesible, incluso desde la concepción positivista que postula que dicha realidad existió antes que el historiador la observara. Se trata de un acto de pensamiento que se despliega en el presente gracias al trabajo de un narrador perspicaz que relata el pasado. Por último, la historia permite revivir el pasado en el presente, *re-presentarlo*, como dirá Paul Ricoeur más adelante, e incluso darle vida por corto tiempo, dado que la historia no existe sino en relación con el pensamiento que la produce y después le da forma, si adscribimos a la posición bastante radical de Benedetto Croce.

Las tesis de Benedetto Croce, aunque modernas y alimentadas por el desarrollo reciente de la historia como disciplina científica que defiende la primacía del acto historiográfico, basándose en la ilusión de que podemos asir "objetivamente" la historia "tal cual ha sido", dogma del historicismo del siglo XIX, retoman a pesar de todo una definición ancestral de la historia en el mundo occidental, expresada de manera más o menos constante desde historiadores de la Antigüedad hasta los de la época moderna, que no separa el pasado del presente. Sin embargo, no podemos olvidar que la relación entre los dos no tenía el mismo significado antes y después de la ruptura de 1789. Antes, toda historia era considerada contemporánea, no porque los "historiadores del tiempo presente" y los "historiadores del tiempo pasado" partían, a pesar de algunas diferencias, de las mismas premisas o de un mismo punto de vista, sino porque la historia en sí misma no se concebía fuera del presente, porque la historia de un pasado ya terminado distinto, incluso separado del tiempo presente, realmente no tenía sentido. Antes del impacto de la revolución francesa hacer la historia de su tiempo no constituye una práctica especial respecto de la escritura de la historia reciente. De hecho, de cierta manera es lo contrario, puesto que prácticamente no existe otra historia que

[25] *Ibidem.*

[26] Collingwood Robin G. *Essays in the Philosophy of History*, edición y presentación de William Debbins, Nueva York, McGraw-Hill, 1966, p. 7. (trad. cast.: *Ensayos sobre la filosofía de la historia*, Barcelona, Barral Editores, 1970). El primer ensayo está consagrado al libro de Croce y fue publicado en 1921.

no sea contemporánea, en la primera acepción del término. Una escritura cuyo propósito, estructura, finalidades y objetos están esencialmente orientados por y hacia el presente. Si bien las concepciones de tiempo cambian profundamente entre el periodo antiguo y el moderno, la distinción entre un pasado próximo y un pasado lejano, entre el periodo contemporáneo y lo que lo antecede, es un corte propio de la Revolución. Esta crea, por ejemplo, la noción de Antiguo Régimen para designar un pasado terminado de repente pero aún cercano e inscrito en una larga tradición que se intenta precisamente derrocar. Interrogantes que en la actualidad parecen más bien inscribirse en la práctica de la historia contemporánea propiamente tal, como por ejemplo el rol del testigo o el peso de la memoria viva, fueron planteadas desde el comienzo respecto de la historia en general. Mientras que simplemente el tema de la "contemporaneidad" no se abordaba, o en todo caso no en los términos en que lo hacemos hoy, "la historia occidental moderna comienza con la diferencia entre el presente y el pasado", escribe Michel de Certeau, para quien, *como sabemos, la operación historiográfica consiste en una separación, en un* corte, una diferenciación[27]. Al emanciparse progresivamente de la tradición religiosa la historia se convierte en una práctica científica orientada hacia la comprensión de la alteridad, aquella de los hombres y mujeres del pasado, aquella del cambio en sí mismo, aquella de la pérdida. Su misión persigue "calmar a los muertos que aún atormentan al presente y ofrecerles sagrada sepultura escrita"[28]. En el transcurso del siglo XIX la historia se transforma en el cumplimiento de una deuda respecto de los muertos, una ceremonia fúnebre que los separa de los vivos. Michel de Certeau sitúa este corte con Michelet. Sin embargo, ¿qué sucedía antes? Si no concebía que una parte del pasado podía estar terminada, ¿cómo pudo el historiador pensar un tiempo presente, una secuencia "contemporánea"? ¿Qué significado podía tener incluso el término "contemporáneo", en un tiempo histórico que no estaba dividido así?

El tiempo presente antiguo

Si concordamos con François Hartog, quien sostiene que los primeros grandes relatos históricos nacieron durante el periodo griego y romano, es claro que la historia del "presente" es la única posible y no la del "pasado", siempre recordando que en la actualidad los términos no tienen la misma acepción.

[27] Certeau Michel de. *L'Écriture de l'histoire, óp. cit.*, pp. 14-15. Destacado por el autor.
[28] *Ibídem.*

Al contrario de los *aedos* y los relatos épicos, el historiador Heródoto solo considera como campo de estudio "aquello que proviene del quehacer de los hombres", y en sus *Historias* "distingue el tiempo de los dioses y el de los hombres, que es el suyo propio". En esta nueva concepción del relato, "el tiempo de los dioses o el de los héroes, escribe François Hartog, son pasados que por cierto tuvieron lugar, pero que escapan del saber del historiador, que observa desde su presente". Y agrega: de partida atrapado en el tiempo y lidiando con él, el historiador lo divide entre pasado y presente, pero lo hace a partir de su propio presente, a partir de ese nombre propio que lanza al comenzar y que le permite empezar a diferenciar entre el "ahora" o "en mi época" y el "antes" o "en el pasado"[29]. Por lo tanto, la subjetividad, incluida la temporal, condiciona desde un comienzo la escritura histórica: es el mismo Heródoto de Halicarnaso que se sitúa en la escena, desde la primera frase de sus *Historias*. La narración es resultado de la observación directa de lo que vio: la autopsia (etimológicamente "con sus propios ojos"). Esta última busca el uso de palabras para la posterioridad y distingue dos temporalidades puesto que la historia relatada no solo es contemporánea al hablar del tiempo del historiador, sino que se funde, volviendo inaccesible la observación de otro tiempo que no sea el tiempo presente o el tiempo de los hombres. Esta mirada unidireccional es aún más clara en Tucídides:

> Mientras que los *muthoi* de los poetas no tienen edad y los *logoi* de los lológrafos [*los encargados de llevar al escrito las narraciones de la tradición oral*] mezclan edades, la voluntad por la verdad implica situarse en el presente: solo en el presente existe la "verdadera" historia. Así, el (futuro) historiador de la Guerra del Peloponeso comenzó a trabajar al mismo tiempo que las hostilidades comenzaban. De las dos fuentes del conocimiento histórico, la vista (*opsis*) y el oído (*akoe*), solo el primero puede conducir (siempre que se haga buen uso de él) a un conocimiento claro y específico (*saphos eidenai*): no tan solo a lo visto por mí, a lo que otros dicen haber visto, sino que a condición de que estas visiones (la mía y la de los otros) resistan una crítica profunda[30].

[29] Hartog François. *Évidence de l'histoire. Ce que voient les historiens*, París, Gallimard, col. Folio Histoire, 2005, p. 68 Histoire (trad. cast.: *Evidencia de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 2011). Cf. igualmente, del mismo autor, *Le Miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*, París, Gallimard, coll. Folio Histoire, 2001(trad. cast.: *El Espejo de Heródoto. Ensayo sobre la representación del otro*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003), y el texto de Heródoto publicado por la misma editorial en la colección Folio classique, *L'Enquête*, 2 vol., edición de Andrée Barguet, 1964 y 1985 (versión cast.: *Los nueve libros de la Historia*, trad. Bartolomé Pou, Madrid, Edaf, 1989/2004).

[30] Hartog François. *Évidence de l'histoire, óp. cit.*, p. 77.

Tucídides, a pesar de sus diferencias con Heródoto, expresa entonces una posición tan similar que se lo pudo considerar un "historiador del presente", que "se pone manos a la obra", según sus propias palabras, "desde la aparición de los primeros síntomas" de la guerra entre Esparta y Atenas, inventando así la ficción de una "historia en directo"[31]. Para acercarse todo lo posible a la *akribeia* –la verdad o más bien la conformidad con los hechos relatados–, Tucídides también se concentra "en su tiempo". Desde la primera página de *La Guerra del Peloponeso*, escribe:

> Respecto de los acontecimientos que marcaron el periodo anterior a esta guerra, y aún antes, los siglos de los cuales, por razón del tiempo transcurrido, yo no podía tener un conocimiento preciso, considero que fueron, tanto desde el punto de vista militar como de cualquier otro, de muy poca importancia. Fundamento esta seguridad en las pruebas que he recopilado a lo largo de una investigación que se remonta hasta los tiempos más antiguos[32].

Sin embargo François Hartog señala, lo que podría parecer una suerte de contradicción original, en esta obra fundamental, al recordar que Tucídides "consigue a la vez la presentación "más clara" del pasado de Grecia y la demostración más evidente de que "la historia verdadera" en tiempo pasado resulta imposible"[33]. Muestra cómo el viejo general ateniense logró, en su búsqueda de la verdad, aquella que da todo su sentido al término "historia verdadera", servir de referencia a los fundadores de la historia positivista del siglo XIX, quienes a su vez buscaban un método para aprehender la historia "tal como fue". Sin embargo, mientras que la historia positivista plantea que la verdad, para revelarse, requiere el silencio de los archivos y que, por lo tanto, la historia se escribe en tiempo pasado, Tucídides pretendía demostrar que "la verdadera historia" solo se podía hacer en el presente"[34]. Sin llegar a hacer de los historiadores griegos los inventores de la "contemporaneidad", algo que no tendría mucho sentido, ni reducir estos textos a la relación entre pasado y presente, las relaciones así establecidas entre una investigación sobre el mundo tal cual es, realizada por un individuo particular, escribiendo acerca de su propio tiempo, movilizando

31 Tucídides. *La Guerre du Péloponnèse*, prefacio de Pierre Vidal-Naquet, edición y traducción de Denis Roussel, París, Gallimard, col. Folio classique, 2000 [1ª ed: 1964] (versión cast.: *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Madrid, Gredos, 1990-1992). Cf. Catherine Darbo-Peschanski, "La politique de l'histoire: Thucydide historien du présent", *Annales ESC*, n° 3, mayo-junio 1989, pp. 653-675.

32 *Ibidem*, Libro 1 (1), pp. 35-36.

33 Hartog François. *Évidence de l'histoire*, *óp. cit.*, p. 96.

34 *Ibidem*, p. 100.

su mirada y su experiencia directa de los hechos, e inscribiendo su propósito en una búsqueda de la verdad enraizada en el presente y con su mirada en el futuro, aún resuena fuertemente entre los historiadores del tiempo presente. De la misma manera resuena el vínculo primario entre la historia y la política, entre la observación y la acción, entre quien "hace la historia" y quien "escribe la historia", retomando la distinción de Michel de Certeau. Para Tucídides, "las dos actividades se alimentan de la misma materia, el presente, y se asignan el mismo propósito, la utilidad para el futuro". La historia se escribe por el bien de la Ciudad y no existe diferencia nítida entre lo que fue, lo que es, y lo que deberá ser: el pasado es un repertorio de experiencia para comprender el presente y descifrar el futuro[35]. "Es probable que el público considere desprovisto de encanto este relato en lo absoluto novelesco. Sin embargo me consideraré satisfecho si lo juzgan útil quienes querrán ver con claridad tanto los acontecimientos del pasado como aquellos parecidos o similares, que la naturaleza humana nos reserva en el futuro. Lo que encontrarán aquí no es un extracto de un texto fatuo escrito para el auditorio de un momento preciso, sino un capital imperecedero"[36]. La contemporaneidad también significa entonces para el historiador la posibilidad de actuar en su tiempo presente, ya sea como un protagonista de los acontecimientos que describe o como un autor cuyo relato presenta una utilidad política.

La importancia de la experiencia personal y esa ligazón orgánica entre historia y política, entre pasado y presente, se encuentran dos siglos después en Polibio, luego en la tradición romana de la historia ejemplar, *magistra vitae* (p. 40).

> Platón sostiene que las sociedades humanas solo serán saludables cuando los filósofos sean reyes o los reyes sean filósofos. Y yo estaría tentado de decir que la historia solo será saludable cuando los hombres de Estado comiencen a escribirla, no como en la actualidad, considerándola un quehacer accesorio, sino cuando piensen que se trata de la más hermosa y necesaria de las tareas y..., en el transcurso de sus vidas le dediquen el tiempo deseado, o cuando los hombres que se entregan a esta tarea sueñen con que la formación adquirida en la acción política resulta indispensable para tal fin. Mientras no suceda lo anterior los historiadores continuarán perdiéndose por ignorancia[37].

35 Darbo-Peschanski Catherine. "La politique de l'histoire: Thucydide historien du présent", *óp. cit.*, p. 658.

36 Tucídides. *La Guerre du Péloponnèse*, *óp. cit.*, 1, 22, p. 48.

37 Polibio. *Histoire*, XII, 27.2 à 27.5, edición publicada bajo la dirección de François Hartog, texto traducido, presentado y anotado por Denis Roussel, París, Gallimard, col. Quarto, 2003, p. 837 (versión

Denis Roussel, el traductor de esta edición, no puede dejar de señalar que "de una manera general, las memorias publicadas por los hombres de Estado y los generales, de César a Winston Churchill, no confirman la opinión de Polibio"[38]. Sin duda es verdad que la experiencia por sí sola, aunque en el centro de la acción, no constituye en sí misma una garantía de una historia de calidad. De hecho, está muy lejos de serlo. No obstante, la idea que la experiencia directa del historiador, que constituye por definición un elemento de contemporaneidad en sus textos, pueda jugar un rol decisivo en la comprensión de la historia nos recuerda las opiniones de Lucien Febvre o Marc Bloch. A pesar de la imposibilidad de comparar a César y Churchill, los textos de Polibio, como los de Tucídides, leídos con cierto anacronismo, pueden resonar en el historiador del tiempo presente de hoy. Este se encuentra de hecho confrontado permanentemente a la legitimidad del actor transformado en historiador, una figura ciertamente ancestral, pero que puede emplear los mismos métodos científicos, frecuentar los archivos, empaparse de la historiografía, y por tanto puede desplegar frente al investigador profesional no tan solo una capacidad a veces igual de generar conocimiento, sino también una experiencia irremplazable que le permite escribir una historia contemporánea creíble y "verdadera" a la vez.

En su origen, la historia se constituye como una mirada y como una acción respecto de los seres vivos, y no como un estudio, un recuerdo o una deuda respecto de los muertos. En estricto sentido, la contemporaneidad no está directamente identificada puesto que es inherente al quehacer mismo de los historiadores y, por consiguiente, no tiene razón alguna para constituir una categoría particular. A pesar de todo, la práctica de una historia de su tiempo también genera no pocas reservas respecto de la historia en sí, una historia –podemos destacarlo de pasada– donde la guerra, la violencia, el ruido y la furia/ira son omnipresentes. Narrar la historia (cercana) tiene riesgos y efectos, como lo señala el poeta Horacio, en su oda al célebre Asirio Polión, contemporáneo e historiador de la lucha fratricida entre César y Pompeyo:

> Las revueltas civiles que estallaron durante el consulado de Metelo, las causas de la guerra, sus horrores y vicisitudes, los caprichos de la Fortuna, las amistades funestas de los caudillos y las armas teñidas de sangre,

cast.: *Historias*, trad. y notas de M. Balasch Recort, Madrid, Editorial Gredos, 1983-1990). Véase igualmente Hartog François, *Évidence de l'histoire*, *op. cit.*, pp. 120-121.

38 *Ibidem*, nota 122.

> aún no expiada, estos hechos plagados de[39] peligrosos destinos, en los que participas y los fuegos cubiertos de cenizas engañadoras sobre las que caminas. Que la Musa de la severa tragedia falte un momento a los teatros; pronto, desde que hayas ordenado el relato de los públicos sucesos, volverás a cumplir la alta misión del poeta, en el coturno de Cécrops.

El extracto citado podría servir como manifiesto a numerosos trabajos actuales sobre historia del tiempo presente, puesto que en él se expresan la tensión entre una historia considerada quemante, que mantiene a fuego vivo el recuerdo de una guerra civil, en este caso, y el deseo, a pesar de todo, de una tregua, de un tiempo de latencia, de un eventual olvido momentáneo que permitiese a los contemporáneos respirar un poco y al historiador tener el tiempo para darle sentido a los acontecimientos –ordenar la narración– antes de retomar el tono elevado, trágico, incluso pomposo que corresponde a la narrativa histórica –lo que significa la expresión "retomar el coturno de Cécrops" (del nombre de un calzado de suela alta de corcho utilizado en los escenarios en Atenas). Se trata de una tensión que atraviesa toda la historiografía y, aún más, toda la cultura contemporánea desde hace unos treinta años. Junto con el tema de la relación del historiador con la acción política o la importancia de su propia subjetividad y de su propia experiencia, dicha tensión constituye otro elemento constante de toda historia contemporánea.

El eterno presente medieval

Hablar de contemporaneidad en relación con el Occidente medieval parece a primera vista todavía más inapropiado que hacerlo respecto de la Antigüedad, tanto más cuanto que las concepciones del tiempo cambian radicalmente con el surgimiento del cristianismo y después con la evolución de las sociedades urbanas mercantiles a comienzos del siglo XIII.

> Los historiadores paganos veían la historia del mundo de manera cíclica. Una tras otra las civilizaciones florecían, nacían y morían. La historia estudiaba tiempos que siempre recomenzaban. Sin embargo el cristianismo imponía una concepción lineal del tiempo. Toda la historia del mundo,

[39] Horacio. *Odes*, libro II, 1, "À C. Asinius Pollion", texto editado por François Villeneuve, introducción y notas de Odile Ricoux, París, Les Belles Lettres, 2002, p. 95 (versión cast.: *Odas*, introducción, traducción y notas de Alejandro Bekes, Buenos Aires, Losada, 2015).

> desde su creación a su fin, transcurría en un solo tiempo. Un historiador cristiano consecuente debía entonces presentar de la misma manera toda la historia del mundo, desde su creación hasta su fin. [...] No existe diferencia en cuanto a naturaleza entre historia y profecía [y] estrictamente hablando, para un historiador cristiano, solo existe un tiempo[40].

La linealidad del tiempo se encuentra tanto en las crónicas dinásticas que inscriben las acciones de un soberano en un lugar de una larga línea que puede remontarse hasta el Antiguo Testamento, como en una perspectiva escatológica, donde su actuar de naturaleza divina solo es posible entenderlo desde la promesa de la Salvación, sin que exista corte entre pasado, presente y futuro. Al comentar la reparación de la necrópolis real de Saint-Denis, realizada por el rey San Luis, donde se encuentran los dieciséis reyes y reinas Merovingios, Carolingios y Capetos, Jacques le Goff escribe: "Esta reunión simultánea de todos estos reyes y reinas, cuyas vidas transcurrieron a lo largo de seis siglos, de los cuales muy pocos se conocieron entre sí, los hace encontrarse juntos por siempre en un eterno presente"[41]. ¿Existe entonces una mera posibilidad de una conciencia histórica en una percepción tan continúa del tiempo? Marc Bloch veía en la cultura medieval "una enorme indiferencia respecto del tiempo".[42] En la misma línea, Jacques Le Goff añade que "la sociedad feudal, donde se entrampa la Iglesia entre los siglos IX y XI, fija la reflexión histórica y parece detener el tiempo de la historia o, en todo caso, asimilarlo a la historia de la Iglesia"[43]. Jacques Le Goff cita el ejemplo del obispo e historiador Othon de Freising, tío de Federico I (Barbarroja), e ilustra cómo el pensamiento medieval se muestra a la vez curioso del pasado y deseoso de ignorar el tiempo, mientras en la misma época el cantar de gesta o la epopeya, por su parte, también contribuían a la "negación de la historia" por medio de su ideal atemporal, desprovisto de toda historicidad.

No obstante, sí existe una historiografía medieval, aun cuando el género no revestía mayor importancia, y parecía maltratado por la descalificación aristotélica de no ser un arte autónomo: "la historia fue hasta fines del siglo XVIII, una dis-

[40] Guenée Bernard. *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval, óp. cit.*, pp. 20-21.

[41] Le Goff Jacques. *Saint Louis*, París, Gallimard, col. Bibliothèque des Histoires, 1996, citado por Jean Leduc, *óp. cit.*, p. 139.

[42] Bloch Marc. *La Société féodale*, París, Albin Michel, 1939, citado por Jacques Le Goff, *Pour un autre Moyen Âge*, in *Un Autre Moyen Âge* [1ª ed.: col. Bibliothèque des Histoires, 1977], París, Gallimard, col. Quarto, 1999, p. 54.

[43] Le Goff Jacques. *Saint Louis, óp. cit.*

ciplina bastante marginal, dominada por la teología", escribe Alain Guerreau[44]. Esta historiografía se interesa por el actuar de los hombres notables, la vida de los santos, de los reyes, de los poderosos, de los acontecimientos memorables y ejemplares. Produce historias monográficas de una abadía, de un monasterio, con la finalidad de enraizar estas instituciones en una legítima continuidad, de ahí la relación entre la historia y el derecho. Ella está totalmente teñida por la idea de que toda acción humana proviene de la voluntad de Dios, de ahí la predominancia del pensamiento teológico, siendo los historiadores principalmente obispos (Gregorio de Tours en el siglo VI, Othon de Freising), y luego monjes. Si leemos al historiador Hans-Werner Goetz, los cronistas medievales desarrollaron sin embargo, sobre todo a partir de los siglos X y XI, una conciencia histórica marcada por tres elementos: "una conciencia de la naturaleza histórica del mundo", que integra por voluntad divina los diferentes momentos de la historia; "un sentido distinto del pasado", en una perspectiva marcada por la investigación sobre los orígenes, la búsqueda de las genealogías más lejanas posibles en el tiempo, y una visión mítica del movimiento de la historia que permitía distinguir el pasado del presente; y, por último, una representación del pasado "estrictamente orientada hacia el presente"[45].

Sin duda, es este último elemento el que puede interesar al historiador del tiempo presente actual. Si existe una preponderancia del presente en esta visión del tiempo y no, como en la actualidad, una hegemonía del presente, si existe una finalidad política o moral de la reflexión acerca del pasado, es todavía dentro de la tradición de una historia que debe guiar la acción de los vivos. En este enfoque los valores destacados de dicha manera son inmemoriales porque obedecen a un orden de cosas que escapa a la voluntad de los hombres: "en realidad, tal pensamiento se explicaba por la creencia que los acontecimientos históricos permanecían abiertos a una interpretación por parte del presente, porque no habían sucedido por casualidad, sino inspirados por la voluntad divina, y por tanto poseían un 'sentido' para los contemporáneos"[46]. Es prácticamente lo opuesto del presentismo de nuestra época, que mide y juzga el pasado en función del presente, puesto que en este caso es al contrario. Se trata del pasado, al menos del pasado de ciertos

[44] Guerreau Alain. Resumen del libro de Bernard Guenée *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval, óp. cit.*, Bibliothèque de l'École des chartes, 139-2, 1981, pp. 282-283.

[45] Goetz Hanz-Werner. "Historical consciousness and institutional concern in European medieval historiography (11th and 12th centuries)", texto presentado en el 19° Congreso internacional de las ciencias históricas, Oslo, 6-13 agosto de 2000, tema 3: "Les usages de l'histoire et la responsabilité de l'historien dans l'histoire", <http://www.oslo2000. uio.no/program/papers/m3a/m3a-goetz.pdf>, consultado en marzo de 2011.

[46] *Ibidem*, p. 7.

hombres destacados y de algunas acciones notables, consideradas como indicios del carácter divino del movimiento del tiempo, instaurado como juez del presente. Resulta entonces difícil distinguir en esta época una "historiografía de lo contemporáneo", ya que el pasado y el presente, lo no-contemporáneo y lo contemporáneo, coexisten permanentemente.

Sin embargo, el tema es pertinente desde la perspectiva de una historia regresiva de la noción de historia del tiempo presente. De hecho, si ya tampoco nos interesan los "paradigmas", pero sí las fuentes y los métodos de la historiografía medieval, esta también concede una importancia determinante al testimonio directo del observador o al testimonio de segunda mano, a la transmisión oral, al intercambio verbal más que al análisis de los textos.

> Dos rasgos caracterizan la historiografía medieval. Son los propios autores quienes consideran la historia de los tiempos antiguos y la historia contemporánea como un mismo movimiento, y si bien los historiadores cuentan los acontecimientos de su tiempo exclusivamente a partir de lo que han visto y escuchado, al tratarse de la época moderna e incluso para los tiempos más antiguos, aún osan recurrir a las fuentes orales. Por el contrario, en el siglo XIX, los eruditos y los anticuarios que estudiaban los tiempos pasados, y los periodistas y los memorialistas que testimoniaban el tiempo presente tenían posiciones muy distantes. Además la tradición oral estaba muy devaluada respecto de la escrita. Por cierto, los historiadores del siglo XIX no tenían cómo apreciar a sus predecesores. Sin embargo, en la actualidad, cuando se tiende a reintroducir el estudio del presente en el campo de la historia y cuando las tradiciones orales reencuentran su dignidad en cuanto fuentes fundamentales, difíciles pero fundamentales, quizá estamos en mejor posición para comprender a los historiadores de la Edad Media[47].

El comentario del gran medievalista Bernard Guenée no deja de parecer curioso, si pensamos que un día habría declarado, hablando de su propia carrera, "que eligió el periodo medieval porque él era demasiado inteligente para dedicarse a la historia contemporánea, donde la profusión de fuentes incita la facilidad, pero no lo suficientemente inteligente como para dedicarse a la historia antigua, donde la escasez de fuentes implica recurrir a menudo a la

[47] Guenée Bernard. *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval, op. cit.*, pp. 84-85. A modo de ejemplo, puede citar al abad Guibert de Nogent y su *Histoire de la Première Croisade*, escrita hacia 1114: "Aunque no haya podido ir a Jerusalén ni conocer la mayoría de los personajes y los lugares acá abordados, la utilidad general de mi trabajo no debería verse resentida, aun si es cierto que no aprehendí las cosas que escribí o que escribiré sino a través de hombres cuyo testimonio está perfectamente conforme a la verdad" (Clermont- Ferrand, Éditions Paléo, 2004).

reflexión..."[48]. No obstante, al escribir a continuación en 1980, momento en que emerge una nueva historia del tiempo presente, Bernard Guenée establece una conexión inesperada entre esta y la historiografía medieval. No con el fin de explicarnos que no existe nada de nuevo en ella, sino porque percibe intuitivamente que esta historiografía en ciernes aún, y en parte fundada en la transmisión oral, provoca disputas acerca de la ortodoxia metódica de fines del siglo XIX y comienza a atacar el fetichismo respecto de la fuente escrita, que marcó una parte de la historiografía a partir de esa época. Si lo seguimos en su razonamiento, la práctica de la historia contemporánea que se dibuja entonces no proviene de una tradición que se habría perpetuado sin cambios a través del tiempo sino de un regreso inesperado tras un siglo de descalificación por parte de la escuela metódica.

Historia Contemporánea e Historia Mediada

"El resultado más importante de la revolución científica de los siglos XVI y XVII es [...] el reemplazo, como fundamento de la ciencia, del conocimiento inmediado por el conocimiento mediado", escribe Krzysztof Pomian, respecto de la relación entre la evolución de las ciencias y la de del pensamiento histórico"[49]. Este cambio sustancial que se inició en el Renacimiento permite acceder a la realidad de las cosas ya no tan solo a través del pensamiento o de la fe, sino también por nuevos métodos de observación basados en instrumentos de medición, sobre todo del tiempo y el espacio. Este nuevo paradigma permite la observación y el análisis de objetos cada vez más distantes, a imagen y semejanza del progreso de la astronomía. Así, abre el "paso de un mundo finito a un universo infinito, es decir, del mundo de la inexactitud al universo de la precisión", cuestión que tiene consecuencias directas en la percepción de la historia[50]. Investigaciones recientes han demostrado hasta qué punto el progreso científico viene acompañado de una nueva reflexión sobre el papel de la ficción que a falta de instrumentos adecuados permite nombrar, representar lo inobservable, tal y como sucede con los viajes a las estrellas. "En efecto, la inaccesibilidad del objeto en cuestión presupone técnicas de escritura

[48] Declaración mencionada por Nicolas Offenstadt en el obituario que le consagró, *Le Monde*, 2 de octubre de 2010.

[49] Pomian Krzysztof. "L'histoire de la science et l'histoire de l'histoire", *Annales ESC*, n° 5, 1975, incluido en *Sur l'histoire*, París, Gallimard, col. Folio Histoire, 1999, p. 141 (versión cast.: *Sobre la historia*, Madrid, Cátedra, 2007).

[50] *Ibidem*, p. 148.

para describir lo invisible y presentar lo desconocido de los nuevos mundos cosmológicos [y] en este contexto la ficción desempeña un rol fundamental, puesto que permite reemplazar la vieja imagen del cosmos por una nueva"[51]. De cierta manera, en la literatura histórica opera un movimiento similar debido al surgimiento de la noción de "huellas" que deben ser observadas antes de fabricar un relato que inunde todos los espacios vacíos. La época llamada "moderna" se caracteriza por celebrar el presente, esta vez en detrimento del pasado, cercano pero ya no en osmosis con él. La invención de la Edad Media participa, por diferenciación y rechazo, en la denominación de un nuevo tiempo, el del Renacimiento. Ya sea que se trate de la idea de progreso de las artes, de las letras y de las ciencias, profesada por los humanistas o los sabios, o de la idea de un regreso a las fuentes del cristianismo, enarbolado por los reformadores protestantes, "el resultado es siempre el mismo, el quiebre de la continuidad entre el presente y el pasado, hecho que sitúa al historiador en una nueva situación"[52]. Desde el momento en que el presente y el pasado se encuentran separados de esta manera, por lo menos diferenciados y distanciados, las vías de acceso al conocimiento de la historia cambian de naturaleza. Los testimonios y la transmisión oral, que entregaban el "conocimiento inmediato", son reemplazados por el interés en los rastros materiales, sobre todo por aquellos rastros escritos del pasado, por lo tanto por un "conocimiento mediado" como los textos, en especial los de naturaleza religiosa, que así pasan de ser considerados solo como "autoridades", elementos de la tradición, a convertirse en vías de acceso al pasado. El historiador de un nuevo género podrá ejercer una mirada más crítica respecto de los relatos de mitos y leyendas, al utilizar nuevas disciplinas como la epigrafía, la numismática, la geografía histórica o incluso la diplomacia, cuyos principios fueron sentados por Mabillon:

> Por lo tanto, es durante el siglo XVII cuando el pasado se convierte en el objeto de un conocimiento mediado, que analiza las huellas del pasado y reconstruye, mediante ellas, las circunstancias que las provocaron. Son estas huellas las que permiten al historiador conocer los acontecimientos distantes en el tiempo, incluso en el caso que ningún actor, ningún testigo ocular haya dejado un relato. Son también estas últimas, las que posibilitan la crítica, en el caso que tales relatos existan. En pocas palabras, al

[51] Aït-Touati Frédèrique.*Contes de la Lune. Essai sur la fiction et les sciences modernes*, París, Gallimard, col. NRF Essais, 2011, p. 18. Véase el resumen de Nicolas Correard, "L'hypothèse scientifique comme fabrique de la fiction: poétiques du discours astronomique au XVII siècle", *Acta Fabula*, dossier crítico "Écritures du savoir", <http://www.fabula.org /revue/document6947.php>. .

[52] *Ibidem*, p. 150.

> menos en teoría, el punto de vista del historiador que observa el pasado se vuelve totalmente independiente, desde el punto de vista de quienes consideran que dicho pasado fue un presente. Al historiador sus relatos solo le ofrecen información, en la que no cree, aunque incluso haya sido hecha bajo juramento. Siempre debe verificar lo dicho por estos testigos. En cuanto a la interpretación, esta queda en sus manos[53].

Este cambio en las relaciones entre el pasado y el presente hace surgir entonces otra concepción de la contemporaneidad, una hipótesis que Krzysztof Pomian no evoca de manera explícita pero que emana naturalmente de su análisis. Los letrados del siglo XVII no solo crearán, como hemos visto con anterioridad, un nuevo corte del tiempo histórico con la "Antigüedad", la "Edad Media" y los "Tiempos Modernos"; sin embargo distinguirán lentamente un *tiempo presente del pasado*, del cual el historiador debe analizar las huellas que subsisten, y un tiempo presente del historiador mismo, situado en una posición de observador distante de su objeto, tal como lo estarían un astrónomo o un cartógrafo. Entonces la historia se inclina progresivamente al conocimiento mediado, basado en métodos de análisis y técnicas nuevas, tal como sucede con la erudición. En este punto lo importante es la diferenciación teórica, y ya no simplemente intuitiva, entre el pasado y el presente, entre un tiempo accesible a través de fuentes y un tiempo accesible al conocimiento inmediato gracias a los testimonios, la transmisión oral o la experiencia directa, como lo señala Jean-Marie Goulemot:

> Esta historia erudita que domina el siglo XVII no representa ni una novedad ni una fractura. Así como no se puede disociar el absolutismo de una lenta afirmación del tiempo histórico, ni la laicización de lo religioso, ni la experiencia de los conflictos civiles y religiosos, no resulta posible concebir la historia erudita fuera de las nuevas formas de la cultura impuestas por el victorioso siglo XVI. La ruptura cultural renacentista se debe pensar sobre todo como una transformación radical de la manera en que la Edad Media se relacionaba con el tiempo. El regreso filológico a los textos latinos y griegos, al mismo texto bíblico, postula su historia –olvidos, adiciones de comentarios y escolios– como distanciamiento y pérdida[54].

[53] *Ibidem*, p. 154.

[54] Goulemot Jean-Marie. *Le règne de l'histoire. Discours historiques et révolutions XVIIe-XVIIIe siècles*, Paris, Albin Michel, 1996.

A su parecer, dos ideas principales dominan el pensamiento humanista: el regreso a los orígenes, a la "Antigüedad en cuanto tiempo frágil de la perfección", y la historia entendida como una "degradación". Desde el momento que se percibe la historia como alteridad, como cambio, existe por lo tanto una distinción más clara entre una historia que sería contemporánea, escrita en vivo por un observador que testimonia su tiempo y que funda su análisis en su propia experiencia, y una historia que no lo sería, que sería otra, una que narra la experiencia de otros tiempos y otros hombres. Paradójicamente, porque la historia deja de ser esencialmente contemporánea, que constituye solo un aspecto de lo que aún no es una disciplina y que será poco a poco identificada como tal. En todo caso, resulta interesante notar que el sintagma "historia contemporánea" parece haber aparecido en esta época.

Por ejemplo, desde el siglo XVII encontramos referencias de la noción de *Zeitgeschiste*, cuyo uso en el sentido de historia del tiempo presente se extiende en el siglo siguiente[55]. En la lengua francesa, el término "historia contemporánea" aparece en un pasaje de los *Pensamientos* de Pascal, redactados a partir de 1657 y publicados tras su muerte, en 1670. Citado a menudo pero rara vez analizado desde una epistemología de la contemporaneidad, el texto trata del lugar de los judíos en la Historia:

> ¡Cuántas diferencias existen entre un libro y otro! No me extraña que los griegos hayan escrito la *Ilíada*, ni que los egipcios y los chinos hayan contado sus propias historias. Basta con observar cómo esto se gestó. Estos fabulosos historiadores no son contemporáneos a sus relatos. Homero escribe una novela, que concibe como tal y es recibida como tal, puesto que nadie dudaba que Troya y Agamenón solo habían sido la manzana de la discordia. Homero tampoco pensó escribir una historia al respecto, sino solo una obra de carácter literario ligero; él es el único que escribe acerca de su tiempo, la belleza de la obra hace perdurar las cosas: todos la aprenden y hablan de ella; hay que saberla, todos la aprenden de memoria. Cuatrocientos años después los testigos de las cosas ya no están vivos y ya nadie sabe si es una fábula o una historia. La aprendimos de nuestros ancestros y podría ser una historia verdadera.
> Cualquier historia que no es contemporánea resulta sospechosa; es así como los libros de las Sibilas y de Trimegisto, y tantos otros a los que se

[55] Jäckel Eberhard. *Umgang mit der Vergangenheit. Beiträge zur Geschichte*, Stuttgart, DVA, 1989, pp. 133-150 (en el capítulo "Begriff und Fonktion der Zeitgeschichte"), citado por Peter Schöttler, "La "*Zeitgeschichte*" allemande, entre révisionnisme, conformisme et autocritique", presentado en el coloquio internacional "Temps présent et contemporanéité", París, IHTP, 24-26 marzo de 2011.

> les dio crédito, resultaron ser falsos y se hacen falsos con el paso del tiempo. No sucede lo mismo con los autores contemporáneos.
> Existe una clara diferencia entre un libro escrito por un particular y que se entrega al pueblo, y un libro que construye un pueblo. No cabe duda alguna que el libro es tan antiguo como el propio pueblo[56].

Este pasaje está inserto en la celebración del pueblo judío alabado por Pascal, tanto por su antigüedad como por su permanente fidelidad a la alianza original con Dios. En varias ocasiones él retoma el tema de la fuerza de la ley en la tradición judía, la más antigua en la historia y a la vez la que se ha perpetuado casi intacta a lo largo del tiempo, hasta llegar a ser la piedra angular del cristianismo. De esta manera, en este pasaje, opone el Antiguo Testamento contra otras tradiciones y otras mitologías, en particular la griega. Por una parte, existen la novela, la diversión, lo incierto, lo que se considera verdadero por su repetición a través del tiempo, e incluso lo falso. Por otra, existen la historia, lo verdadero, lo auténtico. Aun cuando el matemático Pascal está inserto en la era del conocimiento mediado del que habla Krzysztof Pomian, en esta ocasión solo parece acordarle crédito a los historiadores cuando se trata de cosas que han sido vistas, de ahí la superioridad que confiere a la historia contemporánea entendida como una historia escrita por los testigos directos, ellos mismos simples agentes de transmisión de la palabra de Dios. Su percepción de la historia, por cierto no relevante en una obra consagrada a la apología del cristianismo, parece oponerse al pensamiento científico. Hipótesis planteada por Louis Marin, al comentar "el mal del siglo" y "la perversión del orden de las ciencias" que denunciaba Pascal en su juventud: "recurrir a la autoridad de Aristóteles como prueba respecto de materias físicas, solo comprobadas por la experiencia y el razonamiento, e introducir novedades, crear invenciones, emplear el razonamiento en la teología en lugar de la autoridad de las Escrituras y de los Padres, es decir, profanar la palabra de Dios"[57]. La crítica, la razón, el rechazo a la autoridad son válidos para las ciencias pero no para la historia, aun totalmente dependiente de la teología.

[56] Pascal Blaise. *Pensées, 436-628*, en *Œuvres complètes*, prefacio de Henri Gouhier, presentación y notas de Louis Lafuma, París, Éditions du Seuil, 1963, p. 556 (trad. cast.: *Pensamientos*, Madrid, Cátedra, 2008). Si se siguen las diferentes ediciones, el lugar de este pasaje ha variado en la clasificación general de las secciones: poco comentado por los historiadores actuales y casi ignorado por los contemporaneístas. La interpretación que ofrezco aquí es, evidentemente, muy subjetiva.

[57] Marin Louis. *Pascal et Port-Royal*, compilación de Alain Cantillon et alii, París, Presses universitaires de France, col. Bibliothèque du collège international de philosophie, 1997, pp. 174-175. Las palabras destacadas lo están en el texto.

No obstante, en lo que a mi propósito respecta, no se trata tanto de la oposición entre historia "docta" e historia "literaria"–una de las grandes controversias de la época[58]– que amerita ser considerada, sino de la definición implícita de la historia contemporánea que aquí emerge, una expresión todavía poco frecuente en el vocabulario. Pascal evoca aquí la relación entre un pueblo y un texto sagrado, el cómo se transmite, el cómo se traduce y, por lo tanto, su contemporaneidad, aunque el término no aparece así expresado. En otro pasaje destaca por ejemplo el papel fundamental de Moisés, a quien considera... un historiador del tiempo presente:

> La creación del mundo comenzó a alejarse, entonces Dios proveyó un único historiador contemporáneo y encomendó a todo un pueblo guardar este libro, para que esta historia fuese la más fidedigna del mundo y que todos los hombres pudiesen aprender algo tan necesario de saber, y que solo se podía conocer a través de ella[59].

El uso que aquí se hace del término "contemporáneo" es tanto más interesante cuanto parece paradójico, al menos desde el punto de vista del significado que pudo tomar con posterioridad. Aquello que hace "auténtica" la historia relatada por el Libro, no es solo que fue escrita por contemporáneos, por tanto testigos –retomando aquí la tradición historiográfica griega–, sino la permanencia misma de su mensaje a través las épocas, que "nos vuelve a nosotros mismos contemporáneos de los acontecimientos relatados por la Biblia", como escribe Pierre Force[60]. El poder del texto sagrado reside en que resiste toda historicidad, al transmitir intacta la fuerza del mensaje original de la alianza. La característica del pueblo judío es ser así "el eterno narrador del Antiguo Testamento", lo que por demás le confiere un carácter casi sobrenatural y anacrónico. En consecuencia, en este caso, la expresión "historia contemporánea" no reenvía a la historia de su propio tiempo, ni a un corte entre el pasado y el presente, ni tampoco a una distinción entre un conocimiento directo de una historia presenciada y vivida en oposición a una historia estudiada y relatada. Nos conduce a un pasado que en sí mismo permaneció contemporáneo y se perpetuó en forma de un eterno presente, por decirlo de alguna manera, en una presencia intacta del pasado, en un pasado inalterado. Si la "historia contemporánea" es la única que no resulta sospechosa a

58 A este respecto, véase Barret-Kriegel, Blandine, *Les Historiens et la monarchie*, 4 vol., París, Presses universitaires de France, 1988.

59 Pascal Blaise, Pensées, *óp. cit.*, 474-622, p. 562.

60 Force, Pierre. *L'Herméneutique chez Pascal*, París, Vrin, 1989, p. 176.

los ojos de Pascal, es porque es una memoria –utilizando el término de hoy. Podemos aprehender una idea similar a la del historiador del judaísmo Yosef Yerushalmi: la relación ancestral del pueblo judío con el pasado, antes de los trágicos acontecimientos del siglo XX, surgió del registro de la memoria y no de aquel de la historia, ni tampoco de la tradición de prácticas perpetuadas, precisamente para mantener el presente de un pasado original, que permanece así, inalterado, inmutable[61].

A pesar de ser enunciados casi idénticos, existe entonces una diferencia entre la afirmación de Pascal y la de Croce, dos siglos después, acerca de la historia contemporánea como "única historia digna de ese nombre". Aun cuando ambas aluden al antiguo principio de la historia que guía el presente, para Pascal dicha historia contemporánea, por referencia a la Biblia, es sinónimo de ausencia de historicidad, en tanto que Croce alude a la inscripción en el presente de todo acercamiento al pasado, cercano o lejano, siguiendo una tradición más cercana a la de Tucídides. Pascal sitúa la contemporaneidad en el pasado, mientras que Croce la ubica en el presente. Esta diferencia de sentido en una fórmula tan reconocida no es anodina puesto que destaca hasta qué punto la noción de contemporaneidad puede designar regímenes temporales muy diferentes.

Por cierto el advenimiento de una historiografía fundada en el conocimiento mediado agudiza algunos problemas estructurales en la práctica misma de la historia, en particular respecto de la objetividad del saber y la independencia del historiador. El desarrollo de métodos y técnicas que permiten una aprehensión objetiva de las huellas del pasado se funda en la razón, por lo tanto en la afirmación de una necesaria independencia de las pasiones, de la fe, de la Iglesia y del poder real. Según Krzysztof Pomian[62], se trata de una "doctrina utópica". Esta cuestiona muy directamente la legitimidad de la historia contemporánea, de la cual no se sabe muy bien si está del lado del conocimiento inmediato, según el planteamiento teológico de Pascal, o del lado del conocimiento mediado y, por consiguiente, en el ámbito de la historia, un arte en plena evolución. Las nuevas interrogantes acerca de una historia contemporánea erudita resultan tanto más álgidas al inscribirse en un contexto particular, aquel de los recuerdos traumáticos de las guerras religiosas de la segunda mitad del siglo XVI y de la primera mitad del siglo XVII. La intensidad y la violencia de estas obsesionan a sus contemporáneos y traen consigo un anhelo general de paz civil que se traduce, en el siglo XVII, en

61 Yerushalmi Yosef. *Zakhor. Histoire juive et mémoire juive*, Paris, La Découverte, 1984.
62 Pomian Krzysztof. *Sur l'histoire, op. cit.*, p. 155.

una historiografía abundante, teñida por los acontecimientos, el impacto de una revolución no del todo exitosa pero retrospectivamente aterradora y en parte escrita por los vencedores, los católicos. Se trata de una historiografía que hace apología de la monarquía en todas sus formas, incluso la absoluta, como la única capaz de garantizar el orden y la paz.

La historiografía, y en especial la historiografía del tiempo presente, también participa del surgimiento del Estado moderno, que, por una parte, establece nuevos dispositivos para conocer y ser conocido, y por otra, para vigilar y no ser visto, al utilizar la literatura como instrumento de seducción y dominación:

> A lo largo del siglo XVII el poder monárquico [en Francia] intentó generar la escritura de una historia contemporánea que lo satisficiera y en la cual pudiese reconocerse. Se recurrió a diversos métodos, se concibieron diferentes proyectos que comenzaron a realizarse e incluso se escribieron sendos libros. Sin embargo el resultado nunca pareció estar a la altura de lo esperado. La determinación de los gobernantes y el manifiesto celo de los escritores no fueron suficientes para su concreción, como si un astuto genio de los malos entendidos hubiese enredado sistemáticamente los hilos de la trama, haciendo naufragar la fuerza y la claridad de las intenciones en la incapacidad de las realizaciones[63].

En la época medieval la materia prima de la historia era la voluntad divina. En la época Moderna lo fue el soberano. La historia del tiempo presente ocupa entonces un lugar importante pero por razones distintas a las de épocas pasadas. A partir de ese entonces el presente concierne a una coyuntura, a una secuencia histórica particular y no a un eterno presente. Ciertamente el rey conserva su esencia divina pero la historia del tiempo presente se moviliza al servicio de su poder temporal. Si la ejemplaridad y la posibilidad de guiar al presente siguen siendo la finalidad de la escritura de la historia, desde ahora su aplicación se inscribe en la lógica del conocimiento mediado, basado en documentos. No obstante, aunque las peticiones del poder y las exigencias de la erudición parecen *a priori* compatibles –al menos, así lo desean creer los historiógrafos oficiales– estas resultan en definitiva sumamente difíciles de conciliar. Para el poder la historia es un desafío inevitable y molesto, es-

[63] Jouhaud Christian. *Les Pouvoirs de la littérature. Histoire d'un paradoxe*, París, Gallimard, col. NRF Essais, 2000, p. 151. La cita da inicio al capítulo III titulado "Historiens du présent et pouvoir politique".

cribe Christian Jouhaud[64]. Retomando la constatación de Scipion Dupleix, historiógrafo de Luis XIII, que demuestra cómo tres restricciones pesan sobre esta carga, a saber: la decisión misma de emprender un estudio histórico que no depende del erudito sino del poder; el tema de la censura y, en términos más generales, de su libertad para escribir; y de las fuentes de las que podrá o no hacer uso.

De esta manera el historiador del tiempo presente del siglo XVII choca contra la lógica del Estado moderno y con la preservación del secreto de su actuar. A François Charpentier, designado por Luis XVI para escribir la historia de su reinado, Colbert le negó el acceso a los archivos del gabinete real y rechazó la posibilidad de que interrogase al ministro regularmente. Esta situación nos recuerda el dilema contemporáneo de los archivos públicos que sitúa tanto al Estado como al ciudadano frente a la doble imposición de la transparencia de las acciones públicas y la del resguardo de los secretos de Estado o la vida privada. Así como el poder, la historia no puede decir y no decir al mismo tiempo. En cambio el tema de la censura no es un problema nuevo. Demasiadas críticas al soberano podrían generar disgusto o inconformidad respecto de la realidad. Por el contrario, demasiada deferencia puede perjudicar la credibilidad del historiador, y por ende la del tema que aborda, a la vez que lo hace arriesgarse. El historiador Charles Sorel, autor, entre otros, de *l'Avertissement sur l'histoire de la monarchie française* (Advertencia acerca de la historia de la monarquía francesa, 1629), cuenta una anécdota según la cual Alejandro Magno amenaza de muerte a un historiador "que leía frente a él lo que había escrito acerca de su historia y donde contaba cosas fabulosas e increíbles"[65]. ¿Qué grado de alabanzas y de críticas resulta aceptable para el poder? Al respecto, se cuestiona toda la responsabilidad del historiador. Y esta cambia de naturaleza desde el momento que utiliza otras fuentes aparte de su experiencia (por definición compartida con otros) como un conocimiento mediado, por tanto la familiaridad más o menos solitaria con huellas y escritos que solo pueden hacernos sentido si el historiador es confiable, aun cuando estaría bajo su influencia. Un siglo antes, en su *Historia de Florencia* (1521-1525), encargada por el papa Clemente VII, Maquiavelo ya había señalado los inconvenientes que se presentan al escribir una historia contemporánea y mediata:

[64] *Ibidem*, p. 156.
[65] *Ibidem*, p. 170.

> Pero, aunque Vuestra Santísima Beatitud me advirtió de modo especial, y hasta me mandó, que refiriera las empresas de sus antepasados en términos tales, que se viera claro que al hacerlo estaría libre de todo afán de adulación [...], temo mucho que, al hablar de la bondad de Juan, de la sabiduría de Cosme, del humanitarismo de Pedro y de la magnificencia y prudencia de Lorenzo, pueda parecer a Vuestra Santidad que he transgredido esas órdenes [...]En todos los puntos de esta mi historia se ve bien claro lo lejos que estoy de toda adulación; y se ve de manera especial tanto en los alegatos públicos como en las conversaciones privadas, estén unos y otros presentados en forma directa o en forma indirecta, pues siempre reflejan, sin reserva alguna, en los juicios y en la presentación, la condición y el carácter de la persona que habla. En todo momento evito cuidadosamente los términos odiosos, como innecesarios que son a la dignidad y a la verdad de la historia [...] De manera que en esta historia he procurado, Santísimo y Beatísimo Padre, dar satisfacción a todos sin detrimento de la verdad, aunque pueda quizás ocurrir que no haya satisfecho a nadie. No me sorprendería que así fuera, pues pienso que nadie puede hablar de los acontecimientos de su propio tiempo sin molestar a muchas personas. En todos mis escritos, lo mismo que nunca he pretendido encubrir bajo honradas motivaciones ningún hecho reprobable, tampoco he querido empañar ningún hecho encomiable como si en él hubiera habido segundos fines. A pesar de todo ello, acudo animoso al campo de batalla...[66].

Civismo, sinceridad, valentía, distancia, lucidez, imparcialidad, templanza, Maquiavelo describe el retrato ideal del historiador del tiempo presente, que incluso la corte del rey de Francia no logrará impulsar. Él presenta una verdad que parece atravesar toda la época moderna: la escritura de una "historia de nuestro tiempo" cuya singularidad, e incluso su particularidad, distinguimos cada vez más. Dicha escritura resulta tan necesaria para el ejercicio del poder como difícil, incluso imposible de realizar, a causa de su proximidad con el soberano. A medida que esta historiografía se singulariza, más interrogantes se plantean. A medida que parece marcar cada vez más un corte en la linealidad o la continuidad del tiempo, en especial del tiempo divino, se hace más incómoda. A medida que la historia se transforma en una medida de alteridad, más se cuestiona el tema de la distancia respecto de las pasiones.

[66] Maquiavelo. *Histoire de Florence*, in *Œuvres*, traducción y edición de Christian Bec, París, Robert Laffont, 1996, pp. 653-654 (versión cast.: *Historia de Florencia*, trad. de Félix Fernández Murga, Madrid, Alfaguara, 1979, pp.18-19).

Nacimiento de la Historia Contemporánea Moderna

En la búsqueda de una "episteme" moderna, Michel Foucault, en *Las Palabras y las Cosas*, evoca la ruptura producida en las sociedades occidentales en las postrimerías del siglo XVIII y en el siglo XIX. Las "ciencias humanas", un saber reciente que toma al hombre como objeto, pasan de un régimen de inteligibilidad basado en el Orden, por ejemplo la taxonomía, la clasificación de los seres vivos y las cosas en un espacio relativamente estable, a otro basado en la Historia, entendida como el movimiento del tiempo en sí y un principio de organización, y no como el relato de los hechos acontecidos. "La Historia, como sabemos, es el espacio más erudito, más informado, más despierto, quizá el más atiborrado de nuestra memoria; pero es también el fondo del que surgen a la vida todos los seres y del que se genera su precario destello. Modo de ser de todo lo que nos es dado en la experiencia, la Historia se convirtió así en lo insoslayable de nuestro pensamiento [...][67]". Michel Foucault señala aquí el nacimiento mismo de la historicidad, entendida como una característica de las sociedades modernas que ya no se piensan en la continuidad de (o el desacuerdo con) una tradición inmutable, sino en un cambio constante, a veces brutal, abierto a todas las promesas del progreso pero también cargado con el peso de todas las incertidumbres de un futuro a partir de ahora indescifrable. En esta perspectiva, la Revolución Francesa constituyó un punto de inflexión trascendente cuyos efectos se hicieron sentir hasta el último tercio del siglo XX. Reinhart Koselleck, desplegando la misma intuición que Foucault pero por caminos distintos, demuestra así que desde cualquier ángulo de la Revolución es el concepto mismo de historia que cambia de sentido. Se amplía para dar lugar a un nuevo "metaconcepto": aquel de una Historia (del alemán *Geschichte*) que ya no se reduce a la suma de historias particulares (*Geschichten*), ni a la mera yuxtaposición de los hechos y su relato (*Historie*), a las "historias de..." que describían la vida de un soberano, un reino, un país, una institución religiosa, traídas de un pasado cercano o un pasado más lejano. A partir de entonces y en adelante, la cultura de la Ilustración, luego la post revolucionaria buscan aprehender la historia "en sí misma", la historia "en general", que se ubica por sobre la evolución de tal o cual tema histórico en particular: "Por sobre las historias se encuentra la historia", escribe Droysen,

[67] Foucault Michel. *Les Mots et les Choses. Une archéologie des sciences humaines*, París, Gallimard, col. Bibliothèque des Sciences humaines, 1966, p. 230 (trad. cast.: *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1968).

uno de los fundadores de la escuela histórica alemana, en 1858[68]. Se trata de una historia que desde ese momento y en adelante está separada de la Providencia y de la voluntad divina, que "se engendra a sí misma", y que se vuelve fuente de su propio movimiento. De esta manera juega el rol de una última instancia que se confunde con el principio de la Razón en movimiento y "se convierte en un agente del destino humano o del progreso de la sociedad"[69]. Desde entonces la función de la historia en cuanto disciplina también cambia, puesto que ya no se trata simplemente de relatar "el relato verídico de las cosas que pasaron", siguiendo la fórmula consagrada desde la Antigüedad, sino de aprehender correctamente el movimiento mismo del destino humano. La historia se transforma en una disciplina autónoma que puede e incluso debe desde entonces permitir pensar la "historia del mundo" (*Weltgeschichte*), con un fin universalista.

Se trata de una herencia del siglo de las Luces por el cual la historia (*Historie*) como ciencia se separa de la retórica y de la filosofía moral que la delimitan, como también se libera de la teología y la jurisprudencia que en la jerarquía académica están por sobre ella. No era evidente que la historia (*Historie*) que hasta ese momento solo trataba sobre lo particular y lo accidental, fuese capaz de ser "Filosofía". Mientras que desde el humanismo los métodos histórico-filológicos y las ciencias auxiliares ya se habían vuelto autónomos, la historia (*Historie*) en sí misma se convirtió en una ciencia independiente –en "la historia en general" solo una vez que hubo ganado un espacio de experiencia–. Desde ese momento pudo establecer su "campo de objetos" específico. La constitución de la filosofía de la historia es un indicador de tal proceso[70].

La filosofía de la historia se constituye entonces en un género aparte, y si bien ayuda a la disciplina histórica a volverse autónoma, también le impone nuevos desafíos. "Esta se ve desafiada, escribe Koselleck, puesto que desde el momento que lo divino se vuelve caduco la historia se ve obligada a formular coherencias, todas las posibles, a partir de elementos provenientes de la historia en sí misma"[71]. Por lo tanto, esta nueva historia debe efectuar una metamorfosis tanto teórica como empírica para ir más allá del

68 "Über den Geschichten ist die Geschichte", Droysen Johan Gustav, *Précisde théorie de l'histoire*, traducción, presentación y notas de Alexandre Escudier, París, Éditions du Cerf, 2002 [1ª ed: Jena, 1858], § 73, p. 85.

69 Koselleck Reinhart. "Le concept d'histoire", en *L'Expérience de l'histoire*, edición y prefacio de Michael Werner, traducido por Alexandre Escudier, con Diane Meur, Marie-Claire y Jochen Hoock, París, EHESS/Gallimard/Seuil, 1997, pp. 15-99 [1ª ed: Stuttgart, 1975, p. 20].

70 *Ibidem*, p. 28.

71 *Ibidem*, p. 41.

mero análisis positivo de las huellas concretas del pasado y emprender la reconstitución de un todo coherente, ampliamente hipotético y deductivo, por ende más cercano a la postura filosófica. La competencia entre historia y filosofía está tanto más marcada cuanto la primera pierde de golpe su estatus de un arte menor, heredado del pensamiento aristotélico. La historia se convertirá incluso en la disciplina estrella del siglo XIX, por lo menos en Francia y en Alemania.

Si la Ilustración participó en la erupción de 1879 y configuró su parte del acontecimiento, acá hay algo raro; la Revolución francesa resuena de vuelta como la traducción espectacular, en el mundo material, del nacimiento de la historia "como tal" en el mundo de las ideas. Dada la fractura que provoca en el seno de un orden milenario que se creía inmutable, la Revolución modifica profundamente la relación entre el pasado, el presente y el futuro que deja de ofrecer continuidad a la conciencia, dando nacimiento a una percepción de la historia en curso completamente fundada en la aceleración del tiempo presente, percibido a partir de ese momento como una transición inestable, incierta entre aquello que Koselleck denomina el "espacio de experiencia" y el "horizonte de expectativas". Dos nociones muy exitosas en la retórica de la historia y a menudo utilizadas como simples metáforas decorativas, no designan simplemente el pasado y el futuro como lo perciben en un determinado momento los contemporáneos. Ambas destacan la discontinuidad y la diferencia de *naturaleza* entre el pasado y el futuro como resultado de la fractura revolucionaria de la cual aún somos ampliamente depositarios. Ambas marcan el cambio de perspectiva de los historiadores que desde ese momento y en adelante deberán escribir la historia del tiempo presente y reescribir aquella de los tiempos más distantes a la luz de esta discontinuidad. No se trata tan solo del cambio basal de la historia que se está haciendo, sino también de la que ya se escribió, dado que un orden declarado y concebido como inmutable –el Antiguo Régimen– se reveló finito desplomándose en apenas muy pocos años, como sucedió con el comunismo soviético ante nuestros ojos. De cambiar el fin de la historia, incluso de existir un fin de la historia, todo lo precedente debería ser concebido de otra manera. Esta situación ratifica la ruptura entre un pasado proclamado concluido –noción relativamente desconocida hasta entonces– y que ya no gobierna las acciones presentes, puesto que se trata precisamente de romper con él, y un futuro completamente abierto cuya anticipación debe dictar las conductas presentes –la invención de una nueva sociedad aun en el caso que la providencia divina ya no pudiese venir en su apoyo. Aquí el problema reside en la creación de nuevos puentes entre la experiencia adquirida y un horizonte imprevisible, de ahí el surgimiento de una nueva reflexión acerca de la historia contemporánea,

que precisamente constituye una manera de pensar este paso y de responder al mismo tiempo tanto al rechazo de la historia como reservorio de experiencia como a la inestabilidad creada por la desaparición de un futuro en adelante imprevisible y del que debemos encontrar nuevas claves de lectura.

Por consiguiente, los historiadores se ven investidos de responsabilidades en parte inéditas. Esta nueva concepción de una historia motor de la humanidad asigna, de hecho, un lugar considerable a la mirada que la posterioridad tendrá respecto del presente. La historia se transforma en una última instancia de juicio. Se le atribuye la última palabra. D'Alembert se refiere a un "tribunal íntegro y terrible" mientras que Schiller sostiene que "la historia del mundo es el tribunal del mundo", memorable frase retomada y desarrollada por Hegel[72]. Chateaubriand incluso endosa un gran peso al historiador:

> Cuando en el silencio de la abyección no se escucha resonar sino las cadenas del esclavo y la voz del delator; cuando todo tiembla ante el tirano, y resulta tan peligroso contar con su favor como caer en desgracia ante él, aparece el historiador como responsable de la venganza de los pueblos. En vano prosperó Nerón, Tácito ya ha nacido en el imperio; cree que su culpa pasa inadvertida frente a las cenizas de Germánico, pero la íntegra providencia ya ha librado a un oscuro niño la gloria del amo del mundo[73].

Esta célebre cita merece que uno se detenga, puesto que ha sido mencionada a menudo en la historiografía reciente del tiempo presente. Por ejemplo, se erige como un momento clave en la vocación de Pierre Vidal-Naquet, "una razón de vivir", escribe incluso este historiador de la Antigüedad, hijo de deportados, comprometido con las luchas de su época, sobre todo del colonialismo, y que a partir de los años 1980[74] se movilizó por la creación de una memoria y de una historia de la Shoah. En esta concepción no cuenta tanto la venganza, entendida como una reacción contra el criminal o el tirano, sino la esperanza de ver triunfar la verdad con el tiempo, accesoriamente con la ayuda del historiador. Aquí el tribunal de la historia no tiene por función castigar, menos aún de substituir una verdadera corte de justicia –Pierre Vidal-Naquet siempre rechazó la historia "judicial"–, pero sí permitir que la

[72] *Ibidem*, p. 38-39.

[73] Este célebre pasaje viene de un artículo aparecido en el *Mercure de France* el 8 de julio de 1807 e incluido en sus *Mémoires d'Outre-tombe*, tomo II, p. 102 de la edición de Lieja de 1849 (trad. cast.: *Memorias de ultratumba*, Madrid, Alianza, 2005).

[74] Vidal-Naquet Pierre. *Mémoires I. La brisure et l'attente 1930-1955*, Paris, Seuil/La Découverte, 1995, pp. 113-114.

verdad se tome todo el tiempo necesario para salir a flote. Se trata de una tradición dreyfusiana encarnada por Pierre Vidal-Naquet en el periodo de la Francia poscolonial[75].

Este enfoque dista mucho de la idea que el historiador, mediante sus trabajos, deba suplir la ausencia de un tribunal y constituirse a sí mismo en una instancia de juicio, utilizando tipificaciones penales, como por ejemplo pronunciar veredictos, una tendencia que apareció después de la caída del Muro de Berlín respecto de los crímenes del sistema comunista. "No está en nosotros el erguirnos en garantes de la enigmática "venganza de los pueblos"", escribe por ejemplo Stéphane Courtois en el prefacio del *Libro negro del comunismo*, publicado en 1997, un libro fundamental que generó numerosas controversias tanto respecto del fondo como de la postura que adopta[76]. Sin embargo, ese es el sentido de su texto en el cual un pasaje esencial consiste en lograr que el trabajo acucioso realizado por el colectivo de historiadores acerca de los crímenes del comunismo se inserte en el cuadro de las tipificaciones penales empleadas en Nuremberg, en particular en relación con los crímenes de guerra y los crímenes contra la humanidad, así como también el genocidio[77]. El problema de este proceder no es la estigmatización de crímenes en masa que permanecieron impunes y negados por largo tiempo, y menos el hecho que el historiador exprese su subjetividad, sino la utilización a contrasentido del procedimiento jurídico y judicial puesto que aquí el historiador se autoasigna, y toma al mismo tiempo el lugar del policía o del fiscal, del procurador y del juez; pronuncia juicios a los que no se puede apelar ni examinar conforme al "derecho" del que hace uso, y a menudo concede muy poco tiempo al discurso de la defensa que lo contradice, es decir, exactamente lo contrario de un legítimo proceso. En ese sentido, el uso que aquí se hace de las categorías jurídicas y judiciales se ubica en el registro de una "venganza" que quiere suplir el incumplimiento –de hecho, con frecuencia real– de una justicia temporal.

Esta actitud, muy extendida en la escritura reciente de la Historia del Tiempo Presente, demuestra hasta qué punto al enfrentar la herencia a corto o mediano plazo de una gran catástrofe o una gran convulsión el historiador de lo contemporáneo debe enfrentar desafíos que sobrepasan por mucho el simple ejercicio intelectual y académico. Estos desafíos tienen por objeto la

[75] Cf. Hartog François; Schmitt Pauline y Schnapp Alain (dir.), *Pierre Vidal-Naquet, un historien dans la cité*, Paris, La Découverte, 1998.

[76] Courtois Stéphane; Werth Nicolas;-Panné Jean-Louis et alii. *Le Livre noir du communisme. Crimes, terreur, répression*, Paris, Robert Laffont, 1997 (trad. cast.: *El libro negro del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2010). Cita p. 36 de la edición de la colección "Bouquins", 1998.

[77] *Ibidem*, pp. 9-18.

búsqueda de la verdad, la consideración de todos los sufrimientos vividos, la urgencia de zanjar entre el bien y el mal, la necesidad a menudo tensa y angustiada de una narración, incluso imperfecta, que haga sentido con posterioridad al acontecimiento. Fue el caso después de 1945 y después de 1989, fue el caso después 1789, por razones muy diferentes respecto del sentido dado al acontecimiento, y sobre todo porque la Revolución no fue solo el advenimiento de un nuevo mundo, sino también el de una nueva concepción del tiempo y de la historia, que en las décadas siguientes dará sentido a la noción misma de historia contemporánea en su acepción más moderna.

Si insisto, incluso por la digresión, en esta dimensión jurídica y judicial del discurso histórico acerca del tiempo presente, ya sea post Revolución francesa o a fines del siglo XX, es porque a mi juicio constituye el punto límite de la reflexión acerca de la práctica histórica. Ya sea a través de la figura del historiador como brazo armado de una providencia no divina, como "vengador de los pueblos", como substituto de un abortado "Nuremberg del comunismo", sin mencionar aquí el historiador "testigo judicial", cada una de estas posturas, ya sean conscientes o inconscientes, libremente consentidas o no, remiten a los límites de la práctica misma de la historia –y en particular, a la de la historia del pasado cercano. Los desafíos historiográficos más evidentes, al menos para el historiador actual, adquieren un sentido incomparablemente más agudo dadas las tensiones acerca de la obra: la búsqueda de la verdad, el tema de la imparcialidad, la elección entre objetividad y subjetividad, la definición de la distancia apropiada, el estilo de la argumentación y de la narración, la eliminación o no del juicio. Sin embargo, es a causa del cambio de sentido de la historia en las postrimerías del siglo XVIII y de que estaba investida con parte de aquello que antes era resorte de la divina providencia, que su importancia en tanto modo de pensar cambiará considerablemente en las décadas siguientes, terminando en el surgimiento de una disciplina, no solo autónoma sino que se reivindica como científica.

El surgimiento de la filosofía de las Luces, y posteriormente de los grandes cambios revolucionarios provoca sentimientos contradictorios en cuanto a los usos y la utilidad de la mirada histórica. Por una parte existe un rechazo a la historia tradicional, en especial a aquella que estaba reducida a ser auxiliar del soberano, desprovista de perspectiva general y que la mayor parte del tiempo no hacía más que perpetuar el orden establecido, enraizándolo en un tiempo inmemorial, legitimando la perpetuación de una dominación al recurrir al pasado. Por otra parte, existe el surgimiento de un nuevo pensamiento histórico, de una filosofía de la Historia con pretensiones cada vez más holísticas. También existe, durante y después de la Revolución, un gusto, una espera, casi se podría decir una obsesión por la historia que se explica por dos razones esenciales.

En primer lugar, el sentimiento que la ruptura revolucionaria y la aceleración del tiempo alejan de pronto el pasado cuya presencia ya no se da por sentada, como si se tratase de un barco que se dirige a un nuevo mundo desconocido y que ve desdibujarse las riberas conocidas del viejo. En segundo lugar, la necesidad de comprender, de dar sentido e inteligibilidad al estallido revolucionario y a las posibilidades que este abre. Esta ambivalencia entre el rechazo y la espera concierne en primer lugar a la historia contemporánea.

Por ejemplo, el rechazo de la historia tradicional contribuyó al surgimiento de la filosofía de la Historia, término inventado por Voltaire en su obra homónima, publicada en 1765, con el pseudónimo del abad Bazin y que servirá después, en 1769, como "Discurso preliminar" a su *Ensayo sobre las costumbres*[78]. Aun cuando este texto no tiene mucho que ver con una reflexión sobre la historia sino que se presenta como una contra-historia de alcance universal, marca a la vez el acercamiento entre las dos formas de pensamiento, o más bien una suerte de entrada de la filosofía al campo de la interpretación histórica, y una crítica radical de la historia tal como se la practicaba entonces, sometida como estaba al reinado de lo teológico y lo político. "Ustedes querrían que los filósofos hubiesen escrito la historia antigua, porque la quieren leer a la manera del filósofo. No buscan sino verdades útiles, y aún no han encontrado, dicen ustedes, más que errores inútiles". En dos frases introductorias Voltaire denuncia la falta de sentido de historiografía clásica y su pobre credibilidad. D'Alembert le pisa los talones en el mismo momento:

> De esta manera, muy al contrario que la historia deba ser desdeñada por el filósofo, es solo al filósofo a quien le es verdaderamente útil. Sin embargo, existe una clase a la que le resulta incluso más provechosa. La infortunada clase de los príncipes. Me atrevo a emplear esta expresión sin temor a ofenderlos, porque es dictada por el interés que debe inspirar a todo ciudadano la desgracia inevitable de la que son objeto, la de ver siempre a los hombres con máscara, esos hombres que sin embargo les es tan esencial conocer. Por lo menos, la historia los muestra en cuadros, y con figura humana. Y los retratos de los padres les gritan que desconfíen de los hijos. Por lo tanto, ser el benefactor de los príncipes, y por consecuencia del género humano que gobiernan, implica no perder nunca de vista, al escribir la historia, el respeto supersticioso que debemos a la verdad. Huelga decir que jamás se debe permitir alterarla; y conven-

[78] Véase la versión de Éditions Slatkine de 1996, con prefacio de Catherine Volpilhac-Auger.

gamos en que son muy pocos los casos en que se permite silenciarla. ¿Pero de qué manera un historiador que no quiere degradarse ni verse perjudicado evitará todo al mismo tiempo, y el peligro de decir la verdad cuando resulta ofensiva, y la vergüenza de guardar silencio cuando resulta útil? Probablemente, la única respuesta a esta pregunta es que un escritor bajo pena de haber sido convencido o por lo menos sospechoso de mentir, nunca debería dar a conocer al público la historia de su tiempo; así como un periodista no debería hablar de los libros de su país, si no quiere correr el riesgo de perder su honra a causa de sus elogios o sus sátiras. El hombre de letras sabio e inteligente, respetando como se debe a aquellos cuyo poder o mérito tienen al alcance de sus manos hacer mucho bien o mucho mal a sus semejantes, los juzga y los aprecia en silencio, sin animadversión así como sin adulación, por así decir, lleva registro de sus vicios y de sus virtudes, y conserva ese registro para la posteridad que deberá pronunciarse al respecto y hacer justicia. Un soberano que, al subir al trono, vedara, para cerrar la boca de los aduladores, la publicación de su historia mientras estuviese vivo, se cubriría de gloria con dicha prohibición. No tendría que temer ni lo que la verdad osaría decirle, ni lo que podría decir de él; lo alabaría, después de haberlo instruido, y él gozaría de antemano de su historia que no deseaba leer[79].

Evidentemente esta reflexión es central para el tema que nos convoca. D'Alembert parece proclamar que la historia auténtica solo existe si no es contemporánea, en una transposición bastante notable de la evolución anterior. Su planteamiento llega a la conclusión inversa a la de Pascal y aún más a la de Maquiavelo en *La historia de Florencia* anteriormente citada, aunque las premisas acerca de las relaciones entre poder y verdad resulten comparables. Mientras más nos adentramos en el tiempo de la Razón, que presencia la victoria de la historia filosófica por sobre la historia erudita, *a fortiori* la historia contemporánea, demasiado dependiente de las realidades de su tiempo, comienza a volverse sospechosa. Desde entonces, es la proximidad, la ausencia de distancia la que perjudica la perspectiva. Esta

[79] D'Alembert Jean Le Rond. *Réflexions sur l'Histoire, lues à l'Académie Française dans la séance publique du 19 janvier 1761*, en *Œuvres complètes de d'Alembert*, Paris, A. Belin, 1821-1822, 4 vol., tomo II, 1ª parte, pp. 1-10. Texto reproducido en *Réflexions sur l'histoire, et sur les différentes manières de l'écrire*, <http://www.eliohs.unifi.it/testi/700/alemb/reflect.html>, edición en línea de Guido Abbattista para Cromohs (Cyber Review of Modern Historiography), enero de 1997. Las palabras destacadas son del autor.

evolución no solo es notable porque desarrolla argumentos contra la posibilidad misma de escribir una historia contemporánea acerca de los hechos que pretende describir y analizar, sino porque, al hacerlo, esta crítica revela el corte entre el pasado reciente y el pasado lejano, y sin duda contribuye a crearlo incluso antes de la ruptura social y política de la Revolución. A mi parecer, lo importante es que se comienza a identificar a la historia contemporánea como relativamente singular, en todo caso, como presentando características particulares, lo que significaría que es su propia aparición, en el campo intelectual, el detonador de las reacciones más argumentadas de su necesario rechazo. Se trata de una hipótesis, como vimos al comienzo de este capítulo, formulada por Pierre Nora, pero para fines del siglo XIX. Sin embargo esta característica de una práctica que surge solo para ser de inmediato objetada es concebida mucho antes, principalmente en Alemania, y parece unida al surgimiento de una disciplina histórica que se pretende ciencia, a la vez que a los inicios de la profesionalización del oficio de historiador. Ambas consecuencias más o menos directas del cambio de historicidad operado entre los siglos XVII y XIX. Por lo tanto, este rechazo no se relaciona con la historia de la Tercera República, y aun menos con la especificidad del contexto francés.

El surgimiento mismo de la historia como disciplina autónoma vuelve sospechosa de golpe una historia contemporánea que, hasta ese momento, formaba parte intrínseca de la mirada y la práctica de los historiadores. Una vez la Revolución provisoriamente terminada, aquello que constituía un elemento sin discusión de la reflexión histórica –la consideración del tiempo presente, un tiempo presente no separado del pasado– se vuelve un problema. En primer lugar se trata de un problema político. Por ejemplo, en Francia, durante la Restauración, los programas escolares dudan acerca de la duración que se debe acordar al periodo revolucionario. En 1818, para los alumnos de tercer año de liceo y para los alumnos de segundo año de liceo en 1826, las directrices preconizan de abarcar hasta "nuestros días" una noción relativamente nueva no en la práctica pero sí en su denominación. Por el contrario, en 1828 en el programa de las clases de tercer año de liceo, el ciclo de enseñanza de la historia termina con el comienzo de la Regencia en 1715. Estas vacilaciones reflejan las divergencias entre los liberales, como Adolphe Thiers, que recomienda estudiar la Revolución y analizar sus causas para evitar una posible repetición, y los ultraconservadores, como Joseph de Maistre, que ve en esta un accidente o un castigo divino que conviene analizar como un paréntesis. En general, los debates sobre la historia reciente gatillan reacciones antagónicas y contradictorias a la vez. Al rechazo de los valores revolucionarios y al temor de verlos transmitirse

a las futuras generaciones se opone la voluntad de reconciliación conforme a la política de amnesia voluntaria proclamada por la Carta constitucional de 1815. Frente a la realidad cada vez más constreñida respecto de la imposibilidad de volver a la situación anterior o incluso acerca del deseo de dar vuelta la página, aparece la preocupación por mantener, pese a todo, la secuencia revolucionaria en una cercanía no "histórica" aún, para facilitar una reescritura del pasado, por ejemplo mediante la restitución de los bienes confiscados[80]. Después, especialmente gracias al impulso de Victor Duruy, la enseñanza del pasado cercano se convertirá en un elemento esencial de la formación de los jóvenes liceanos, así como la enseñanza de la historia general conoce una forma de empoderamiento, en particular respecto de la situación de la historiografía, al responder a misiones cívicas específicas:

> [El programa de las clases de filosofía] debe extenderse desde 1789 hasta nuestros días, para que aquellos que dentro de unos años lleven los asuntos de nuestro país, sepan de qué manera ha vivido este país [...]. Nuestra sociedad actual, con su organización y sus necesidades, data de la Revolución y, para comprenderla bien, así como para servirla correctamente, hay que conocerla bien[81].

Esta nueva manera de concebir la contemporaneidad, en un contexto de aceleración del tiempo, plantea también problemas intelectuales y hace que ciertos historiadores se vuelvan más circunspectos. "Así dudan escribir historias modernas, escribe Reinhard Koselleck, en especial aquellas que, como se acostumbraba, deben extenderse hasta la "historia del tiempo presente" (*Zeigeschichte*)"[82]. La ausencia de un presente estable, de un punto fijo desde el cual tener una mirada retrospectiva, constituye el primer obstáculo. Se comienza a entender que la escritura de una historia que se prolonga en el tiempo presente, en adelante incierto, solo puede ser concebida como una historia inacabada, en suspenso. En esta acepción, el tiempo, al ser provisorio, no puede ser instalado en la historia. "Por doquier, en la vida civil, política, religiosa y

[80] Cf. Garcia Patrick y Leduc Jean. *L'Enseignement de l'histoire en France de l'Ancien régime à nos jours*, París, Armand Colin, 2003, pp. 38-44. Véase igualmente Koselleck Reinhart. *Le Futur passé. Contribution à la sémantique des temps historiques*, trad. fr. Jochen y Marie-Claire Hoock, Paris, Éditions de l'EHESS, 1990 [1ª ed.: Francfort, Suhrkamp, 1979], p. 51. Agradezco a Sylvie Aprile y a Emmanuel Fureix por sus consejos durante este periodo.

[81] "Instruction relative à l'enseignement de l'histoire contemporaine dans la classe de Philosophie des Lycées impériaux", 24 de septiembre de 1863, citado por Patrick Garcia y Jean Leduc, *L'Enseignement de l'histoire en France de l'Ancien régime à nos jours*, *op. cit.*, p. 79.

[82] Koselleck Reinhart. *L'Expérience de l'histoire*, *op. cit.*, p. 83.

financiera, ¿la situación no es acaso provisoria? No obstante, la finalidad de la historia no es lo que sucede sino lo que sucedió", escribe Gustav Poel[83]. La historia puede y debe ser escrita teniendo en cuenta el tiempo transcurrido. Entonces, en adelante, una historia del tiempo presente parece imposible para toda una corriente historiográfica" dado que contribuiría al máximo a desencadenar una querella partisana". Desde entonces, "no se puede esperar nada durable, ninguna historia verdadera a partir de una historia escrita hoy en día". Y Koselleck se refiere a "las palabras amargas" de Friedrich Christoph Dahlmann en sus escritos de 1847: "La historia es demasiado distinguida para llegar hasta nuestros días"[84].

Aquí es importante destacar que las principales objeciones que se harán a partir de mediados del siglo XIX, en cuanto a las ambiciones de escribir una historia contemporánea, a saber: la ausencia de la capacidad de retroceder, el ardor de las pasiones, la falta de finalización de los procesos observados, decantan muy directamente no tan solo del surgimiento de una historia científica y de una disciplina profesionalizada, sino también del rechazo a la historia clásica, consecuencia de la sombra presente de una Revolución que trastocó el orden del tiempo. Estamos en presencia de una reacción intelectual y emocional al mismo tiempo, de una dificultad para pensar el mundo tras una tamaña conmoción, a menos que se vuelva a replantear toda la disciplina, algo que efectivamente sucederá, pero progresivamente. Las objeciones que surgen respecto de la posibilidad de escribir una historia del tiempo presente parecen aún más notorias por cuanto esta forma de escepticismo se desarrolla concomitantemente a un movimiento inverso. Este, por el contrario, lleva a los contemporáneos de la Revolución a prestar gran atención en la historia, es decir, en un mundo que fue devorado de repente, ya sea que esto nos alegre o nos lamentemos. Es una de las razones de que el siglo post revolucionario se convirtiese en el siglo de la historia, en el de los historiadores-escritores (Michelet) o de los escritores-historiadores (Dumas), de los historiadores-políticos (Thiers, Von Humboldt), de los historiadores-filósofos (Droysen, Tocqueville). Es también el siglo de la invención del archivo, del patrimonio y del nacimiento de las primeras "políticas de memoria" gracias a la aparición de las grandes campañas de excavaciones arqueológicas o de la construcción de museos y otras instituciones a cargo de preservar el pasado. Fenómeno europeo que caló particularmente en Francia, donde los his-

[83] *Ibidem* Gustav Poel, en una discusión con sus colegas Johann Georg Rist y Friedrich Christoph Perthes, se pregunta por la posibilidad de escribir, hacia 1820, una *Histoire des États européens*.

[84] *Ibidem*, pp. 83 y 84. El aforismo no deja de recordar la posición de un Bernard Guenée, citado *supra*.

toriadores se dieron la misión de escribir un relato coherente que hiciese el nexo entre el pasado y el presente, entre los distintos componentes de una sociedad fracturada, que diera sentido a la discontinuidad experimentada, e incluso preparase el juicio de la posteridad.

A partir de entonces se volvió una tarea primordial el concebir una historia que explique la ruptura revolucionaria y logre articular conjuntamente las partes disgregadas de la historia de Francia. De la historia se espera tanto que permita comprender los conflictos que dividen a los franceses, como aquello que los une. Ante la fragilidad de los gobiernos y de las instituciones políticas, a la repetición compulsiva del gesto revolucionario que enfrenta incluso a los herederos de la Revolución entre ellos, los historiadores se dan cuenta que detentan un fantástico magisterio, aquel de decir la verdad de Francia. Por algún extraño giro de los acontecimientos, el especialista del pasado es visto como un profeta[85].

Otro rasgo característico que será recurrente es que en ese momento la historia, en el sentido más amplio del término, se volverá más importante, y además la historia del tiempo presente se desarrollará por doquier a pesar de las sospechas y del rechazo de algunos. La Revolución obsesiona demasiado las mentes, y lo hará por largo tiempo, desalentando a las plumas más curiosas o las más implicadas. La Revolución provocó la aparición de una historiografía sumamente precoz desde los primeros años del siglo XIX, como sucedió con *La historia de Francia desde la Revolución de 1789* de Emmanuel de Toulongeon, a comienzos del Imperio. El autor recomendaba relatar "no tan solo aquello que sabe, sino también aquello de lo que se puede enterar; no tan solo aquello que vio desde donde estaba, sino también aquello que hubiese podido ver de estar en todos los posibles lugares donde estaban los espectadores"[86]. Nos encontramos aquí con una tradición ancestral, la del historiador testigo, el historiador que escribe desde su propia experiencia; el historiador contemporáneo que, de Tucídides a Pascal, se propone producir una historia "digna de su nombre". Sin embargo, también vemos la huella del progreso de la historiografía, la utilización de las fuentes y el razonamiento especulativo que utiliza la imaginación: "aquello que se pudiese haber visto". Lo que es cierto para la

[85] Delacroix Christian; Dosse François y Patrick Garcia. *Les Courants historiques en France XIXe-XXe siècle*, Paris, Gallimard, col. Folio Histoire, ed. revisada y aumentada, 2007 (1ª ed: Armand Colin, 1999), p. 12.

[86] Toulongeon Emmanuel de. *Histoire de France depuis la Révolution de 1789 écrite d'après les mémoires et manuscrits contemporains, recueillis dans les dépôts civils et militaires*, Paris, Didot, 1803, citado por Sophie-Anne Leterrier, *Le XIXe siècle historien. Anthologie raisonnée*, Paris, Belin, 1997, p. 20.

Revolución, objeto de la historia trascendental a lo largo del siglo XIX, lo es para la Restauración, puesto que las primeras historias de este periodo también se escriben al fragor de los acontecimientos. Así, en una década, Charles de Lacretelle pudo escribir una *Historia de la Revolución Francesa* en ocho volúmenes, entre 1824 y 1826, y una *Historia de Francia después de la Restauración*, publicada entre 1829 y 1835, obra que toma elementos del relato histórico, del testimonio personal y del periodismo. Y lo que resulta cierto para la Restauración lo es también para las secuencias posteriores, como sucedió con la célebre *Historia de diez años* de Louis Blanc, una mirada panfletaria de los comienzos del reinado de Luis Felipe de Orleans. La proliferación de trabajos acerca de la historia contemporánea se debe en parte a la trascendencia del acontecimiento revolucionario, pero muestra también la banalización de un género literario que se desarrolla a lo largo del siglo, en el contexto de un orden social y político convulsionado. Se trata de una historiografía a menudo informada, basada en corpus de fuentes, recopilaciones de documentos oficiales, pero también casi siempre comprometida con uno u otro bando, atravesada completamente por las pasiones políticas heredadas de la propia Revolución y sus secuelas, por lo tanto marcada por la presión entre la voluntad de entender y la necesidad de tomar partido. La originalidad del periodo post revolucionario no reside tan solo en el desarrollo de una nueva forma de historia contemporánea, sino, y sobre todo, en el hecho que esta se convierte en arma predilecta de los combates políticos e ideológicos. El análisis del presente o del pasado cercano, la historia que se está construyendo y de la cual se debe sacar lecciones para la acción a corto plazo, con el fin de transformar el mundo y no solo interpretarlo (Marx) se transforman en elementos esenciales de un pensamiento político y de una filosofía política desde entonces profundamente alimentados de historicidad.

El rechazo paradójico de fines del siglo XIX

El último tercio del siglo XIX ve la emergencia de nuevas escuelas históricas que capitalizan la evolución de una y otra parte de la Revolución. Sin detallar una historia conocida, mencionaré aquí algunas características significativas para mi planteamiento. Una vez que la historia dejó atrás su estatus de arte menor en el mundo occidental para adquirir su autonomía, se erigió poco a poco como disciplina científica. No todos los historiadores comparten la posición radical de un Fustel de Coulanges, quien ve en ella una "ciencia pura, una ciencia como la física o la geología", la ciencia de los hechos pasados que queda, sin embargo,

por constituirse como tal[87]. No obstante, desde entonces, son muchos quienes la consideran como un verdadero oficio que requiere una profesionalización, otro rasgo relevante de la época que presencia la creación de nuevos diplomas, nuevas cátedras, nuevos vectores de difusión del saber (revistas, sociedades científica,...), en las universidades francesas, alemanas o norteamericanas. Este conocimiento histórico de un género relativamente nuevo está basado en métodos normados, en particular en el trabajo sistemático a partir del corpus de archivos o de textos que exigen un rigor y un tecnicismo mayores. La retórica y la elocuencia ya no son suficientes y estas nuevas generaciones –Wilhelm von Humboldt, Johann Gustav Droysen o Leopold Ranke, en la Alemania del primer tercio del siglo XIX; Charles-Victor Langlois, Charles Seignobos o Ernest Lavisse, en la Francia de la Tercera República– denuncian no solo la proximidad demasiado grande entre la historia y al literatura, encarnada por un Michelet, sino también se desmarcan de la filosofía de la historia y de la influencia de un Kant o de un Hegel, como un "disfraz laico de la vieja teoría teológica de las causas finales"[88]. En lo sucesivo, a consecuencia del corte revolucionario entre pasado y presente, la labor del historiador deja de ser la de proveer de ejemplos de buena conducta a las acciones humanas mediante el estudio de un pasado ejemplar, ontológicamente vinculado al presente; y pasa a ser la de exponer las huellas de un pasado terminado, que resulta imperativo conocer para no escindirse por completo de las anteriores generaciones. La disciplina ya no sirve para para mantener la continuidad, sino más bien para atenuar los efectos de las rupturas de la Historia. Su rol ya no es mantener una tradición que en el pasado dependía de la naturaleza de las cosas, sino anclar el presente y el incierto futuro en una continuidad con la cual se trata de reconectar con un pasado, aquel anterior a la Revolución, que de no ser objeto de investigaciones sistemáticas y avanzadas por parte de nuevos especialistas, corre riesgo de desaparecer de la memoria colectiva. De ahí que la labor prioritaria del historiador debe ser "presentar lo que realmente sucedió", retomándolo de la manera "más pura y perfecta"[89]. Este credo, que parece revincularse con una concepción ancestral de

[87] Fustel de Coulanges Numa-Denys. "Leçon inaugurale en Sorbonne" (1875), reeditado en Hartog, François, *Le XIXe siècle et l'histoire. Le cas Fustel de Coulanges*, París, Presses universitaires de France, 1988, pp. 341-342, citado por Christian Delacroix, François Dosse y Patrick Garcia, *Les Courants historiques en France XIXe-XXe siècle*, *óp. cit.*, [p. 76].

[88] Langlois Charles-Victor y Seignobos Charles. *Introduction aux études historiques* (1897), reedición: París, Kimé, 1992, prefacio de Madeleine Rebérioux, *ibidem*, [p. 54].

[89] Humboldt Wilhelm von. "Über die Aufgabe des Geschichtschreibers" (1821), reedición: "On the Historian's task", *History and Theory*, vol. 6, n° 1, pp. 57-71. La cita fue incluida por Leopold Ranke en 1824. Es la primera frase de esta conferencia pronunciada en la Academia de Prusia por el fundador de la Universidad de Berlín (1810), que hoy lleva su nombre.

la historia en tanto "relato verídico de los hechos pasados", fue con posterioridad denunciado como "positivista" y parece en la actualidad pasado de moda. Es olvidar su pertinencia menos como canon atemporal y universal del oficio del historiador –que entonces se trata de fundar– que como proyecto intelectual en el contexto posrevolucionario, el pretender explicar aquello que "realmente" pasó en los tiempos antiguos cuando la erupción revolucionaria y las guerras napoleónicas convulsionaron por completo el mundo en el cual vivían estos historiadores, los marcos tradicionales de interpretación se volvieron obsoletos y numerosas huellas desaparecieron o parecieron haberlo hecho (todo lo cual no era evidente). Atormentados por el miedo de ser escindidos del pasado y criticando la filosofía de la historia que se desarrolla en la misma época, estos historiadores inventan el principio de la mirada distante –distante respecto de las pasiones, las mitologías y la aceleración del tiempo vivido. Los historiadores recientes del tiempo presente, aunque alimentados con historia estructural e influenciados por la hermenéutica contemporánea en las antípodas del positivismo (o de su caricatura), debieron también enfrentar la labor primordial de reconstituir "aquello que realmente pasó" durante la primera mitad del siglo XIX, en un universo cognitivo donde las pasiones, la memoria larga y sufriente por causa de las grandes catástrofes, el miedo de ver desaparecer las huellas o los recuerdos, las mitologías de toda clase, inclusive la negación de hechos históricos masivos, estuvieron particularmente arraigados. Aun cuando en ambos casos el pasado cercano constituyó un desafío central en el espacio público, un espacio público que precisamente comienza a surgir inmediatamente después de la Revolución, no desempeñó el mismo papel en la historiografía científica, puesto que la escritura de un tiempo presente en el siglo XIX, sobre todo aquella acerca del estallido revolucionario –e incluso por su causa– provocaba sentimientos ambivalentes y contradictorios. Pierre Nora fue uno de los primeros en insistir respecto de la paradoja de una historiografía que es rechazada justo cuando aparece, en su anteriormente citado artículo de 1978, consagrado al "Presente" como categoría especial:

> [La expresión] "No habrá historia *contemporánea* mientras solo haya historia del pasado", es una contradicción terminológica. De hecho, nunca se ha encontrado la historia contemporánea en sí misma. No se trata sino de una continuación, de un corte escolar heredado en Francia de los inicios de la Tercera República, que la ubica temporalmente, no sin un trasfondo verdadero, desde la Revolución francesa, pero ¿quién podría considerar un programa escolar como una verdad científica? [...] La hipótesis que quisiéramos proponer aquí es que la historia contemporánea –esta historia sin objeto, sin estatus y sin definición– no es el mero apéndice temporal

> de una historia segura de sí misma, sino otra historia cuya especificidad es precisamente dada por la exclusión de lo contemporáneo del campo de la historia. En otras palabras, la división entre presente y pasado del que depende, fundada en una concepción lineal de la historia, pertenece en sí misma al pasado; a un pasado que aún pesa sobre el presenta pero que no basta para definirlo. La aparición de un presente histórico coincidiría entonces con su expulsión del campo de la historia, su exilio, su coacción, su represión. Y la marca de su exclusión sería la señal de su advenimiento. Existe una correlación histórica tan estrecha entre el surgimiento de una historia "contemporánea" y su conjuración, que la historia contemporánea solo podría ser descifrada a pedazos, en un movimiento que niega la amenaza de esta además de borrar su novedad[90].

La constatación descansa en gran parte en elementos comprobados, aun cuando el rechazo o cuando menos la ambivalencia respecto de la historia contemporánea como género es varias décadas anterior, como se ha visto previamente, con el surgimiento de la escuela metódica francesa. La sospecha data desde los días posteriores al acontecimiento original y, por lo tanto está más relacionada con la propia convulsión que provocó y con el periodo posrevolucionario que con la creación, mucho más tarde de una historiografía científica y profesionalizada, incluso si esta última dará consistencia y argumentará las razones por las cuales se debe mantener a distancia esta parte de la disciplina. Mientras el pasado, el presente (y el futuro) se concebían en un mismo *continuum*, ya fuese cíclico como en el caso de los griegos, o lineal como en el eterno presente medieval, la noción de historia contemporánea no tenía mucho sentido pues no había razón para singularizarla, y de ahí la débil retención del concepto si bien el pasado reciente era efectivamente tomado en cuenta... Por el contrario, después del corte revolucionario la historia cercana se identificó con el periodo de transición entre el mundo antiguo y el mundo nuevo, adquirió una singularidad única gracias a los estudios, la literatura y la enseñanza, y fue porque se singularizó que pudo provocar formas de rechazo como respuesta: se excluye aquello que parece diferente y no aquello que es similar. Es porque una vez terminada la Revolución la historia con pretensiones científicas quiere dedicarse principalmente, sin lograrlo en realidad, al único pasado terminado, en que la posibilidad de una historia también científica

[90] Nora Pierre. "Présent", *óp. cit.*, p. 467. Los términos destacados son del autor. Pierre Nora se inscribe en la senda de Charles-Olivier Carbonell, *Histoire et historiens. Une mutation idéologique des historiens français*, Toulouse, Privat, 1976.

del pasado cercano suscita reservas. Solo la historia diplomática, sobre todo después de la guerra de 1870, escapa a esta norma, con figuras como Albert Sorel, autor en 1875 de una historia de la guerra franco-alemana, tras la publicación de siete volúmenes sobre la historia de Europa y de la Revolución[91].

Las muestras de este temprano rechazo son numerosas y a menudo plasmadas en los estudios historiográficos sobre la historia en general o la historia del tiempo presente. "En 1900, escribe Gérard Noiriel, más de la mitad de los historiadores universitarios franceses son medievalistas y en la École Pratique des Hautes Études (EPHE), institución donde en ese entonces se realizaba la investigación de punta en ciencias humanas, solo dos de unos cincuenta seminarios trataron acerca del periodo posterior a 1500"[92]. En Alemania los historiadores más renombrados e influyentes también son clasicistas y medievalistas. Desde su fundación, en 1886, hasta después de la Primera Guerra Mundial, la *English Historical Review*, una de las principales revistas inglesas de historia, no publicó ningún artículo sobre la historia inglesa después de 1852 o sobre la historia europea después de 1870. De la misma manera, los cursos impartidos en la Modern History School de Oxford excluían la historia política inglesa después de 1837 y la historia general después de 1878; una exclusión temporal acompañada de una reducción de la temática estudiada, puesto que, por ejemplo, el estudio de India se limitaba al de los colonos ingleses, y el de China al del comercio occidental:

> Esta exclusión de la historia contemporánea en los estudios universitarios tuvo serias consecuencias prácticas. La clase gobernante inglesa [...] hacía su entrada en la política, en el servicio público o en su profesión, sabiendo más sobre Grecia antigua o Roma que sobre la situación del mundo contemporáneo. A fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, una docena de corresponsales de prensa comprendían mejor que la mayoría de los miembros influyentes de los gabinetes británicos los peligros que amenazaban la paz en Europa[93].

Sin embargo la situación es diferente en Estados Unidos, donde la práctica de la historia no parece ni tan problemática ni tan diferenciada como lo fue

91 Cf. Noiriel Gérard. *Qu'est-ce que l'histoire contemporaine?, op. cit.*, p. 52.

92 *Ibidem*, p. 13. Gérard Noiriel retoma el análisis de Louis Halphen, *L'Histoire en France depuis cent ans*, Paris, Armand Colin, 1914, que muestra cómo la nueva generación de historiadores se interesó prioritariamente en el estudio de la Antigüedad y de la Edad Media.

93 Woodward Llewellyn. "The study of contemporary history", en *Journal of Contemporary History*, vol. 1, n° 1, enero de 1966, pp. 1-2. En el capítulo siguiente vuelvo sobre la creación de esta revista.

en Europa. Resulta incluso un contra ejemplo interesante respecto de las problemáticas aquí tratadas. En su libro más importante acerca de la evolución de la historiografía americana, Peter Novick muestra cómo a fines del siglo XIX la historia se transforma también en una profesión con procedimientos de validación propios, mallas curriculares y organizaciones propias –La American Historical Association es fundada en 1884– y sobre todo con una ideología dominante, a saber: la pasión por la objetividad. Por objetividad se debe entender la idea según la cual los hechos históricos existen previamente a la interpretación y que esta debe ser constatada la luz de los hechos; que la verdad es una, que la historia da cuenta de un descubrimiento y no de una construcción; por último que a pesar que existan diferentes apreciaciones por parte de distintas generaciones de historiadores, el sentido de los acontecimientos permanece inalterado[94]. El modelo alemán y la escuela metódica francesa influenciaron fuertemente dicha historiografía. Un clásico en EE.UU hasta la Segunda Guerra Mundial, *Introduction aux études historiques* (Introducción a los estudios históricos) de Langlois y Seignobos se tradujo en 1898, un año después de su publicación en Francia, comenta Peter Novick, aun cuando las referencias epistemológicas son un tanto diferentes: la creencia en la historia como una ciencia objetivable se inclinó más hacia los preceptos de Francis Bacon: primacía del empirismo, recelo respecto de las hipótesis, empleo de la taxonomía –nombrar, clasificar, describir[95]. No obstante, a pesar de esta pasión, no se percibe ni suspicacia ni rechazo puntual respecto de la historia contemporánea. Por el contrario, a fines del siglo XIX esta historia está particularmente viva, aun cuando la reconciliación nacional y los problemas producto de la reconstrucción de las zonas devastadas después de la Guerra Civil siguen siendo un desafío. Así Peter Novik muestra cómo los historiadores del Norte y del Sur terminaron por encontrar una suerte de "consenso", con un sesgo preponderantemente racista y nacionalista, a su parecer[96]. Lo importante aquí es retener que en el estudio de la historia de la historiografía norteamericana, aun cuando notable y casi exhaustivo, el tema de la legitimidad de la historia contemporánea ni siquiera se abordó. Esto tiene que ver con una constatación muy fácil de observar en la actualidad: hoy como en el pasado, los debates teóricos acerca de la definición o delimitación de la historia contemporánea, que inquieta a los historiadores, por lo menos en Francia, en Alemania, en Italia, en los países de Europa Oriental, o en América Latina, parece no ser

[94] Novick Peter. *That Noble Dream. The "Objectivity Question" and the American Historical Profession*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, p. 3.

[95] *Ibidem*, respectivamente pp. 34 y 37-38.

[96] *Ibidem*, pp. 75-78.

tema en EE.UU, donde la historia contemporánea parece practicarse "naturalmente", sin un cuestionamiento epistemológico en particular. ¿Habrá que atribuir esto a una tradición historiográfica aparentemente más "empírica" u orientada a otros temas estructurales (la etnia, el género, la mundialización)? ¿Será la consecuencia de una historia nacional que se desplegó esencialmente en la "época contemporánea", en la acepción europea del término, por lo tanto en la vertiente histórica posrevolucionaria? Es posible, sin embargo, por una parte, que dichas características no impidieron que la historiografía norteamericana produjera generaciones de medievalistas y modernistas de renombre internacional. Por otra parte, la historia "nacional" norteamericana adquirió una mayor profundidad temporal desde que su interés apuntó a la historia de las comunidades indígenas, instaladas en su territorio desde antes de la llegada de los europeos. Por lo tanto, no existe ninguna relación de causalidad entre el hecho que, a fines del siglo XIX, EE.UU era aún un país "joven" y la ausencia de un rechazo a la historia contemporánea. Esto resulta todavía más notable puesto que los historiadores norteamericanos de la época adoptaron con vehemencia los principios positivistas europeos. Sin embargo no importaron todos los prejuicios, demostrando así que los principios metódicos se podían ajustar muy bien a una práctica de la historia contemporánea.

Entre las razones del rechazo a la historia contemporánea en Francia o en Alemania, a fines del siglo XIX, existen, en primer lugar, cuestiones de distinción (gremial), un mecanismo banal en toda actividad en vías de profesionalización. A mayor distancia del presente, la investigación histórica parece más difícil –o así se la declara– por falta de un número suficiente de huellas. Y mientras más requiere del conocimiento de lenguas y textos clásicos, alimento de los universitarios, contrariamente a lo que sucede con los historiadores "amateurs" o no profesionales, más fácil resulta excluirlos y proteger un medio científico en vías de formación. Es uno de los argumentos invocados por Louis Halphen, quien piensa que la historia contemporánea tiene a ojos de los metódicos el inconveniente de ser "accesible demasiado fácilmente" y por tanto estar abierta a la "legión de buscones que picaban en el anzuelo de todo lo inédito, algo que abunda hasta en los archivos más paupérrimos"[97]. Entonces se debe establecer una frontera entre lo que proviene de lo "científico", de una élite universitaria, y aquello que proviene de la "literatura" o de la "política", o incluso de una persona cualquiera, para constituir un verdadero grupo de profesionales de la historia. Nos encontramos con una situación que los historia-

[97] Halphen Louis. *L'Histoire en France depuis cent ans*, citado por Gérard Noiriel, *Qu'est-ce que l'histoire contemporaine?*, *óp. cit.*, p. 13.

dores profesionales del tiempo presente conocen bien en la actualidad, dada la competencia consciente o no que representan los periodistas, los bloggers, los historiadores aficionados o militantes, e incluso cualquier ciudadano interesado por el pasado. Esta competencia es bastante más limitada cuando se trata de la historia medieval o incluso de la historia moderna, una materia cuyo acceso resulta efectivamente más difícil que el de la historia cercana. También debemos mencionar la división del trabajo establecida entonces entre esta nueva disciplina histórica dedicada al pasado lejano y la sociología, por definición, más abocada a lo contemporáneo. Se trata de una definición no tan solo práctica sino también teórica que acarreará un cuestionamiento acerca de los supuestos de la escuela metódica y del corte que estos establecen entre el pasado y el presente. Dicha oposición entre, por una parte, un método histórico orientado hacia el pasado concluido y fundada en el corte entre el pasado y el presente, y, por otra parte, una "ciencia social" emergente que considera el tiempo como un constructo social y una variable entre otras para comprender las sociedades, contribuye a hacer el estudio del mundo contemporáneo todavía más difícil en la historiografía. Por cierto, en los años 1920, la *Escuela de los Annales* contribuirá a transformar la disciplina histórica en una ciencia social, así como en una ciencia humana, y desechará buena parte de esos prejuicios. Desde la publicación del primer número de la revista, el 15 de enero de 1929, Marc Bloch y Lucien Febvre denuncian en su editorial esta división implícita del trabajo que deja el pasado a los historiadores y el estudio de las sociedades y las economías contemporáneas a otros. Pero esta división va a perdurar, sin embargo, hasta el último tercio del siglo XX y no desaparecerá sino cuando surja una nueva historia del tiempo presente.

El rechazo se explica por el surgimiento de un nuevo marco intelectual y cognitivo que revela los límites y dificultades propios de una historia del tiempo presente. Éstos no son precisamente nuevos, pero adquieren una configuración particular en el contexto posrevolucionario. Al darse como misión comprender el pasado concluido los historiadores deben confrontarse cada vez más al tema de la alteridad: escribir sobre la historia del pasado, ya no se trata de reconstituir una genealogía que llega hasta el presente, ni hacer la historia del mismo, sino sumergirse en un mundo diferente, a veces absolutamente ajeno a quien escribe. Sin embargo esto no significa que existiría una diferencia de naturaleza entre hechos antiguos y hechos recientes, como recalca Charles Seignobos, en un texto considerado como uno de los manifiestos de la escuela metódica:

> Sin embargo, a partir del momento en que se busca delimitar en la práctica el campo de la historia, a partir del momento en que se intenta trazar límites entre una ciencia histórica de los hechos humanos del pasado y una cien-

> cia actual de los hechos humanos del presente, se hace evidente que dicho límite no puede ser establecido, porque en realidad no existen hechos que sean históricos por su naturaleza, como sí los hay fisiológicos o biológicos. En el registro coloquial la palabra "histórico" aún se entiende como antiguo: digno de ser contado; en ese sentido se dice un "día histórico", un "término histórico". No obstante, se abandonó esa acepción: todo incidente pasado forma parte de la historia, tanto la vestimenta de un campesino del siglo XVIII como la toma de la Bastilla; y los motivos que hacen parecer un hecho digno de ser mencionado son infinitamente variables. La historia abarca el estudio de todos los hechos pasados, políticos, intelectuales, económicos, que en su mayoría pasaron inadvertidos. Parecería entonces que los hechos históricos podrían definirse así: los "hechos pasados", en oposición a los hechos actuales que son el objeto de las ciencias descriptivas de la humanidad. Es precisamente esa oposición la que resulta imposible mantener en la práctica. Ser presente o pasado no constituye una diferencia de carácter interno que dependa de la naturaleza de un hecho: no es sino una diferencia de posición respecto de un observador determinado. La revolución de 1830 es un hecho pasado para nosotros, pero presente para quienes la hicieron. Y de la misma manera, la sesión de ayer en la Cámara ya es un hecho pasado. De ahí que no existen hechos históricos por naturaleza propia; solamente existen hechos históricos por su localización temporal. Es histórico todo hecho que no puede ser observado en directo porque dejó de existir. No existe un carácter histórico inherente a los hechos, lo único histórico es la manera de conocerlos. La historia no es una ciencia, sino tan solo un método de conocimiento[98].

No se trata entonces de un rechazo de la historia contemporánea por su naturaleza. El hecho de considerar, por ejemplo, que los debates de "ayer", en la Cámara, ya son pasado, es una manera de suponer que estos pueden entrar en el campo de observación del historiador. Pero en la medida en que esta nueva historia se define como un "conocimiento por medio de huellas", se convierte en un conocimiento indirecto –como el conocimiento mediado del Renacimiento– elaborado a partir de fuentes escritas que no son accesibles enseguida para el historiador. Este no puede aprehender una realidad que le resulta *a priori* ajena, sino gracias a un esfuerzo de abstracción e imaginación, las bases de la nueva crítica de textos. En esta perspectiva que hace del mé-

[98] Seignobos Charles. *La Méthode historique appliquée aux sciences sociales*, París, Felix Alcan, 1909, pp. 2-3.

todo más que de los objetos estudiados (incluso si los metódicos tienen una preferencia por la política) la base del nuevo oficio del historiador, el pasado cercano no puede formar parte de su campo de investigación, dado que la tarea que se le asigna oficialmente consiste en estudiar lo que ya no existe: "es histórico todo hecho que ya no puede ser observado en directo porque dejó de existir". Ciertamente Seignobos no dice que un hecho presente, no histórico según su definición, no puede también ser estudiado; no obstante esa no es la tarea prioritaria del historiador, al menos en la corriente científica de su actividad. Asimismo, no se trata de adherir de manera beata a un principio de objetividad. Los metódicos están perfectamente advertidos del hecho que la historia es en parte un "constructo" para emplear el término actual, una forma asumida de "problematización" antes de llevarla al escrito; un punto recalcado tempranamente por la nueva historiografía alemana:

> Toda investigación empírica se ajusta a los datos hacia los que se la orienta. Y puede orientarse solo gracias a los datos que, por su presencia inmediata, se prestan a una percepción sensible. Los datos de la investigación histórica no son las cosas pasadas (porque dichas cosas son del pasado), sino aquello aún no concluido, aquí y ahora –ya sea que se trate de recuerdos o de vestigios de aquello que fue y sucedió antes[99].

Pero si el historiador está obligado a asumir su posición anacrónica respecto de los objetos que estudia y así medir la diferencia entre las cosas pasadas y su huella o impronta, en la gran tradición agustiniana, su propio presente y su propia experiencia pueden transformarse en obstáculos por superar para escribir la historia, ya que se trata prioritariamente de situarse en la perspectiva de los hombres y mujeres del pasado para entender su universo, su forma de pensar, de actuar, de sentir: se trata del principio de empatía histórica teorizada por la historiografía alemana. El historiador deberá entonces ejecutar un esfuerzo de imaginación y distanciamiento para intentar brindarle de nuevo su forma original pasada a la huella presente. Es así como debe desapegarse de su propia contemporaneidad, por tanto de toda su propia subjetividad o una parte de esta –de ahí la importancia de la objetividad histórica en la historiografía de esa época. Llevada a su extremo, esta posición puede desembocar en una forma de cientificismo a la cual los metódicos no adhieren puesto que la separación entre pasado y presente es, para ellos, más relativa que absoluta al decantar en primer lugar de la posición del historiador y no

[99] Droysen Johan Gustav. *Précis de théorie de l'histoire, op. cit.*, p. 41.

de una concepción ontológica del tiempo. Así Foustel de Coulanges pudo escribir: "al leer los trabajos de los modernos sobre la antigüedad, mi primera reacción, lo confieso, es dudar porque reconozco demasiado a menudo pensamientos muy modernos. Pero al leer a los antiguos, mi primera reacción es creer, y les creo tanto más cuanto que sus ideas son más lejanas a las mías[100]". La posición anacrónica del historiador, así como su necesidad de tener que considerar el pasado como una alteridad pueden conducir ya no tan solo a una sospecha respecto de la historia contemporánea, sino a la afirmación de una imposibilidad radical:

> Nuestra mirada sobre las cosas presentes está siempre trastocada por algún interés personal, un prejuicio o una pasión. Ver correctamente es casi siempre imposible. Si por el contrario se trata del pasado, nuestra mirada es más serena y más segura. Entendemos mejor acontecimientos *y revoluciones* [destacadas por mí] de los cuales no tenemos nada que temer y nada que esperar. Los hechos acaecidos se nos presentan con una nitidez muy distinta a la de los hechos en desarrollo. Vemos el comienzo y el final, la causa y los efectos, los pros y los contras. Distinguimos lo esencial de lo accesorio. Aprehendemos el andar, la dirección y el verdadero sentido. Mientras estos estaban en curso de realización los hombres no los entendían; estaban empañados, mezclados con elementos ajenos, ensombrecidos por accidentes efímeros. En los acontecimientos humanos siempre existe una parte que solo es externa y aparente; por lo general esa parte es la que salta a la vista de los contemporáneos. También resulta rarísimo que un hecho importante sea comprendido por quienes trabajaron en pos de que se produjera. Casi siempre todas las generaciones se han equivocado respecto de sus obras. Cada generación ha actuado sin saber claramente lo que hacía. Creían apuntar a un objetivo y sus esfuerzos las condujeron a otro distinto. Al parecer, intuir claramente el presente está por sobre las posibilidades de la mente humana. El estudio de la historia debe por lo menos tener la ventaja de acostumbrarnos a distinguir, en los hechos y en el funcionamiento de las sociedades, lo que es aparente de lo que es real, de lo que es ilusión de los contemporáneos de lo que es verdadero[101].

[100] Fustel de Coulanges Numa-Denys. *Questions d'histoire*, París, Hachette, 1893, p. 408. Véase igualmente Leterrier Sophie-Anne. *Le XIXe siècle historien*, *op. cit.*, p. 282.

[101] *Ibidem*, p. XV. Véase también Leterrier Sophie-Anne, *op. cit.*, p. 284.

No todos los historiadores de la época comparten esta idea de una historia que sería hecha por los hombres sin saberlo y que sería transformada por fuerzas profundas e invisibles que solo se pueden aprehender gracias a la distancia temporal y psicológica. Pero muchos abrazan esta convicción, a fin de cuentas moderna en esa época: la historia solo puede ser escrita tras un plazo de reserva: el tiempo de recopilar y clasificar los archivos, materia prima del historiador; el tiempo para que las pasiones se aquieten, sobre todo las pasiones políticas nacidas con la deflagración revolucionaria y sus consecuencias, obstáculo para una historia imparcial y objetiva; el tiempo para que el olvido realice su obra y así le permita al historiador trabajar fuera de los efectos de una memoria que parece más viva en la medida en que los acontecimientos sean más cercanos; el tiempo para que los procesos históricos lleguen a término.

Esta perspectiva se une a otra idea fundamental de la época, perceptible tanto en la historia como en la literatura, en las artes o en la filosofía que ve en el presente una ilusión efímera. "No hay Presente, no –un presente no existe", escribe Mallarmé, agregando: "Mal informado aquel que se proclama como su propio contemporáneo, desertando, usurpando, con igual indecencia, cuando un pasado terminó y tarda un futuro o ambos se vuelven a mezclar con perplejidad con el fin de enmascarar la diferencia"[102]. La posibilidad de asir racionalmente su propio tiempo sería en ese sentido una suerte de quimera intelectual. En 1874 Nietzsche expresó esta idea con cierta virulencia en su *Segunda consideración desactualizada*.

> Desactualizada también puesto que dicha consideración consiste en el intento de comprender como un daño, una falencia, carencia y defecto, aquello en lo que nuestra época deposita un orgullo justificado: su cultura histórica. Pienso incluso que estamos todos carcomidos por una fiebre histórica y que por lo menos deberíamos darnos cuenta. [...] Esto, mi profesión de filólogo, me da el derecho a decirlo: porque no sé qué sentido podría tener la filología hoy, sino el de ejercer una influencia desactualizada, es decir proceder contra el tiempo, es decir, sobre el tiempo, y esperemos que sea en beneficio del tiempo por venir[103].

[102] Mallarmé Stéphane. "L'action restreinte" ("Quant au livre"), en *Divagations* (1897), nueva edición de Bertrand Marchal: *Igitur. Divagations. Un coup de dés*, París, Gallimard, col. Poésie/Gallimard, 2003, p. 265.

[103] Nietzsche Friedrich. *Considérations inactuelles I et II*, edición de Giorgio Colli et Mazzino Montinari, traducción de Pierre Rusch, París, Gallimard, 1990, p. 94. Cf. Paravicini Werner. "Nietzsche et les sciences historiques. Autour de la Deuxième considération intempestive", *Francia*, Institut historique allemand de Paris, n° 29, 3, 2002, pp. 151-191.

En ese texto Nietzsche aunque denuncia el historicismo, se suma de hecho a la crítica de la época acerca de lo ilusorio que resultaría querer comprender su propio tiempo al menos con las herramientas del historiador. Él lo hace con un objetivo completamente distinto, el de una "historia para la vida", para la acción, por lo tanto orientada hacia el futuro, pero con la consecuencia de hacer del presente y lo actual un momento inestable, incierto, volátil frente al movimiento de la Historia.

Esta necesidad de aprehender una historia "concluida", de interesarse por una historia "desactualizada", de mantenerse al margen del mundo contemporáneo puede explicarse por las posiciones cientificistas y positivistas, además de una forma de laxitud intelectual. En esa época, en Europa, los debates políticos aún estaban, en efecto, profundamente marcados y divididos por el caos original de una revolución cuyos efectos parecen interminables. Esta ausencia de cierre hace sentir a muchos historiadores la imposibilidad de generar una interpretación objetiva y consensuada de este acontecimiento, cuyos hechos aún están frescos en la memoria colectiva, aunque sus principios parecen ser indispensables para refundar otra manera de aprehender la historia. De ahí la necesidad de un plazo de tiempo para comprender cómo se comportan las sociedades, una posición doblemente historicista, ya que presupone, por una parte, que el factor tiempo sigue siendo el elemento de explicación fundamental, lo que es inmediatamente rebatido por la sociología. Y, por otra parte, que la distancia temporal da garantías de un mayor desapego y una mirada más amplia, idea que hoy sabemos es parcialmente errónea puesto que el distanciamiento de las grandes convulsiones históricas no atenúa en lo absoluto las pasiones que pueden provocar. La Revolución francesa, precisamente, entrega un contraejemplo notable. En esta búsqueda de una historiografía distante, para no decir serena, existe ciertamente la marca de una nueva ética científica. Quizá existe también la expresión de una necesidad de inhibición, una hipótesis poco abordada: tomar distancia de la catástrofe, dejar de hablar de ella o de tenerla como objeto central de investigaciones, remontarse más lejos en el tiempo para reanudar lazos con una identidad distante, participar entonces en una forma de olvido relativo constituye, después de todo, una respuesta *no traumática* a la prueba por la que se pasó. Respuesta que indica que el shock revolucionario ha sido en alguna medida amortizado o está en camino de serlo, porque, a pesar de todo, en esa época, la Revolución está terminando, para parafrasear a François Furet. Una vez más se trata de la situación inversa a la que conocemos desde hace unos treinta años, ya que la respuesta a las catástrofes del siglo, por cierto de naturaleza muy distinta, tomó la forma de una presencia obsesiva del pasado y del recurso compulsivo a una memoria que siente la obligación de

ser omnipresente y que los historiadores, en especial los del tiempo presente, están constreñidos a mantener: se trata de una respuesta *traumática* a los *shocks* originales, el pasado se muestra así infranqueable, insalvable (imposible de superar).

Si los principios preconizados por la escuela metódica descansan entonces, en parte, en una necesidad (por lo general, esperable) de inhibición de las pasiones políticas en las cuales se entramparon sus predecesores, tales principios se expresan, a pesar de todo, en una contradicción flagrante, esta última consecuencia de los efectos ambivalentes de la sombra producida por el acontecimiento. Si bien la historia contemporánea parece ser rechazada en el mismo momento que nace, ella no es condenada por todos los historiadores, ni de manera sistemática por sus principales detractores. Se trata de una segunda paradoja. De hecho, a pesar de la sospecha, la historia contemporánea, aquella de un pasado cercano que comienza con la Revolución Francesa, se desarrolla sin contratiempos a lo largo del siglo XIX. Las primeras historias sobre el acontecimiento aparecen, como ya lo vimos, muy pronto, y representan un desafío tanto moral y político como científico. Durante todo aquel siglo importantes autores, escritores, periodistas o políticos escriben ensayos capitales sobre el tema (Tocqueville) o historias generales, entre las cuales las más conocidas son las de Michelet (1847), de Quinet (1865), o de Jaurès (1900). Al acercarse el centenario, en 1889, se activa una verdadera política de memoria con el lanzamiento de una revista –*La Révolution française*– que solo recibe artículos originales basados en fuentes, defendiendo la línea ideológica de los radicales sobre la unicidad del acontecimiento ("La Revolución es un bloque"). También se crea una comisión encargada de recopilar y publicar documentos, entre estos las Actas del Comitë de salud pública[104]. En 1891 Alphonse Aulard, el experto atraído y respaldado por los poderes públicos, asume la primera cátedra de historia de la Revolución, en La Sorbona. Aun cuando la historia contemporánea genera cada vez más reservas, la historia de la Revolución, un acontecimiento ya centenario, entra por tanto en una fase científica. De manera más general, a pesar del ostracismo del cual es objeto, son numerosos los indicios que muestran la relativa vitalidad de la historia contemporánea en Francia. En el ámbito académico, aunque minoritaria, se encuentra muy lejos de estar ausente, como lo demuestra la creación de cátedras de historia moderna y contemporánea en La Sorbona

[104] Sobre este tema, véanse los trabajos citados de Gérard Noiriel y de Christian Delacroix, François Dosse y de Patrick Garcia, así como Ory Pascal, *Une nation pour mémoire, 1889, 1939, 1989, trois jubilés révolutionnaires*, París, Presses de la Fondation nationale des sciences politiques, 1992.

(1884 y 1888), el nacimiento de la *Revue d'histoire moderne et contemporaine* (1889), la creación de una Sociedad de historia de la Revolución de 1848 (1904) e incluso el establecimiento de un *Répertoire méthodique de l'histoire moderne et contemporaine*, publicado por la Société d'histoire moderne (1901), que cataloga libros y artículos sobre la historia de Francia "desde 1789 hasta nuestros días", expresión que se generaliza entonces en la producción historiográfica y que revela una forma de integración del pasado más cercano a la historia en general.

Esta aparente paradoja se explica por una razón bien conocida en la actualidad. Los partidarios de la escuela metódica que entonces dominan la disciplina se encontraron frente a una verdadera contradicción: alejar la historia cercana del campo científico significaba privarse de integrar el acontecimiento decisivo, que había a la vez fundado un nuevo orden político y un nuevo orden intelectual y científico. La contradicción resultaba todavía más insostenible puesto que los enemigos conservadores o reaccionarios, a menudo fuera del ámbito académico, habían ocupado el lugar vacante y se habían dedicado exitosamente al campo de la historia de la Revolución y de la historia reciente, tal como Taine con sus *Origines de la France contemporaine* (1875) o incluso la creación de la Société d'histoire contemporaine, de inspiración católica conservadora (1890)[105]. Para evitar entregar el territorio al enemigo los historiadores metódicos introdujeron entonces los periodos modernos a los programas de estudios universitarios y los abordaron en sus manuales académicos o en sus obras de divulgación. Victor Duruy, Ministro de Educación Nacional durante el Segundo Imperio (1863-1869), fue uno de los artesanos de esta evolución en Francia. Él entendió cuán importante es insertar el conocimiento de su propio tiempo en los programas de estudio del joven ciudadano:

> Saturados del pasado, [los alumnos de secundaria] quieren información acerca del presente y la toman de donde la encuentran, en panfletos o escritos incompletos y truncos. De estos, de hecho, ninguno presenta en su conjunto y, por consiguiente en su verdad, el nuevo carácter de la civilización contemporánea. Si la historia es donde se guarda la experiencia universal, si no hay ni un solo administrador de esta, que al momento de resolver un problema, pequeño o grande, no considere necesario estudiar cómo fue resuelto antes de él, ¿por qué le prohibimos a quienes,

[105] Noiriel Gérard. *Qu'est-ce que l'histoire contemporaine?*, *op. cit.*, p. 14, qui reprend les analyses de Charles-Olivier Carbonell, *Histoire et historiens. Une mutation idéologique des historiens français*, *op. cit.*

> en el futuro, llevarán los asuntos del país, saber cómo vivió ese país en el periodo inmediatamente anterior a aquel donde ellos serán los actores? Tememos la invasión de la política. Pero, en primer lugar, si bien debemos la verdad a los muertos, también debemos consideración a los "vivos"; y estas lecciones de historia contemporánea a las que no le temen, como nosotros, nuestros vecinos del otro lado del Rin y de la Mancha, no deberían tratar nunca sobre las personas ni sobre la pequeña historia a la usanza de Suetonio o de Saint-Simon. Habría que mirar desde arriba y desde lejos, la forma adecuada de mirar correctamente ¿Acaso se hace menos política en los pequeños cafés de los cuarteles o del barrio latino porque se es ignorante acerca de lo que se discute? Por cierto que no. Pero, con toda seguridad, se hace mala política. Lanzar a un hombre a la calle sin haberle dicho nada sobre la organización de las necesidades en las que tendrá que vivir y luchar, es lo mismo que lanzar a la batalla a un cazador a pie con el armamento de los arqueros francos de Carlos VII[106].

El historiador Ernest Lavisse, destacado por Victor Duruy, pondrá posteriormente en práctica la idea de que la historia contemporánea es una necesidad cívica y política, más allá de las objeciones científicas a las que se las pueda confrontar, al dirigir una *Histoire de France, depuis les origines jusqu'à la Révolution* (1903-1911), después una *Histoire de la France contemporaine depuis la Révolution jusqu'à la paix de 1919* (1920-1922), en 28 tomos, verdadero monumento nacional sin parangón en su género. En efecto, cuesta imaginar que tal obra, una verdadera "teoría de Francia", según palabras de su creador, redactada a principios del siglo XX, previo al comienzo y hasta después del final de la Primera Guerra Mundial, aborde la historia solo hasta justo antes de la toma de la Bastilla o que ignore un conflicto que, por lo demás, trajo la victoria, y que estructuró en parte el sentimiento nacional de la segunda mitad de la Tercera República[107]. Entonces, una vez más nos encontramos con esta dimensión paradójica de una historia contemporánea declarada imposible al tiempo que cívicamente necesaria.

[106] Duruy Victor. "Lettre au général Coffinières de Nordeck", director de la École polytechnique (1862), incluida en sus *Notes et souvenirs*, París Hachette, 1901, p. 122-125, citada por Sophie-Anne Leterrier, *Le XIXe siècle historien*, *óp. cit.*, p. 239.

[107] L'*Histoire de France, depuis les origines jusqu'à la Révolution* se viene reeditando desde 2009 vía Éditions des Équateurs, con prefacio de Pierre Nora.

CAPÍTULO II
La guerra y el tiempo posterior

> La historia es el sumidero de los crímenes del género humano, exhala un hedor cadavérico, y la gran cantidad de atrocidades anteriores parece atenuar calamidades actuales, y por una ligazón que se supone física, ella parece también necesitar de las futuras. Si se pudiera eliminar la historia, es decir, el ejemplo de tantos crímenes políticos cometidos impunemente y justificados, ¿quién podría dudar que los tiranos perderían sus horribles derechos y así el género humano, contemplando solamente el presente, y no el pasado, no recuperase razonablemente sus antiguos privilegios?
>
> LOUIS-SÉBASTIEN MERCIER, 1773[108]

El horizonte de la catástrofe

Las esperanzas e ilusiones de la escuela metódica y de sus imitadores, de practicar una historia entendida como una ciencia objetiva del tiempo social, un saber acumulativo y un conocimiento racional del pasado, chocarán, al menos en parte, con las trincheras de la Primera Guerra Mundial, a pesar de que los historiadores de todas las nacionalidades, a menudo movilizados como combatientes, en su mayoría, no tomen conciencia de inmediato. El acontecimiento, por su violencia e imprevisibilidad, crea en el corazón mismo de la deflagración, y en el tiempo posterior, el sentimiento de una nueva ruptura en la continuidad histórica. El término catástrofe no es una metáfora e incluso no alcanza para describir ni los drásticos cambios materiales, ni los profundos trastornos físicos y sicológicos producto de un conflicto de naturaleza inédita. Los umbrales de violencia alcanzados, la inusitada magnitud de pérdidas humanas, la envergadura de la destrucción material, la extensión de los territorios afectados, marcaron de forma duradera varias generaciones y reprodujeron sus cicatrices por largo tiempo. La Revolución Francesa, a pesar de su intrínseca violencia, a la cual no podemos reducirla, traía consigo la promesa de un progreso en un futuro cercano, que pudo hacer aceptable la imprevisibilidad de una ruptura en la Historia, entre un presente

[108] Mercier Louis-Sébastien. *Du théâtre ou Nouvel essai sur l'art dramatique*, Amsterdam, E. van Harrevelt, 1773, pp. 47-48 de la edición original.

en progreso y un pasado desde entonces concluido. La Primera Guerra Mundial solo trajo destrucción y ninguna otra promesa que la esperanza, frustrada casi de inmediato, que sería, que debería ser la primera y última guerra de este tipo. En algunos años se pasa de la creencia en un progreso racional, continuo y controlado a un sentimiento casi generalizado de un mundo presa del caos, de un tiempo marcado por la discontinuidad, de una historia de pronto –y una vez más– fuera de sí. No obstante, si ella quebró el sueño de un progreso continuo, de un tiempo histórico dominado por la razón y el conocimiento, la Gran Guerra inauguró nuevos procesos revolucionarios con acentos escatológicos. Por una parte la Revolución bolchevique, por otra el fascismo y el nazismo, que aunque opuestos e incluso enemigos mortales, comparten, entre otras cosas, el sostener una visión de la Historia marcada por una revisión radical del pasado y por la expresión de nuevos milenarismos que pretenden acelerar el advenimiento de un hombre nuevo por medio de la violencia extrema y el control absoluto del cuerpo, el espacio y el tiempo. Sin embargo, también la mayoría de estos sistemas fueron conscientes de su propia precariedad histórica, lo que no hizo sino acentuar la violencia ejercida contra sus enemigos o sus propios pueblos. Cuando bajo las bombas de los aliados la concreción de un Reich de mil años comprobó ser una utopía, el régimen prefirió emprender la vía del caos y la autodestrucción antes que renunciar al dominio del curso de la Historia.

En este contexto, la noción misma de contemporaneidad cambiará de sentido, al mismo tiempo que cambia la función de la historia en general, su lugar en la sociedad, el rol de los historiadores, y su manera de concebir una disciplina atravesada por fuertes tensiones. En un comienzo, y por toda Europa, la historia se moviliza al servicio de la guerra, tal como lo hace el conjunto del mundo científico e intelectual, se trata de un proceso ampliamente conocido en la actualidad[109]. En Francia el sociólogo Émile Durkheim denuncia el carácter "mórbido" de la mentalidad alemana y detecta una "patología social", que en el futuro deberá constituir un tema de reflexión para historiadores y sociólogos. El filósofo Henri Bergson defiende la idea de que "la lucha emprendida contra Alemania es precisamente la lucha de la civilización contra la barbarie". Ernest Babelon, historiador de la Antigüedad y profesor en el Collège de France, le pisa los tobillos al intentar demostrar que el Rin es su frontera natural. El geógrafo Paul Vidal de La Blache intenta

[109] Cf. Novick Peter. *That Noble Dream, óp. cit.*, p. 112 et sqq., y Dumoulin Olivier, "Histoire et historiens de droite", en Sirinelli Jean-François (dir.), *Histoire des droites en France*, tomo II: *Cultures*, Gallimard, col. NRF Essais, 1992, pp. 327-398.

comprobar "científicamente" que la región del Sarre pertenece a Francia con el fin de respaldar futuras reivindicaciones en la ribera izquierda del río[110]. Del lado alemán sucede lo mismo, como lo demuestra el famoso "Manifiesto de los 93 sabios", firmado por una media docena de historiadores, entre ellos Karl Lamprecht, uno de los más renombrados de su generación. Publicado en 1914, este texto que respalda al gobierno alemán y niega las atrocidades cometidas durante la invasión de Bélgica en el verano de 1914, es solo un ejemplo de la guerra que se declaran los intelectuales de los países beligerantes, por petición expresa de sus gobernantes[111]. En EE.UU. la situación se complica, puesto que el país entra tardíamente a la guerra y porque antes de 1917 los historiadores se dividían entre una corriente probritánicos y franceses, y otra, más pequeña, proalemanes con la necesidad o no de una intervención militar en Europa como telón de fondo. En 1917 la situación cambia, y tras haber condenado el nacionalismo de sus colegas franceses o alemanes que, según ellos, había conducido a la guerra, los historiadores se arrepienten explícitamente de "no haber promovido lo suficiente el sentimiento patriótico estadounidense"[112]. Resulta aún más interesante, por cuanto este compromiso parece absolutamente contradictorio con su ideal de objetividad e imparcialidad, a su vez que los universitarios se comprometen en mostrar la relevancia de su disciplina y el rol social que pueden desempeñar en el conflicto. Se trata entonces de combatir la imagen del historiador "preocupado solamente por las fechas y los detalles de procesos históricos distantes, sin relación alguna con las exigencias decisivas del tiempo presente"[113].

Es así como la configuración de la Primera Guerra Mundial, pero sobre todo su componente doméstico, pondrá en primer plano, durante y después del conflicto, el tema de las fronteras, las lenguas, los pueblos, las etnias –asuntos que recurren a la geografía y a la historia más lejana–, trastocan la relación de quienes practican estas disciplinas con su propio tiempo. A lo largo del siglo XIX se pidió a los historiadores desprenderse del presente y volverse creíbles –alejando el campo de lo contemporáneo, por lo menos de sus trabajos

110 Durkheim Émile. *"L'Allemagne au-dessus de tout". La mentalité allemande et la guerre*, París, Armand Colin, 1915, p. 42; Bergson Henri, "Discours prononcé devant l'Académie des sciences morales et politiques", 8 de agosto de 1914; Babelon, Ernest, *Le Rhin dans l'Histoire*, 2 vol., Paris, Ernest Leroux éd., 1917-1918 ; Pierre Vidal de La Blache, "La frontiére de la Sarre d'après les traités de 1814 et 1815", en *Annales de Géographie*, 1919, t. 28, n° 154, pp. 249-267. Para un análisis general, véase Beaupré Nicolas, *Les Grandes Guerres 1914-1945*, París, Belin, col. Histoire de France, 2012.

111 Rassmussen Anne. "La "science française" dans la guerre des manifestes, 1914-1918", *Mots. Les langages du politique*, 76, 2004, pp. 9-23.

112 Novick Peter. *That Noble Dream*, *óp. cit.*, p. 117.

113 J. Franklin Jameson citado por Peter Novick, *ibídem*.

científicos–, a desconfiar de las pasiones de larga duración, mostrarse moderados respecto de sus compromisos políticos –por lo menos del vínculo posible entre ciencia y política, no sin cierta contradicción. A partir del caso Dreyfus, la "neutralidad" del saber choca con la necesidad de defender los valores que fundan este mismo saber, y por lo tanto obliga a tomar partido. Con la guerra total y la movilización general de los cuerpos y los espíritus este universo cambia radicalmente. El compromiso se convierte en la norma, la neutralidad se vuelve inconcebible y la torre de marfil de la ciencia se transforma en una quimera condenable. El historiador debe ser "útil" tanto como combatiente que como experto, poniendo su arte al servicio de la patria en guerra al igual que los demás, e incluso un poco más, puesto que buena parte de los objetivos de guerra se basan en lecturas antagonistas del pasado.

Desde entonces el tiempo presente gobierna, a la vez por causa de las urgencias del momento y porque la simultaneidad de la experiencia de la guerra a escala continental y transversal a todas las clases sociales dará una nueva consistencia y un nuevo significado a la noción de "historia contemporánea". Como sucedió tras la Revolución Francesa, la escritura de una historia del tiempo presente se encuentra frente a tendencias o exigencias opuestas. Por una parte, existe la necesidad de producir relatos sobre el conflicto que acaba de terminar. Las opiniones nacionales esperan aprehender el carácter incomprensible de esta guerra, su violencia, a la vez inusitada e inédita en la Historia, y aún más, señalar responsables y culpables. La historia es llamada una vez más (y tras los acontecimientos) a dar sentido, a ayudar a salir del traumatismo y, a veces, a establecer un tribunal de la posteridad. De hecho, el Tratado de Versalles prevé llevar ante la justicia a criminales de guerra o a quienes han sido denunciados como tales, lo que conducirá fundamentalmente al abortado proyecto de juzgar al Kaiser y al Proceso de Leipzig de 1921. Por primera vez un tribunal es entonces investido con el cargo de leer la historia del pasado reciente según una norma, incluso aunque esta dimensión solo aparece en toda su originalidad después de 1945.

Por otra parte están los obstáculos recurrentes: falta de distancia respecto de los hechos, pasiones, por lo bajo, tan vivas como después de 1789, y en una escala mucho mayor. ¿En qué medida se puede escribir una historia no conflictiva de la guerra, producir un relato que pueda crear consenso cuando desde ya se confrontan, en el campo político e intelectual, concepciones absolutamente antagónicas del acontecimiento: la visión de los vencedores contra la de los vencidos, universalistas contra nacionalistas, pacifistas contra belicistas; relatos heroicos contra los relatos críticos? La escritura de una historia del tiempo presente no solo corre el riesgo de ser prisionera de las

pasiones del momento, sino también el de convertirse en una de las pasiones más vivas de la posguerra, en el plano nacional e internacional.

Sin embargo, si los estudios sobre el conflicto se multiplican apenas firmado el armisticio, ellos continúan una tradición originada a comienzos del mismo. A partir de 1911 el nuevo Fondo Carnegie para la Paz Internacional editó regularmente una gran cantidad de documentos sobre las relaciones internacionales o los conflictos en curso. Desde 1914 los países beligerantes también publicaron numerosas recopilaciones de documentos para justificar su posición: el Libro Amarillo Francés, el Libro Azul Británico, el Libro Blanco Alemán.

Estos textos constituyen fuentes fundamentales para el análisis del conflicto. En su mayoría de los estados mayores también se dotaron de "servicios históricos" o reformaron estructuras a veces muy antiguas. En Francia, el Depósito de la Guerra [*Dépôt de la Guerre*], creado a fines del siglo XVII para recopilar los archivos militares, reformado tras la derrota de 1870, sobre todo con la creación de una sección histórica y un servicio geográfico, fue totalmente reestructurado en 1919 con la creación de un servicio histórico del Ejército y un servicio histórico de la Marina (ellos serán completados con la creación de un servicio histórico de la Fuerza Aérea en 1934). Su objetivo es promover "el establecimiento, siguiendo los métodos científicos y críticos de las enseñanzas del pasado" y emprender la redacción de una historia de las fuerzas armadas francesas de la Primera Guerra Mundial[114]. Por cierto, recolectar la experiencia al fragor de un conflicto en curso o uno reciente no es nada nuevo en el mundo militar: desde siempre la estrategia se ha nutrido de una forma de análisis histórico. Sin embargo, a partir de entonces, reviste una dimensión memorial con el homenaje rendido a los combatientes y recurre a las técnicas historiográficas más recientes.

Esta historia del pasado cercano se desarrolla entonces en el fuego de la acción, sin postulados epistemológicos ni programas bien definidos. "La precocidad resulta notable", escriben los historiadores Antoine Prost y Jay Winter, porque "apenas ganada la batalla del Marne, esta se convierte en tema de historia" con una obra publicada en 1915[115]. En el ámbito universitario la sospecha parece en parte haber desaparecido,

[114] Cf. Bourlet Michaël. "Les officiers de la section historique de l'état-major de la Grande Guerre", *Revue historique des armées*, n° 231, 2/2003, pp. 4-12. Véase igualmente Agnès Chablat-Beylot et Amable Sablon du Corail, "Les archives de la Grande guerre: mise en ligne d'un guide", *Revue historique des armées*, n° 254, 2009, pp. 132-134.

[115] Prost Antoine y Winter Jay. *Penser la Grande guerre. Essai d'historiographie*, París, Éditions du Seuil, 2004, pp. 16-17.

aun cuando la historia contemporánea todavía no detenta derecho de ciudadanía equivalente al de los otros periodos historiográficos. De todas maneras, es toda la disciplina histórica la que es objeto de una sospecha, como lo sostendrá más tarde el historiador francés y ex soldado de infantería, Jules Isaac:

> Para el historiador, ex combatiente, no hay deber más urgente ni más imperioso que hacer frente a la imponente y complaciente historia oficial, que ya desde entonces se dedicaba a encubrir demasiadas verdades repulsivas. Tampoco hay empresa que resulte más necesaria, ni más sana que sacar a la luz las realidades de la guerra, y así, por sobre una victoria ilusoria, la precariedad de la paz. La finalidad de este debate, ¿no era acaso el futuro?, ¿nacional, humano?[116].

Conocida es la célebre interpelación de Lucien Febvre, durante su clase inaugural en la Universidad de Estrasburgo, ciudad nuevamente francesa, donde acababa de ser nombrado profesor. Febvre expone el cuadro de una disciplina moralmente en ruinas:

> La historia que sirve es una historia sierva. Profesores de la Universidad Francesa de Estrasburgo, no somos en absoluto los misioneros descalzos de un evangelio nacional oficial, tan hermoso, tan extenso y tan bien intencionado como pudiese parecer, no traemos a Estrasburgo, en los pliegues de nuestros trajes doctorales ni provisiones de antídotos sabiamente combinados para destruir los últimos efectos de la farmacopea histórico-providencial de nuestros predecesores, ni contraprueba ingeniosamente maquillada y trasvestida a la francesa de esta verdad que porta cascos y chaquetas de cuero, con falsos aires de Bellona o de Germania, la única y verdadera diosa de lo que ayer era un templo oficial, pero de lo que es hoy un centro de investigación libre. No traemos, en lo absoluto, la Verdad prisionera dentro de nuestro equipaje. Nosotros la buscamos, la buscaremos hasta nuestro último día[117].

[116] Citado en *Jules Isaac, un historien dans la Grande guerre. Lettres et carnets 1914-1917*, introducción de André Kaspi, presentación y notas de Marc Michel, París, Armand Colin, 2004, p. 302. La cita proviene de un proyecto de segundo volumen no publicado de sus memorias, aparecidas en 1959 (*Expériences de ma vie*).

[117] Febvre Lucien. "L'histoire dans le monde en ruines", lección original publicada en la *Revue de synthèse historique*, n° 30, t. IV, febrero-junio de 1920, pp. 1-15.

La pérdida de credibilidad de una disciplina alistada para la guerra, y que desempeñó un papel importante respecto de la definición de los objetivos de guerra o en la construcción de la idea del enemigo entre los principales beligerantes, es por tanto general. Los historiadores más apegados a la objetividad y la imparcialidad demostraron que podían poner su arte al servicio de las pasiones más negativas del presente. Desde entonces las objeciones respecto de una historia contemporánea, pretendidamente imposible por estar demasiado influenciada por cuestiones del momento, pierden gran parte de su pertinencia y de su actualidad. El pasado concluido sobre el cual se suponía que la historia erudita debía tener una mirada objetiva, fue instrumentalizado hasta la caricatura y, desde entonces, es el pasado más cercano el que es objeto de todas las atenciones y de la necesidad de estudios rigurosos. De ahí que preconizar una necesaria y ortodoxa distancia temporal ya no tiene ningún sentido: ¿acaso podríamos imaginar esperar medio siglo para publicar las primeras historias confiables de la guerra que acaba de terminar? Bien por el contrario, la necesidad de inventar una nueva forma de distancia epistemológica, una nueva manera de hacer historia, rompiendo con el objetivismo, se impone un poco por doquier en la historiografía de los años 1920, con la creación, en Ginebra, en 1926, del Comité Internacional de Ciencias Históricas [*Comité international des sciences historiques*, CISH] que busca esbozar los contornos de una comunidad transnacional de historiadores, respondiendo a los deseos de Marc Bloch o del historiador belga Henri Pirenne, de una historia comparada, factor de comprehensión mutua entre los pueblos[118].

En este contexto, se trata de un nuevo espacio marcado por el recuerdo y el periodo posterior a la catástrofe que se abre para la historia del tiempo presente. La movilización hizo perder a los historiadores la ilusión de la objetividad; la desmovilización los pone frente a inesperados desafíos. Es así como desde el término del conflicto, en Europa y en América del Norte, los historiadores publican prolíficamente acerca de la "Gran Guerra". Esta aún no ha entrado al vocabulario como "Primera Guerra Mundial", si bien el término fue utilizado por los alemanes, al hablar de *Weltkrieg* así como de *Weltacht* (potencia mundial) o, por razones diametralmente opuestas, por Woodrow Wilson, quien ve la guerra como un enfrentamiento de valores universales muy por sobre los territorios en disputa, uno de los argumentos que invocó

[18] Schöttler Peter. "After the Deluge: The Impact of the Two World Wars on the Historical Work of Henri Pirenne and Marc Bloch", en Stefan Berger y Chris Lorenz, *Nationalizing the Past. Historians as Nation Builders in Modern Europe*, Londres, Palgrave MacMillan/European Science Foundation, 2010, pp. 404-425.

para comprometer a su país en el conflicto[119]. Las primeras obras, de vertiente diplomática y militar, discrepan acerca de las causas y los responsables de la guerra, el tema que obsesionaba a todos. Para algunos los Imperios Centrales fueron los que desencadenaron el conflicto, una posición que refleja la posición oficial francesa. Para otros, sobre todo los "revisionistas" estadounidenses, como Harry Elmer Barnes o ciertos intelectuales franceses pacifistas y germanófilos, como Alfred Fabre-Luce, son los Estados de la Entente quienes cargan con la responsabilidad. Para un tercer grupo, donde se encuentran historiadores franceses como Jules Isaac o Pierre Renouvin, la responsabilidad de los alemanes es mayor aunque no unilateral. También están quienes responsabilizan por igual a todos los países beligerantes, o incluso los marxistas, para quienes la guerra no era sino la consecuencia previsible del imperialismo[120].

La Historia del Tiempo Presente permanece evidentemente movilizada después de 1918. En incluso en esta época, en que emerge una figura llamada a conocer un cierto éxito: el historiador experto. A diferencia del historiador al servicio del príncipe, el experto se inscribe en un campo del saber y del poder, donde la principal ventaja es su credibilidad científica. Deja de ser un letrado aislado para convertirse en un estudioso que evoluciona dentro de una disciplina estructurada, reconocida y autónoma, y que pone sus competencias, su rigor y su gusto por la verdad al servicio de una causa pública. Así como sucedió con los informes periciales psiquiátricos que surgieron en el siglo XIX, esta suerte de instancia contribuye, en general, a acelerar la profesionalización de una disciplina, a darle un nuevo horizonte, una nueva demarcación, nuevas responsabilidades. En este sentido, para que pudiera haber "expertos" en el campo de la historia tuvo que haber existido con anterioridad una profesión con un mínimo de organización y regulada por procedimientos internos, movimiento que comenzó precisamente antes de 1914, tanto en Europa como en América del Norte. Aquello necesita enseguida un campo de acción donde las técnicas de investigación del pasado podían servir para acciones políticas o jurídicas concretas e inmediatas. A excepción del acotado precedente de la participación de los historiadores expertos durante el caso Dreyfus, el término de la Primera Guerra Mundial constituyó

[119] Cf. Reynolds David. "The Origins of the Two "World Wars": Historical Discourse and International Politics", *Journal of Contemporary History*, vol. 38, n° 1, enero de 2003, citado por Karoline Postel-Vinay, "Dire l'histoire à l'échelle du monde", *Esprit*, junio de 2007.

[120] Cf. Becker Jean-Jacques. *Dictionnaire de la Grande guerre*, Bruselas, André Versaille éditeur, 2008, pp. 108-110. Sobre Harry Elmer Barnes, ver Peter Novick, *That Noble Dream*, *óp. cit.*, pp. 178-180. Para un punto de vista general, Keith Wilson (dir.), *Government and International Historians through Two World Wars*, Nueva York, Berghahn Books, 1996. Véase igualmente Antoine Prost et Jay Winter, *Penser la Grande guerre*, *óp. cit.*, pp. 16-29.

una experiencia a gran escala para esta nueva función de la historia: después de hacer propaganda al servicio de la patria en guerra, muchos historiadores colaboran con la redacción de tratados y en la definición de las nuevas fronteras europeas en 1918. Es el caso del historiador británico Robert William Seton-Watson, lingüista experto en lenguas eslavas, amigo de Masaryk y de Benes, militante de la causa checa y ex combatiente, quien defiende la idea de que el historiador debe jugar un rol político en la reconfiguración de Europa Central[121]. También es el caso del historiador francés Ernest Denis, especialista en la región de Bohemia y Alemania, quien ayuda también a la creación del futuro Estado checoslovaco hasta llegar a convertirse en una figura mítica de su relato nacional[122]. De hecho, Ernest Denis pertenece al Comité de Estudios, creado en 1917 por el presidente del consejo Aristide Briand, y disuelto de hecho en 1919. Este reúne a una treintena de universitarios bajo la dirección de Ernest Lavisse y Paul Vidal de La Blache, con el fin de ayudar al gobierno francés a definir los objetivos de guerra y las aspiraciones territoriales de Francia. A pesar de producir más de sesenta memorias, este comité tendrá poca influencia en la redacción definitiva de los tratados, engendrando incluso pérdidas y amargura entre los eruditos convocados, sobre todo historiadores y geógrafos, quienes experimentan así el llamado del poder, hecho que trastoca sus prácticas académicas habituales, sin por ello conducirlos a efectos tangibles[123]. Woodrow Wilson, de profesión historiador y rechazado por algunos de sus pares, movilizó también un equipo de historiadores para asistirlo durante las negociaciones de los tratados de paz, una novedad en las prácticas gubernamentales de ese país, justificada por el hecho que Estados Unidos ejerce por primera vez una influencia notable en los asuntos de otros países[124].

La posguerra ve, por tanto, el nacimiento de una nueva historia del tiempo presente gracias al impulso de las urgencias del momento, sobre todo diplomáticas. En Francia, en el marco de la Comisión de investigación sobre los hechos de guerra [Commission d'enquête sénatoriale sur les faits de la

[121] Seton-Watson Robert William. "The historian as a political force in central Europe", conferencia inaugural con motivo de la creación de la cátedra de estudios eslavos en la Universidad de Londres, 2 de noviembre de 1922, The School of Slavonic Studies, University of London, King's College, 1922.

[122] Marès Antoine. "Louis Léger et Ernest Denis. Profil de deux bohémisants français au XIXe siècle", en Bohumila Ferenuhová (dir.), *La France et l'Europe centrale. 1867-1914*, Bratislava, AEP, 1995, pp. 63-82.

[123] Cf. Lowczyk Olivier. *La Fabrique de la paix. Du comité d'études à la Conférence de la paix*, París, Económica, 2010.

[124] Cf. Nielson Jonathan M. *American Historians in War and Peace: Patriotism, Diplomacy and the Paris Peace Conference, 1918-1919*, Lincoln, Academia Press, 2011.

Guerre], se crea una Sociedad de historia de la guerra [Société de l'histoire de la Guerre] que tiene como finalidad la constitución de fondos documentales y la publicación de trabajos que obedecen a los criterios de la investigación, en especial gracias a una nueva revista: la *Revue d'histoire de la guerre mondiale*, lanzada en 1923 y publicada regularmente hasta julio de 1939. En 1922 la Universidad de La Sorbona inaugura una cátedra dedicada al conflicto, cuyo primer profesor titular es el secretario de la revista, Pierre Renouvin, un joven historiador de 29 años, ex combatiente amputado de su brazo izquierdo y del pulgar de su mano derecha. Pierre Renouvin, cuya naciente carrera se encuentra en el cruce de varias iniciativas, todas encaminadas a la escritura de una historia que se está haciendo, también fue designado por André Honnorat, Ministro de la Educación Nacional [Ministre de la Instruction publique] para llevar a cabo una extensa investigación sobre las causas de la guerra gracias a los documentos disponibles, que desembocará en la publicación de un libro fundador: *Les Origines immédiates de la guerre: 28 juin-4 août 1914* (Los orígenes inmediatos de la guerra), publicado en 1925. Este libro, al igual que los siguientes trabajos de Pierre Renouvin –nombrado profesor en La Sorbona en 1931, y donde ejercerá hasta 1964– contribuirá a fundar una nueva historia de las relaciones internacionales, proveniente de una evolución de la historia diplomática clásica, más atenta a las "fuerzas profundas" de las sociedades en contacto que solo al comportamiento de las élites políticas y diplomáticas[125]. Esta nueva historia de las relaciones internacionales constituirá finalmente una de las ramas de la historiografía de lo contemporáneo, más o menos tolerada en el seno de la universidad.

Sin duda, además de la producción de obras eruditas, la Gran Guerra y su herencia a mediano plazo también provocaron la eclosión de nuevas prácticas políticas y sociales del pasado, no en su esencia pero sí en sus funciones y la extensión de su campo de aplicación. A la movilización de las masas a escala continental sigue la formación de una memoria colectiva de la guerra, las que estructuran las prácticas de duelo, las conmemoraciones públicas nacionales o locales, la expresión de testimonios que también alcanzan, a su vez, a una dimensión inédita y masiva, alcanzando no solo a las élites sino también

125 Sobre Pierre Renouvin, véanse los artículos que le han consagrado sus herederos: Jean-Baptiste Duroselle, en *l'Encyclopædia Universalis*, y René Girault, en "Pierre Renouvin, la BDIC et l'historiographie française des relations internationales", *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, n° 49- 5, 1998, pp. 7-9. Cf. también Christian Delacroix, François Dosse et Patrick Garcia, *Les Courants historiques en France XIXe-XXe siècle*, *óp. cit.*, p. 358 sqq, y Gérard Noiriel, *Qu'est ce que l'histoire contemporaine?*, *óp. cit.*, p. 56 sqq.

al tejido más profundo de las sociedades europeas[126]. El concepto mismo de "memoria colectiva" en su acepción sociológica, redescubierto y explotado en los años 1980, fue creado por Maurice Halbwachs en los años 1920-30, en un espacio de experiencia dominado por la Primera Guerra Mundial y en el horizonte la espera de la siguiente, si bien el autor no evoca casi nunca el conflicto de manera directa[127]. Soldados de rango u oficiales, escritores de profesión o improvisados, ilustres letrados o anónimos, son muchos quienes relatan la guerra a través de su experiencia personal, entregando una dimensión fuertemente subjetiva a esta historia cercana, que toma la forma de una memoria viva, al menos hasta el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial. Este fenómeno inédito por su diversidad, su alcance y su impacto provoca el surgimiento de nuevas figuras sociales llamadas a perdurar en el tiempo, o en todo caso a reaparecer regularmente a lo largo del siglo XX. Es el caso, por ejemplo, del "testigo moral", el sobreviviente que habla a nombre de sus camaradas muertos, y que mantiene una forma de relación con el pasado marcada por la obligación del recuerdo y el rechazo del olvido[128]. Él es a la vez un sujeto, un "yo" que habla en primera persona y que piensa que quienes no vivieron la experiencia del combate no son capaces de aprehender el sentido de la guerra que acaba de terminar, pero también es un "nosotros" que habla a nombre de un colectivo que incluye a los muertos y a los vivos, o más bien a los sobrevivientes. En algunos casos este testigo privilegiado rivalizará con el historiador –en todo caso, del historiador "que no estuvo", que no vivió directamente aquí el shock de las trincheras, ni más adelante, el de la deportación. Este testigo de un nuevo género afirma con fuerza la autenticidad y la prevalencia de la experiencia vivida. El ejemplo más conocido, más discutido y más emblemático es el de Jean Norton Cru. Alistado como voluntario en agosto de 1914 y tras pasar dos años en el campo de batalla,

126 Existe una literatura considerable sobre este tema. Véase prioritariamente Paul Fussel, *The Great War and Modern Memory*, Londres, Oxford University Press, 1975 (versión cast.: *La Gran Guerra y la memoria moderna*, Barcelona, Turner, 2006); George Mosse, *De la Grande guerre au totalitarisme. La brutalisation des sociétés européennes*, trad. Edith Magyar, prefacio de Stéphane Audoin-Rouzeau, Paris, Hachette, 1999 [1ª ed.: Oxford University Press, 1990] (versión cast.: *Soldados caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2016); Jay Winter, *Sites of Memory, Sites of Mourning: the Great War in European cultural History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

127 *Les Cadres sociaux de la mémoire* fue publicado por primera vez en 1925. Véase la reciente edición así como la reedición de la *Mémoire collective* vía Albin Michel (1994 y 1997), por Gérard Namer. Véase igualmente la biografía de Annette Becker, *Maurice Halbwachs. Un intellectuel en guerres mondiales 1914-1945*, Paris, Noêsis, 2003.

128 Sobre la noción de testigo moral, véase Margalit Avishai. *The Ethics of Memory*, Cambridge, Harvard University Press, 2002 [trad. fr. *L'Éthique du souvenir*, París, Climats, 2006] (versión cast.: *Ética del recuerdo*, Barcelona: Herder, 2002).

en especial en Verdún, publica en 1929 un libro de gran repercusión: *Testigos* [Témoins]. En este recopila y critica los testimonios publicados sobre la guerra de la década anterior, apuntando sobre todo a grandes nombres como Henri Barbusse o Roland Dorgelès. Al perseguir los errores materiales, las inverosimilitudes, las fanfarronerías y estar obsesionado por la aparición de una sola e indivisible verdad histórica, se erige en un verdadero juez de la forma correcta de testimoniar la guerra. A veces peca de algunos excesos cientificistas y un cierto populismo antiintelectual –a pesar de enseñar literatura en un college de Massachusetts. Su obra constituye un momento importante en el surgimiento de una verdadera ideología del testimonio, donde el autor defiende una posición que perdurará en el tiempo: la primera escritura en caliente de una catástrofe como la Gran Guerra corresponde casi exclusivamente a los testigos que vivieron los hechos en medio del barro y los cadáveres. Esta experiencia directa y carnal es la única capaz de dar cuenta de los hechos antes que cualquier conocimiento mediado, del cual él no niega el principio, pero del que rechaza su aplicación inmediata. Así, por su cuenta, Norton Cru retoma explícitamente las objeciones de la escuela metódica contra la historia contemporánea, sobre todo la necesidad de tomar distancia, a mi parecer una posición absolutamente significativa: "Aquellos que se anticipan a escribir historias a partir de ahora, se condenan a escribir acerca de lo provisorio, y de lo provisorio de muy corta duración. Desperdician su tiempo y su saber"[129]. Si bien la historia rigurosa de la guerra en caliente es imposible, entonces solo deben prevalecer los escritos auténticos y sinceros de los verdaderos testigos que serán las fuentes para los historiadores... del mañana. Frente a este positivismo que la guerra convirtió en gran medida en obsoleto, Jules Isaac replicará:

> Una afirmación conforme a la opinión corriente, por lo general indiscutida, pero que no parece ser indiscutible. Por mi parte, dudo un tanto de esta "necesaria toma de distancia por parte del historiador. En la práctica, quizá resulte necesaria (por causa de los materiales que él debe acumular). En la teoría, me pregunto si los inconvenientes de esta toma de distancia no serán mayores que sus ventajas. A mayor distancia, el acontecimiento

[129] Cru Jean Norton. *Témoins. Essai d'analyse et de critique des souvenirs des combattants édités en français de 1915 à 1928*, París, Les Étincelles, 1929 [reed.: Presses universitaires de Nancy, 1993] y *Du Témoignage*, París, Gallimard, 1931 [reed: Jean-Jacques Pauvert, 1967], cita p. 26, citado por Frédéric Rousseau, *Le Procès des témoins de la Grande guerre. L'affaire Norton Cru*, París, Éditions du Seuil, 2003, p. 68. La obra, bien documentada, adopta sin embargo una posición paradójicamente teñida de devoción hacia un personaje considerado como uno de los inventores de la "hipercrítica", una manifestación de esta ideología del testimonio, siempre viva en la historiografía contemporánea.

> se ve más "desde fuera": sin duda percibimos mejor las grandes líneas superficiales, pero resulta más difícil traspasar la corteza de leyenda con que se recubrió y con la que se volvió un solo cuerpo. Para conocer el acontecimiento en toda su realidad, para percibir su real substancia, se debe, como decía Péguy, haberlo visto desde dentro, en especial cuando se trata de un acontecimiento tan complejo y devastador como la guerra. "La guerra solo habla bien de la guerra" es un axioma también válido para el historiador. [...] La historia no conoce una obra maestra que iguale *La Guerra del Peloponeso*. Sin embargo, no se trata de la obra de un historiador que esperó tener la "suficiente distancia", sino la de un testigo que tenía el sentido y la genialidad de la historia al más alto nivel. Concluyo entonces que es mejor no levantar un muro estanco entre testigos y los historiadores y que, para comenzar el trabajo histórico propiamente tal, no se requiere esperar alcanzar "la distancia necesaria"[130].

Resulta sorprendente constatar que la Gran Guerra hizo surgir o resurgir en el espacio público tanto la figura del historiador del tiempo presente, conminado por las circunstancias a darle sentido a la catástrofe acaecida, como también la del testigo, que busca contarla por otras vías y otros soportes. Su compañerismo, su rivalidad, su oposición constituirán un elemento central de la escritura de la historia trágica del tiempo presente, a lo largo del siglo XX.

En todas partes, por lo menos en los territorios afectados por la guerra, la historia de la última catástrofe a la fecha–que es también la primera de esta clase– ocupa entonces un lugar considerable en el espacio social: es omnipresente por las huellas visibles del conflicto: las heridas de guerra, los escritos que se expresan en la literatura, la prensa, la edición popular, el cine, los debates políticos. Se trata de una verdadera "historia pública" que aparece de manera a menudo espontánea, como la nueva Biblioteca-Museo de la guerra en Francia [Bibliothèque - Musée de la guerre, BMG], fundada en 1918 y dirigida por Camille Bloch, y con Pierre Renouvin como director del servicio de documentación. Esta institución se origina en una colección única en su tipo perteneciente a una pareja de industriales parisinos, Louise y Henri Leblanc, quienes, a partir de 1914, decidieron reunir decenas de miles de documentos de toda naturaleza sobre la guerra: libros, diarios, archivos, pinturas, afiches, fotos, juguetes y otros pequeños objetos que son testimonios de la cultura patriótica y del compromiso de todo un país en el conflicto.

[130] En una discusión sobre el libro publicada en el *Bulletin de l'Union pour la vérité*, febrero-marzo de 1931, *ibidem*, pp. 68-69.

Puesto que la guerra dura más de lo previsto, en 1917 los Leblanc donan su colección al Estado, que crea un verdadero "laboratorio de historia" abierto al público masivo[131]. Esta institución posee una doble particularidad: ella surge en medio del acontecimiento y proviene, en primer lugar, de la sociedad civil. No es un lugar de memoria que dirige su mirada a celebrar el pasado, sino de un lugar que contempla el horizonte de una memoria por venir, que se tratará precisamente de constituir: es un ejemplo bastante único de una percepción del presente, de una forma de contemporaneidad vivida como efímera y de la cual se trata de preservar la mayor cantidad posible de huellas. La Segunda Guerra Mundial dará más ejemplos de lugares de memoria *para el futuro* nacidos en pleno corazón del acontecimiento.

Esta "historia pública", esta necesidad general de asir el presente en todo el sentido del término, participa en pleno en una nueva "conciencia histórica" popular que constituye un hecho cultural primordial y un elemento esencial en la evolución de la historicidad contemporánea. Por una parte ella contribuye a dar un carácter homogéneo a las sociedades que salen del conflicto, al expresar una contemporaneidad enunciada en forma de una *simultaneidad* de las experiencias vividas, comenzando con la experiencia en combate de decenas de millones de hombres en Europa y también en el mundo, por medio de las tropas provenientes de las colonias. No obstante, ella también desarrolla una forma *desincronizada* de contemporaneidad, a causa de los desfases y discontinuidades entre las experiencias y las percepciones del tiempo absolutamente diferentes, según se observe a los ex combatientes o a los civiles, la generación de la guerra o las posteriores, los vencedores que viven una clase de "fin de la historia" (independencias nacionales, recuperación de provincias perdidas), o los perdedores, para quienes la historia no ha terminado y que se proyectan en un futuro más o menos cercano, que tiene nombre de revancha. Dominan un sentimiento común y colectivo de haber vivido una ruptura mayor en la Historia, al mismo tiempo que la conciencia igualmente aguda de que estos acontecimientos tienen muchos significados profundamente antagonistas, que serán difíciles de conciliar sin que haya una posible nueva catástrofe. Así como la Revolución había engendrado, a pesar de los conflictos y las resistencias, una memoria "positiva" que se encarnó en la invención de nuevas tradiciones políticas que reclamaban con orgullo ese pasado e integraban poco a poco a sus más acérrimos adversarios (empezando

[131] Es la actual Biblioteca de Documentación Internacional Contemporánea (BDIC), instalada en el campus de la Universidad Paris-Ouest Nanterre-La Défense, asociado al Musée d'histoire contemporaine en Les Invalides. Véase Jean-Jacques Becker, "La Grande guerre et la naissance de la BDIC", *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, 100, octubre-diciembre de 2010, pp. 5-6.

por la iglesia Católica), así también la Primera Guerra Mundial dio nacimiento a las primeras formas de memoria "negativa" que descansan sobre la perpetuación del duelo y el temor a una repetición del pasado. Aun cuando este sentimiento pudo ser atenuado por la esperanza –frustrada con bastante rapidez– suscitada por la Revolución Bolchevique, el miedo de un retorno a la violencia de la guerra, el "¡nunca más!" de los ex combatientes ocupa un lugar central en las sociedades de posguerra. Este llamado al orden no conoce fronteras e inaugura una particular forma de relación entre el presente y el pasado. El pasado cercano en cuanto recuerdo del horror es rechazado, al mismo tiempo que obsesiona las conciencias a una escala inédita hasta ese entonces. El pasado que no pasa, que no pasa jamás es la expresión o manifestación traumática, el pasado que no debe pasar –constituye su traducción moral y política– porque su recuerdo, dominado o no, sirve de alerta, de "advertencia" ante una posible reincidencia, como en el *Ángel de la Historia* de Walter Benjamin:

> Hay un cuadro de Klee que se llama *Angelus Novus*. Este representa a un ángel que parece alejarse de algo a lo cual mira fijamente. Los ojos se le ven desorbitados, tiene la boca abierta y además las alas desplegadas. Tal aspecto deberá tener necesariamente el ángel de la historia. Él ha vuelto el rostro hacia el pasado. Donde se aparece ante nosotros una cadena de eventos, él ángel ve una sola y única catástrofe que no cesa de amontonar ruinas sobre ruinas, arrojándoselas a los pies. Bien le gustaría detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo destrozado. Pero desde el Paraíso sopla una tempestad que se enreda en sus alas, y es tan fuerte que el ángel no puede cerrarlas. Esta tempestad lo empuja incontenible hacia el futuro, al cual vuelve la espalda mientras, ante él, las ruinas se acumulan hasta el cielo. Esta tempestad es justamente lo que llamamos progreso[132].

Esta cita es una de las más conocidas y más comentadas de las *Tesis sobre la Historia*, redactadas en 1940 (y que no estaban destinadas a ser publicadas) cuando la catástrofe siguiente efectivamente ocurrió. Ciertamente, para Benjamín, la referida catástrofe no es la guerra, sino una cierta concepción del Progreso, proclamada sobre todo por la socialdemocracia, para la cual no tiene palabras bastante duras. Sin embargo, en estas frases, si se hace una lectura

[132] He seguido aquí el texto de Michael Löwy, *Walter Benjamin: Avertissement d'incendie. Une lecture des thèses "Sur le concept d'histoire"*, París, Presses universitaires de France, 2001, p. 71 France (trad. cast.: *Walter Benjamin: aviso de incendio. Una lectura de las tesis "Sobre el concepto de historia"*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012).

que no sea la política, Benjamín expresa en pocas palabras con una densidad profética ese cambio de historicidad de los últimos dos decenios transcurridos: la historia como mirada sobre la catástrofe, como deuda respecto de los muertos, las víctimas, los vencidos, y la historia como aprendizaje de una alteridad radical que, sin embargo, tejerá nuevamente los lazos entre el tiempo que se proyecta y el tiempo de las ruinas, sin perder de vista en esta aceleración la necesidad de comprender, aunque esa no sea la principal preocupación de Benjamín. "Queda, para el historiador profesional, por sobre este horizonte de fuga, la inquietante extrañeza de la historia, la interminable competencia entre el voto de fidelidad de la memoria y la búsqueda de la verdad en la historia", escribirá más adelante Paul Ricoeur a propósito de este texto[133].

Fin de la guerra y contemporaneidad

De múltiples maneras la Primera Guerra Mundial volvió un tanto caduca la división radical entre pasado y presente, legado cultural de la Revolución Francesa, retomado por la historiografía metódica a nombre de una necesaria distinción, si no separación entre ciencia y política, entre observación y compromiso. Los recuerdos de la historia más cercana invadieron el campo social y político, un hecho social que los historiadores profesionales no pueden ignorar. La evolución de los paradigmas culturales y científicos (entre ellos la teoría de la relatividad) vuelve caducas las visiones lineales del tiempo sobre las cuales descansaba esta división, que después de todo no era en sí misma sino una ficción científica cuyos promotores estaban, en gran medida, conscientes. El despliegue de una historia más conceptual –fundada en la importancia de marcos previos de referencia–, de una "problemática", de un cuestionamiento propio del historiador, dan por definición más espacio a la contemporaneidad, en el sentido de Benedetto Croce, ya que el actor historiador, al igual que su contexto de elaboración, se transforman en elementos esenciales para comprender el pasado más lejano. La subjetividad, o más bien la posición subjetiva, otrora hereje, se extiende entre los historiadores de posguerra en Europa y en Estados Unidos:

> El historiador puede liberarse de ciertas dificultades superfluas siguiéndo la sentencia de Ranke, [el pasado] *tal como realmente sucedió*, que sigue

[133] Ricœur Paul. *La Mémoire, l'histoire, l'oubli*, Paris, Éditions du Seuil, 2000, pp. 649-650 (trad. cast.: *La memoria, la historia, el olvido*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008).

> siendo útil de múltiples maneras. Pero esta célebre fórmula contiene connotaciones metafísicas de las cuales haríamos bien en deshacernos. Tal y como es interpretada por muchos historiadores de la vieja generación, implica que un historiador podía de cierta manera acceder a una realidad que se encontraba absolutamente fuera de su pensamiento –que "lo que realmente sucedió" era en sí mismo un hecho en espera de ser descubierto. De ahora en adelante se puede admitir que en ese sentido, para nosotros, el pasado está perdido para siempre; que el historiador debe poner sus hechos en relación con un modelo, un esquema conceptual al que puede recurrir solo de considerarlo útil; que él constituye, de igual manera que el esquema conceptual utilizado por el físico respecto de un electrón, un medio práctico para dar cuenta de los hechos conocidos y conducir al descubrimiento de hechos hasta entonces desconocidos. El historiador puede deshacerse del demonio absolutista que implica la sentencia "tal como realmente sucedió" y aceptar todas las ventajas de una posición francamente relativista[134].

El declive –relativo y provisorio– del paradigma de la objetividad entre los historiadores profesionales y el creciente vínculo –pero que sigue teñido de una mutua desconfianza– con las otras ciencias sociales trae consigo una mayor atención a lo contemporáneo e incita a considerar de manera más dialéctica la relación entre el pasado y el presente. Con ocasión de una célebre conferencia dada en la Universidad de Londres, el 13 de diciembre de 1928, el historiador británico Robert William Seton-Watson, quien participó en la Conferencia de la Paz, pronuncia un vehemente "alegato en favor del estudio de la historia contemporánea"[135]. Se trata de un texto esencial para entender cómo esta forma de historia sale de su purgatorio después de la Primera Guerra Mundial. A menudo citado en la historiografía anglófona, es casi desconocido en la historiografía francesa, sin duda porque, en esta época, esta última solo retiene la aparición de los *Annales*– cuyo primer número aparece en enero de 1929– que terminó por eclipsar todas las otras innovaciones o anticipaciones similares nacidas fuera de Francia. En este artículo, Seton-Watson denuncia la incongruencia de un campo descuidado mientras que la disciplina en su conjunto conoció un auge sin precedentes en los treinta años anteriores:

[134] Brinton Crane. "The New History and Past Everything", *American Scholar*, 8, 1939, p. 153. Citado por Peter Novick, *That Noble Dream, op. cit.*, p. 141. Brinton es un historiador estadounidense conocido por sus trabajos sobre la Revolución Francesa.

[135] Seton-Watson Robert William. "A Plea for the Study of Contemporary History", *History (The Journal of the Historical Association)*, n° 53, vol. XIV, abril de 1929, pp. 1-18.

> No ataco a las otras ramas de la historia –ya sea la antigua, la medieval o la moderna. Más bien propongo, a nombre de su hermana más joven, que acaba de alcanzar la mayoría de edad, un alegato en favor de un reconocimiento y de una igualdad en el trato. De hecho, sugiero que todos nosotros seamos estudiantes, profesores, u hombres de acción, no deberíamos, en nuestras investigaciones, preocupaciones o reivindicaciones acerca del interés de nuestros alumnos, detenernos justo en el momento en el cual los estudios históricos adquieren su valor práctico más grande, a saber: en el preciso umbral de nuestra época[136].

Seton-Watson predice un crecimiento en el futuro cercano y barre sin mayores problemas las objeciones respecto de la historia contemporánea. ¿Corre esta el riesgo de quedar rápidamente obsoleta? Se trata del destino de toda proposición historiográfica, puesto que cada época revisa el conjunto de la historia escrita antes de ella, y no solo la más reciente. ¿Ella es muy dependiente de las fuentes contemporáneas y de su rareza, considerando los plazos necesarios para acceder a los archivos? Corresponde a la naturaleza misma del trabajo de los historiadores el basarse, incluso mucho tiempo después, en las susodichas fuentes, con una mirada diferente. En cuanto al riesgo de la escasez de archivos resulta absurdo, puesto que el historiador deberá enfrentar el riesgo contrario, su superabundancia. Más importante aún, la naturaleza misma de la Gran Guerra, la publicación de numerosos documentos diplomáticos o de memorias de hombres políticos, y la brecha parcialmente abierta del principio tradicional del secreto que protege el actuar de los Estados, hacen que ninguna crisis comparable en toda la historia de la humanidad haya dispuesto tan rápidamente de tantas fuentes esenciales para escribir la historia de un acontecimiento del tiempo presente.

> Por cierto, resulta superfluo insistir en el hecho que el proceso general brevemente descrito haya recibido un enorme impulso por parte de la Gran Guerra y la serie de revoluciones en las cuales culminó. Joseph de Maistre, al escribirle a un amigo en el momento más álgido de la Revolución, sostenía: "el proyecto de embotellar el lago Ginebra es claramente menos loco que aquel de restablecer las cosas al mismo orden en que estaban antes de la Revolución"; y podemos adelantar que la Gran Gue-

[136] *Ibidem*, p. 2.

> rra tuvo el mismo efecto revolucionario en los estudios históricos, y en especial en el estudio de la historia contemporánea[137].

Respecto del tema de la objetividad y al hecho de saber si se debe o no abjurar de toda posición política o de toda creencia religiosa para escribir la historia, contemporánea, Seton-Watson, el mismo partidario activo de la causa checa, se pregunta si no es mejor "llenar nuestras venas de leche antes que de sangre" y así renunciar a nuestra condición humana. El incluso aboga por un compromiso más acentuado de los historiadores del tiempo presente, respecto de las urgencias de la posguerra:

> Un estudio exhaustivo de la historia reciente es corolario esencial para el nuevo movimiento internacional a favor de la paz que gravita en torno de la Sociedad de las Naciones, y del cual debe depender mayormente la posibilidad de evitar nuevas conmociones. No soy tan estúpido como para abogar por el reclutamiento de los historiadores como simples propagandistas a favor de tal o cual campaña propacifismo o prodesarme; pero resulta evidente que tienen un rol muy concreto en la promoción de este estudio científico del tiempo presente [*recent times*], que es uno de los fundamentos esenciales sobre los cuales es preciso construir un nuevo mundo y una nueva mentalidad[138].

Al revés, en ningún momento en este artículo, no más que en los textos similares que defienden la práctica científica de una historia contemporánea, se subraya explícitamente la idea de una singularidad de este periodo historiográfico. Por el contrario, estos alegatos insisten en el hecho que esta historia es "como las otras", lo que no tiene nada de sorprendente, puesto que se trata precisamente de promocionar una operación de *integración* tras un periodo de exclusión y, por lo tanto, de mostrar hasta qué punto esta historia es idéntica en cuanto a sus métodos y paradigmas a otras ramas más "nobles" de la historiografía. No será sino mucho después, una vez que esta historiografía ya reconocida y habiendo conquistado una forma de hegemonía tanto en el mundo universitario como ante el público, que la cuestión será planteada, no por un interés de diferenciación, sino porque una vez alcanzada la madurez la historia contemporánea tendrá que afinar sus presupuestos epistemológicos.

137 *Ibidem*, p. 9. La cita de Joseph de Maistre está en una carta dirigida al barón Vignet des Étoles en diciembre de 1793.

138 *Ibidem*, p. 17.

Más allá del necesario desarrollo de una historia contemporánea por la que se pide reconocimiento y legitimación, lo que cambia en la mirada historiográfica –reflejo mismo de una evolución cultural profunda–, es el respectivo lugar del pasado y del presente. Seton-Watson lo percibe intuitivamente al final de su exposición:

> Afirmo que estudiar de cerca (con contribución de datos personales, en lo posible) a los líderes políticos, intelectuales e industriales de hoy es uno de los medios más eficaces de probar teorías provenientes de estudios documentados sobre la era de Metternich y de Francisco José, de Kossuth y de [Ferenc] Deák. No abogo, por supuesto, por esa desastrosa herejía consistente en juzgar el presente a través del pasado o viceversa. Solamente, sugiero que el método que reside en comparar constantemente los dos, en referirse el uno al otro con frecuencia pero siempre vigilante, es susceptible de agudizar y de humanizar los juicios del historiador respecto de los hombres y el mundo. Se trata de uno de los aspectos más prácticos del método comparativo que, a mi parecer, resulta uno de los más provechosos de todos los métodos históricos, cuando se enmarca dentro de límites apropiados[139].

Este llamado a considerar de otra manera la relación entre el pasado y el presente, no según el modo de la ruptura sino mediante la comparación y la dialéctica, decanta lógicamente el alegato en favor de una plena y total inclusión de la historia contemporánea en los estudios históricos. A partir del momento que se defiende una reunificación de la disciplina histórica con todos sus periodos, la separación entre pasado concluido y la historia cercana en desarrollo, no tiene ya, por definición, ninguna pertinencia: es casi una tautología. Incluso si se trata de una simple intuición, es bastante notable en tanto anticipa uno de los paradigmas principales del movimiento de los *Annales*, a saber: la necesidad de redefinir la relación entre el pasado y el presente, en el trabajo de los historiadores y de las ciencias sociales en general. Ella no lo hace partiendo de la idea que es necesario repensar todo el método histórico, sino demandando, con toda modestia, que la historia contemporánea sea tomada en serio en virtud de este mismo método.

Al mismo tiempo, el proyecto de los *Annales*, un proceso mucho más conocido, analizado e incansablemente autoaplaudido, pretende refundar todas las bases de la historiografía. Para comenzar, le concede un gran lugar al

[139] *Ibidem*, p. 13.

"presente" y condena su separación artificial con el pasado. Durante el periodo fundacional en los años 1930, André Burguière identifica incluso una forma de "presentismo" entre quienes se congregan en torno a la revista[140]. El término designa en primera instancia una posición científica que otorga un lugar determinante al punto de vista del historiador y a la construcción de su objeto, lo que por definición no es sino situar el presente, el tiempo del historiador, como fundamental en los escritos históricos. Esta supremacía del presente del observador respecto del pasado del objeto estudiado se ilustra también en el perfeccionamiento del método llamado "regresivo", el cual parte de una pregunta enraizada en el presente para remontar en el tiempo, como en la encuesta de Henri Hauser acerca "del problema histórico de los precios", solicitada en febrero de 1929 y lanzada en 1930 en el contexto del comienzo de la Gran Depresión[141]. Esta preocupación por el presente también se traduce en una mayor atención respecto de la historia contemporánea y la actualidad. Entre 1929 y 1945 la revista dedica 16,4% del total de sus páginas a la historia del siglo XIX y del siglo XX, y 21,7% a temas que forman parte de la actualidad o del pasado cercano, es decir, más de un tercio del total a la historia llamada "contemporánea" en el sentido institucional del término, que incluye muchos artículos provenientes de otras disciplinas como la sociología o la economía. En la misma época, la *Revue historique* y la *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, baluartes de una mayor ortodoxia disciplinaria, dedican respectivamente 23,7% y 57,9% de sus páginas al siglo XIX y al siglo XX –hecho notable que demuestra que la historia contemporánea ha salido del purgatorio–, pero casi nada dedicado a la historia muy reciente o a la actualidad[142]. No obstante, esta evolución se debe tanto al clima científico de los *Annales* y a la evolución del contexto general de la época, como a la personalidad de sus fundadores, Lucien Febvre y Marc Bloch. Este último ha sido presentado, no pocas veces, como un "historiador del tiempo presente"[143]. Desde la vereda de medievalista no solo se atrevió, en muchas ocasiones, a escribir acerca de su propio tiempo, sino también, durante la Ocupación, a formalizar la idea sobre las relaciones que un historiador de su época debe mantener con el pasado y el presente. La mayoría de los textos de Marc Bloch sobre la historia cercana, ya sean científicos, políticos o

[140] André Burguière, *L'École des Annales. Une histoire intellectuelle*, París, Odile Jacob, 2006, p. 33.

[141] Hauser Henri. "Un comité international d'enquête sur l'histoire des prix", *Annales d'histoire économique et sociale*, 2° año, n° 7, 1930, pp. 384-385.

[142] Wesseling Henk L. "The Annales school and the writing of contemporary history", *op. cit.*,

[143] Raulff Ulrich. *De l'origine à l'actualité. Marc Bloch, l'histoire et le problème du temps présent*, *op. cit.*, Véase igualmente la biografía que le consagró: *Marc Bloch. Un historien au XXe siècle*, París, Éditions de l'EHESS, 2005 [1ª ed.: Francfort, Fischer, 1995].

autobiográficos, tratan sobre las dos guerras mundiales, ya sea sobre los rumores, la fotografía o sus propios *Recuerdos* [Souvenirs] durante la Gran Guerra, ya sea su texto más renombrado, *La extraña derrota* [*L'Étrange défaite*], escrito tras la debacle de 1940, antes de ingresar a la Resistencia, donde perderá la vida. La experiencia de guerra fue por lo tanto decisiva en su manera de concebir el oficio de historiador[144].

En términos del surgimiento de una nueva percepción de la contemporaneidad, el aporte de Marc Bloch es a todas luces decisivo. Incluso cuando no es el primero en hacerlo, él define el lugar que deben ocupar el pasado y el presente en el trabajo del historiador. En su *Apología por la Historia* desarrolla una idea cuya pertinencia permanece intacta hoy en día: resulta tan necesario "comprender el presente por el pasado" como "comprender el pasado por el presente"[145]. La comprehensión del presente por el pasado parece renovar el vínculo con la larga tradición historiográfica occidental de una historia como *magistra vitae*, si es que realmente esta tradición nunca desapareció. En realidad ella lucha contra la ilusión modernista de su época y de las décadas anteriores que harían de lo contemporáneo un tiempo fuera del tiempo; de ahí por qué la escuela metódica la excluye, dando por resultado que el estudio del presente se haya transformado en un privilegio, para no decir una exclusividad de las otras ciencias sociales:

> En el vasto transcurrir del tiempo, se cree que es posible apartar una fase de corta extensión. Relativamente poco distante de nosotros en su punto de partida, esta fase comprende en su última etapa los días en que vivimos. Nada en ella, ni las características mas sobresalientes del estado social o político, ni las herramientas materiales, ni la tonalidad general de la civilización presentan, al parecer, diferencias profundas respecto al mundo

[144] Véanse los puntos de vista convergentes de Peter Schöttler, "After the Deluge: The Impact of the Two World Wars on the Historical Work of Henri Pirenne and Marc Bloch", *op. cit.*; Annette Becker, prefacio a *Marc Bloch, L'Histoire, la Guerre, la Résistance*, edición de Annette Becker y Étienne Bloch, París, Gallimard, col. Quarto, 2006, p. XIII, y André Burguière, *L'École des Annales*, *op. cit.*, p. 41.

[145] Se trata de los títulos respectivos de las secciones VI y VII del primer capítulo de *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien*, manuscrito inacabado escrito principalmente en 1942, publicado póstumamente por primera vez en 1949 y reeditado varias veces, particularmente en un *Cahier des Annales*, 3, París, Librairie Armand Colin, 1952 (trad. cast.: *Introducción a la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1952), y recientemente en Gallimard: Marc Bloch, *L'Histoire, la Guerre, la Résistance*, citado en la nota precedente. Las expresiones "comprender el presente por el presente" y "comprender el pasado por el presente" son intertítulos agregados por Lucien Febvre que sintetizan bien las palabras del autor. Sobre los consejos de Peter Schötttler, uno de los mayores conocedores de la obra de Marc Bloch, uso aquí la versión publicada en 1997 por Armand Colin, anotada por Étienne Bloch y con prefacio de Jacques Le Goff; más próxima, según parece, a las notas manuscritas originales.

> en el cual nos desenvolvemos. En pocas palabras, parece estar afectada, en relación con nosotros, por un coeficiente muy fuerte de "contemporaneidad". De ahí el honor o la limitación de que esa fase no se confunda con el resto del pasado[146].

Marc Bloch critica aquí una concepción puramente "biológica" de la contemporaneidad, que dependería de un simple grado de proximidad temporal entre los individuos y las generaciones. Se trata de la consecuencia de su rechazo de la objetividad: por una parte, el tiempo de hoy, en gran medida, no es más que un momento efímero de una evolución más larga; por otra parte, el tiempo vivido o el tiempo percibido son tan importantes si no más que el tiempo denominado "real". El enfoque histórico de la contemporaneidad puede considerarse más arduo porque al hacer entrar otros elementos que permiten identificar las cercanías entre el pasado y el presente, además de la constatación de vivir en el mismo tiempo, sin embargo, nada justifica por ello su separación:

> "Lo que sucede a partir de 1830 ya no es historia", nos decía uno de nuestros profesores de liceo, quien era muy viejo cuando yo era muy joven: "eso es política": Hoy en día ya no se diría "a partir de 1830" –las Tres Gloriosas, a su vez, han envejecido–, ni "eso es política". Se diría más bien, con un tono respetuoso: "es sociología"; o, con menos consideración: "periodismo". Muchos sin embargo repetirían de buen grado: a partir de 1914 o de 1940 ya no es historia. Por lo demás, sin ponerse bien de acuerdo sobre los motivos de este ostracismo. Algunos, al considerar que los hechos más cercanos a nosotros son, por lo mismo, adversos a todo estudio realmente sereno, simplemente quieren evitar que la casta Clío tenga encuentros demasiado encendidos. Me imagino que así pensaba mi antiguo maestro. Lo que sin duda supone poco control sobre nuestro sistema nervioso y también olvida que, en cuanto las resonancias sentimentales entran en juego, el límite entre lo actual y lo no actual dista mucho de determinarse necesariamente por la medida matemática de un intervalo de tiempo[147].

146 Marc Bloch, *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien*, Paris, Armand Colin, 1997, pp. 58-59 (trad. cast.: *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001).

147 *Ibidem*.

La sospecha que los historiadores de lo contemporáneo hacen, en el mejor de los casos "ciencia política", y en el peor "periodismo", todavía tenía asidero hace unos treinta años: la resistencia a la historia del tiempo presente duró largo tiempo. No obstante, Marc Bloch explicita claramente –y es la novedad de su aseveración– de qué manera el presente también puede explicar el pasado. Muestra cómo el conocimiento de su tiempo entrega al historiador recursos esenciales para comprender el pasado. Esta idea descansa, en primer lugar, en la observación de las continuidades y de las permanencias de ciertas estructuras materiales (por ejemplo, el diseño de los campos) o culturales (las modalidades de la herencia) que, observadas en su estado presente, permiten aprehender aquello que pudieron ser en el pasado. A pesar de las oposiciones, no está en lo absoluto alejada de la lógica de las huellas defendida por la escuela metódica. Esta idea se apoya posteriormente en la hipótesis de que grandes conmociones históricas (la Reforma) pueden seguir actuando a través de sus efectos en una muy larga duración, a veces más sostenidamente que las conmociones más recientes (quizás haciendo alusión al nazismo). Su observación en el presente permite una vez más acceder a una cierta inteligibilidad del pasado. El planteamiento se basa finalmente en la constatación de que la experiencia directa del historiador puede permitirle comprender por analogía o porque existe una permanencia antropológica de gestos del pasado a través de la observación de sus propios gestos del presente. Este último registro aparece excasamente explicitado en *Apología por la Historia*, pero se trasluce en toda su obra después de la Gran Guerra: Marc Bloch habría sido, sin duda alguna, desde este punto de vista, un gran historiador de las dos guerras mundiales, no solo debido a su talento científico, sino también por su experiencia directa en el terreno de la acción de los combatientes y luego de la Resistencia, una característica común a varios historiadores de la generación en toda Europa. A partir de entonces el vínculo entre el pasado y el presente se impone por sí mismo: "esta solidaridad entre las épocas es tan fuerte que los nexos de inteligibilidad entre ellas poseen verdaderamente un doble sentido. La incomprensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero quizá es igualmente vano esforzarse por comprender el pasado si no se sabe nada del presente"[148].

¿Estas reflexiones contribuyeron por tanto a instalar de manera duradera la historia contemporánea en el campo de los estudios historiográficos, y habrá que considerar, también, en este caso, a Marc Bloch como un precursor? Nada resulta menos seguro aun cuando Bloch, Febvre y esta primera corriente de los *Annales* contribuyeron, sin duda, a minar una forma de ortodoxia en la materia.

[148] *Ibidem*, p. 63.

Apología por la historia defiende una cierta ética de la historia en general, incluida la historia cercana, pero sin elaborar un programa en particular o explicar cómo la disciplina debe integrar la historia contemporánea, no tanto como enfoque heurístico, sino como un campo de estudio. Simplemente no es el planteamiento del autor. Sin embargo, una cosa es invitar a un medievalista a estar atento a su tiempo para comprender el feudalismo, y otra distinta es pretender escribir con el mismo grado de rigurosidad y credibilidad una historia en caliente sobre el nazismo. Ciertamente, podemos ver en *La extraña derrota* un libro emblemático de historia del tiempo presente, tanto más cuanto que el autor hace gala de una gran lucidez que deleita a los historiadores, puesto que parece ver aquello que estos mismos verán después en la derrota de 1940. Eso es, sin embargo, olvidar que se trata primero y antes que nada de un testimonio de su tiempo –Bloch introduce su planteamiento como "una declaración de testigo"– y no como un trabajo de historiador. De hecho, resulta interesante señalar que esta visión hace que un testimonio contemporáneo, asumido explícitamente como tal por su autor, se propague como un libro de historia del tiempo presente sobre todo en los últimos veinte años, precisamente en el contexto de una frontera cada vez más incierta entre el testigo y el historiador. No obstante, como lo recuerda Gérard Noiriel, Marc Bloch nunca los confundió: "el severo juicio que emite sobre la sociedad francesa en *La extraña derrota* no es sino el punto de vista de un actor, punto de vista que el historiador del mañana confrontará con otros testimonios y otras fuentes"[149]. Él se inscribe aquí más en la tradición del hablar de un académico universitario convertido en intelectual comprometido con su época, que en la posición de un historiador de su tiempo comparable a lo que pudo hacer respecto del análisis de los rumores de la Gran Guerra. Será bastante después, en los años 1970, por razones tanto intelectuales como estratégicas, que Marc Bloch será integrado, no sin algunos artificios, a la lista de los padres fundadores de la nueva historia del tiempo presente, para demostrar claramente a sus detractores que esta también conectado con la corriente dominante de la historiografía francesa. Agreguemos que la manera en que Marc Bloch aborda en 1940 los vínculos entre pasado y presente, es descrita a menudo como una innovación, en la lógica de la revolución historiográfica que tuvo lugar en la década anterior. No obstante, Marc Bloch es el primero en recordar que establecer tal vínculo responde a una tradición muy larga. Al denunciar la ruptura que tuvo lugar entre el estudio del pasado y el estudio del presente, escribe, como al pasar, esta reflexión:

[149] Noiriel Gérard. *Les Origines républicaines de Vichy, óp. cit.*, pp. 33-34.

> Lo curioso es que la idea de este cisma surgió hace muy poco. Los antiguos historiadores griegos, un Heródoto, un Tucídides, más cercanos a nosotros; los verdaderos maestros de nuestros estudios, los antepasados cuyas imágenes merecerán figurar eternamente en el emblema de la corporación, jamás soñaron que, para explicar la tarde, habría bastado conocer, a lo mucho, la mañana[150].

Ciertamente, él cita entonces a Michelet y la necesidad de comprender lo actual desde lo inactual. Pero quizá también renueva un pensamiento historiográfico prerrevolucionario en el cual no existía discontinuidad en la mirada del tiempo histórico, ni de la historia propiamente contemporánea, puesto que no había diferencia entre lo cercano y lo lejano, entre la historia y el presente. ¿Será la consecuencia indirecta de su crítica a la escuela metódica, la cual formalizó este corte, y que por lo tanto lo lleva a vincularse nuevamente con lo que antecede? ¿Es una necesidad lo que siente de contemplar una historia larga para reabrir su propio horizonte de espera y considerar que el triunfo de la barbarie, del cual será una de las víctimas, quizá forma parte de estos fenómenos "efímeros" de los cuales él lo mismo habla varias veces en *La Apología por la historia*? ¿Quizás así quiso escapar del presente mortífero y reabrir los posibles futuros, sumergiéndose en un pasado lejano para encontrar ahí la esperanza? Marc Bloch se habría comportado, de esta manera, tanto como hijo de su tiempo que como hijo de su padre, reconciliándose, siendo laico, con la tradición judía cuyas raíces yacen en lo inmemorial, por lo tanto en un tiempo donde pasado y presente coexisten permanentemente.

Inmediatamente después del nazismo

El hombre se encuentra desde ahora en adelante en "una brecha entre el pasado y el futuro", escribe Hannah Arendt, en 1954[151]. Se encuentra en un lugar inestable e incierto, entre un pasado que se ha alejado y que pide ser descifrado –de ahí la nueva importancia de la historia como actividad

[150] Bloch Marc. *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien*, *óp. cit.*, p. 60. Tanto en las primeras versiones como en las más recientes, se encuentra con frecuencia la primera redacción de este pasaje: "Lo singular es que la cuestión pueda hoy plantearse. Hasta hace muy poco, en efecto, el asunto ha parecido casi unánimemente resuelto de antemano".

[151] Arendt Hannah. *La Crise de la culture. Huit exercices de pensée politique*, Paris, Gallimard, col. Idées, 1972. La primera edición de estos ensayos apareció en 1961con el título *Between Past and Future* (versión cast.: *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, Península, Barcelona, 2003.

intelectual y de la memoria como práctica social y política–, y un futuro que se ha tornado ilegible para varias generaciones– de ahí la importancia de ese momento de tránsito, de transición entre el pasado y el presente característico de la escritura de la historia del tiempo presente en el siglo XX. Franz Kafka, Walter Benjamin y muchos intelectuales expresaron, entre las dos guerras, un mismo sentimiento respecto del quiebre de la continuidad histórica. René Char, otro centinela al que recurre Arendt, lo expresó también en la clandestinidad, en 1943-1944: "nuestra herencia no está precedida por ningún testamento", célebre aforismo citado una y otra vez por la filosofía, que expresa la idea de que las generaciones posteriores a las de la guerra tendrán que soportar un legado cuyo sentido es ilegible[152]. Después de la Revolución Francesa el hombre moderno se encontró desconectado de su pasado pero proyectado al futuro. Después de las dos guerras mundiales se encuentra en la soledad del presente, enfrentado a un pasado cercano cuya carga parecerá, paradójicamente, cada vez más pesada de llevar a medida que nos alejemos del quiebre de 1945.

La Gran Guerra y sus días posteriores habían visto el desarrollo de una forma de historicidad desarraigada, que había roto con aquella del siglo XIX, fundada en la idea de un progreso continuo y acumulativo, basada en la creencia de un dominio del mundo mediante el saber científico. La memoria del conflicto, la imposición e incluso el peso de la historia cercana habían influenciado fuertemente la vida política, social, científica de los años 1920-1930, dando una nueva importancia y una nueva dimensión a la noción de contemporaneidad. Después de 1945 las secuelas combinadas de la guerra, el nazismo y la Shoah traerán consigo, en todo el mundo occidental, un interés aún más acentuado por la historia del tiempo presente que se desarrollará de manera decisiva, intentando hacer frente a la herencia de esta última catástrofe. El estrecho vínculo entre política, memoria e historia que apareció en 1918, en el contexto de la primera guerra de masas, es percibido aún con mayor claridad después de 1945: una vez más urge comprender el tiempo presente, pero con grandes diferencias que responden casi en su totalidad a la naturaleza de la violencia de la guerra, que resulta ser también aumentada por una violencia política e ideológica pocas veces igualada en intensidad en el pasado.

Contrariamente a lo sucedido en 1914-1918, cuando casi únicamente las zonas del frente habían sido físicamente devastadas y solo los combatientes habían sufrido pérdidas en masa –con la importante excepción del genocidio

[152] *Ibidem*, pp. 15 y 16. La cita de René Char está tomada de *Feuillets d'Hypnos*, § 62 (1946).

de los armenios planificado por los turcos–, el conflicto de 1939-1945 implicó en Europa, y en menor medida en Asia y el Pacífico, destrucciones materiales y humanas sin parangón. Estas apuntaron prioritariamente a poblaciones civiles o a combatientes desarmados, mediante la eliminación intencional de grupos completos de poblaciones conquistadas, de masacres en masa de prisioneros de guerra, de destrucciones *ex profeso* de grandes aglomeraciones urbanas no estratégicas, de movimientos forzados de poblaciones –desplazadas, deportadas, cautivas, esclavizadas o refugiadas por decenas de millones. Como veinte años antes se debe enfrentar la cuestión terrible de saber cómo mantener vivo el recuerdo de los muertos y desaparecidos sin sepultura, hacerse cargo de los duelos colectivos y cómo dar sentido a acontecimientos que parecen inaccesibles a la razón. Una de las más antiguas tradiciones culturales y religiosas de la historia de la humanidad desapareció, en parte, debido a la eliminación sistemática de personas, lugares de culto, escuelas y cementerios. El genocidio de los judíos que se extendió por todo el continente europeo, ciertamente, no es el primero ni el último pero no se conoce precedentes en cuanto a su extensión, su naturaleza y sus modalidades.

Poco a poco en todas partes de la Europa ocupada surgieron iniciativas clandestinas para salvaguardar el patrimonio cultural amenazado del judaísmo y registrar en caliente, con medios improvisados, las huellas del crimen que se estaba cometiendo. Estas también tuvieron por objetivo recopilar testimonios acerca de lo que corre el riesgo generar incredulidad, incluso reacciones de negación. Por supuesto, pensamos en el trabajo del historiador Emmanuel Ringelblum y su grupo *Oneg Shabbat* ("La alegría del sábado"), que a partir del mes de octubre de 1939 en Varsovia, y luego al interior del ghetto, recogió una cantidad impresionante de información acerca de la vida cotidiana y la suerte que corrían los judíos en ese periodo[153]. En la misma línea, pensamos en la creación por parte de Isaac Schneersohn, el 28 de abril de 1943, en Grenoble, del Centro de documentación judía contemporánea [*Centre de documentation juive contemporaine*, CDJC], encargado en un comienzo de recopilar las huellas de la persecución de los judíos en Francia para luego jugar un rol decisivo durante la posguerra en la construcción de una memoria de la Shoah, en Francia[154]. Por último, podemos evocar, en un registro diferente,

[153] Véase el texto póstumo de Emmanuel Ringelblum, *Chroniques du ghetto de Varsovie*, París, Robert Laffont, 1959. Véase igualmente un estudio más reciente del tema: Kassow Samuel D., *Qui écrira notre histoire? Les archives secrètes du ghetto de Varsovie*, París, Grasset, 2011.

[154] Sobre los orígenes del CDJC, véase Poznanski Renée, "La création du Centre de documentation juive contemporaine en France (avril 1943)", *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, 63, julio-septiembre de 1999, pp. 51-64.

la increíble iniciativa del 30 de septiembre de 1942, en Jerusalén, de un ex delegado ante los Congresos sionistas, Mordechai Shenhaby, quien propuso que el Fondo Nacional Judío (FNJ) erigiese, en Palestina, un memorial en honor a los "muertos y héroes de Israel" víctimas de los nazis cuando la Solución Final aún estaba en curso. El proyecto y su formulación serán retomados después de la creación del Estado de Israel, en mayo de 1953, con el fin de crear al Memorial de Yad Vashem, autoridad encargada de conmemorar a los "héroes y mártires" de la persecución. Para el historiador Tom Segev, descubridor de ese primer proyecto no concretado, "no hubo manifestación más clara, más vulgar y macabra de esta tendencia a pensar el genocidio en el pasado: mientras que el *yishouv* debatía acerca de la mejor manera de conmemorar sus recuerdos, la mayoría de las víctimas todavía estaban vivas"[155]. En realidad, para esa fecha, cerca de 4 millones de personas ya habían muerto y mucha información se filtró fuera de Europa. No obstante, la iniciativa carga con una voluntad de escapar de la realidad del presente, resultado de una forma de impotencia. Ella muestra también hasta qué punto el exterminio de los judíos comienza a trastocar profundamente la relación con el tiempo y la memoria, sin por ello abolir por completo toda visión del futuro, bien por el contrario. La mayoría de estas iniciativas muestra que en el corazón mismo del proceso de genocidio hubo voces y plumas que se levantaron para salvaguardar voluntariamente las huellas presentes y pasadas de un acontecimiento en desarrollo con el fin de mantener la posibilidad de una historia y una memoria futuras. Esos historiadores, esos sabios, esos rabinos ¿podían imaginar entonces que el genocidio de los judíos, que se los llevaría a casi todos, iba a terminar por formar décadas después del fin del conflicto un nodo de la cultura occidental? Que se le llame la Shoah o el Holocausto, términos utilizados a partir de 1948 en Israel, su recuerdo permanece vivo aún hoy en día, luego de casi cuatro generaciones después de los hechos, como elemento central de una cultura de la memoria que marca profundamente nuestro régimen de historicidad. Resulta todavía más interesante notar que este acontecimiento que trastocó fuertemente la percepción judía del tiempo, al hacer de la historia, entendida aquí como contingencia, ruptura, incertidumbre, un elemento esencial de la cultura judía estaba fundada más bien en la memoria, entendida como la permanencia de una tradición supuestamente impermeable al tiempo que pasa[156].

[155] Segev Tom. *Le Septième million. Les Israéliens et le Génocide*, Paris, Liana Levi, 1993, p. 129.

[156] Evoco acá, ciertamente, las tesis de Yosef Yerushalmi en *Zakhor. Histoire juive et mémoire juive*, *óp. cit.*

Esta voluntad de escribir una historia precoz de la guerra se manifiesta en otro registro, a partir de los primeros meses de la liberación de los países ocupados, y se desarrolla de manera general entre los años 1950-1960, esta vez, reproduciendo a gran escala la situación posterior a 1918. Por casi toda Europa, a menudo impulsados por el Estado y al margen del mundo universitario, se crean institutos y comités de historia encargados de emprender la recolección de documentos y testimonios, y producir las primeras historias del acontecimiento apenas terminado[157]. El fenómeno resulta aún más destacable, en cuanto en un primer tiempo sus creaciones obedecen a una lógica nacional espontánea aunque muy rápidamente surge la voluntad de una coordinación internacional. El primer lugar, cronológicamente hablando, recae en Holanda, donde precisamente durante la ocupación alemana se manifiesta la voluntad de guardar las huellas del acontecimiento. La primera iniciativa corresponde a Nicolaas Wilhelmus, historiador economista que fundó en 1935 el Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam, concebido como un centro de documentación y reflexión sobre el movimiento obrero europeo después de la llegada de los nazis al poder. Junto con otros universitarios, Wilhelmus contempla la creación de un centro de documentación sobre los Países Bajos en guerra. Una segunda iniciativa viene por parte del gobierno holandés en el exilio, en especial del Ministro de Educación, Arte y Ciencia, Gerrit Bolkestein, quien el 28 de marzo de 1944, desde Londres, se dirige en estos términos a sus compatriotas a través de una emisión de Radio Orange:

> La historia no se escribe solamente a partir de actos oficiales y documentos de archivos. Si deseamos que la posteridad dimensione las pruebas que nuestro pueblo atravesó y venció durante estos años de guerra, requeriremos precisamente de los testimonios más modestos: un diario, las cartas de un trabajador del STO (Servicio del Trabajo Obligatorio) en Alemania, una serie de prédicas de un pastor o un sacerdote. Solo la acumulación de una gran cantidad de ese material simple y cotidiano permitirá pintar en toda su profundidad y su resplandor el cuadro de nuestra lucha por la libertad[158].

[157] Sobre esta historia, véase Lagrou Pieter, "Historiographie de guerre et historiographie du temps présent: cadres institutionnels en Europe occidentale, 1945-2000", *Bulletin du Comité international d'histoire de la Deuxième Guerre mondiale*, 30-31, 1999-2000, pp. 191-215, versión en línea en el sitio del IHTP, http://www.ihtp.cnrs.fr/spip.php%3Farticle515 html (Véase igualmente su estudio comparado de Francia, Holanda y Bélgica: *Mémoires patriotiques et Occupation nazie. Résistants, requis et déportés en Europe occidentale, 1945-1965*, Bruselas/París, Complexe/IHTP-CNRS, 2003.

[158] Citado par Gerrold van der Stroom, "Les journaux, le texte néerlandais publié (*Het Achterhuis*) et les traductions", en Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie (Instituto Nacional de Documentación de

Este llamado demuestra hasta qué punto la voluntad de hacer una historia y una memoria de este conflicto fuera de normas constituyó un elemento esencial de la cultura de guerra en sí. ¿Resulta necesario insistir en esta extraordinaria situación, en la cual un representante de un gobierno en exilio, a pocos meses de abrirse un nuevo frente de batalla llamado a liberar Europa Occidental, se preocupa de la manera cómo se escribirá esta guerra?

Ana Frank oyó este llamado y lo cita en su *Diario*:

> Querida Kitty: Anoche, por Radio Orange, el ministro Bolkestein dijo que después de la guerra se hará una recolección de diarios y cartas relativos a la guerra. Por supuesto que todos se abalanzaron sobre mi diario. ¡Imagínate lo interesante que sería editar una novela sobre "la Casa de atrás"! El título daría a pensar que se trata de una novela de detectives. Pero hablemos en serio. Seguro que diez años después de que haya acabado la guerra, resultará cómico leer cómo hemos vivido, comido y hablado ocho judíos escondidos. Pero si bien es cierto que te cuento bastantes cosas sobre nosotros, solo conoces una pequeña parte de nuestras vidas[159].

Desde los primeros días de la liberación del país, en abril de 1945, el gobierno neerlandés crea una Oficina Nacional de Documentación de Guerra, que se convierte en octubre de 1945 en el Instituto de Documentación de Guerra [Rijkinstituut voor Oologdocumentatie, RIOD], cuya dirección queda en manos del historiador Louis de Jong, quien se erigirá como una figura dominante de la historiografía neerlandesa de posguerra[160].

En Francia, unos meses antes, surgió el mismo tipo de iniciativa con la creación de dos instituciones, por decisión del gobierno provisional de la República francesa [Gouvernement provisoire de la République française]: la Comisión sobre la Historia de la Ocupación y la Liberación de Francia [Commission d'Histoire de l'Occupation et de la Libération de la France, CHOLF],

---

Guerra), *Les Journaux d'Anne Frank*, ed. Harry Paape, Gerrold van der Stroom y David Barnouw, trad. Philippe Noble e Isabelle Rosselin-Bobulesco, Paris, Calmann-Lévy, 1989 [1ª edición: Amsterdam, Bakker, 1986], p. 75- 76. Se trata de la edición científica de las (tres) versiones del *Diario* publicado por primera vez en 1947.

159 *Les Journaux d'Anne Frank*, *ibid.*, p. 616. El Anexo se refiere al ático donde se escondía la familia Frank. Acá reproduzco el texto de la primera redacción del *Diario*.

160 Para una breve reseña de esta historia, véase el sitio del sucesor del NIOD (Netherlands Institute for War, Holocaust, and Genocide studies) :<www.niod.knaw.nl>. Ver igualmente Stoop Paul, "Das Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie in Amsterdam", *Jahrebibliographie der Bibliothek für Zeitgeschichte*, vol. 58, 1986, pp. 455-465, y en especial Hirschfeld Gerhard, "Niederländische Zeitgeschichte: Fragen und Perspektiven der Forschung", *Jahrbuch des Zentrums für Niederlande-Studien*, vol. 16, 2005, p. 141-157. Cf. igualmente Lagrou, Pieter, *Mémoires patriotiques et Occupation nazie*, *op. cit.*, pp. 77-78.

creada el 20 de octubre de 1944, que toma la posta de un efímero Comité de historia de la Liberación de París [Comité d'histoire de la Libération de Paris], creado en el seno de la Biblioteca del Arsenal [Bibliothèque de l'Arsenal],a fines de agosto de 1944, y el Comité sobre la Historia de la Guerra [Comité d'Histoire de la Guerre, CHG], creado el 6 junio de 1945. Ambos fueron fusionados por decreto del 17 de diciembre de 1951, dando paso al Comité de Historia de la Segunda Guerra Mundial (CHGM) [Comité d'histoire de la Deuxième Guerre mondiale, CHGM], que dependerá de la presidencia del Consejo, luego después de 1958, de los servicios del Primer Ministro[161]. En 1949, miembros de la resistencia y militantes antifascistas italianos crean a su vez el Instituto Nacional para la Historia del Movimiento de Liberación en Italia [Istituto Nazionale per la Storia del Movimento di Liberazione in Italia, INSMLI], que se transforma en una institución oficial en 1967, de la que dependerán cerca de 70 institutos regionales en todo el país[162]. En Austria también son ex miembros de la resistencia quienes fundan en Viena, en 1963, los Archivos documentales de la Resistencia austríaca [Documentationsarchiv des österreichischen Widerstandes, DöW], que desde 1983 es un centro financiado por el Estado. En Bélgica, al tenor de las divisiones políticas internas, sobre todo respecto de la "Cuestión Dinástica", la actitud de Leopoldo III durante la guerra, no es sino hasta 1967 que se crea el Centro para la Investigación y Estudios Históricos de la Segunda Guerra Mundial [Centre de recherches et d'études historiques de la Seconde Guerre mondiale, CREHSGM], bajo la tutela del Ministerio de Educación Nacional y dependiente de los Archivos del Estado, y cuyo objetivo es "documentar el heroísmo" de los miembros de la resistencia y las víctimas de la guerra[163]. Podríamos multiplicar los ejemplos en la antigua Europa ocupada, incluyendo el otro lado de la cortina de hierro, donde también se crean centros de archivos y de documentación dedicados exclusivamente a la historia de la

[161] Chabord Marie-Thérèse, "Le Comité d'histoire de la Deuxième Guerre mondiale et ses archives", *La Gazette des Archives*, 116, 1er trimestre 1982, p. 5-19. Véase también Douzou, Laurent, *La Résistance française: une histoire périlleuse. Essai d'historiographie*, París, Éditions du Seuil, 2005. El autor muestra que algunos miembros de la resistencia francesa consideraron durante la guerra una escritura de su historia. Sin embargo, la obra no menciona el contexto europeo de la creación del CHGM, ni el rol sin embargo decisivo jugado por este último en la internacionalización de esta historiografía de los años 1960. El mismo sesgo de una historia franco-céntrico en Douzou, Laurent (dir.), *Faire l'histoire de la Résistance*, Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2008.

[162] Galimi Valeria. "De l'histoire de la Résistance à l'histoire du XIXe siècle: l'"Istituto nazionale per la storia del movimento di Liberazione in Italia" et le réseau des Instituts associés", en el dossier "L'histoire du temps présent, hier et aujourd'hui", *Bulletin de l'IHTP*, julio de 2000, en línea <http://www.ihtp.cnrs.fr/spip.php%3Frubrique89.html>. Consultado el 13/04/17.

[163] Lagrou Pieter. "Historiographie de guerre et historiographie du temps présent: cadres institutionnels en Europe occidentale, 1945- 2000", art. cit.

Segunda Guerra Mundial, sobre todo en Polonia o en la URSS donde la guerra constituye un momento particularmente fundador de una nueva identidad nacional y política.

El interés de este fenómeno, que ha generado trabajos a escala nacional pero pocos estudios en conjunto a escala europea –a excepción del trabajo citado de Pieter Lagrou–, reside en la convergencia intelectual de estas iniciativas, a pesar de las diferencias culturales e históricas de los países en cuestión, y más aún de su respectiva situación durante la guerra. Estos organismos *ad hoc* desempeñaron un papel decisivo en el surgimiento de una historiografía del tiempo presente en Europa, la cual ya existe de manera dispersa desde el término de la Primera Guerra Mundial, pero más aún en su institucionalización. Gracias a su dimensión oficial que les permite beneficiarse de personal y de recursos con bastante rapidez, y aún más a una visibilidad social, estos organismos se instalan en el paisaje académico y la mayoría se vuelven imprescindibles desde el momento en que se solicita un conocimiento experto acerca de la guerra. Por cierto, hasta los años 1970-1980 estos institutos prosperaron fuera del control de las universidades o de los grandes centros de investigación, aunque estos contribuyeron a su funcionamiento, como es el caso en Francia, donde el Comité de Historia de la Segunda Guerra Mundial [CHGM] fue financiado en gran parte por el Centro Nacional de la Investigación Científica [Centre national de la recherche scientifique, CNRS]. De ahí la etiqueta de "historia oficial" con que se le ha relacionado a veces, olvidando que la historia general practicada en la misma época en las instituciones universitarias europeas no ofrece un modelo de imparcialidad ideológica: por el contrario, la movilización de la Guerra Fría atravesó toda la disciplina. Al salir del fascismo y del nazismo y frente al modelo soviético que domina al otro lado del continente, las reticencias, en Europa occidental, respecto de la historia finalizada y controlada políticamente, pueden con justa razón suscitar reservas. Sin embargo, como escribe Pieter Lagrou, "si se hizo una excepción respecto de la historia reciente es porque las circunstancias eran percibidas como excepcionales: la urgencia de la recopilación de documentos y la salvaguarda del honor nacional; la necesidad de un relato común de uso interno y externo acerca de los acontecimientos traumáticos de la ocupación, relato que la historiografía universitaria desdeñaba producir por causa del conservadurismo metodológico y del desprecio con respecto al 'periodismo'"[164]. Si bien la desconfianza de los académicos universitarios no desaparece completamente, sí se ve forzada a borrarse frente a lo que entonces aparece como una

[164] *Ibidem.*

forma de civismo patriótico e incluso universalista. Los representantes más reconocidos de la disciplina, que no son "contemporaneístas", comprenden de hecho la necesidad de desarrollar una historia contemporánea en general y la historia de la última guerra en particular. En 1949, en el primer número de *Cahiers d'Histoire de la Guerre*, publicados por el comité homónimo, Lucien Febvre, quien preside el consejo científico, escribe en su prólogo:

> Me gustaría trazar, al comienzo de este primer cuaderno, un programa ambicioso. Sin embargo no es hora de sendas anticipaciones, de promesas ventajosas, sino de la enérgica recuperación de nosotros mismos. El Comité francés de Historia de la Guerra no persigue la gloria. No la buscamos en lo absoluto, historiador, en el estudio de tan sangrientas, de tan nebulosas tragedias. El Comité francés de historia de la Guerra quiere estar al servicio de la verdad, modesta, paciente y laboriosamente, ayudando a los trabajadores a establecerla. Y por lo tanto, a derribar el Babel de mentiras, invenciones, verdades dobles o triples que impiden ver con claridad en los acontecimientos. De hecho, para hacer su labor, no concibe encerrarse en su casa, ni enclaustrarse en su antigua y buena Francia: tiende una mano fraterna a los trabajadores del mundo entero, siempre y cuando la mano de estos últimos sea leal: quiero decir la mano de hombres que no invocan, sino que demuestran. Serenamente. Con pruebas, y bien sometidas a la crítica No concibe estar al servicio de tesis alguna, más aún, es necesario decirlo, de política alguna. Sin embargo, no se limita de un ardiente deseo: aquel de trabajar por la educación del sentido crítico de nuestros contemporáneos, desmontando los complicados engranajes de mil maquinaciones mortales y secretas. Y primero en Francia. Sentido crítico y algo más, de ser verdad, como escribió Marc Bloch en el prólogo de uno de los dos o tres libros más profundos, más verdaderamente pensados que poseíamos acerca de esos años dolorosos –ya nombré su *Extraña derrota*– que esta derrota, fue en primer lugar y antes que nada, una derrota de la inteligencia francesa. Se puede hacer con plena conciencia su labor de historiadores profesionales, y no prohibirse, en su posición y con sus medios, remediar tan grandes males. ¡Adelante, buena suerte, larga vida a *Cahiers d'Histoire*![165].

[165] Febvre Lucien. "Avant-Propos", *Cahiers d'Histoire de la Guerre*, n° 1, enero de 1949, pp. 1-3.

El precursor del movimiento de los *Annales* defiende por lo tanto una postura historiográfica que preconiza la humildad, la búsqueda de la verdad, incluyendo las verdades más factuales, la imparcialidad, cualidades todas puestas al servicio de una mejor educación tan crítica como cívica. Incluso hace alarde sin rodeos de la vocación taumatúrgica de esta historiografía que recién se inicia. Una vez más la historia del tiempo presente es movilizada para responder a los efectos del trauma experimentado, a condición de dar una mirada distante sobre los acontecimientos, sin embargo, muy cercanos en el tiempo y por los que todos los historiadores atravesaron. Nuevamente, estamos en presencia, esta vez a gran escala, de una forma de respuesta no traumática al traumatismo vivido. Y si Lucien Febvre defiende sin reserva un tal proyecto, es porque este parece responder a la misión propia de la historia como disciplina, con todos sus periodos, tal y como se constituye a partir de entonces en todas la democracias occidentales. El año siguiente, en la misma revista, Febvre avanza un paso más al introducir un número dedicado a la resistencia europea:

> Que sea demasiado temprano para escribir algo verdaderamente válido acerca de la Resistencia a la opresión en los países europeos invadidos por Alemania, no faltará quien nos lo diga, ya sea con gentileza o con un dejo de amargura. Agradecemos de antemano a nuestros informantes; pero no nos enseñarán nada. Como no tenemos la candidez de creer en lo "definitivo" en Historia, como sabemos que esta Historia, ciencia de los cambios, en sí misma está en perpetuo cambio, no puede entonces proceder sino por una serie de aproximaciones sucesivas, las primeras muy generales, las siguientes cada vez más precisas. Como por otra parte tenemos el firme sentimiento que, so pena de suicidio, los historiadores honestos no pueden ni deben dejar en la ignorancia de lo que ya podemos saber a un numeroso público que pide que no esperemos su muerte para entregarlo... ¿pero qué? Lo provisorio, apenas algo menos provisorio de lo que podemos darle hoy. Decidimos pasar por alto los escrúpulos del "inmovilismo" y dedicar, desde ahora, este cuaderno a una rápida mirada de la Resistencia, tal cual se manifestó espontáneamente casi por doquier en los países ocupados por los alemanes desde 1941[166].

Esta vez ya no estamos únicamente en la urgencia cívica de una historia en caliente de la catástrofe y de una respuesta a una legítima demanda social –que Febvre recuerda a pesar de todo– sino más bien en el enunciado de un

[166] Febvre Lucien. "Par manière de préface", *Cahiers d'Histoire de la Guerre*, n° 3, febrero de 1950, p. 1.

fundamento epistemológico que atañe a la historia del tiempo presente en cuanto tal. Sí, esta historia se inscribe en lo provisorio, en lo inacabado, pero nos dice Lucien Febvre, es lo propio de toda la disciplina, pues toda escritura de la historia carga con lo provisorio, y en todo caso no puede pretender enunciar postulados o verdades sino revisables en el tiempo. La enorme precocidad del acontecimiento no puede constituir en absoluto una objeción válida. Febvre va incluso más lejos, al afirmar que descuidar esta forma de historia sería una forma de "suicidio" para la disciplina porque –en su declaración está implícita– si no son historiadores profesionales quienes responden a la demanda, otros y sin duda con intenciones menos loables ocuparán el terreno y, de hecho, ya lo hacen.

Sin embargo, es verdad que buena parte del trabajo de ese comité, en un principio, se inscribe en la idea de recopilar fuentes primarias, "una documentación para los historiadores de la próxima generación", como lo dice Henri Michel en 1949, pero en condiciones de trabajo particulares que a menudo son la marca de toda historia muy precoz: constitución de un corpus *ad hoc* de testimonios, confidencialidad de ciertas declaraciones recopiladas, autocensura y práctica del silencio por parte de los historiadores[167].

Esta primera ola historiográfica, oficial o no, fue por lo tanto profundamente marcada por los desafíos de su tiempo y las primeras lecturas sociales y políticas del conflicto. Primero y antes que nada, su vocación es producir un relato nacional que pueda contribuir a la recuperación moral e intelectual de los países que salen de la guerra, y devolverles la dignidad a veces sumamente mancillada por la ocupación nazi. Un programa que no parece entonces incompatible con una historia de carácter científico. Ella debe enfrentar también la tremenda dificultad de dar cuenta acerca de los crímenes del nazismo y la violencia de esta guerra. De hecho, muchas de estas instituciones prestan servicio directamente a los procesos judiciales en curso contra los criminales nazis y sus colaboradores. En cambio, todos los temas no son abordados de igual manera. La colaboración permanece un tema si no tabú, por lo menos secundario, al contrario de lo que ocurre con el estudio de todas las formas de resistencia y de oposición al ocupante o también del establecimiento de diferentes informes físicos y materiales de la guerra. La constatación no emana solamente de las generaciones posteriores sino también de las contemporáneas, como la crítica formulada por René Rémond contra el CHGM de Henri Michel, a quien reprocha el no haberse interesado –ya en 1967–

[167] Véase Michel Henri. "Une enquête sur la Résistance par la Commission d'histoire de l'Occupation et de la Libération de la France", *Cahiers d'Histoire de la Guerre*, n° 2, junio de 1949, pp. 45-55.

"por el otro bando", es decir, por Vichy y la Colaboración, lo que implica una mirada desequilibrada acerca del periodo[168]. El exterminio de los judíos tampoco figura entre los objetivos prioritarios. Para ser más preciso, existe una suerte de división del trabajo que opera entre estos institutos oficiales encargados de una historia que está revestida de una dimensión nacional y las instituciones propiamente judías y que se presentaban como tales, las que se encargaron de la historia del genocidio. Ciertamente, podemos notar con la mirada y el discurso de hoy en día una oposición entre una historia con una vocación común y otra con una dimensión "comunitaria". No faltaron controversias respecto de este punto desde hace unos veinte años (como muchos otros, participé en ellas); no obstante, esa era la manera en que los actores de la época percibían las cosas. A modo de ejemplo, podemos mencionar lo que León Poliakov, uno de los primeros historiadores de la Solución Final, quien colabora en el Centro de Documentación Judía Contemporánea [Centre de documentation juive contemporaine, CDJC], pero que se encuentra en una cierta marginalidad, dice acerca del CHDG, nuevamente creado y, por el contrario, más bien en el ojo público. A Poliakov no solo se le ocurre reprocharle su falta de estudios sobre la persecución de los judíos, y no solo subraya "la sólida amistad, alimentada por el paralelismo de los intereses y las tareas" entre dos organismos, sino que elogia una institución historiográfica plenamente comprometida con su tiempo, no sin alguna alusión implícita a su propia situación y a la de sus colegas del CDJC:

> Antiguamente, se suponía que Clío era una musa impasible e indiferente: le incumbía reconstruir un palacio babilónico o un tiempo etrusco sin testimoniar pasión, sin pronunciar juicio alguno. La historia es una ciencia, nos decían; debe mantenerse por sobre la confusión, y los problemas del Bien y del Mal no le interesan en lo absoluto. Sin embargo, he aquí que hombres elegidos entre los más prestigiosos historiadores franceses se vuelven cronistas de acontecimientos de los cuales han formado parte, y con qué pasión, con qué don de sí mismos, hace apenas dos lustros. Cualquiera sea su desapego y su probidad profesional, estos deberán tomar una vigorosa posición ética. Qué bueno que así sea. Porque la historia no es tan solo verdad. Ella es también acción sobre lo real. Desde este punto de vista, es saludable que los animadores del Comité sean en su

[168] Rémond René."France: Work in Progress", en el dossier especial "Historians on the Twentieth Century", *Journal of Contemporary History*, vol. 2, n° 1, enero de 1967, p. 43. Véase la cita en el capítulo siguiente. En el artículo, por lo demás, el autor elogia el CHGM.

mayoría hombres de la última guerra marcados en lo más profundo de su ser con una impronta imborrable[169].

No obstante, resulta obvio que estos organismos oficiales no aborden frontalmente, al menos no de inmediato, todos los remas que, vistos a distancia, habrían debido o podido ser tratados en esa época. Se trata de un rasgo constitutivo de toda la historiografía. A pesar de todo, están obligados a preservar ciertas sensibilidades internas: la historia de Vichy, el Asunto Dinástico en Bélgica, el antisemitismo en Polonia –la lista de los temas escabrosos sobre este conflicto es particularmente larga, y no es seguro que las generaciones posteriores de historiadores los hayan abordado o resuelto en su totalidad. También ellos deben preservar las sensibilidades externas: la cooperación internacional, que existe a pesar de la Cortina de Hierro, exige compromisos, incluso la instauración de verdaderos tabúes –en el sentido de un silencio impuesto– en especial acerca de ciertos crímenes cometidos por los aliados: las violaciones masivas, las masacres de civiles o de combatientes, el trato de los prisioneros de guerra alemanes, los bombardeos de ciudades o la expulsión de las poblaciones germánicas de Europa Oriental. Se trata de temas con una carga polémica e ideológica muy fuerte, que suscitan violentas controversias políticas y que serán tratadas de manera científica solo décadas más tarde, sobre todo después de la caída del Muro de Berlín. Escribir la historia del tiempo presente no significa escribir toda la historia y de inmediato. Ello no impide que esta historiografía funde las bases sólidas, sino de un relato común, por lo menos transversal y pluralista acerca de la Segunda Guerra Mundial. En mayo de 1967, por iniciativa del historiador francés Henri Michel, secretario general del CHGM, la mayoría de estos institutos se reúne en un Comité Internacional de Historia de la Segunda Guerra Mundial [Comité international d'histoire de la Deuxième Guerre mondiale, CIHGM] que integra inicialmente a una decena de países (Alemania Federal, Bélgica, Bulgaria, Dinamarca, Estados Unidos, Francia, Israel, Países Bajos, la URSS y Yugoslavia). Afiliado con posterioridad al Comité internacional de Ciencias históricas [Comité international des sciences historiques, CISH], este organismo se desarrolló acogiendo los comités creados en países neutrales durante la guerra (Suiza, el Vaticano)

[169] Poliakov Léon. "Une grande institution française: le Comité d'histoire de la 2e Guerre mondiale", *La Revue du Centre de documentation juive contemporaine*, abril de 1956, pp. 19-22. Léon Poliakov publicó, seis años después de acabada la guerra, una de las primeras síntesis a escala internacional de la historia del genocidio, a través de los archivos del juicio de Núremberg: *Le Bréviaire de la haine*, París, Calmann-Lévy, 1951.

o países de Asia (China, Japón, Corea del Sur)[170]. Desde el origen, cincuenta años después de las exhortaciones de Bloch o Pirenne, y cerca de medio siglo antes de las discusiones respecto de la "historia global" y los recientes llamados acerca del necesario abandono del paradigma nacional, esta historia del conflicto mundial revistió una dimensión de efecto mundial, al subrayar que la historia del tiempo presente que se desarrollaba en la segunda mitad del siglo XX no tenía otra opción más que salir del terreno nacional, aun cuando esta hermosa idea conoció algunas vicisitudes antes de ser ampliamente aceptada –si no puesta en funcionamiento en los hechos.

Otra diferencia entre las dos guerra amerita ser recordada porque jugó un papel esencial en la consideración de una nueva forma de contemporaneidad. La necesidad de enfrentar la magnitud de los crímenes cometidos por los nazis, los fascistas y sus colaboradores, constituyó un reto esencial desde la época en que se desarrollaba el conflicto, puesto que el castigo a los criminales de guerra fue uno de los objetivos de guerra declarados por parte de los aliados. Esta particularidad dio como resultado los primeros grandes tribunales internacionales de la historia, los de Nuremberg y de Tokio. Se trata de momentos decisivos desde el punto de vista del surgimiento de una justicia supranacional, así como del punto de vista de la escritura la historia. Los procesos puestos en marcha para juzgar los crímenes nazis y, en menor medida, los emprendidos para los crímenes del ejército japonés, las investigaciones de campo buscando recopilar el mayor cantidad posible de información fidedigna: documentos, relatos, huellas materiales y humanas, las audiencias públicas de las cortes, permitieron reunir un número considerable de archivos y testimonios disponibles casi inmediatamente para los magistrados, los abogados, las víctimas, así como también a los periodistas de todo el mundo, los historiadores, "politólogos" [politistes], los sicólogos. Una nueva clase de trabajo por parte de estas cortes de justicia produjo, *nolens volens*, las primeras narraciones históricas de la catástrofe, es decir, los primeros análisis coherentes del acontecimiento fundados sobre huellas probatorias, sometidas a debate y buscando entregar sentido a lo sucedido. Los procesos de Nuremberg, por su extensión, su rigor, los medios comprometidos, la publicidad dada, fueron el punto de partida en la elaboración de una muy

[170] Véanse los primeros números del *Bulletin du Comité international d'histoire de la Deuxième Guerre mondiale*, inicialmente solo en francés y luego en inglés y en francés, editado bajo los auspicios del CHGM hasta 1978, y desde entonces del IHTP, que ha ocupado el directorio, con los franceses a cargo de la secretaría general (Henri Michel: 1967- 1980, François Bédarida: 1980-1990, Henry Rousso: 1990-2000, Pieter Lagrou: 2000-2010). Desde 2010 la función es llevada a cabo por Chantal Kesteloot, del Centre d'études et de documentation Guerre et Sociétés contemporaines (Ceges/Soma) de Bruselas, sucesor del Centre belge (CREHSGM), creado en 1967.

precoz historiografía del nazismo y de la Segunda Guerra Mundial. En menor medida pero con la misma lógica, por doquier en el seno de una Europa que salía de la guerra, los procesos entablados contra los nazis y los colaboradores tuvieron efectos análogos en el surgimiento de una primera historiografía del acontecimiento, también muy precoz, sobre todo gracias a la publicación de numerosos testimonios, ya fuesen alegatos *pro domo* o acusaciones, compendios de documentos, de análisis de historia política o militar alcanzando una audiencia bastante grande. Contrariamente a una creencia reciente que sostiene que esta historia habría sido "ocultada", rara vez acontecimientos habrán sido analizados, documentados, desmenuzados, narrados tan tempranamente después de los hechos. Por cierto, con vacíos, lagunas, negaciones, y a veces con mentiras. Sin embargo, es esta precocidad la que amerita ser retenida, guardando en mente que estas primeras narraciones históricas estuvieron profundamente impregnadas de una dimensión normativa: el análisis histórico estuvo por detrás del análisis jurídico, en la medida en que la tarea más urgente fue calificar los crímenes cometidos antes que juzgarlos. Esta marca original influirá durante décadas, y hasta el día de hoy, la escritura de la historia de las grandes catástrofes del siglo XX, y explica que la historiografía del tiempo presente aún mantenga vínculos estrechos y conflictivos con el derecho y la justicia[171].

Movilización y desmovilización ideológica

Existe otra diferencia entre las dos guerras. En 1939 no hubo una movilización general de los intelectuales, científicos, historiadores, defendiendo –en el marco de uniones nacionales– los objetivos de guerra de cada uno de los respectivos países beligerantes. En este nuevo conflicto es la dimensión política la que reviste una dimensión crucial. Ella genera un enfrentamiento no solo entre potencias rivales, sino también entre sistemas ideológicos cuya influencia trascendía las fronteras. Por doquier, los eruditos, como el resto de la población, se desgarraron entre partisanos de la colaboración con los nazis y los miembros de la resistencia, entre aquellos que aceptaban aliarse con Stalin para combatir a Hitler y aquellos cuyo anticomunismo comandaba todo lo demás.

[171] Me referí a este punto en *La Hantise du passé. Entretien avec Philippe Petit*, París, Textuel, 1997.

En Francia los historiadores se comprometieron en la Resistencia o prestaron sus servicios a Vichy, pero lo hicieron a título individual, no en nombre de una corporación. Sin embargo existen excepciones, entre las cuales las más notables para comprender la evolución de la historia son aquellas de la historiografía germano-occidental y de la historiografía norteamericana que mantienen, por lo demás, durante la Guerra Fría, estrechos vínculos, debido al número de intelectuales acogidos en EE.UU. durante los años 1930-1940.

En el seno de la Alemania Nazi la historia y los historiadores, al igual que los juristas o los físicos, jugaron un papel importante en la legitimación del régimen: la dimensión de este respaldo ideológico sigue siendo objeto de debate, en la medida en que participa de las recurrentes controversias sobre la interpretación del pasado nazi. En general, el fuerte desarrollo de la historia contemporánea en Alemania Federal después de 1945 fue consecuencia casi evidente del peso considerable de las secuelas del nazismo.

> A fines de los años 1940 y durante los años 1950 los estudios eruditos acerca del tiempo presente eran percibidos, en primer lugar, como consecuencia de la experiencia alemana del nazismo. En el ámbito de la investigación histórica como en otros campos académicos, el Tercer Reich había quebrado una continuidad. Entre los historiadores se formó un consenso respecto del hecho que debían respaldar todas las iniciativas para investigar e interpretar el reinado del nacionalsocialismo[172].

Este aparente consenso decanta de una forma de culpabilidad más o menos compartida y aceptada según los casos, que nos remite a la situación personal de muchos historiadores durante la era nazi, incluso entre las figuras más renombradas. Un consenso que también descansa en la situación del conjunto de la profesión después de 1945,a ojos del mundo, emplazada a hacer un informe crítico respecto del nazismo, pero llamada, desde el interior, a restablecer los fundamentos de una identidad alemana, sobre todo tras la división del país en dos Estados. El dilema se cristaliza a partir de 1946, con la publicación de dos textos emblemáticos si no completamente representativos de este periodo: El Problema de la Culpa [*Die Schuldfrage*], del filósofo Karl Jaspers, y La Catástrofe alemana [*Die deutsche Katastrophe*], de un venerable historiador conservador, Friedrich Meinecke, quien deploraba la desaparición

[172] Frei Norbert. "The Federal Republic of Germany", en Anthony Seldon (dir.), *Contemporary History. Practice and Method*, Oxford, Basic Blackwell, 1988, p. 123.

de una Alemania Unida y soberana por causa del nazismo[173]. Estas tensiones condicionarán permanentemente la producción historiográfica y el debate público acerca del pasado, al menos hasta los años 1980. Al mismo tiempo y a escala mundial, gran parte de la nueva historiografía del tiempo presente se polariza respecto de la historia de los dos conflictos mundiales, del nazismo y del fascismo; mientras que la historia del otro gran sistema totalitario, el comunismo y sus variantes, comienza también a ser objeto de estudios sistemáticos, en el contexto de un mundo bipolar. La historia contemporánea de Alemania se convierte, desde entonces, en un caso emblemático de la historia general del siglo XX. Ella constituye un paso obligado para todos los historiadores del tiempo presente, sobre todo en el mundo anglosajón, sean cuales sean los temas tratados. Después de 1945 la historiografía germano-occidental vuelve a ocupar un lugar relevante en la reflexión epistemológica, debido a la agudeza de los temas éticos y morales a los que se la enfrenta, más que a la originalidad de sus paradigmas, como sucedió en el siglo XIX. Algunos de estos temas no son nuevos, como los desacuerdos en las interpretaciones sobre la historia nacional, pero cobran una intensidad sin parangón, cuyo eco traspasa ampliamente las fronteras del país, y van desde la controversia lanzada por Fritz Fischer, en 1961, sobre de las responsabilidades alemanas en el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial, hasta la Disputa de los historiadores [*Historikerstreit*] de 1986-1987–acerca del "justo" lugar que le cabe a los años 1933-1945 en la historia general de Alemania–, para citar solo los más conocidos. Por el contrario, otros temas son en gran medida inéditos, al punto que se pudo hablar, en este contexto de "la invención de la historia contemporánea":

> En efecto, fue una invención, en la medida que la mayoría de los historiadores percibían la institucionalización de la historia contemporánea como punto de partida puro y simple de una práctica habitual hacia algo decididamente nuevo. Martin Broszat, por ejemplo, quien se convertirá más tarde en uno de los más eminentes historiadores de la RFA, destacó la novedad de esta subdisciplina: "el término historia contemporánea y la práctica de la investigación y enseñanza de historia contemporánea se establecieron en Alemania, solo después de 1945"[174].

[173] Jaspers Karl. *La Culpabilité allemande*, Paris, Éditions de Minuit, 1948 (versión cast.: *El problema de la culpa: sobre la responsabilidad política de Alemania*, Barcelona, Paidós, 1998), y Meinecke Friedrich, *Die deutsche Katastrophe. Betrachtungen und Erinnerungen*, Wiesbaden, Brockhaus, 1946 (trad. cast.: *La catástrofe alemana. Comentarios y recuerdos*, Buenos Aires, Editorial Nova, 1947).

[174] Conrad Sebastian. *The Quest for the Lost Nation. Writing History in Germany and Japan in the American Century*, Berkeley, University of California Press, 2010 [1a ed.: Gotinga, 1999], p. 125. La cita de Martin Broszat, director del Institut für Zeitgeschichte en los años 1980 y uno de los fundadores de

En realidad, el uso del término *Zeitgeschichte* (historia contemporánea), como ya lo vimos, se remonta al siglo XVII[175], una genealogía voluntariamente ignorada en la época como lo es la genealogía más larga de la historia que intento tratar aquí. Sin embargo, en la posguerra, este término adquiere un sentido muy particular, el que quizá no siempre dimensionamos, al exportarlo, sobre todo a Francia, treinta años después, en un contexto absolutamente diferente. La historia del concepto se confunde, al principio por lo menos, con la historia del centro que formó más o menos directamente a la mayoría de los historiadores del nazismo: el Institut für Zeitgeschichte (IfZ) [Instituto de Historia Contemporánea]. El proyecto de una institución que se encargaría exclusivamente de la historia del nacionalsocialismo surge inmediatamente después de la capitulación, con la creación en Munich, en zona estadounidense, de un *Institut zur Erforschung der national-sozialistischen Politik* [Instituto de investigación sobre la política nacional-socialista]. En 1949, al momento de la creación de los dos estados soberanos, pasa a ser el *Deutsches Institut für die Geschichte der nationalsozialistischen Zeit* ["Instituto Alemán de Historia del Periodo Nacionalsocialista"]. Adquiere su nombre definitivo en 1952, al convertirse en una institución autónoma de derecho privado, fuera del sistema académico, financiado en un comienzo por el gobierno federal y el Estado libre de Baviera, que asumen, desde entonces, su tutela. Después, a partir de 1961, también lo harán los otros Länder. "A partir de ese momento sus diversas actividades, las cuales preveían –en el marco de las medidas de desnazificación implementadas por los aliados– un trabajo de educación política para la población, fueron dictadas por 'principios estrictamente científicos'"[176]. A contar de esa fecha el IfZ se transforma, en efecto, en la institución de referencia, detentando si no un monopolio por lo menos una posición dominante acerca de la historia del periodo nazi, al beneficiarse además de un centro de archivos de gran riqueza, mientras que el acceso en la RDA a gran parte de los documentos nazis resultará muy difícil hasta 1989.

A primera vista la situación del IfZ se parece a la de otras instituciones creadas, al mismo tiempo en Europa, para escribir la historia de la guerra. De hecho, cuando se funda en 1967 el Comité Internacional de Historia de la Segunda Guerra Mundial (CIHGM), se contacta de manera espontánea

la escuela "funcionalista", está tomada de "Aufgaben und Probleme zeitgeschichtlichen Unter- richts. Am Beispiel der nationalsozialistischen Zeit", *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, vol. 8, 1957, pp. 529-550.

175 Jäckel Eberhard. *Umgang mit der Vergangenheit. Beiträge zur Geschichte, op. cit.*,

176 Cita extraída del historial del IfZ en su sitio <http://www.ifz- muenchen.de/geschichte.html?&L=2>, consultado el 13/04/2017. Acerca de la historia de esta prestigiosa institución, cf. Möller Horst y Wengst Ugo (dir.), *50 Jahre Institut für Zeitgeschichte. Eine Bilanz*, Múnich Oldenbourg Verlag, 1999.

al IfZ para representar a la Alemania Federal, tarea asumida por el historiador Helmut Krausnick[177]. Al igual que el CHGM francés o el RIOD neerlandés, el IfZ trabaja fuera del sistema universitario nacional, con fondos específicos y prácticamente un objeto de estudio casi único: la historia del periodo 1933-1945. Al igual que los otros, es un centro de experticia ineludible, sobre todo en el ámbito judicial: es así como entrega hasta 600 informes o dictámenes anuales, en el marco de las diligencias iniciadas por Alemania Federal contra los criminales de guerra nazi, sobre todo después de la creación de la fiscalía especial de Ludwigsburg, en 1958[178]. Sin él la historiografía del nazismo seguramente nunca habría alcanzado tal nivel de desarrollo. No obstante, esta singular posición, casi "extraterritorial", solo tiene la misma significación para sus homólogos europeos: hacer la historia del nazismo en los países que fueron "víctimas" o que se consideran en prioridad como tales, no tiene las mismas implicaciones que hacerlas desde el interior. La contemporaneidad no tiene en aquellos lugares la misma textura: Si bien el tiempo histórico en cuestión es evidentemente el mismo, ni el espacio considerado ni la experiencia de la cual los historiadores deben dar cuenta, son comparables –es un eufemismo. El historiador Sebastian Conrad llega incluso más lejos. Para él, si esta singularidad institucional permitió un tratamiento privilegiado del periodo nazi e hizo, por lo tanto, posible esta historia muy prontamente, ella también participó, consciente o inconscientemente, en una "estrategia inmunitaria":

> El llamado a un tratamiento privilegiado de la historia del nacionalsocialismo pudo perfectamente, sin embargo, formar parte de una estrategia inmunitaria. La solicitud de un instituto especial, es decir, la segregación administrativa del tercer Reich –que debía entonces ser estudiado con métodos especiales por elaborar–, también podía ser entendida como una manera de separar el nacionalsocialismo del continuum de la historia alemana. Además, el llamado a ciertos institutos de investigación implicaba que el nacionalsocialismo no podía ser aprehendido sobre la base de un conocimiento de la historia alemana y de sus tradiciones, sino tan solo como un fenómeno *sui generis*[179].

La hipótesis resulta seductora aunque paradójica. En primer lugar podemos objetar la no existencia de un vínculo mecánico entre las dos actitudes:

[177] *Bulletin du Comité international d'histoire de la Deuxième Guerre mondiale*, n° 1, febrero de 1968, p. 3.
[178] Cifra citada por Nicolas Le Moigne en "L'histoire du temps présent à l'allemande: l'*Institut für Zeitgeschichte* de Munich", *Bulletin de la Mission historique française en Allemagne*, n° 40, 2004, pp. 186-192.
[179] Conrad Sebastian. *The Quest for the Lost Nation*, *op. cit.*, pp. 124-125.

el desarrollo de la historia del nazismo en un lugar especializado permitió plantear, en su debido momento, la mayoría de los asuntos que merecían ser tratados, aun cuando fuesen abordados tanto desde el interior como del exterior. Luego, podemos reparar en el hecho que todos estos institutos europeos que trabajaban sobre la guerra se beneficiaron, de igual manera, de un tratamiento privilegiado, y a su vez también tuvieron tendencia a aislar el periodo de la guerra del resto de la historia nacional o europea. Ciertamente pudieron hacerlo adoptando una estrategia inmunitaria análoga, por ejemplo, al subestimar la colaboración interna (nacional) y su arraigo en la propia historia del país, para privilegiar únicamente las circunstancias de la ocupación nazi, como en el caso del CHGM francés y su tratamiento superficial del régimen de Vichy. Por cierto, algunas veces fueron proclives a producir una historia a medida que preservara el honor nacional, concentrándose con prioridad en las formas de resistencia y victimización. No obstante, estas elecciones más o menos conscientes provienen en menor medida de la originalidad institucional de estos lugares, que del sentimiento propio de toda una generación en cuanto a que esta guerra no había sido parecida a ninguna otra y debía ser estudiada –al igual que el nazismo, su principal causa– como un fenómeno efectivamente *sui generis*. Por último, podemos agregar que esta manera de concebir el acontecimiento como excepcional no logró sino incriminarse con el pasar del tiempo, y lo hizo sobre la base de presuposiciones morales y políticas contrarias a las sugeridas por Sebastian Conrad para el periodo inmediatamente posterior a la guerra. Aun cuando la historiografía del Holocausto conoció un desarrollo exponencial en los años 1980-1990, fueron muchos quienes entonces abogaron por que el tema fuese tratado, una vez más, en lugares específicos, con métodos singulares y objetivos particulares, esta vez en nombre de la singularidad radical del acontecimiento, corriendo el riesgo muchas veces denunciado de aislar el genocidio de los judíos de toda visión histórica de conjunto.

Sin embargo, la hipótesis de Sebastian Conrad tiene el mérito de mostrar hasta qué punto la proclamada singularidad de la *Zeitgeschichte*, por descansar en gran medida en elementos científicos tangibles, no deja de ser el resultado de un contexto político y cultural muy particular, como lo testimonia la definición, ya clásica, que da Hans Rothfels, el primer director del instituto de Munich:

> El concepto de *Zeitgeschichte* [...] reposa sobre la idea según la cual hacia los años 1917-1918 una nueva época de la historia universal comenzó a esbozarse. Sus raíces se sumergen en fuertes tendencias de la política imperialista de la sociedad industrial, cuyo estudio no debe quedar excluido

> [...] por la elección mecánica de un límite cronológico. De todos modos, de la Primera Guerra Mundial, más allá de lo revolucionario de su irrupción y del fuerte choc para la seguridad general, se podría decir correctamente que fue un conflicto entre Estados-naciones que se prolongó a escala mundial. Es producto del doble acontecimiento singularmente agenciado de la entrada de Estados Unidos en la guerra y la Revolución Rusa que la constelación se volvió realmente universal, y que un conflicto de pueblos y Estados se convirtió al mismo tiempo en un conflicto atravesado por profundas contradicciones sociales. En el fondo, la rivalidad entre Washington y Moscú era ya una realidad en 1918. Le siguieron décadas durante las cuales la democracia, el fascismo y el comunismo coexistieron en una suerte de relación "triangular", en un juego de oposiciones y de alianzas variables hasta que, desde 1945, la partición bipolar comienza a operar nuevamente[180].

Historiador conservador, convertido muy joven al protestantismo, Hans Rothfels, sin embargo, debió emigrar a EE.UU. en 1939 por haber nacido de padres judíos. De regreso en Alemania para enseñar, a comienzos de los años 1950, defendió sin descanso una profesión marcada por su sumisión al nazismo[181]. Rothfels desempeñó un papel esencial en la instalación de la historia contemporánea en el paisaje científico internacional, aunque en años recientes ha sido criticado por quienes, con algún exceso generacional, ven en esta historia del tiempo presente posterior a 1945 una iniciativa disfrazada de justificación[182]. De hecho, la definición que da Rothfels del tiempo presente descansa no sobre una reflexión sobre el grado de cercanía temporal o cultural del historiador con los hechos narrados, sino en una división subjetiva del tiempo histórico, donde hace comenzar arbitrariamente la era contemporánea con la entrada de EE.UU. en el primer conflicto mundial y la Revolución bolchevique,

180 Rothfels Hans. "Zeitgeschichte als Aufgabe", *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 1, 1953, pp. 1-8, citation pp. 6-7. En línea en el sitio del IfZ :<http://www.ifz-muenchen.de/heftarchiv/1953_1_1_rothfels.pdf>. Consultado el 13/04/2017.

181 Hürter Johannes y Woller Hans. *Hans Rothfels und die deutsche Zeitgeschichte*, Múnich, Oldenbourg Wissenschaftsverlag, 2005. Véase igualmente Wirsching Andreas, "Epoche der Mitlebenden" – Kritik der Epoche", *Zeithistorische Forschungen/Studies in Contemporary History*, en línea: <http://www.zeithistorische-forschungen.de/ 16126041-Wirsching-1-2011>

182 Véase principalmente Berg Nicolas, *Der Holocaust und die westdeutschen Historiker*, *op. cit.*, que suscitó una gran controversia por las acusaciones que presenta. Véase igualmente Schöttler, Peter, (dir.), *Geschichtsschreibung als Legitimationswissenschaft 1918-1945*, Francfort, Suhrkamp, 1997, uno de los primeros en llamar la atención al respecto; Solchany Jean, *Comprendre le nazisme dans l'Allemagne des années zéro (1945-1949)*, París, Presses universitaires de France, 1997; Husson Édouard, *Comprendre Hitler et la Shoah. Les historiens dans la République fédérale d'Allemagne et l'identité allemande depuis 1949*, Paris, Presses universitaires de France, 2000.

quitándole así a la Primera Guerra Mundial su unidad intrínseca. El mundo contemporáneo se define así entonces por el surgimiento de una dinámica revolucionaria, por una forma de mundialización, por el nacimiento de una sociedad de masas o incluso el enfrentamiento entre sistemas –la democracia, el fascismo y el comunismo– lo que trasciende el marco nacional. Esta lectura del primer tercio del siglo XX no deja, por cierto, de albergar un real valor interpretativo. Sin embargo, ella parece obedecer a otras consideraciones puesto que, de cierta manera, esto significa diluir las responsabilidades propias de Alemania en el desencadenamiento de las dos guerras mundiales o en la aparición del nazismo. En todo caso, fue el reproche que se le hizo.

Una vez proclamada la singularidad del periodo 1917-1945 se abordó entonces el tema del estudio del periodo posterior, el de la posguerra y la Guerra Fría, incluso el de las secuelas del nazismo a largo plazo. No obstante, de manera sorprendente pero no falta de coherencia a la vista de lo anterior, un cierto número de figuras de esta historia alemana del tiempo presente considera que el concepto pierde validez *después* de 1945 que el "tiempo presente" es aquel que da nacimiento al nazismo, lo ve desarrollarse y luego derrumbarse; pero no el tiempo posterior ni la historia del pasado cercano en el sentido estructural. De ahí la aparición en los años 1970 de un nuevo corte histórico: la "*neure Zeitgeschichte*", o "historia más reciente del tiempo presente" –noción casi tan vaga como la de "historia de lo muy contemporáneo" que reduce ahora y siempre la contemporaneidad a un tema de proximidad temporal. "La "historia contemporánea", tal como ha sido concebida después de la Segunda Guerra Mundial, ya no significaba simplemente el enfrentamiento con el respectivo pasado de cada cual, sino implicaba también la preocupación respecto de un periodo particular de la historia (alemana en primer lugar)"[183]. Sin embargo, podemos notar que esta historia tan singular, tan aparentemente irreductible solo al periodo nazi, desembocó sin embargo treinta años más tarde, en Munich, y como en casi todos los institutos europeos encargados de la historia de la guerra, en una historia de las secuelas del acontecimiento a largo plazo, y en una práctica de la historia contemporánea, en parte emancipada de la catástrofe original, aun cuando esta quedó como un paradigma fundador para comprender la segunda mitad del siglo XX. Cualesquiera sean las insuficiencias o ambigüedades de esta historiografía, cualquiera sea su repliegue narcisista original, esta reveló un número impresionante de problemas éticos y teóricos que han estructurado de manera duradera la escritura de la historia del tiempo presente, de la cual este libro

[183] Conrad Sebastian. *The Quest for the Lost Nation, op. cit.*, p. 127.

intenta dar cuenta: la dialéctica entre historia y memoria; el tema de la "historización" (*Historiesierung*) o qué lugar acordarle a la moral al abordar un fenómeno como el nazismo, y qué opción elegir entre una historia que privilegia el punto de vista de las víctimas o aquella que se interesa en los criminales, o a los procesos de decisión; la oposición entre la postura empática y la postura distante, importante en la práctica de toda historia contemporánea, pero particularmente delicada cuando se trata de comprender crímenes masivos; los problemas que se presentan al emerger escritura judicializante de la historia; la polarización, a veces excesiva, solo respecto de la dimensión catastrófica de la historia del siglo XX.

El interés de este giro historiográfico reside definitivamente en su inestabilidad, en la ausencia de un consenso durable acerca de la manera de definir su principal objeto de estudio, en las profundas ambigüedades ideológicas, en la transición forzada ente la vieja tradición historicista y la obligación de pensar la historia de otra manera. En lo sucesivo, esta debe considerar la necesidad, ya no de insertar el presente en la continuidad de una historia positiva, fuente de orgullo nacional, sino de escribir sobre un pasado cercano que derivó en la humillación, la pérdida y la culpabilidad. Escribir la historia no es solamente un ejercicio de comprensión y de reflexión, sino una *confrontación*, un combate con un pasado aún presente, que va a constituir durante décadas una fuente de problemas más que un magisterio del cual recoger lecciones. De ahí esta noción a la vez central y ambivalente de un necesario "manejo del pasado" (*Vergangenheitsbewältigung*) que impregna, desde los años 1950-1960, la relación de los alemanes con su historia, y que terminó difundiéndose con algunas variantes –como el "deber de memoria"–, un poco por doquier en Europa durante los años 1980-1990[184]. Tal necesidad de manejo se experimenta, precisamente, porque esta historia escapa de todo control.

Estados Unidos constituye otro caso singular respecto de la situación de la historia y los historiadores durante la guerra y la posguerra. La necesidad de justificar un masivo compromiso con el conflicto moviliza, aún más que en 1917, a todos los sectores de la sociedad; desde los estudios de Hollywood hasta las grandes universidades. Como sucede con otras profesiones,

[184] Véase la obra de referencia del historiador Norbert Frei, que comenzó su carrera en el IfZ en los años 1980, bajo la dirección de Martin Broszat, y se orientó muy tempranamente hacia una historia de la memoria: *Vergangenheitspolitik. Die Anfange der Bundesrepublik und die NS- Vergangenheit*, Múnich, C. H. Beck, 1997. Véase igualmente Gaudard Pierre-Yves, *Le Fardeau de la mémoire. Le deuil collectif allemand après le national- socialisme*, París, Plon, 1997. Para una perspectiva más amplia sobre el pasado y la memoria de Alemania, véase François Étienne y Schulze Hagen (dir.), *Mémoires allemandes*, trad. Bernard Lortholary, París, Gallimard, col. Bibliothèque des Histoires, 2007 [resumen de la edición alemana aparecida en 2001, en tres vol.].

los historiadores deben defender los valores de la cultura occidental, supuestamente "socavados", según los sectores más conservadores de la sociedad, por el progreso del relativismo y subjetivismo, teorías denunciadas como precursoras del fascismo. No se trata de un hecho anecdótico, porque esta movilización, tanto ideológica como patriótica continuará en los inicios de la Guerra Fría, durante los años 1950-1960, teniendo una doble consecuencia. Por una parte, se asiste a la rehabilitación de la noción de "verdad histórica objetiva", que corresponde exhumar a los historiadores, y que constituye un arma esencial contra el nazismo y después contra el comunismo: "lo realmente aterrorizante del totalitarismo no es que cometa 'atrocidades', sino que ataque el concepto de verdad objetiva, pretendiendo así controlar tanto el pasado como el futuro", escribe Georges Orwell en febrero de 1944[185]. Por otra parte, la posguerra y después la Guerra Fría van a provocar un importante desarrollo de la historia del tiempo presente, pero en esta ocasión sin que el respeto por la objetividad aparezca como un obstáculo para el estudio del presente, como sucedió en el siglo XIX. Por el contrario, es precisamente a nombre de una necesaria objetividad que lo contemporáneo se transforma en un importante objeto de investigación, tanto en las universidades como en ciertas instituciones federales. La *Office of Strategic Services* (OSS), el nuevo y primer gran servicio de información estadounidense, creado en 1942, reclutó por ejemplo muchos intelectuales antifascistas, entre los cuales había distinguidos miembros de la escuela de Francfort, que desempeñaron un importante papel en la comprensión del enemigo. Por ejemplo, Franz Neumann, quien publicó, en 1942, *Behemoth*, uno de los primeros análisis avanzados respecto de la policracia nazi, o incluso Herbert Marcuse[186].La *Office of War Information* (OWI), creada en 1942 para organizar la propaganda interna, también contó con numerosos universitarios a su servicio. Entre ellos la antropóloga Ruth Benedict, cuyos trabajos sobre la cultura japonesa, basados principalmente en diarios personales de soldados capturados prisioneros, se tradujeron en la publicación, en 1946, de una obra mayor: *El sable y el crisantemo* [Le Sabre et le Chrysanthème]. Asimismo, el Departamento de Guerra crea, en agosto de 1943, una "sección histórica", al interior de la división de información militar del Estado Mayor General, para asumir una verdadera función de "historia" en el seno del ejército estadounidense,

[185] Orwell George. *Tribune*, 4 de febrero de 1944, citado por Peter Novick, *That Noble Dream*, *óp. cit.*, p. 290.

[186] Sobre el rol de Franz Neumann en el seno del OSS, véase Salter Michael, *Nazi war crimes, US intelligence and selective prosecution at Nuremberg: controversies regarding the role of the Office of Strategic Services*, Nueva York, Routledge, 2007.

diferente del simple uso didáctico tradicional, practicado desde siempre en las escuelas militares. Esta sección también envía a terreno cerca de 300 historiadores, reclutados en el marco de un nuevo concepto: la "historia militar operacional" (*Military History Operations*). El objetivo es recopilar en caliente el testimonio de combatientes para utilizarlo, por una parte, como una suerte de "recuperación de la experiencia" y, por otra, para mantener la cohesión interna de los soldados, al difundir estas entrevistas así recopiladas, en especial entre los heridos que están aislados de sus camaradas. La originalidad de este método, desarrollado por el responsable de este servicio el ex periodista Samuel L.A. Marshall, consiste en ir al campo de batalla y entrevistar a los protagonistas después de un enfrentamiento. Dos innovaciones surgidas de este método tendrán una gran repercusión: "la primera es la práctica de la entrevista en grupo, en los lugares mismos de la acción, para garantizar la autenticidad y la pertinencia de los hechos, pero además para favorecer una cierta vivencia del relato; la segunda consiste en mezclar el relato con un análisis de las diferentes situaciones tácticas para permitir al lector obtener enseñanzas de la operación vista en su conjunto"[187]. Se recopilaron varios miles de testimonios de combatientes de la Segunda Guerra Mundial de esta manera, abriendo paso a una rama muy activa de la historia del tiempo presente en EE.UU.: la historia oral de la guerra, que se encuentra en el cruce de dos grandes tradiciones historiográficas arraigadas en el tiempo presente, la historia oral y la historia militar[188]. De hecho, los primeros grandes fondos de archivos orales se constituyen en el contexto de la posguerra: en especial el Oral Research Office, fundado en la Universidad de Columbia en 1948-1949 por el historiador Alan Nevins, quien retoma una tradición inaugurada en los años 1930. Se trata de las grandes investigaciones sobre historia social, llevadas a cabo en el marco del New Deal o los trabajos pioneros sobre sociología urbana de la Escuela de Chicago[189]. De este modo los dos grandes

[187] Krugler Gilles. "*Historians in Combat*. L'armée américaine et le concept de *Military History Operations*", *Revue historique des armées*, n° 257, 2009, en el dossier "De l'histoire bataille à l'histoire totale", pp. 59-75, un artículo original sobre un tema ignorado. Sobre un tema afín, véase Frankland Noble, *History at War. The campaigns of an historian*, Londres, Giles de la Mare, 1998, las memorias de un ex piloto de la Royal Air Force que llegó a ser el director del Imperial War Museum de 1960 a 1982.

[188] El estudio más conocido de este tipo, si no el primero, es el de Studs Terkel, *"The Good War". An Oral History of World War Two*, Nueva York, Pantheon Books, 1984 [trad. francesa: *La Bonne guerre. Histoires orales de la Seconde guerre mondiale*, París, Éditions Amsterdam, 2006] (trad. cast.: *La guerra "buena"*, Madrid, Capitàn Swing, 2015).

[189] Sobre la historia de la historia oral, véase, en francés: Joutard Philippe, *Ces voix qui nous viennent du passé*, Paris, Hachette, 1983 (trad. cast.: *Esas voces que nos llegan del pasado*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999); Trebitsch Michel, "Du mythe à l'historiographie", *in* Danièle Voldman (dir.), *La bouche de la vérité? La recherche historique et les sources orales*, *Les Cahiers de l'IHTP*, n° 21, 21 de noviembre de 1992, p. 13-32, http://www.ihtp.cnrs.fr/ spip.php%3Farticle211.html; Descamps

acontecimientos que marcaron, en menos de una generación, la historia de EE.UU., –la *Greatest Generation*, como fue nombrada posteriormente–: la Gran Depresión, vivida como una catástrofe económica y social sin precedente, y la Segunda Guerra Mundial favorecieron el surgimiento de una historiografía del pasado cercano profundamente impregnada de la idea que la experiencia de los actores debía constituir tanto una fuente principal como un objeto esencial de los análisis históricos, dando así una nueva dimensión a la noción de contemporaneidad, que emergió después de 1918. Contrariamente a una idea instalada, el desarrollo de la historia oral comenzó entonces mucho antes los años 1960-1970 y de los grandes movimientos de protesta que quisieron dar la palabra a los sin voz y a los seres anónimos de la Historia. Esta forma de aproximación, directamente relacionada con el arraigo del tiempo presente como categoría historiográfica, se preocupó en el origen tanto de los combatientes del Pacífico y después de los de la guerra de Corea como de las élites económicas o políticas, antes que hacerlo de los obreros, las mujeres o los inmigrantes. Roosevelt fue quien inauguró la primera biblioteca presidencial que recopilaba archivos y testimonios sobre su mandato, tradición formalizada en 1955, en virtud de la Ley de Bibliotecas Presidenciales [*Presidential Libraries Act*]. La historia oral, como la historia del tiempo presente en general, comenzó en primer lugar por y tras los grandes cataclismos históricos del primer tercio del siglo XX, antes de constituirse, treinta años más tarde, en un programa historiográfico alternativo y contestatario.

Durante la Guerra Fría se acentuará el desarrollo de una historiografía de lo contemporáneo, puesto que el contexto ofrece oportunidades para los historiadores y los politólogos que se dedican al estudio de las relaciones internacionales, el análisis del totalitarismo –concepto que toma cuerpo en ese preciso momento–, también de la historia de la URSS y del sistema soviético, un campo de estudios prácticamente virgen antes de la guerra, y que conocerá un crecimiento espectacular[190]. Esta dedicación a gran escala, motivada por las circunstancias, financiada por fundaciones u organismos movilizados por la lucha contra el comunismo, explica, sin duda, que el desarrollo de la historia del tiempo presente en EE.UU. no parezca haber suscitado debates comparables a los que tenían lugar en Europa, respecto de su factibilidad o

Florence, *L'Historien, l'archiviste et le magnétophone. De la construction de la source orale à son exploitation*, París, Comité pour l'histoire économique et financière de la France, 2001.

190 Novick Peter. *That Noble Dream*, *óp. cit.*, p. 310. Véase igualmente Werth Nicolas, "Totalitarisme ou révisionnisme: l'histoire soviétique, une histoire en chantier", en Traverso Enzo (dir.), *Le Totalitarisme. Le XXe siècle en débat*, París, Éditions du Seuil, 2001, pp. 878-896 (trad. cast.: *El totalitarismo. Historia de un debate*, Buenos Aires, Eudeba, 2001).

legitimidad. Esta manera de hacer historia se presentó de inmediato como por sentada y no parece haber provocado desde entonces disputas epistemológicas comparables a las que agitaron a los historiadores alemanes, franceses, e italianos en los años 1970-1980, un debate reactivado en la Europa poscomunista o en las democracias de América Latina durante los años 1990-2000. Agreguemos, de manera lapidaria, que la dependencia de los historiadores respecto del contexto político resultó bastante peor del otro lado de la Cortina de Hierro, al convertir a la historia contemporánea en un instrumento al servicio de los regímenes comunistas. La historia contemporánea fue particularmente movilizada en defensa del sistema y la producción de una historia a medida, inclusive mediante la elaboración de grandes mentiras de Estado que negaban, por ejemplo, la existencia de protocolos secretos del pacto germano-soviético de 1939, o incluso imputando la masacre de Katyn de 1940 a los nazis.

Así, en el mundo comunista, la historia contemporánea se transformó en la parte de la disciplina más sometida al poder político, con algunas similitudes a lo ocurrido en los medios comunistas occidentales, aunque esta historiografía merece, hoy en día, ser abordada con una mirada más matizada[191]. Tras la caída del Muro de Berlín los historiadores contemporaneístas soviéticos, germano-orientales, polacos, entre otros, tendrán mayores problemas para conservar sus empleos o posiciones, comparados con sus homólogos medievalistas o modernistas.

El tiempo desincronizado

Si fuese necesario señalar una última diferencia en la historicidad respectiva de las dos guerras mundiales habría que mencionar el carácter heterogéneo, a veces irreductible, de las experiencias vividas. Es, en cierta medida, el caso de los EE.UU. donde las batallas se libraron lejos y, por lo tanto, su población no conoció la violencia de la guerra. No obstante, es sobre todo en Europa donde la contemporaneidad se traduce menos en términos de la simultaneidad de experiencias que de la desincronización radical de los tiempos vividos. A pesar de las disparidades entre hombres y mujeres, civiles y combatientes, habitantes de zonas de combate y habitantes de zonas de la retaguardia, y más aún entre vencedores y vencidos, la Primera Guerra Mundial había

[191] Cf. Jarausch Konrad (dir.). *Zwischen Parteilichkeit und Professionalität. Bilanz der Geschichtswissenschaft der DDR*, Berlin, Akademie Verlag, 1991. Véase igualmente Berger Stefan, "Historians and nation-building in Germany after reunification", *Past & Present*, n° 148, 1995, pp. 187-222.

inducido con posterioridad, y a pesar de todo, un relato que se impone en mayor o menor medida entre los antiguos países beligerantes: aquel de una experiencia en masa, compartida a causa de la violencia en el campo de batalla y sus repercusiones en las zonas donde no hubo combates. Este relato había trascendido las antiguas líneas del frente para crear el inicio de una memoria común entre los ex combatientes, a pesar de los resentimientos. La contemporaneidad después de 1918 estuvo, por lo tanto, impregnada de la idea, ampliamente construida, de una comunidad de experiencia, aquella de la "generación de fuego" unida por una suerte de unidad de tiempo, lugar y acción. Después de 1945, a pesar de la proyección de una comunidad de destino fundada, esta vez, no sobre la experiencia del frente, sino sobre el hecho de haber sido víctima de la misma barbarie de un extremo al otro de Europa y de haber resistido y finalmente vencido. Es esta la diferencia radical de las situaciones que se impondrán en la percepción de los acontecimientos. Por ende, no hubo nada en común entre la experiencia en el frente occidental y aquella del oriental; entre la zona no ocupada francesa, donde casi no se vieron los alemanes hasta 1944, y el resto de la Francia ocupada; entre el destino de Francia en su conjunto y el de Polonia; entre la suerte de los prisioneros de guerra franceses, belgas, holandeses o ingleses, y el destino de los prisioneros de guerra soviéticos, víctimas de masacres dirigidas y sistemáticas; o entre el tratamiento reservado a estos cautivos después de la guerra, los primeros enviados a sus casas y los segundos enviados al Goulag. No existe comparación posible, a pesar del horror de las situaciones vividas, entre los deportados de los campos de concentración y aquellos de los campos de exterminio. Estas diferencias no fueron siempre admitidas ni comprendidas de inmediato, ni encontraron en el tiempo inmediatamente de posguerra, un espacio político o cultural respectivo para expresarse e influenciar de igual manera las percepciones colectivas del acontecimiento. Hubo, como sabemos, jerarquías en la celebración de los héroes y mártires. Los miembros de la resistencia o más bien de los comportamientos de resistencia, ocupan naturalmente un lugar preeminente en la memoria oficial de la mayoría de los países ocupados por los nazis. Si la idea de un silencio de los sobrevivientes judíos de la Shoah tras la guerra, es sin duda una construcción reciente, inscrita en el contexto de los años 1970-1980, cuando se pretendió, con o sin razón, acabar con los tabúes; si además la sensibilidad de esa época en muchos países europeos no fue tan indiferente al genocidio judío, como se nos dijo en las últimas décadas[192], no

[192] Varios trabajos recientes ponen esta idea en entredicho. Sobre el caso estadounidense, véase Diner Hasia, *We Remember with Reverence and Love. American Jews and the Myth of Silence after the*

es menos cierto que no existe comparación posible entre el lugar que ocupa la memoria de la Shoah en la conciencia colectiva europea desde los años 1990 y aquella que ocupaba en los años 1950. Esta indiferencia me interesa pues es el resultado de un fenómeno relativamente inédito en la historia. Se trata del efecto retardado en la representación de una catástrofe, y del hecho que generaciones nacidas tres o cuatro décadas después de los hechos hayan decidido refundar por completo un sistema de representaciones nacido durante los acontecimientos o en su posteridad inmediata. Lo hicieron con el fin de emprender una "reparación de la historia" a gran escala, una verdadera acción retroactiva respecto del pasado –procesos judiciales tardíos, indemnizaciones, excusas nacionales, nuevos monumentos, nuevas conmemoraciones– que conciernen casi exclusivamente a las víctimas inocentes supuestamente olvidadas de las posguerras; en una primera instancia los judíos víctimas de la Shoah, luego, en búsqueda de la igualdad, el pueblo Romané, los trabajadores esclavos, los homosexuales, los prisioneros de guerra, etc. Entre la memoria del acontecimiento, tal cual se desarrolló en la posguerra y un medio siglo después, no existe solamente una diferencia en cuanto a los contenidos, sino una diferencia en cuanto a su naturaleza. En el primer caso las representaciones del pasado fueron producidas y dirigidas para la generación que vivió el drama; en el segundo son producidas parcialmente por los actores que lo sobrevivieron y se dirigen a generaciones muy distantes del acontecimiento, con las cuales se redujo la distancia temporal con el presente, por medio de una serie de dispositivos, sobre todo el de la imprescriptibilidad jurídica –que hace de todos los actores de un proceso (además del acusado y sus víctimas) "contemporáneos" del crimen cometido hace medio siglo. Se produce entonces un cambio en la definición de contemporaneidad, que evidentemente se inscribe el contexto de las últimas décadas, pero que encuentra su explicación en la historicidad propia de la Segunda Guerra Mundial y de su posterioridad a corto y a largo plazo.

De hecho, las dos situaciones, la de la posguerra y la actual, cargan con un malentendido análogo. En el primer caso la representación del pasado de la guerra descansó implícitamente en la idea de una contemporaneidad supuestamente compartida, que en realidad era *relativa*, ya que las experiencias vividas no podían reducirse a su sola simultaneidad. Al conmemorar primero el martirio de los resistentes deportados, las celebraciones oficiales de la posguerra pensaban estar conmemorando también el recuerdo de los judíos

Holocaust, 1945-1962, Nueva York, New York University Press, 2009. Sobre el caso francés, véase Azouvi François, *Le Mythe du grand silence. Auschwitz, les Français, la mémoire*, París, Fayard, 2012.

deportados, cuyo particular destino, en el contexto de entonces, no tenía motivo para ser particularmente destacado, no imaginaron que algún día podrían ser denunciadas como retrospectivamente injustas respecto de las víctimas olvidadas. De la misma manera, el compromiso nacional e internacional de las tres últimas décadas respecto de la conmemoración de la Shoah, que dio a este acontecimiento una relevancia que no tenía en las representaciones de 1945, descansa en la idea que se puede crear contemporaneidad, sin ignorar las diferencias situacionales –se trata por el contrario, de destacarlas–, pero esta vez *ignorando el tiempo transcurrido*, puesto que se pide a las generaciones nacidas varias décadas después de los hechos, considerar el recuerdo de esta catástrofe como si hubiese ocurrido ayer; de sentir todavía algo del impacto emocional, de cargar la responsabilidad moral y de asumir una parte de su costo material. En 1945 se había buscado abolir el espacio de las experiencias diferenciadas de la guerra; en los años recientes se intentó abolir su horizonte de espera puesto que nuestras generaciones ya no representan el futuro de las generaciones de la guerra ni la esperanza de un mundo mejor para sus hijos, sino que están sumergidas, en parte, en un traumatismo transmitido y mantenido de una catástrofe que no vivieron.

CAPÍTULO III
La contemporaneidad en el centro de la historicidad

La historia de la segunda gran posguerra está bien dicho así –redacción de la historia del siglo XX podría haber sido excepcional, como efecto circunscrito al carácter singular del último conflicto mundial. El interés por la historia del tiempo presente podría haber disminuido a medida que nos distanciábamos del acontecimiento. Sin embargo se produjo todo lo contrario. El recuerdo de esta última catástrofe desembocó, al contrario, en una creciente preocupación por la historia de esta guerra en particular, y de la historia del pasado cercano en general, tanto en el mundo universitario como en el espacio público. En los últimos treinta años el "presente" se convirtió en el régimen de historicidad dominante: hablar de historia en la literatura, el cine, las manifestaciones culturales o patrimoniales, aun más en los debates políticos, es hablar, antes que nada si no exclusivamente, del pasado cercano para desmarcarse de este, juzgarlo y repararlo. Las imágenes de las catástrofes acaecidas después de 1914 son exhibidas una y otra vez en nuestras pantallas y son un elemento determinante del imaginario contemporáneo, mientras que las imágenes de un pasado más lejano parecen desdibujarse, en todo caso perder su algo de pregnancia y algo de su fuerza estructuradora de una identidad colectiva. Peor aún, por así decirlo, este "presente"–que cubre en realidad la duración del siglo pasado–, ha adquirió incluso el estatus de patrón de medida para aprehender otros periodos de la historia a los cuales aplicamos categorías contemporáneas, como, por ejemplo, cuando una ley francesa de 2001 califica retroactivamente la esclavitud y la trata occidental de personas como "crímenes contra la humanidad". En este contexto, asistimos a una mutación en profundidad del equilibrio de la disciplina, ya que la historia del tiempo presente, sea cual fuere su denominación, ocupa desde entonces, en términos de números de estudiantes, de temas de tesis, en superficie institucional, editorial o mediática, una posición claramente más ventajosa respecto de la historia moderna, medieval o antigua. ¿Cuáles son los vínculos entre las dos cosas? ¿Cómo nos explicamos este giro, que varía según el lugar y las modalidades? En este capítulo se privilegió algo más el caso francés que el resto. Si la *Zeitgeschichte* alemana, a pesar de sus ambigüedades, desempeñó un papel fundamental en el surgimiento de una historia contemporánea después de 1945, la historia francesa del tiempo presente, sin ser un modelo del mismo género, ilustra, sin embargo, bastante bien el fin de las últimas reticencias epistemológicas respecto de esta práctica en los años 1970-1980.

La larga duración o la resistencia al presente

El movimiento de institucionalización iniciado en 1945, primero en lugares particulares y especializados, se desarrolló un poco por doquier durante los años 1960-1970. En Alemania, el trabajo del *Institut für Zeitgeschichte* es acompañado, a fines de los años 1950, por la aparición de programas sobre la historia cercana en unas quince universidades, siendo la historia del nazismo más bien minoritaria en beneficio de una historia más general de Alemania y Europa[193]. En Francia crece la influencia de la historia contemporánea, pero siempre, despertando fuertes resistencias, a veces inesperadas. La presencia de Paul Renouvin en La Sorbona, después en la Fundación Nacional de Ciencias Políticas, FNSP [Fondation nationale des sciences politiques,] la cual preside entre 1959 y 1971, denota una forma de reconocimiento a quien fuera, después de 1918, una figura emblemática de un nuevo enfoque de la contemporaneidad. No obstante, después de la Segunda Guerra Mundial, él adoptó posiciones bastante más conservadoras, si creemos a René Girault, su alumno y uno de los jóvenes historiadores de aquella época.

> Pierre Renouvin fue, con bastante rapidez, más que prudente respecto de la historia del tiempo presente. Mientras que en 1925 escribe un primer libro sobre los orígenes directos de la Primera Guerra Mundial, es decir, solo diez años después del conflicto, llega después a la convicción que se transformará, años más tarde, en una verdadera ley para los historiadores: no hacer la historia del tiempo presente. Llegamos a esta paradoja, aquella que, inmediatamente post Segunda Guerra Mundial, hace que el Consejo científico de La Sorbona tome la decisión de prohibir las tesis sobre la historia muy contemporánea. Para ser más precisos, él establece una relación entre la apertura de archivos y la capacidad de hacer una tesis sobre un tema dado. Esto significa que, en esa época, no se podía hacer tesis sobre la historia posterior a 1914. Hubo dos excepciones, en los años 1950, porque en ambos casos el futuro autor de la tesis tenía, por motivos personales, acceso a dosieres a los cuales otros estudiantes no. [...] Por lo tanto, durante largo tiempo, Pierre Renouvin rechazó la tesis sobre la historia que iba más allá de 1914. En ese entonces, se trataba de una historia demasiado "inmediata"[194].

[193] Conrad Sebastian. *The Quest for the Lost Nation*, *op. cit.*, p. 130.

[194] Girault René. "Pierre Renouvin, la BDIC et l'historiographie française des relations internationales", *op. cit.*, pp. 7-9.

Es decir, en los ambientes académicos tradicionales persiste la desconfianza respecto de una práctica no del todo fiable, ya que son numerosos los temas susceptibles de causar polémicas, en un universo intelectual marcado por la Guerra Fría. Desde este punto de vista, la situación de Francia como la de Italia, donde el peso político e intelectual del partido comunista y la influencia del marxismo no tienen equivalente en Europa Occidental, difiere de lo que sucede en la historiografía inglesa, americana o alemana. Ningún ámbito del saber escapa de la fractura entre marxistas y antimarxistas de todas las corrientes. En el caso de Francia, los debates sobre el feudalismo, el Antiguo Régimen o la Revolución no tienen nada que envidiar en cuanto a su vehemencia, a las controversias sobre el fascismo o la guerra, dentro y fuera del mundo académico. Esta politización de los años 1950-1970 ¿desalentó, por tanto, las vocaciones y frenó el desarrollo de la historia del tiempo presente?

"La mayor parte de los jóvenes historiadores comunistas de mi generación se volvieron contemporaneístas", escribe Marcel Agulhon, quien evoca así la contemporaneidad institucional, aquella que parte de 1789[195]. Raoul Girardet, liberal, venido de la Acción Francesa [Action française], le replica: "es gracias al aprendizaje del militantismo político que muchos de mis compañeros de generación entraron a la edad adulta", y por lo tanto en el oficio, escribe quien fuera uno de los historiadores del nacionalismo francés[196]. Por el contrario, una militante comunista como Madeleine Rebérioux, sumamente comprometida con la lucha anticolonialista, presidenta de la Liga de los Derechos del Hombre [Ligue des droits de l'homme] entre 1991 y 1995, especialista en el siglo XIX y comienzos del siglo XX, ha expresado a menudo su reticencia, en tanto universitaria, respecto de escribir una historia muy cercana, precisamente por sus compromisos ciudadanos. Sin duda también, debido a su "rechazo a enfrentarse con la historia del Partido Comunista"[197].

En realidad, la relativa tardanza de Francia no se explica por la politización del medio, sino por otras razones. Un poco más que en otras partes, los historiadores están polarizados por un enfoque estructural que parece antinómico con respecto al estudio del pasado reciente. Algunas iniciativas singulares como el CHGM o el CDJC son alentadas, por cierto, por historiadores en condiciones de hacerlo. Lo vimos en el caso de Lucien Febvre, quien apoyó los *Cahiers d'Histoire de la Guerre* [Cuadernos de Historia de la Guerra] que no ofrecían, no obstan-

195 Agulhon Maurice. "Vu des coulisses", en Nora Pierre (dir.), *Essais d'ego-histoire*, Paris, Gallimard, col. Bibliothèque des Histoires, 1987; p. 24.

196 Girardet Raoul. "L'ombre de la guerre", *ibidem*, p. 163.

197 Véase Blum Françoise y Vaccaro Rossana. "Madeleine Rebérioux: de l'histoire ouvrière à l'histoire sociale" *Cahiers Jaurès*, 1, n° 183-184, 2007, p. 73.

te, un modelo de *historia-problema*, tal como él la llamaba. Sin embargo, quedamos en mayor o menor medida con la idea de que existe una división del trabajo entre lugares muy especializados, cuya existencia se justifica por razones de orden de urgencia moral y ética; y la Universidad, en el sentido amplio del término, que tiene como tarea desarrollar los cánones de la disciplina, los que conciernen poco a la historia más reciente. Mientras que antes de la guerra, si creemos en el estudio citado por Henk Wesseling, acerca de que la revista *Annales* había acordado gran atención a esta última, y se había comprometido a encontrar una nueva dinámica entre pasado y presente, después de 1945, la misma parece abandonar este campo de estudio. Hasta 1977 la historia de los siglos XIX y XX ocupa de manera estable alrededor del 16% del número de páginas de la publicación, mientras que la historia entonces llamada "inmediata" –que ocupaba cerca del 22% antes de la guerra–, cae de manera sostenida, hasta ocupar apenas el 6%[198] del total de páginas. El historiador holandés responsabiliza directamente a los protagonistas, argumentando que la historiografía de lo contemporáneo, al no poder disociarse de la historia política más tradicional y al manifestar un desinterés por los avances de la mencionada Escuela de los *Annales* [l'École des Annales], hizo que esta última abandonara dicho campo de estudio. El argumento solo convence a medias porque no explica por qué en el seno de este movimiento y mientras la historiografía conoce un periodo de gran proyección, no se desarrolla un programa capaz de permitir una escritura de la historia cercana diferente de aquella política ni "de los acontecimientos". Los primeros alegatos científicos creíbles en favor de la historia contemporánea habían aparecido, sin embargo, a fines de los años 1930, como se vio en el capítulo precedente, al mismo tiempo que la creación de los *Annales* en 1929. No obstante, es en definitiva medio siglo después, durante los años 1970, cuando esta preocupación encontrará un lugar en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, EHESS [École des hautes études en sciences sociales, EHESS], heredera de la 6ta sección de la Escuela práctica de altos estudios, EPHE [VIe section de l'École pratique des hautes études, EPHE], creada y dirigida por Lucien Febvre y luego por Fernand Braudel, en un contexto en el cual, desde entonces, toda disciplina se interesa por el tema. Durante los años 1950-1960 existe indiscutiblemente un abismo entre una historiografía medieval y moderna –Revolución Francesa incluida– reconocida y creadora de nuevos paradigmas

198 Wesseling Henk L. "The Annales school and the writing of contemporary history", *Review*, vol. 1, n° 3-4, 1978, pp. 185-194, incluido en *Certain Ideas of France. Essays on French History and Civilization*, Westport, Greenwood Press, 2002, pp. 153-165. Véase igualmente Dosse François, *L'Histoire en miettes. Des "Annales" à la "nouvelle histoire"*, París, La Découverte, 1987; Pocket, col. Agora, 1997, pp. 46-47 (trad. cast.: *La historia en migajas*, México, Universidad Iberoamericana, 2006).

(la larga duración, la historia inmóvil, las mentalidades) o de nuevos objetos de estudio (el clima, lo cotidiano); y una historiografía del tiempo presente, aún débilmente instalada, prisionera de temas calificados como "tradicionales" (las guerras, las revoluciones, el fascismo) y de paradigmas aparentemente anticuados (el acontecimiento). Esta situación se parece muchísimo a una repetición de lo sucedido a fines del siglo XIX, cuando los logros de la escuela metódica bloquearon el desarrollo de una historiografía científica de lo contemporáneo. *A priori*, la aproximación puede parecer sacrílega, puesto que la esfera de influencia de los *Annales* fue construida precisamente en oposición a dicha escuela y, además, siguió creciendo después de la guerra, al parecer creyendo que el enemigo "acontecimental", aunque muy debilitado, amenazaba todavía las inmediaciones del boulevard Raspail. Sin embargo, en mi opinión, sí existe un punto común entre ambas corrientes dominantes: el rechazo, quizá la incapacidad, de un Seignobos como de un Braudel, de aceptar el carácter incierto e inacabado de toda una historia del tiempo presente que choca con su perspectiva fundamentalmente cientificista. Se suma la discusión más precisa acerca de la incompatibilidad de fondo entre el concepto "larga duración", defendido por Braudel, figura predominante de la historiografía de la época, y el estudio del tiempo presente de ese entonces, aquel de la primera parte del siglo XX.

Prisionero durante toda la guerra en Maguncia (Mainz), luego en Lübeck, Fernand Braudel no solo concibe su tesis sobre El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II en los campos de prisioneros para oficiales [*oflags*], sino que además enuncia, por primera vez, el concepto "de larga duración" que formalizará en 1958[199]. Con ese propósito, aborda de manera muy personal el tema de la actualidad, del acontecimiento:

> La buena política, la actitud viril, es reaccionar contra ellos [los acontecimientos], soportarlos con paciencia en un primer momento y sobre todo juzgarlos en su valor, a veces tan irrisorio porque los grandes acontecimientos desaparecen con rapidez, sin dejar siempre tras ellos las tan anunciadas importantes consecuencias. ¡Si no, pensemos en el destino de tantas victorias estridentes o en tantos grandes discursos políticos! ¿Qué quedaba de ellos dos o tres meses después? ¿Y qué conservará la historia en cincuenta años, como conjunto, de nuestro tiempo tan inquieto y monstruosamente preocupado de sí mismo?[200]

199 Cf. Schöttler Peter. "Fernand Braudel, prisonnier en Allemagne face à la longue durée et au temps présent", ponencia presentada en el coloquio internacional "Captivité de guerre au XIXe siècle. Des archives, des histoires, des mémoires", IHTP/IRSEM, 17-18 de noviembre de 2011.

200 "L'Histoire, mesure du monde", texto escrito en cautiverio e incluido en *Les Ambitions de l'Histoire*, edición de Roselyne de Ayala y Paule Braudel, prefacio de Maurice Aymard, París, Éditions de Fallois, 1997, p. 29.

Fernand Braudel evoca aquí la propaganda alemana con la cual abruman a los prisioneros de guerra y cómo estos se resisten a ella. En una segunda lectura, el texto revela la voluntad de evadirse de la esfera de influencia de su propio presente, una idea que expresó varias veces: "todos estos acontecimientos que nos entregaban la radio y los periódicos necesitaba sobrepasarlos, rechazarlos, negarlos..., creer que la historia y el destino se escribían a una mucha mayor profundidad; elegir el observatorio del tiempo largo". Es así como sus compañeros que asistían regularmente a las conferencias dadas en el Oflag XIIb de Maguncia, en los años 1941-1942, ante cada deprimente anuncio de victorias alemanas en el frente del Este, se habían acostumbrado a reaccionar, gritando: "¡Es solo acontecimiento y nada más que acontecimiento!" en un intento de conjurar la mala suerte[201]. En este punto pensamos en la situación de mentes brillantes, como Norbert Elias, quien, tras la Primera Guerra Mundial, logró solo parcialmente negar o reprimir, en sus escritos, la violencia vivida, observada o infligida, de la cual tenían una experiencia directa[202]. De la misma manera, uno de los grandes historiadores de la generación posterior inventa la larga duración y reniega del acontecimiento en tanto sería la "espuma de la historia", mientras se encuentra en el corazón del cataclismo más grande de la historia de la humanidad, aunque, hay que decirlo, en un relativo aislamiento. Lejos de estar atrapado por la urgencia que impone la catástrofe y que llevará a Walter Benjamin al suicidio, Fernand Braudel reniega del carácter trágico de su tiempo para poder sobrevivir y continuar practicando su creatividad en un universo donde un mortífero presente borró el pasado y ensombreció el futuro. Él mismo escribirá, en 1958, en su famoso artículo sobre la larga duración:

> Personalmente, a lo largo de un cautiverio bastante prolongado, luché mucho por escapar a la crónica de estos años difíciles (1940-1945). Rechazar los acontecimientos y el tiempo de los acontecimientos equivalía a ponerse al margen, al amparo, para mirarlos con una cierta distancia, para juzgarlos mejor y no creer demasiado en ellos. La operación que consiste en pasar del tiempo corto al tiempo menos corto y al tiempo muy largo (este último, si es que existe, no puede ser más que el tiempo de los sabios) para después, una vez alcanzado este punto, detenerse, reconsiderar

201 *Ibídem*.

202 Véase Audoin-Rouzeau Stéphane. *Combattre. Une anthropologie historique de la guerre moderne (XIXe-XXe siècle)*, París, Éditions du Seuil, 2008.

> y reconstruir todo de nuevo, ver girar todo alrededor de uno; tal operación no puede dejar de resultar sumamente tentadora para un historiador[203].

Una vez más nos encontramos con el ejemplo de una respuesta no traumática frente a los efectos de una catástrofe histórica. Sin embargo, esta concepción del tiempo, forjada muy temprano en el seno del Tercer Reich, no solo constituye una respuesta psicológica. Ella funda una epistemología donde el lugar del tiempo presente y del acontecimiento constituye un problema:

> En efecto ¿qué es un gran acontecimiento? No es aquel que hace más ruido en el momento[...] sino aquel que trae consigo la mayor cantidad y las más importantes consecuencias. Las consecuencias no se producen en el momento, sino que son las hijas del tiempo. De ahí las múltiples ventajas de observar una época desde una gran distancia temporal. Esta es sin duda la ventaja de captar el alineamiento de los hechos, y no puntos, sino líneas de luz. Y sin duda, resulta más provechoso estudiar el drama (argumeto) el hecho, que conocer la última palabra[204].

Y Braudel cita dos ejemplos que muestran los escollos que se presentan cuando falta el sacrosanto distanciamiento. El primero es el de Henri Pirenne, quien al terminar su *Historia de Bélgica* [Histoire de Belgique], se quejó con Braudel de "haber tenido que trabajar sobre una historia demasiado cercana a él, que aún no había decantado, y de haberse ahogado en una polvareda de hechos donde nada se distinguía con seguridad". El segundo es el de Émile Bourgeois, quien para escribir el último tomo de su *Manual histórico de política extranjera* [Manuel historique de politique étrangère], debió esperar el término de la Gran Guerra para entender mejor el congreso de Berlín de 1878. De ahí la única conclusión posible: "sin duda, para que una época revele su estructura profunda es necesario que se haya desligado lo suficiente de nosotros y de los vínculos con la actualidad presente, que haya zozobrado y residido el tiempo deseado en el pudridero, como ciertas preparaciones anatómicas, para revelar su estructura profunda"[205]. Fernand Braudel retoma por su cuenta la idea de los cientificistas y los metódicos del siglo XIX, y ciertas expresiones que nos recuerdan a un Fustel de

[203] Braudel Fernand. "La longue durée", *Annales ESC*, octubre-diciembre de 1958, incluido en *Les Ambitions de l'Histoire*, *op. cit.*, pp. 190-230, cita en p. 223.

[204] "L'Histoire, mesure du monde", texto escrito en cautiverio e incluido en *Les Ambitions de l'Histoire*, *ibidem*, p. 49.

[205] *Ibidem*.

Coulanges, sin embargo con algunas diferencias. Por una parte, no se trata de comprender un acontecimiento o un proceso cuando "ya se enfrió", sino más bien de observar, gracias a la perspectiva larga o de altura, como en una foto aérea, las estructuras profundas de las sociedades. Por otra parte, lejos de considerar el tiempo transcurrido como un hándicap por superar mediante la empatía o el método objetivo, lo ve como "un privilegio del historiador", asumiendo de esta manera la posición subjetivista, central en el proyecto de los *Annales*. No obstante, al final, el resultado será el mismo: la historia contemporánea es reducida una vez más a la política y al corto plazo –precisamente aquello de lo que intenta deshacerse–, razón del futuro divorcio. Empero, Braudel no explica en ningún momento de qué manera el largo plazo ofrece una mejor inteligibilidad que el corto plazo, cuando no se trata solo de mirar las estructuras que tienen un débil ritmo de evolución. Tampoco lo hace respecto de cómo se puede aplicar este método para comprender el un siglo, precisamente el suyo, marcado por la aceleración de un tiempo particularmente móvil. En realidad, si el concepto *larga duración* permite comprender la temporalidad propia del Occidente medieval o moderno hasta el comienzo de la Revolución Francesa, es de baja pertinencia para analizar las sociedades de masa contemporáneas, marcadas por la velocidad y la sucesión de acontecimientos construidos y percibidos como rupturas en una continuidad histórica que ha perdido su legibilidad. De ahí la rareza de los trabajos fundados en el concepto larga duración, los cuales habrían permitido una mejor inteligibilidad del siglo XX, aun cuando el término sea utilizado a veces como una suerte de "juguete". Este atañe más a la interpretación de una coyuntura, quizá milenaria, que no es ni eterna ni universal, que a un concepto heurístico.

De hecho, podemos dudar si Fernand Braudel lo comprendió más allá del punto de vista de la distinción y del combate. En enero de 1957 Braudel acepta incluir el recuerdo de su propia experiencia en el primer número especial de la *Revue de la Deuxième Guerre mondiale* dedicada al tema del cautiverio. Es un nuevo puente entre los historiadores del CHGM, un lugar dedicado al acontecimiento, si lo fue alguna vez, y la aristocracia de la disciplina. Fernand Braudel, haciendo un homenaje al equipo de Henri Michel, escribe:

> Como a menudo dijo Lucien Febvre y como lo repetiré, ahora que ya no está aquí: la historia es el estudio del pasado, ciertamente, pero también es una explicación del presente que vivimos. Se equivocan, en parte, acerca de la esencia de nuestro oficio, los defensores que preconizan la necesidad de distanciamiento de parte del historiador. Cuando menos, dejan deteriorarse la mayor parte de la materia prima de la historia, de

> un tiempo del cual apenas surgimos y que, de hecho, continúa pesando en nuestras espaldas[206].

Braudel no se equivoca al recordar que retoma las palabras que Lucien Febvre utilizó en esta revista algunos años antes. A propósito de este texto, el mismo número publica un breve homenaje al co-fundador de los *Annales*, fallecido el año anterior, y quien fuese durante diez años presidente del consejo de dirección del CHGM.

> Le gustaba bromear diciendo que no era especialista en historia contemporánea; sin embargo ningún campo de investigación le era extraño por mucho tiempo, su vasta experiencia respecto de los hombres y las cosas, su gran probidad intelectual, lo hacían descubrir rápidamente, y ampliar los senderos que decidía emprender. Le parecía evidente que los contemporáneos eran los primeros llamados, una vez las pasiones extinguidas, a dar su versión de los acontecimientos que protagonizaron, en gran beneficio de las futuras generaciones, para que así el pasado más cercano a ellas en el tiempo no fuese el que conocen menos y no les permaneciese ajeno. Si en esta revista se abordaron a veces los temas más candentes de la Segunda Guerra Mundial, si a veces se clasifican los paisajes humanos más atormentados, y que fueron clarificados por el historiador, es a Lucien Febvre a quien se lo debemos[207].

Esta consideración declarada aceptada por una historia contemporánea, sin embargo bastante cercana en cuanto a sus métodos de aquello que no cesaron en denunciar, podría considerarse como simple galantería académica o un oportunismo indulgente para con un periodo del cual fueron actores. Sin embargo, por lo menos en lo que respecta a Fernand Braudel, existe una contradicción muy grande en su retractación sobre el tema del *distanciamiento* entre su posición de 1943 y aquella que defiende en 1957, lo cual denota una incertidumbre, o al menos una tensión entre dos necesidades epistemológicas opuestas: la espera del establecimiento de una distancia y la urgencia por comprender. Esta tensión estructura toda la escritura de la historia del tiempo presente, como lo hemos hecho notar varias veces. La posición de Braudel no es idéntica a la de Febvre, porque parece concebir la historia contemporánea como una recolección primaria de fuentes y testimonios, una suerte de fase

206 Braudel Fernand. "La captivité devant l'histoire", *Revue d'histoire de la Deuxième Guerre mondiale*, n° 25, enero de 1957, pp. 3-5.

207 "Lucien Febvre (1878-1956)", *ibidem*, p. 2. Sin duda alguna, este texto fue escrito por Henri Michel.

preliminar de una futura historiografía, a pesar de que el Comité de Henri Michel ya superó esa etapa hace algunos años y desde entonces, al no contentarse con el simple hecho de recolectar, produce su propio conocimiento elaborado sobre el periodo de la guerra. No obstante, estas tomas de posición resultan más sorprendentes en cuanto son concomitantes con su artículo fundador acerca de la larga duración, publicado en 1958.

Sin ánimo de reabrir un debate que hizo correr mucha tinta y parece un tanto superado en la actualidad, recordemos no obstante que este artículo estigmatiza siempre al mismo enemigo íntimo: "la historia tradicional, llamada acontecimental, etiqueta que se confunde con la historia política"[208]. Esta historia política, en parte fantasiosa, se volvió un chivo expiatorio tranquilizador, porque ofrece, en apariencia, siempre la misma cara –rasgo característico de toda construcción de un enemigo o adversario hereditario. De hecho, esta condena es válida para la historia en general y no solo para la historia contemporánea, la cual no es abordada directamente en este artículo. Asimismo, existe otro matiz: el autor recalca que "la historia política no es forzosamente acontecimental ni está condenada a serlo", una observación incidental cuyo alcance podemos medir hoy, a la luz de la renovación de la historia social o cultural de lo político, en Francia, durante los últimos veinte años. Ellos, gracias al impulso que le dio René Rémond, y continuada por Jean-François Sirinelli, entre otros. Sin embargo, y a pesar de todo, persiste la ambivalencia del autor en lo que al estudio del presente se refiere:

> Sin embargo, ¿qué no daría el viajero de hoy por tener este distanciamiento respecto del pasado (o este avance en el tiempo) que expondría y simplificaría la vida presente, confusa, poco legible por estar tan atiborrada de gestos y de signos sin mayor importancia? Claude Lévi-Strauss asegura que una hora de conversación con un contemporáneo de Platón le entregaría más información que nuestros discursos clásicos acerca de la coherencia o la incoherencia de la Grecia Antigua. Estoy de acuerdo con él. Pero es porque, durante años, él pudo escuchar cien voces griegas rescatadas del silencio. El historiador preparó el viaje. Una hora en la Grecia de hoy en día no le enseñaría nada acerca de las coherencias o las incoherencias actuales.

[208] Braudel Fernand. "La longue durée", *op. cit.*, pp. 196-197. Sobre este debate, véase el libro fundamental de François Dosse que superpone varias de las problemáticas acá abordadas, de las que venimos discutiendo hace tiempo: *Renaissance de l'événement. Un défi pour l'historien: entre sphinx et phénix*, París, Presses universitaires de France, 2010.

> Es más, el investigador del tiempo presente no alcanza las tramas "finas" de las estructuras, sino a condición de *reconstruir*, de plantear hipótesis y explicaciones, de rechazar lo real tal como lo percibe, de truncarlo, de superarlo; todas aquellas operaciones que permiten escapar del dato para dominarlo mejor, pero que a fin de cuentas son todas reconstrucciones[209].

Por una parte, su crítica apunta a las ciencias sociales que ignoran la historia y el trabajo acerca del tiempo largo, como la economía, que se muestra incapaz de remontar "más allá de 1945". Es la oportunidad para recordar la superioridad de la historia, una superioridad basada en el distanciamiento. La historia es y será la disciplina que permite acceder a la verdad de una época por medio de la distancia temporal, la cual puede por sí sola descubrir las principales líneas de acción frente los contemporáneos, quienes resultan ser unos ciegos que se agitan en su tiempo sin comprender nada al respecto. Y puesto que las ciencias sociales, excluyendo la historia, son las llamadas, por definición, a estudiar el presente, es necesario entonces establecer claramente en su seno la superioridad del historiador. Por otra parte, al mismo tiempo, Braudel parece querer dejar atrás este asunto, al recordar que en el fondo la discusión entre lo lejano y lo actual es estéril, si suscribimos, después de Bloch y Febvre, la idea de una dialéctica entre pasado y presente. Al insistir al respecto, Braudel propone un programa *a priori* imposible: para comprender lo real sería necesario rechazarlo para así poder reconstruirlo, proyecto para el cual, desde su punto de vista, los especialistas del presente son evidentemente incapaces, es decir, los sociólogos o los economistas, ignorantes de la historia. De este modo abre tangencialmente otra vía, en la cual la distancia entre pasado y presente ya no es tan solo temporal, por lo tanto pasiva –el historiador debe esperar que el tiempo haga su trabajo, lo que no es nada particularmente nuevo–, sino que depende de una operación intelectual, de una construcción que busca deshacerse de su propia época a través de un cierto tipo de mirada, de método o de posición. Sin embargo, crear distancia respecto de lo muy cercano será el camino que tomará, veinte años después, la historia europea del tiempo presente, al darle a la noción de contemporaneidad otra significación aparte de la sola dimensión temporal.

209 *Ibidem*, p. 207. Las palabras destacadas lo han sido por el autor. La cita de Lévi-Strauss está tomada de su artículo "Diogène couché", *Les Temps modernes*, marzo de 1955.

Aprehender la historia en movimiento

Un año antes de la publicación del artículo de Fernand Braudel sobre la larga duración, en 1958, René Rémond, un historiador de una generación más joven (nacido en 1918), publicó un artículo que tuvo menos repercusión pero no por eso es menos importante: "*Alegato por una historia abandonada. El fin de la III República* [Plaidoyer pour une histoire délaissée. La fin de la IIIe République]", en una revista de ciencia política, una elección en sí bastante significativa. Seguro de la notoriedad obtenida gracias a un trabajo publicado en 1954 y rápidamente convertido en un clásico de la historia política francesa: *La derecha en Francia de 1815 a nuestros días* [La Droite en France de 1815 à nos jours], René Rémond lamenta que "los últimos diez años de la III República constituyan uno de los más bellos ejemplos de una aparentemente inexplicable desgracia"[210]. Este artículo que se centró en el silencio que envolvía la historia francesa de los años 1930 se transformó con posterioridad, para el relato profesional de la disciplina, en uno de los actos fundadores de la historiografía contemporánea francesa. De hecho, el autor contribuyó en gran medida para que así fuese: "el artículo provocó algo de ruido y las reacciones no fueron todas positivas: abogar, en 1957, por que los historiadores comenzasen a interesarse en la Cámara "bleu-horizon" [Chambre du Bloc national] o en las elecciones el Cartel de las Izquierdas [Cartel des Gauches], aún parecía, a ojos de ciertos historiadores, una aventura e incluso una provocación", escribirá René Rémond, en 1987, ya convertido en uno de los historiadores franceses más renombrados[211]. Está en lo correcto, excepto que nunca dijo una palabra acerca de la situación en el extranjero, sobre todo en EE.UU. o en Alemania, donde esta historia ya es bien conocida, ni considera el hecho que una de las corrientes dominantes de la historiografía de la época no vea en ello ninguna temeridad intelectual sino tan solo la manifestación de una historia acontecimental abyecta. Efectivamente, su alegato no disocia la historia contemporánea de la historia política. Confirma así, sin querer, el vínculo consubstancial que existiría entre las dos, y parece defender de manera simétrica exactamente aquello que Braudel y la corriente de los *Annales* siguen estigmatizando.

[210] Rémond René. "Plaidoyer pour une histoire délaissée. La fin de la IIIe République", *Revue française de science politique*, vol. 7, n° 2, 1957, pp. 253-270, cita en p. 253.

[211] Rémond René. "Le contemporain du contemporain", in Nora Pierre (dir.), *Essais d'ego-histoire*, *op. cit.*, p. 341.

En el fondo, René Rémond reprocha a las revistas científicas y a los manuales universitarios el haberse detenido en el periodo inmediatamente posterior a la Gran Guerra o el haber tratado lapidariamente los años siguientes.

> La proximidad del periodo lo explica fácilmente: quizá sea muy temprano para estudios de conjunto y podemos considerar legítimamente que la hora de las grandes síntesis no ha llegado aún. Sin embargo, el hecho que resulta sorprendente es que estos diez años [1929-1939] hayan suscitado tan pocos estudios específicos. El silencio de la historia hecha se explica por la indiferencia de la historia que se hace[212].

Por lo tanto, Rémond defiende un elemento esencial para toda práctica de historia del tiempo presente: el aprehender la historia en movimiento. Sin embargo lo hace con gran prudencia puesto que reconoce que "algunos historiadores con una formación en los buenos métodos de la crítica histórica y que persiguen la objetividad científica, dudan en abordar un periodo aún demasiado cercano y prefieren esperar los beneficiosos efectos del tiempo", apuntando también, por otro lado, sus críticas a los periodistas, a sus ojos igualmente pusilánimes respecto del tema[213]. A primera vista, se contenta entonces con lanzar un llamado a estudiar un periodo poco conocido –"un capítulo distinto de la historia de la III República"– como a menudo los hay en la disciplina. Aunque no lo dice explícitamente, más que las condiciones de posibilidad de una historia contemporánea que ya existe, es el periodo en sí, su actualidad, "su contemporaneidad", y la posibilidad de sacar conclusiones que sirvan para una IV República –también en crisis– lo que lo atrae, tal como lo recuerda:

> Sin embargo, el silencio de los historiadores, la abstención de los ensayistas, ya impresionantes en comparación con el número de signos de interés que dieron respecto de los años anteriores, parecen más sorprendentes aún para quien considere el periodo posterior a 1939. Paradójicamente, tenemos diez veces más información acerca de la Segunda Guerra Mundial y de los años siguientes que sobre el final de la III República [...]. El Comité de Historia de la Segunda Guerra Mundial realiza un trabajo considerable, cuya calidad científica no necesita ser elogiada por nosotros. ¿No resulta acaso inconcebible que estemos peor informados y equipados

212 Rémond René. "Plaidoyer pour une histoire délaissée. La fin de la IIIe République", art. cit., p. 255.
213 *Ibidem*, p. 256.

> respecto de nuestra propia historia política de los años 1930-1939 y que nadie o ninguna institución se haya preocupado de realizar un trabajo del mismo calibre acerca de esta? Sin embargo, así están las cosas. Estos diez años 1930-1939 forman una fosa entre dos macizos en el relieve de los estudios históricos[214].

Explicando las razones del silencio que denuncia en su artículo, René Rémond llega a refutar una a una las objeciones tradicionales a toda la historia contemporánea, en particular la ausencia de distanciamiento:

> Sin embargo, quizá no son determinantes. Sobre todo su fuerza varía notablemente según la naturaleza de los problemas que se estudian. [...] Sin duda no notamos lo suficiente que la espera de plazo impuesto por los gobiernos implica quizá una elección involuntaria y que las ventajas esperadas también tienen su contraparte onerosa. Esperamos la última palabra de documentos a menudo objetables, informes policiales previamente desprovistos de lo más interesante, correspondencia administrativa a menudo mal informada respecto del estado de la opinión pública; cada proceso electoral administra de nuevo la prueba de la distancia que persiste entre las previsiones de los prefectos (según la división administrativa francesa, el representante del Estado en el departamento), basados en los comentarios de sus informantes y la expresión del sufragio universal. Al mismo tiempo, se descuidan documentos preciosos en manos de particulares, corriendo el riesgo que se destruyan y desaparezcan testigos irremplazables[215].

De manera más incisiva, objeta por completo la necesidad de un periodo de reserva, al enunciar uno de los argumentos más fuertes en favor de una historia del tiempo presente que se desarrollará en los años 1970-1980, a propósito de los testigos de la Shoah, que corren el riesgo de desaparecer antes de haber informado a la posteridad:

> El estudio casi contemporáneo no vuelve de antemano inútil el estudio de documentos realizado a distancia; por el contrario. Lo recíproco no es menos cierto: nada puede reemplazar la investigación realizada entre los contemporáneos; si esperamos que el distanciamiento produzca, por una

[214] *Ibidem*, p. 257.
[215] *Ibidem*, p. 259.

> acción casi mecánica, la fisionomía exacta de la realidad histórica, dejamos escapar la posibilidad de encontrar la clave de ciertos enigmas, nos arriesgamos a dejar sin respuesta ciertas dudas. Es una ilusión pensar que el tiempo trabaja necesariamente para el historiador y el conocimiento histórico. Lejos de ser muy pronto para comenzar el estudio de los años 1930-1939, es hora de empezar[216].

En este texto la historia contemporánea aún no está definida por la existencia de actores vivos, aun cuando su testimonio debe ser recogido sin tardar: encontramos esta idea del historiador del tiempo presente como un primer testigo del testigo. Sin decirlo explícitamente, el testigo se reduce, sin embargo, al único "gran testigo": el hombre de Estado, el ministro, el diplomático, o incluso el presidente de partido, empresario, o eventualmente el funcionario de gabinete. Esta es la dirección que tomará René Rémond unos doce años más tarde, al organizar una serie de coloquios, en la Fundación Nacional de Ciencias Políticas, sobre esta historia abandonada, reuniendo a historiadores y actores de la época[217]. El método, que hizo escuela en historia del tiempo presente y se demostró productivo, no era, salvo algunas desviaciones, también una historiografía orientada hacia la acreditación oficial al trabajar con ex jefes de Estado o sus albaceas testamentarios, como durante los coloquios organizados por la FNSP acerca de François Mitterrand (1999) o Valéry Giscard d'Estaing (2002). René Rémond define, con mayor profundidad, la historia contemporánea como una historia que se está haciendo y que podemos intentar aprehender por fragmentos pero de la cual aún no podemos sacar todas las lecciones. Defiende con convicción la perspectiva de una historia inacabada, provisoria, situándose, al mismo tiempo, en una visión bastante clásica de la historiografía, al admitir o conceder que la historia de un acontecimiento o de un momento solo encuentra su sentido último cuando el proceso ha terminado.

En cambio, nunca se ha encontrado una contradicción en este artículo. Por una parte intenta explicar por qué la historia de los años recientes es posible e incluso necesaria, pero, por otra, no explica el estatus que confiere al periodo de la Segunda Guerra Mundial, el otro "hito macizo" que comprende la "fosa" de los años 1930, y de la cual nos dice ha sido ampliamente estudiada. Si esta historia existe efectivamente en el paisaje científico,

216 *Ibidem*, p. 260.

217 Rémond René (dir.). *Le Gouvernement de Vichy 1940-1942. Institutions et politiques*, París, Armand Colin, 1972, y Rémond René y Bourdin Janine (dir.), *Édouard Daladier, chef de gouvernement*, París, Presses de la FNSP, 1977.

¿por qué no escribir una defensa por la historia contemporánea, y no solamente aquella de los años 1930? ¿Y por qué no sacar ninguna conclusión de la experiencia del CHSG, al cual, de hecho, elogia? Probablemente la respuesta nos remite a las ambivalencias del autor respecto de este periodo que siempre comprehendió como un paréntesis excepcional en la historia de Francia, y a su voluntad de no emitir juicios taxativos acerca de situaciones por la que él mismo había pasado. Frecuentemente, a propósito del régimen de Vichy, evocará la necesidad que tiene el historiador de ser "objetivo" e "imparcial", alentando los estudios sobre el tema. En 1967, al contribuir en un dossier especial sobre historia contemporánea publicado por el nuevo *Journal of Contemporary History*, que abordaremos más adelante, Rémond aborda nuevamente el balance del CHGM francés, pero esta vez de manera más crítica:

> El trabajo del comité demuestra concretamente que es posible para mentes formadas en el método histórico ser objetivos incluso respecto de acontecimientos recientes que son sujeto de apasionadas controversias. [Sin embargo] considerando su interés *a priori* por la lucha contra el invasor, el Comité demostró poco interés por el otro bando, el gobierno de Vichy y la "revolución nacional", o el rol de la personalidad del Mariscal Pétain. Nuestro conocimiento de los años en cuestión está marcado por esta notoria ausencia de equilibrio. A excepción de algunos trabajos no partidarios, encabezados por la *Historia de Vichy* [Histoire de Vichy] de Robert Aron (París, 1964), casi todo lo que apareció sobre el régimen de Vichy está viciado por el espíritu partidario o la voluntad de rehabilitación histórica[218].

Tres años más tarde René Rémond organizará el primer gran coloquio, donde se encuentran muchos historiadores y testigos, centrándose en el "gobierno" de Vichy (y no del régimen). Prudentemente solo aborda los años 1940-1942, el "Vichy bueno" de Pétain en oposición al "Vichy malo" de Laval, una dicotomía defendida por André Siegfried, la figura tutelar de Sciences Po, ignorando por completo el tema de la colaboración y, sobre todo, del antisemitismo. Este hecho le será reprochado por largo tiempo –yo estuve entre los que lo hicieron, y no niego mi crítica. Un texto poco conocido aclara retrospectivamente lo que pensaba Rémond. En un especial de abril de 1972 de la revista *Réalités* dedicada a "Francia nuevamente bendecida por

[218] Rémond René. "France: Work in Progress", en Laqueur Walter y Mosse George, "History today in USA, Britain, France, Italy, Germany, Poland, India, Czechoslovakia, Spain, Holland, Sweden", *Journal of Contemporary History*, vol. 2, n° 1, enero de 1967, pp. 35-48, cita en p. 43.

los dioses" ["La France à nouveau bénie des dieux"], René Rémond –un año después del controvertido estreno de *La tristeza y la piedad* [Chagrin et la Pitié]– escribe un breve artículo sobre la derrota y la ocupación titulado "La herida de 1940 por fin cicatrizada", donde concluye:

> Hoy, la descolonización está terminada, Francia está en paz con el mundo entero, su economía se transforma a un ritmo comparable con la de otros países; el recuerdo de nuestros fracasos se aleja y tenemos derecho a pensar que sus efectos sicológicos se atenuaron[219].

A pesar de haber sido un precursor del tema de la memoria colectiva de los franceses en los años 1960, organizó un seminario en el Institut d'études politiques (IEP) sobre el tema "Historia, duración, memoria y política"[220]. Rémond no ve venir la anamnesis de Vichy, ni siquiera los efectos de la crisis económica, porque estaba convencido que Francia ya estaba en la senda del futuro y la prosperidad, un rasgo característico de su generación.

En su favor se puede decir, además del hecho que contribuirá en los años 1990 a producir una historia menos sesgada del periodo, René Rémond en el coloquio de 1970 afronta directamente el caso más complejo de toda la historia del tiempo presente: el estudio de un conflicto reciente, en este caso doble, dado el conflicto interno –incluso de una forma de guerra civil con secuelas vivas. Su propósito: confrontar los distintos puntos de vista lejos de todo juicio de valor. Se trata de defender la idea de que los auditorios universitarios no son tribunales de justicia; sin embargo, en 1994 Rémond, durante el juicio contra Paul Touvier y luego en 1997 en el juicio contra Maurice Papon, aceptó prestar testimonio junto a otros historiadores. En la introducción de la publicación de las actas de aquel coloquio, el primero de su tipo en Francia, Rémond escribe: "toda investigación colectiva sobre un pasado reciente es una aventura [y] cuando su objeto de estudio es un periodo tan dramático como los años 1940-1944, proponiéndose además poner frente a frente hombres que estuvieron en lados opuestos, esta se transforma en un reto o en una provocación", felicitándose, sin embargo, por la realización de un encuentro que invitó, sin segundas intenciones, a ex ministros de Vichy para que viniesen a expresarse con toda libertad, sin "polémicas mezquinas"[221]. En este

219 Rémond René. "La blessure de 1940 enfin cicatrisée", *Réalités. Revue de Paris*, n° 315, abril de 1972, pp. 37-41, cita en p. 41. Agradezco a Olivier Büttner por haberme dado a conocer este artículo.

220 Cf. Lavabre Marie-Claire. "Paradigmes de la mémoire", *Transcontinentales*, 5, 2007, pp. 139-147, cita en § 12.

221 Rémond René (dir.). *Le Gouvernement de Vichy 1940-1942, óp. cit.*, p. 17.

punto René Rémond toca una aporía inherente a todo enfoque del tiempo presente, particularmente aguda al tratarse de la historia del siglo XX. ¿Tomar partido por algún bando? En ese caso, el historiador será atacado por los otros "bandos" y criticado por sus colegas, lanzando la sospecha sobre el valor del trabajo histórico realizado. ¿Optar por la neutralidad? Resulta moralmente insostenible y puede dar la sensación de minimizar los crímenes cometidos, incluso de establecer una suerte de equilibrio respecto de "bandos" que no son aceptables en nuestro sistema de valores: inclusive en una investigación científica; el torturador no equivale a su víctima. Lo que resulta posible en una instancia judicial, que debe tomar una decisión acerca de la culpabilidad, la responsabilidad, el perjuicio para cada uno de los protagonistas, quienes pueden expresarse incluso de manera contradictoria, no resulta válido en el ámbito científico. Así como el CHGM, su sucesor, el Instituto de Historia del Tiempo Presente [Institut d'histoire du temps présent, IHTP] ha mantenido estrechas y continuas relaciones con muchos miembros de la Resistencia o sobrevivientes, presentes constantemente en los seminarios y coloquios hasta comienzos del año 2000. Sin embargo, si bien los investigadores también pudieron haber llamado a ex vychisistas o colaboradores a participar en sus trabajos, nunca se invitó a ninguno a una manifestación pública, aun cuando Vichy y la colaboración estaban entre los temas predilectos.

Desde este punto de vista, la experiencia del coloquio de 1970 nunca se repitió. Por lo tanto, no existe una posición correcta en la materia. René Rémond lo presentía así al hablar de "reto" y de "provocación". Al trabajar con temas tremendamente sensibles los historiadores del tiempo presente tuvieron que inventar si no métodos, por lo menos una manera de situarse en el contexto. Debieron crear sus jerarquías respecto de los testigos, tratando de manejar sus afectos sin por ello renunciar a sus emociones. Tuvieron que aceptar que el "Mal" se encarnó en personas de carne y hueso a quienes era necesario acercarse, con quienes se debían crear lazos, interrogar, sin perder de vista lo que habían hecho, y que las figuras heroicas, los mártires, los derrotados de la Historia, no podían ser considerados como intocables, indignos de una mirada crítica, aun cuando esta debía tomar algunas precauciones.

Al contrario de la posición de René Rémond en 1970, la solución adoptada con mayor frecuencia consiste en la elección de una subjetividad asumida en vez de una objetividad forzada. En lugar de ignorar sus propias tendencias o su propia identidad, el historiador debe usarlas para abordar, a su manera, problemas que no pueden ser tratados de forma "neutral": el rechazo de los valores petanistas debe incitarlo a ser más riguroso para analizar Vichy sin falsear los hechos o guardar silencio respecto de lo que no comulga con los prejuicios en boga; un compromiso político puede –debe– conducir a la

misma vigilancia crítica cuando se trata del estudio de su propia colectividad política. Para la mayoría de los investigadores (no todos, es verdad) lo peor, a menudo, es carecer de credibilidad, lo que puede actuar como un contrapeso al revés, que consistiría en seguir ciegamente sus propias tendencias ideológicas, tanto más cuanto que hoy los procedimientos de verificación, incluyendo los realizados por no profesionales, vuelven frágiles los postulados científicos excesivamente partidarios.

De todas maneras, el historiador que trata de aprehender la historia en movimiento se ve atrapado en el paso del tiempo y debe aceptar que su mirada solo es parcial, limitada, frágil, todo lo contrario de la ilusión de un manejo, a través de la ciencia, del sentido último de la Historia. A pesar de esto, René Rémond permaneció fiel al credo positivista que piensa que, a pesar de todo, el tiempo permitirá al final escribir una "verdadera" historia de tal o cual acontecimiento o proceso histórico. No obstante haber profesado un gran apego a la contingencia histórica y haber combatido la historia dogmática o sistémica, René Rémond aún conserva una inclinación por la idea de las "fuerzas profundas", heredada de Pierre Renouvin y André Siegfried. Como prueba de ello está su rechazo constante a considerar el peso del fascismo, del nazismo y de las dos guerras mundiales en la visión de las derechas francesas después de 1945, que, según él, serían las herederas de una tripartición, nacida en el contexto del siglo XIX, a su vez consecuencia de la Revolución Francesa, una posición difícilmente sostenible[222]. Por una parte acepta el carácter inacabado de toda escritura de la historia del tiempo presente, y por otra sigue pensando que la última palabra llegará más tarde, incluso si en secreto él espera conservarla. En 1982, en el Prefacio de una nueva edición de su *Historia de las derechas*, escribe:

> Los hechos por sí mismos trajeron un comienzo de verificación experimental para la interpretación planteada en 1954. La confrontación con lo real es un riesgo temible para los trabajos que abordan una historia que no está cerrada: también es una posibilidad de experimentación, de la cual las ciencias humanas se privaron muy a menudo[223].

Se trata en esta cita de lo inacabado, de lo provisorio asumido; de una posición que ve al historiador analizar un pasado en curso, y por tanto formular interpretaciones que quedan en suspenso, incluso osando evocar la dimensión

222 Sobre este punto, remito a mi estudio."La Seconde Guerre mondiale dans la mémoire des droites françaises", en Sirinelli Jean-François (dir.), *Histoire des droites en France*, tomo II: *Cultures*, París, Gallimard, col. NRF Essais, 1992, pp. 549-620.

223 Rémond René. *Les Droites en France*, París, Aubier-Montaigne, 1982, p. 10 [4ª ed.].

experimental de la disciplina causa de la observación del presente más cercano. En otras circunstancias se refugia, por el contrario, en la ortodoxia disciplinaria:

> Todo periodo recibe con posterioridad respuesta a las preguntas que hace; él no adquiere su sentido sino mucho tiempo después de su fin. Es el desastre de 1940 que sella oficial y finalmente los últimos años de la III República. Al no estar del todo finita, la historia de nuestro siglo no ha revelado aún todas sus consecuencias, ni ha dicho su última palabra. Entonces, ¿no será prematuro fijar y congelar la mirada solo en aquellas décadas? [Y los historiadores del tiempo presente], se exponen a ser desmentidos por partida doble, tanto por sus contemporáneos como por los futuros acontecimientos, al ayudar a sus contemporáneos a comprender su tiempo, a descifrar la complejidad y al preparar el camino para los historiadores del mañana[224].

En esta cita se venera al historiador que dice la última palabra. Pero entonces, ¿cómo, por qué y en qué momento una historia en movimiento se convierte en una historia concluida?

Una historia comprometida con su época

En Gran Bretaña la situación evoluciona en los años 1960, después del declive del Imperio colonial, en un contexto donde predomina el tema del lugar de los europeos en un mundo percibido cada vez como más "globalizado". Como en otros lugares, lo hace primero fuera o en los márgenes del establishment. En 1964 el historiador Geoffrey Barraclough publica una *Introducción a la historia contemporánea*, que en los años siguientes se transformará en la referencia acerca del tema en el mundo anglosajón[225]. Medievalista de 56 años, especialista en Alemania, hizo clases en Liverpool, Londres y California. Profundamente marcado por la guerra, donde formó parte de los servicios de inteligencia de la Royal Air Force, se enfoca al estudio de la historia con-

[224] Rémond René. *Notre siècle. De 1918 à 1988*, París, Fayard, 1988 (tomo VI de la *Histoire de France*, bajo la dir. de Jean Favier), p. 9 [nueva ed.: *Notre siècle. De 1918 à 1991*, París, LGF, col. Le Livre de Poche, 1993].

[225] Barraclough Geoffrey. *An Introduction to Contemporary History*, Harmondsworth, Penguin Books, 1964 (me refiero acá a la edición de bolsillo de 1967 y a una traducción personal). Agradezco a Martin Conway por haberme dado a conocer esta obra, casi nunca citada en la historiografía francesa pese a que fue traducida en 1967 por éditions Stock.

temporánea, en los años 1950 y 1960, no por simple curiosidad intelectual, sino porque se siente parte de la metamorfosis de la historia del mundo en curso: el fin de la dominación europea y el surgimiento de nuevas potencias que se oponen a su hegemonía, al desarrollo de la democracia de masas y a las innovaciones científicas y tecnológicas. Todo esto lo lleva a interesarse en el presente y a pensar la historia de otra manera: "nos invade un sentimiento de incertidumbre porque nos sentimos en el umbral de una nueva era, para la cual la experiencia anterior no nos ofrece guía segura alguna" escribe en 1955, idea en la que se siente la influencia de Tocqueville y de Walter Benjamin, y que Hannah Arendt retomará en su ensayo *Between Past and Future* (traducido como La crisis de la cultura), algunos años más tarde, en 1961[226]. El historiador debe hacer frente a esta profunda mutación. Si toda la historia desde Tucídides es, por cierto, "contemporánea", una concesión puramente retórica, y, si bien después de 1918 hubo una renovación de esta noción, Geoffrey Barraclough denuncia, sin embargo, la persistencia aun en los años 1950 de los paradigmas del siglo XIX –el objetivismo, el enfoque causal y el eurocentrismo. Él hace un llamado a aprehender el tiempo presente de una manera totalmente distinta. Influenciado por el marxismo, alega por una historia mundial que no sea la sumatoria de las historias nacionales, una tesis que estructura todo su libro y parte de su obra. A su parecer, aunque siendo parte de la historiografía general, la historia contemporánea tiene otra naturaleza, ya que obliga al historiador a dirigir su mirada a la transición en curso y a utilizar sistemáticamente una mirada retrospectiva. Presentando ejemplos de la historia reciente de Rusia, Asia o EE.UU., escribe:

> Estos ejemplos bastan para demostrar que la historia contemporánea no significa –como algunas veces los historiadores lo han hecho ver con desprecio– solamente hurgar en la superficie de los acontecimientos recientes e interpretar erróneamente el pasado a la luz de las ideologías del momento. Sin embargo, también muestran –lo que resulta fundamentalmente más importante–, porque no podemos decir que la historia contemporánea "comienza" en 1945 o 1939, o en 1917, o en 1898, o en cualquier otra fecha que pudiésemos elegir. [...] [Por cierto], los años inmediatamente anteriores y posteriores a 1890 fueron momentos cruciales; sin embargo, sería mejor desconfiar de fechas precisas. *La historia contemporánea co-*

[226] Barraclough Geoffrey. *History in a Changing World*, Oxford, Basil Blackwell, 1955, citado por Dewar, Kenneth C., "Geoffrey Barraclough: From Historicism to Historical Science", *The Historian*, vol. 56, n° 3, marzo de 1994, pp. 449-464.

> *mienza cuando los problemas que dan cuenta de la actualidad en el mundo de hoy adquirieron por primera vez una forma visible*; ella comienza con los cambios que permiten, o más bien nos fuerzan a decir que entramos en una nueva era –el tipo de cambios [...] que los historiadores plantean al establecer una separación entre la Edad Media y los Tiempos "Modernos" entre los siglos XV y XVI. Al igual como las raíces de las mutaciones del Renacimiento nos pueden remitir a la Italia de Federico II, asimismo mis raíces del presente pueden situarse tan lejos como el siglo XVIII[227].

En esta acepción la historia contemporánea decanta más de una manera de hacer que de la historia de un periodo en particular –una posición que es la de muchos historiadores hoy en día, respecto de la historia del tiempo presente, la cual no se limita, desde esta perspectiva, solo al periodo contemporáneo. Profundizando las reflexiones de Marc Bloch acerca de la necesidad de partir del presente para comprender el pasado, él esboza una reflexión que aborda el tiempo presente en cuanto tal; en su singularidad estructural como en su particularidad coyuntural –aunque insiste más en este segundo aspecto, puesto que lo contemporáneo a fin de cuentas atañe a una nueva periodización, sean cuales sean sus argumentos para alejarse de esta herencia positivista.

Geoffrey Barraclough fue considerado como un iconoclasta. Al comentar sus escritos, A.J.P Taylor, una de las figuras tutelares de la historiografía inglesa, señala que "una cosa es decir que el pasado cambia a la luz del presente, pero otra cosa es decir que el pasado cambia en sí", ejemplo que ilustra la persistencia del paradigma objetivista que precisamente denuncia Barraclough[228]. Su punto de vista muy personal sobre la historia contemporánea parece retrospectivamente –y siguiendo su propio método– como un lineamiento de lo que se desarrollará en los años 1970. Incluso se anticipa de manera asombrosa: más de una década antes de las tesis de Jean-François Lyotard, quiso calificar su época como "posmoderna" para distinguirla del periodo "moderno" que según él terminó en los años 1940, así como este fue forjado para distinguirse de la Edad Media. Incluso ve en su época un momento de "clímax", en el sentido de periodo crítico, desarrollando una suerte

227 Barraclough Geoffrey. *An Introduction to Contemporary History, op. cit.*, p. 20, pasajes destacados por el autor.

228 Taylor A. J. P. "Sales talk", *New Statesman and Nation*, 17 de marzo de 1956, citado por Dewar, Kenneth C., art. cit., p. 457.

de presentismo radical: "nadie tiene un deber respecto de los muertos salvo en relación con los vivos"[229].

En 1954 se inaugura el *Institute of Contemporary History*, en la Wiener Library de Londres, un centro de documentación fundado por Alfred Wiener en 1947. Este judío-alemán huye del nazismo en 1933, transformándose en refugiado, y funda en Amsterdam la *Jewish Central Information Office*, transferida a Londres en 1939. La Wiener Library no solo tiene por objeto reunir la documentación sobre las persecuciones nazis, sino que también después de la guerra se convertirá en un importante lugar de reflexión y sensibilización ante los riesgos de un resurgimiento del antisemitismo. Dos años después, en junio de 1966, el nuevo instituto lanza una nueva revista, el *Journal of Contemporary History*, dirigido por otros dos refugiados judío-alemanes, los historiadores George L. Mosse, que enseña en EE.UU., y Walter Laqueur. Aunque este nuevo lugar de investigaciones contribuirá con el tiempo al desarrollo de la historia contemporánea en el mundo anglosajón, también se ubica, en un principio, fuera del ámbito universitario, puesto que se dedica preeminentemente a la historia del nazismo y del fascismo, por lo tanto a una historia continental a la cual los ingleses siguen creyendo que no pertenecen del todo[230]. En el comité de redacción de la nueva revista hay universitarios ingleses, estadounidenses, alemanes, franceses, todos conocidos o en camino a serlo: Karl-Dietrich Bracher, Allan Bullock, Norman Cohn, Bernard Lewis, Hugh Seton-Watson, Eugen Weber, Alfred Grosser, Pierre Renouvin. En la primera entrega los editores se dan cuenta que los opositores a la historia del pasado cercano son escasos, ya sea porque existe una mayor tolerancia respecto de esta práctica o porque los límites inherentes a toda escritura de la historia parecen con más nitidez, debilitando el alcance de las críticas dirigidas hasta hace poco al estudio de lo contemporáneo. De esta manera, el fin del ideal cientificista del siglo XIX y el impacto de las dos guerras mundiales dan un mayor espacio a una visión más amplia y más pragmática de la disciplina. En unas pocas líneas los autores barren con las objeciones tradicionales acerca de la falta de archivos, la falta de distanciamiento y las pasio-

229 Barraclough Geoffrey. History in a Changing World. (Nota 39, Cap. III). *An Introduction to Contemporary History, óp. cit.*, p. 23.

230 Barraclough Geoffrey. *History in a Changing World, óp. cit.*, citado por Dewar Kenneth C., art. cit., p. 457. Para el anecdotario: Geoffrey Barraclough participa, en 1978, en la redacción del informe de la UNESCO sobre el estado de las ciencias sociales. Tiene a su cargo lo relativo a la historia y se codea con Paul Ricœur, que redacta la sección acerca de la filosofía,... y con Jean-François Lyotard, a cargo del psicoanálisis: Havet Jacques (dir.), *Tendances principales de la recherche dans les sciences sociales et humaines*, 2 vol., París/La Haya/Nueva York, Mouton/Unesco, 1978 (en línea, consultado el 13/04/2017:http://unesdoc.unesco.org/images/0013/001374/137482fo.pdf).

nes aún vivas. Por el contrario, el historiador del siglo XX se ve amenazado por la abundancia de archivos y documentos. La regla que impone el paso de 50 años antes de poder acceder a cualquier archivo público tiene dificultades para prevalecer. En Inglaterra, Francia y en otras partes ella no puede impedir que los secretos de Estado, al menos en las democracias, sean destapados al cabo de algunos años. En lo que dice relación con la ausencia de distanciamiento, esta pierde su pertinencia en la medida que se abandona el credo objetivista. Estos dos contraargumentos serán permanentemente retomados en los siguientes años donde sea que se desarrolle una historiografía del tiempo presente. Más original, la revista no niega el riesgo de una escritura capturada por las pasiones del tiempo, pues lo asume completamente, e incluso lo reivindica como postulado ético:

> Las revistas históricas del siglo XIX excluían "la discusión de interrogantes no resueltas acerca de asuntos políticos corrientes" (*Historische Zeitschrift*) y proclamaban que iban a "evitar las controversias contemporáneas" (*Revue historique*), o incluso rechazar "contribuciones que discutieran interrogantes aún candentes que hacían referencia a una controversia actual" (*Historical Review*). El *Journal of Contemporary History*, al contrario de sus más distinguidos predecesores, sin buscar activamente la controversia, por cierto, no la evitará. No huirá de interrogantes aún pendientes respecto del pasado reciente. Lo "académico" no es y no debe ser bajo ningún pretexto sinónimo de "neutralidad", "no controvertido" o "no pertinente a la mirada del mundo de hoy"[231].

Esta toma de posición, es tanto más notable cuanto que no todos los miembros del nuevo comité son acérrimos opositores al paradigma de la objetividad, en especial el francés Pierre Renouvin, quien retoma a grandes líneas las ideas de Hugh Seton-Watson, expresadas en su artículo fundacional de 1929. A este compromiso reivindicado con el tiempo presente se suman otras dos dimensiones: la historia contemporánea debe ser una historia transnacional, e incluso si la revista se interesa principalmente en la historia de Europa, entiende que no puede aislarla del resto del mundo. Asimismo, la revista no se dirige solo a los especialistas sino que apuntará a un público más diverso, tratando de combatir la especialización demasiado grande que conoce la historia –un postulado que

[231] Cf. Palmowski Jan y Spohr Readman Kristina. "Speaking Truth to Power: Contemporary History in the Twenty-first Century", en el dossier "At the Crossroads of Past and Present. "Contemporary" History and the Historical Discipline", *Journal of Contemporary History*, 46, 3, julio de 2011, pp. 485-505, p. 488.

toma en cuenta el interés creciente del público[232]. Por último, con notable intuición, los editores de este número, dedicado esencialmente a la génesis del fascismo, advierten acerca del posible riesgo que sigue agitando el mundo de los contemporaneístas cerca de cuarenta años después, el de una historiografía que se centraría únicamente en la dimensión trágica, catastrófica del siglo:

> Si bien el historiador no pueda ni deba olvidar el carácter esencialmente trágico de su tema –la cercanía de la muerte y el olvido– el estudio de la historia contemporánea no justifica el naufragar en el absoluto pesimismo acerca de los asuntos humanos. Gibbon [...] describe la historia como el registro de los crímenes, locuras y desgracias de la humanidad. Nuestra época ha colaborado generosamente con este oscuro catálogo, sin embargo también ha estado marcada por acciones heroicas de inhabituales dimensiones y por el desarrollo más notable del poder de la inteligencia en numerosos ámbitos[233].

A pesar del desarrollo de la historiografía en todos los ámbitos posibles, el lugar que todavía ocupan el estudio del nazismo, el comunismo, las guerras mundiales o coloniales, inclusive en el *Journal of Contemporary History*, demuestra, de ser necesario, que estas catástrofes aún ejercen efectos a largo plazo.

La reinvención del tiempo presente

En la década siguiente la historia del tiempo presente vive una doble evolución, la cual caracteriza hasta hoy parcialmente su situación: desde entonces, ella constituye parte importante, a veces predominante, de los estudios históricos, además de ocupar un lugar inédito en el espacio público y la cultura popular. Por cierto, el gusto y el interés del público masivo por la historia no tienen nada de nuevo, sobre todo en países como Francia, Alemania o Italia. Sin embargo, a partir de los años 1970 surgen nuevas formas de curiosidad acerca del pasado. La historia en general se vuelve un objeto de consumo de masas, de inversión cultural y de diversión. Sus índices son bien conocidos y dieron origen a una abundante literatura: surgimiento de la memoria como nueva categoría intelectual, social y cultural, multiplicación de las conme-

232 "Editorial note", *Journal of Contemporary History*, vol. 1, n° 1, enero de 1966, pp. iii-vi.
233 Woodward Llewellyn. "The study of contemporary history", *ibidem*, pp. 1-13.

moraciones, patrimonialización extendida, éxito de la literatura o el cine con componentes históricos, omnipresencia de la historia en la televisión, y, desde hace una década, explosión de los sitios en línea o foros de discusión dedicados a la historia. No obstante, este nuevo tipo de pasión por la historia o la memoria –dos términos que poco a poco se confundirán en su uso general– se concentrará progresivamente en el pasado reciente, y abordará de preferencia las grandes catástrofes de los siglos XX y XXI, objetos casi exclusivos de las grandes polémicas y de las "políticas del pasado" desde hace dos décadas. Este interés se acrecentó a escala mundial después de 1989: en los países de Europa Central que vivieron una transición democrática, en los países de América Latina liberados de las dictaduras, en Sudáfrica sin el Apartheid, e incluso en muchos países aún marcados por la herencia colonial, tanto en Argelia como en Corea del Sur. Sin embargo, este fenómeno comenzó mucho antes y tiene que ver con una evolución más profunda y no solo con los efectos de la caída del Muro de Berlín.

El desarrollo de la historia del tiempo presente se inscribe en este contexto. Es resultado de una evolución propia de la historiografía y del universo científico, pero también acompaña a una "demanda social" por historia. La creatividad de los historiadores y de las ciencias humanas en general, su capacidad para identificar los fenómenos, para darles un nombre, para inscribirlos en un tiempo y un espacio permitieron que se originara una espera, una necesidad de comprender el pasado cercano, todo lo cual alimentó a su vez sus cuestionamientos. Esta demanda social por historia surgida en el espacio público explica en gran medida el desarrollo de la historia del mismo nombre hace unos treinta años. Numerosos son los indicios y, a continuación, entrego algunos ejemplos del caso francés. En Francia, en efecto, los cambios son más visibles, incluso realmente diferentes de lo que sucede en otros países. "La explosión de la nueva historia es espectacular, a partir del giro de 1968-1969", escribe François Dosse. "Ella reemplaza a las publicaciones psicoanalíticas y antropológicas. En 1974 el número de volúmenes dedicados a la historia es seis veces el que era en 1964; y las posiciones claves dejan ver una preponderancia absoluta de los *Annales*. Este gusto por la historia en los años 1970 se inscribe dentro de una cierta continuidad con el interés suscitado por la antropología en los años 1960. Se trata aun de descubrir la figura del otro, pero ya no en lugares lejanos, sino al interior de la civilización occidental, en las profundidades del pasado"[234].

[234] *Ibídem*, p. 13. El año siguiente, bajo la dirección de Walter Laqueur y George Mosse, la revista consagra un número entero al estado mundial de la historia contemporánea: "History today in USA, Britain,

En esa época la corriente llamada "nueva historia" agrupa casi exclusivamente a medievalistas o modernistas: Georges Duby, Jacques Le Goff, Emmanuel Le Roy Ladurie, Pierre Chaunu y varios otros. Estos historiadores de gran renombre contribuyeron con sus obras, a menudo de gran tiraje, a crear una nueva sensibilidad entre una audiencia informada que descubre una historia de las mentalidades u otra mirada de la Edad Media, muy alejadas de las formas habituales de las obras históricas de gran difusión. Estos autores se ven beneficiados por el contexto general de apetencia por la cultura en todas sus formas, característico del periodo posterior a los acontecimientos de 1968. En la lectura de la historia se busca una forma de relativo "alejamiento" relativo, aun cuando la dimensión identitaria ya comienza a brotar y, por consiguiente, una preocupación más arraigada en el presente. Son testimonio de esto, *Montaillu* [Montaillou de Emmanuel Le Roy Ladurie], publicada en 1975, por Pierre Nora, en las Ediciones Gallimard y ridiculamente engalanado con el llamativo subtítulo "aldea occitana" durante la ola regionalista, o una década más tarde, en 1986, el último opus dedicado a *La identidad de Francia* [L'Identité de la France], la evolución de un Fernand Braudel, que publica en 1986 su última gran obra dedicada a *La Identidad de Francia*. Ese mismo año, uno de los principales historiadores de esta corriente, Georges Duby, es nombrado presidente de la Sociedad europea de programas de televisión (sept), primera cadena de televisión casi completamente dedicada a transmitir programas culturales y ancestro de la cadena franco-alemana Arte. Se trata de una señal indiscutible de la importancia que tomó la historia y los historiadores como vectores de una nueva cultura contemporánea de masas; una historia vivida como referente positivo, un lugar donde arraigarse en un mundo donde las referencias temporales están en movimiento.

La historia contemporánea prácticamente no participa en este movimiento. Sin embargo se desarrolla de manera paralela en algunos nichos editoriales y en la prensa escrita, porque en ese ámbito también existe una demanda e incluso un naciente mercado económico. No resulta sorpresivo que sean los periodos y temas llamados "sensibles" los que atraen un número creciente de lectores, señal que la dimensión cultural o la dimensión identitaria están lejos de ser las únicas explicaciones de este renovado interés por el pasado. Se puede incluso decir que existe un abismo entre lo que espera el público respecto de la historia de las "batallas" del siglo XX y el desprecio demostrado por la mayoría de los historiadores de la corriente predominante hacia

France, Italy, Germany, Poland, India, Czechoslovakia, Spain, Holland, Sweden", vol. 2, n° 1, enero fr 1967.

esta forma de historia, lo que nos recuerda la situación a fines del siglo XIX. Sin duda también existe –ya...– una suerte de fascinación por la violencia del siglo XX, inclusive una forma de voyeurismo que se expresa abiertamente durante la llamada ola "retro", y con el éxito ambiguo de un filme como *Portero de noche* [Portier de nuit], de Liliana Cavani (1974). No obstante, el fenómeno duró y se amplificó en las siguientes décadas. Llegó tanto a las generaciones marcadas por las catástrofes más importantes del siglo como a las siguientes, que corrieron con mejor suerte aunque aún sufrían las consecuencias. Podemos considerar entonces que no se trata de una simple coyuntura. Los acontecimientos de 1968 también contribuyeron al crear una demanda cada vez más marcada por una historia menos deferente y más crítica con las zonas oscuras y otros tabúes, reales o proclamados, de la historia cercana. Así es como en los años 1970, se planteará una pregunta, la cual se acrecentará con el tiempo, respecto de la dimensión mortífera del siglo, muy diferente, a mi parecer, de la atracción por la historia medieval o moderna, o incluso por la herencia de la Revolución Francesa, que mantendrá ocupados a los franceses durante el Bicentenario de 1989. La historia del tiempo presente no forma parte del registro de la positividad, es decir, de las tradiciones reactualizadas y reivindicadas, y de una historia ejemplar que debe guiar el presente y el futuro, sino al registro de la negatividad, es decir, de un pasado que tomó la forma de una carga que tendremos que sopesar para confrontarla o intentar liberarnos de ella. Contrariamente a cierta doxa formulada tras las reflexiones de Pierre Nora, respecto de la "era de la conmemoración", al final de su obra *Lugares de memoria* [Lieux de mémoire] o de François Hartog respecto del tema del presentismo, a mi parecer no podemos comprender el régimen de historicidad de estas tres últimas décadas sin considerar la fuerte tensión, variable según el lugar y el momento, entre estos dos polos. La obsesiva presencia del pasado en la cual vivimos no tiene que ver simplemente con una pérdida de la tradición, una ruptura desconsiderada con el pasado, una inconsciencia casi prometeica que encerraría a las sociedades posmodernas, incluso "pos-posmodernas", en un perpetuo presente y que así nos haría consumir historia como consumimos alta tecnología. También revela, quizá incluso más, la necesidad imperiosa de liberarse del peso de los muertos, de las decenas de millones de muertos, de la destrucción masiva sin precedentes, todo provocado por la locura humana y no por obra del destino. De ahí esta otra tensión entre la exigencia del recuerdo y la necesidad del olvido, que caracteriza los debates recientes acerca de las últimas catástrofes del siglo.

Es en este contexto que la historia contemporánea conocerá una forma de apogeo. En un principio, por falta de una oferta científica desarrollada el público recurre a los periodistas, escritores e historiadores "aficionados", la

mayoría de las veces sin real contacto con el medio universitario, el cual abandonó en parte estos temas. Henri Amouroux, que dio sus primeros pasos en un diario pro-petanista, *La Petite Gironde*, antes de unirse a una red de resistencia y participar en la creación del diario *Sud-Ouest*, publica una primera historia general de los franceses durante la Ocupación, en la editorial Fayard, en la colección "Los grandes estudios contemporáneos" ["Les grandes études contemporaines"][235] en 1961. En la misma casa editorial, en 1968, un gran reportero, Yves Courrière, lanza el primer volumen del primer relato colectivo sobre la Guerra de Argelia que había terminado oficialmente hacía solo cuatro años[236]. Basado en muchos testimonios, sobre todo de los "vencidos" –oficiales, policías, militantes de la OAS [Organización del Ejército Secreto]– Courrière inaugura un género literario que privilegia por sobre el tema el relato de vida, lo anecdótico, la dimensión militar, aquello que Benjamin Stora califica como "efecto Courrière"[237]. Algunos años antes, en 1963, otro periodista, Jean Lacouture, crea para las Éditions du Seuil, una nueva colección llamada "La Historia inmediata" ["L'Histoire immédiate"], que posteriormente será retomada por Jean-Claude Gillebaud. La fórmula, que tendrá cierto éxito, habría sido inventada por el editor Paul Flamand, quien deseaba producir obras documentadas acerca de acontecimientos recientes pero diferenciando el trabajo histórico de la investigación periodística[238]. La colección pretende promover la historia contemporánea, y sus primeros títulos nos recuerdan... a las últimas catástrofes a la fecha: Jean Plumyène y Raymond Lasierra con *Los fascismos franceses, 1923-1963* (1963), sin duda el primer libro sobre el tema, o Saul Friedländer y su *Pío XII y el III Reich* (1964). En los años siguientes la colección se enriquece con obras sobre etnología (Germaine Tillion), ciencias políticas (Maurice Duverger), documentos de actualidad, como la serie de entrevistas con los principales dirigentes del movimiento de 1968: Jacques Sauvageot, Alain Geismar, Daniel Cohn-Bendit, en *La revuelta estudiantil: los protagonistas hablan* (1968), o incluso sociología, con el célebre libro de Edgar Morin: *El rumor de Orleans* (1969).

En un primer momento la expresión "historia inmediata" se refiere a una estrategia editorial y no a un concepto epistemológico. No será hasta 15 años después, gracias al éxito de la colección, y en un contexto donde la historia contemporánea comienza a emerger, que Jean Lacouture intenta formali-

235 Dosse François. *Pierre Nora. Homo historicus*, París, Perrin, 2011, p. 223.

236 Amouroux, Henri. *La Vie des Français sous l'Occupation*, París, Fayard, 1961.

237 Courrière Yves. *Histoire de la Guerre d'Algérie*, París, Fayard, 4 vol., 1968-1971. El primer volumen tiene un prefacio de Joseph Kessel.

238 Stora Benjamin. *La Gangrène et l'oubli*, Paris, La Découverte, 1991, pp. 241-242.

zarla en un artículo de una obra dedicada a la "nueva historia", y le confiere un comienzo de legitimidad científica. En este texto, Lacouture se interroga acerca de la pertinencia de la expresión: "¿Inmediata, verdaderamente? ¿Es decir, instantánea en cuanto su aprehensión, simultánea en cuanto a su producción, y sin mediador alguno? Imaginarla es prácticamente negarla –o reservarla a algunos casos límites"[239]. El artículo prosigue con una brillante demostración de los desafíos de la historia contemporánea, que da pruebas de una magnífica capacidad de anticipación. Aunque escrita en caliente por actores o testigos, periodistas e historiadores que intentan comprender las raíces de un acontecimiento o de un proceso en curso, esta historia tiene más que ver con la observación de un cambio operado ante los ojos del observador que con la "inmediatez". Se trata de una idea simple pero central pues demuestra que la contemporaneidad no define un momento congelado en el tiempo, sino un movimiento en curso:

> En la búsqueda de una posible definición, el "inmediatista" se vería tentado a sugerir que la disciplina que se esfuerza por practicar no se dedica exactamente a los cambios y menos aún a "lo que cambió", sino al "cambiar". Así como Malraux abría camino al existencialismo trágico y literario al hacer decir al héroe de la *Voie royale* [La Vía Real] que lo que cuenta no es la muerte, sino el "morir", el "inmediatista" dirige su atención prioritaria a este paso existencial[240].

En los años siguientes el concepto se desarrolla en el universo científico tanto en paralelo, como a veces compitiendo con la noción de historia del tiempo presente –en el siguiente capítulo explico por qué este término (historia inmediata) presenta, a mi parecer, inconvenientes epistemológicos. El concepto tiene el mérito de destacar la aporía fundamental de toda historia contemporánea, obligando al analista a crear su propia distancia. De ahí la estrecha relación con las otras ciencias sociales, una posición defendida por el sociólogo y economista belga Benoît Verhaegen:

239 Véase el testimonio de Jean Lacouture, *Enquête sur l'auteur*, Arléa, 1989, citado por Guy Pervillé, "L'histoire immédiate selon Jean-François Soulet, Jean Lacouture et Benoît Verhaegen", en"Bilan et perspectives de l'histoire immédiate", *Cahiers d'histoire immédiate*, n° 30-31, otoño 2006-primavera de 2007, pp. 6-7.

240 Lacouture Jean. "L'histoire immédiate", en Jacques Le Goff, Roger Chartier et Jacques Revel (dir.), *La Nouvelle Histoire*, *op. cit.*, pp. 270-293, citation p. 270.

> Dos rasgos caracterizan esta disciplina situada en el cruce de la historia, la antropología y la sociología: por una parte, pretende derribar la tradicional relación unívoca entre el investigador y el objeto de conocimiento, relación basada en la pasividad del objeto y la máxima distancia entre este y el investigador; y sustituirla por una relación de intercambios que implica la participación real del objeto –en cuanto actor histórico– en su propio conocimiento e incluso en el límite, a la desaparición del investigador en cuanto individuo; por otra parte, y correlativamente, el método de Historia inmediata pretende decididamente orientarse hacia una práctica social y política comprometida con una transformación revolucionaria del mundo[241].

Si los periodistas fueron los primeros en conferirle una vocación popular al campo de la historia contemporánea, los académicos universitarios fueron los segundos, permitiéndole así a esta historia salir definitivamente de los márgenes en los cuales estaba confinada. Vimos anteriormente el rol precursor que tuvo René Rémond en defensa de la posibilidad científica de una historia cercana. A comienzos de los años 1970 Pierre Nora, perteneciente a una generación más joven (nació en 1931), le pisa los talones, al esbozar con pequeñas pinceladas algunos de los posibles contornos de una nueva historiografía de lo contemporáneo. En 1972 lanza un artículo, que conocerá cierto renombre, titulado "El acontecimiento monstruo" ["L'événement monstre"]. En este desarrolla la idea que "los medios de comunicación de masas ya detentan el monopolio de la historia", es decir, en resumen, aquel de la creación y la difusión de los acontecimientos[242].

"La televisión es a la vida moderna lo que antiguamente era el campanario de la iglesia al pueblo, el *angelus* de la civilización industrial". Sin embargo, como todos los medios fríos, de los que participamos de manera pasiva, a distancia, desde nuestras casas, la TV es portadora de imprevistos y transforma la historia en "agresión" por la constante irrupción de lo nuevo y lo sensacional; de ahí su carácter "monstruoso". Este postulado, que no ha envejecido en lo más mínimo, trae consigo varias consecuencias. En primer lugar, cambia la posición de los historiadores y la propia naturaleza de su trabajo, puesto que el acontecimiento ya no es tan solamente ininteligible mucho tiempo después, como resultado del tiempo transcurrido y del juicio de la posteridad. También toma una dimensión "histórica" en lo inmediato y son los propios

241 *Ibidem*, p. 293.

242 Verhaegen Benoît. *Introduction à l'histoire immédiate*, Gembloux, Éd. Duculot, 1974, citado por Guy Pervillé, *óp. cit.*, pp. 7-8.

contemporáneos quienes así pueden calificarlo de acontecimiento, participando de hecho en su surgimiento y calificación:

> Pero el acontecimiento moderno resulta siempre más monstruoso para el historiador, porque de todos sus merecidos receptores, es el más necesitado. El acontecimiento permanecía en un sistema tradicional, el privilegio de su función. Le daba su lugar y valor y nadie entraba en la historia sin su aprobación. El acontecimiento ahora le llega desde el exterior, con todo el peso de lo dado, antes de su elaboración, antes del trabajo del tiempo. E incluso con mayor fuerza puesto que los medios imponen de inmediato lo vivido como historia y que el presente nos impone más de lo vivido. Un inmenso ascenso de lo inmediato a lo histórico y de lo vivido a lo legendario tiene lugar en el mismo momento en que el historiador se encuentra desconcertado con sus hábitos, con sus poderes amenazados y enfrentado a aquello que, de hecho, él se dedica a acotar. Sin embargo, ¿se trata del mismo acontecimiento?[243]

Luego, el acontecimiento no solo se convierte o reconvierte en un elemento esencial de la historicidad, a contracorriente de la historiografía predominante, sino además cambia de naturaleza. A partir de entonces le concierne a las masas, por lo tanto a todos y a cada uno de nosotros. Los acontecimientos ya no se pueden percibir como el despojo de movimientos más lentos. Por su número y repetición, son portadores de múltiples sentidos. Desde entonces se abre un nuevo espacio de análisis:

> Se encuentra aquí la posibilidad del historiador del presente: el desplazamiento del mensaje narrativo con sus virtualidades imaginarias, espectaculares y parasitarias, tiene como efecto destacar la parte no acontecimental del acontecimiento. O más bien, no hacer del acontecimiento sino el lugar temporal y neutro del surgimiento brutal, aislable, de un conjunto de fenómenos sociales provenientes de las profundidades y que, sin él, habrían permanecido sepultados en los recovecos de la mentalidad colectiva. El acontecimiento presta menos testimonio acerca de aquello que traduce que de aquello de lo que deriva, menos por aquello que es que por lo que desencadena. Su significación se absorbe en su repercusión; no es más que un eco, un espejo de la sociedad, un agujero[244].

[243] Nora Pierre. "L'événement-monstre", *Communications*, 18, 1972, pp. 162-172.
[244] *Ibidem.*, p. 164.

La originalidad de la posición de Pierre Nora respecto de una reflexión renovada acerca de la historia contemporánea reside en que no se encuentra en el registro del alegato, como la de muchos de sus predecesores. En este punto, no ejerce el rol de abogado de una práctica que debiese tener su lugar en un dispositivo, por lo demás, inalterable. Es precisamente porque la historia se está haciendo que su naturaleza va cambiando y porque los historiadores, intérpretes del tiempo no deben dejar en manos de otros el cuidado de hacer su relato exclusivo, y porque el historiador también debe evolucionar y apropiarse del acontecimiento, en este caso considerado más como un síntoma –el término es mío– que como una finalidad historiográfica en sí.

Esta primera idea Pierre Nora la repetirá en otros varios escritos. En 1974 co-edita, junto a Jacques Le Goff, tres volúmenes sobre las nuevas maneras de *Hacer la historia* [Faire de l'histoire], donde la historia contemporánea ocupa todavía un lugar modesto pero real, principalmente a través de la reescritura de su propio artículo sobre el acontecimiento, modificado y completado, y también artículos sobre nuevos objetos, como la relación entre el cine y la historia, analizados por Marc Ferro[245]. En 1975 Pierre Nora abandona el *Instituto de estudios políticos* [Institut d'études politiques], en el cual la historia contemporánea ha comenzado a desarrollarse, para trabajar en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, EHESS [École des hautes études en sciences sociales, EHESS], como titular de la cátedra "Historia del Tiempo Presente", así nombrada por su presidente, Jacques Le Goff. Sin embargo el proyecto de Pierre Nora se llamará –leve matiz de por medio– "Historia del Presente". Sin duda alguna se trata de una evolución de la tradición de uno de los lugares más prestigiosos de investigación histórica en ese entonces. En el proyecto que presenta, así como en un artículo escrito tres años después acerca del mismo tema, Pierre Nora precisa lo que pretende hacer al practicar una "historia del presente", la cual ha dejado atrás el descrédito de fines del siglo XIX y ha tomado nota del desarrollo de las ciencias sociales:

> No obstante, ahora que esta revolución ha puesto ampliamente en tela de juicio la práctica de la historia como ciencia del pasado, resulta lógico que la interrogante de los historiadores extienda naturalmente su horizonte al tiempo presente: un presente cuya consistencia propia y transparente opacidad, provocan sin embargo problemas de método muy particulares al estudiarlo. Se trata de los caracteres originales de esta nueva conciencia histórica que, a falta de medios, se ambicionaría iluminar... Desearía estudiar el peso

[245] *Ibidem*, p. 168.

del pasado sobre el presente por medio del inventario relativo de diferentes herencias históricas, según los tipos de sociedades contemporáneas[246].

Después de los medios de comunicación, después del acontecimiento, el historiador del presente debe interesarse por lo que aún no ha sido identificado como "la memoria", sino como "el peso del pasado sobre el presente". En estas primicias de *Los lugares de la memoria* [Les Lieux de mémoire], cuyo primer volumen será publicado diez años más tarde y que no aborda tan solo la historia contemporánea, podemos percibir la influencia de René Rémond. En realidad, un poco por doquier, tanto en Francia como en Europa, se dibuja el esbozo de una particular configuración historiográfica. La renovación de la historia contemporánea revela una evolución cultural y, sin duda, un cambio de historicidad que se apoyará en elementos hasta el momento no considerados, incluso menospreciados por los historiadores: el evento, concebido de manera diferente y que ocupa un lugar preeminente en el imaginario contemporáneo; los medios de comunicación, considerados como fuentes de información y como objetos de historia y, dentro de poco tiempo, como vectores de difusión de una nueva práctica de la disciplina, inscrita en un espacio público: por último, la memoria, objeto cuya impronta social aparecerá poco a poco y que, en un primer momento, presenta el interés estratégico de vincular el estudio del pasado con el del presente y, por lo tanto, permitir a una "historia del presente" insertarse en un dispositivo científico donde medievalistas y modernistas conservan aún su hegemonía.

No obstante, Pierre Nora, como la mayoría de los autores franceses entonces movilizados en este terreno, no toma en cuenta los textos fundamentales de los historiadores alemanes o ingleses que marcaron la disciplina fuera de Francia. Si bien, de manera pionera, Nora evoca la necesidad de una historia del presente, no menciona el instituto alemán que lleva ese nombre y que fue creado 25 años antes, en Munich. Defendiendo el principio de una historia contemporánea, no menciona la revista con el mismo nombre creada en Londres algunos años antes. Asimismo, la dimensión catastrófica del siglo solo aparece marginalmente en su análisis e incluso parece ser evitada de manera constante, salvo por algunas alusiones. Sin embargo, esta predomina en los lugares donde se escribe entonces una historia contemporánea. Por cierto,

[246] Le Goff Jacques y Nora Pierre (dir.). *Faire de l'histoire. Nouveaux problèmes, nouvelles approches, nouveaux objets*, 3 vol., París, Gallimard, col. Bibliothèque des Histoires, 1974 (trad. cast.: *Hacer la historia*, 3 vols., Barcelona, Editorial Laia, 1984-1986). El artículo de Pierre Nora se llama "Le retour de l'événement" (tomo I, pp. 210-228) y el de Marc Ferro, "Le film, une contre-analyse de la société?" (tomo III, pp. 236- 255).

guerras, conflictos y revoluciones forman parte del contexto general, pero el "acontecimiento monstruo" no es la *Shoah*, de la cual Pierre Nora pudo escapar, ni tampoco la Guerra de Argelia, a la cual consagró, en 1961, un ensayo crítico y comprometido (*Los franceses de Argelia* [Los Français d'Algérie]), fruto de su experiencia como joven profesor en Orán. Se trata más bien de una abstracción, una figura epistemológica que de un objeto de estudio. Ello merece ser mencionado porque el itinerario de Pierre Nora lo conducirá en una dirección distinta a la puesta en práctica de una nueva historia del tiempo presente, de la cual se conocerá su auge en otra parte.

A fines de los años 1970 las mentalidades han evolucionado considerablemente. La mayoría de las instituciones creadas después de 1945 para hacer la historia del último conflicto mundial evolucionan de la misma manera a partir de entonces, algunas antes, otras después. Se las invita a reformarse, a renovar sus problemáticas y a abordar un campo más amplio que solo la historia de la guerra. ¿Cómo? En primer lugar, avanzando en la cronología para abordar la historia de la posguerra. Enseguida, remontándose a comienzos de siglo para incluir la Primera Guerra Mundial. Esta vez los franceses serán figuras precursoras por razones de la contingencia y gracias a un contexto historiográfico favorable. En 1976-1977 la secretaría general de gobierno decide que el CHGM, bajo su tutela desde 1951, dependerá a partir de entonces solo del CNRS, que financia su personal y sus actividades. Esta medida fuera de lo común se tomó para facilitar el acceso a archivos particularmente sensibles, que dependían de diferentes ministerios (relaciones exteriores, del interior, hacienda, etc.). La estrategia había resultado exitosa, a pesar de la imposibilidad de acceder a los archivos del régimen de Vichy y a la documentación posterior al 10 de julio de 1940. El gobierno le pone fin por dos razones. Por una parte, anticipa los efectos de una ley en preparación acerca de los archivos de los que prevé un embargo de treinta y no de cincuenta años, dando así la posibilidad de abrir de inmediato los archivos de la Ocupación. Esta será la ley del 3 de enero de 1979, que permite un real avance historiográfico, aun cuando pasará tiempo antes que los documentos del periodo sean posibles de ser trabajados (casi en su totalidad) por los investigadores. Por otra parte, los poderes públicos consideran que a partir de entonces el país debe mirar hacia el futuro y dejar atrás las últimas secuelas del conflicto mundial, como atestigua la decisión de suprimir el feriado del 8 de mayo, tomada por el presidente Valéry Giscard d'Estaing en 1975[247]. Reconociendo la necesidad de dar vuelta la página, el gobierno francés

[247] Programa para una dirección de estudios citado por François Dosse: *Pierre Nora, óp. cit.*, pp. 282-283. Véase igualmente Nora Pierre, "Présent", *óp. cit.*

emprende la tarea de crear un marco regulatorio para una institución creada con carácter de urgencia y mantenida en una situación de excepcionalidad durante varias décadas. Se trata de un hecho muy poco frecuente. En realidad el CHGM solo tuvo un directivo, Henri Michel, secretario general inamovible entre 1951 y 1978. Fue así efectivamente como él escapó de las modalidades habituales de nominación y evaluación en vigor, en el medio científico de la época. Tal particularidad es compartida con otros historiadores europeos que también fueron percibidos como historiadores y expertos oficiales, poseedores de una posición de monopolio, como su homólogo Louis de Jong, director también por largo tiempo del RIOD, *Instituto neerlandés de historia de la guerra* [Institut néerlandais d'histoire de la guerre], y autor de una monumental historia de los Países Bajos en 29 volúmenes[248]. Es verdad que el balance de actividades del comité francés habla por sí solo, a través de la realización de numerosos estudios acerca de la Resistencia, las primeras encuestas de opinión de los franceses sobre la Ocupación, la situación política y económica, o incluso sobre la depuración y la liberación del país; tantos conocimientos con los que la generación posterior –de la cual formé parte– pudo contar, contrariamente al persistente cliché que sostiene que la historia del periodo comenzó "tardíamente. Como lo vimos en el capítulo anterior, es la historia de Vichy la que fue profundamente renovada a partir de los años 1970, no la de la guerra, la cual comienza inmediatamente en 1945.

Es entonces a nivel de secretaría general de gobierno que se negocia con el CNRS, durante el primer semestre de 1977, una transición que se hizo necesaria al jubilar Henri Michel. En ese contexto, surge la idea de aprovechar esa contingencia para favorecer la creación de "un centro de investigación sobre la historia del mundo contemporáneo", el primero en su tipo en el panorama científico francés. "El tema de fondo, según explica la carta de intenciones previa, que alimentó las discusiones, es la existencia de un vasto campo del conocimiento insuficientemente abordado hasta aquí y que debería ser desarrollado con determinación, método y vigor"[249]. La riqueza del periodo que se extiende "desde la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días", el hecho que se preste mejor que cualquier otro a un enfoque pluridisciplinario, así como el fin del descrédito respecto de esta forma de historia, deben instar al CNRS a respaldar y estructurar un nuevo lugar de investigación, una de sus razones de ser en aquella época. Su rol es tanto más necesario cuanto

[248] Sobre la modernidad histórica de Valéry Giscard d'Estaing, cf. Garcia Patrick, *"Il était une fois la France". Les présidents de la Ve République et l'histoire*, Paris, Gallimard, col. NRF Essais, previsto para 2017.

[249] Cf. Hirschfeld Gerhard. "Niederländische Zeitgeschichte: Fragen und Perspektiven der Forschung", *op. cit.*, y Lagrou Pieter, "Ou comment se constitue et se développe un nouveau champ disciplinaire", dossier "Histoire du temps présent", *La Revue pour l'histoire du* CNRS, n° 9, 2003.

que los obstáculos prácticos persisten, sobre todo la dificultad de acceder a los archivos públicos, o a la inversa, la existencia de "una cantidad enorme de fuentes disponibles desde ya", que requieren de medios y métodos específicos, principalmente el seguir realizando grandes investigaciones colectivas. Resulta aún más sorprendente la suerte de patriotismo científico que denota la carta:

> Agreguemos además que, a causa de las por largo tiempo evidentes carencias en este ámbito, este campo, abandonado por los franceses, fue, por así decirlo, colonizado por los investigadores extranjeros, principalmente estadounidenses. ¿Acaso no resulta paradójico que un porcentaje importante de los estudios más relevantes sobre la Francia del siglo XX pertenezcan a historiadores anglosajones? Si bien debemos regocijarnos de ver crecer el número de historiadores extranjeros cuya actividad se centra en la historia francesa, también sería deseable que en el futuro la investigación francesa logre cubrir de mejor manera un campo tan esencial para el conocimiento y la inteligencia de nuestro propio devenir[250].

Los investigadores "americanos", sin ser citados, son, indudablemente, Eugen Weber, autor de la primera historia de la *Acción Francesa* [Action française], publicada en 1962 en EE.UU., pero traducida al francés recién en 1985; Stanley Hoffmann, el gran "politólogo" franco-americano, profesor en Harvard, autor de numerosos ensayos influyentes acerca de Francia, así como su alumno, Robert O. Paxton, de la Universidad de Columbia, cuyo libro *La Francia de Vichy* [La France de Vichy] fue traducido en 1973. La posición de la carta es aún más notable puesto que se sitúa en 1977, una década antes que se extendiera el discurso, repetido sin cesar, según el cual el estudio de los periodos sensibles de la historia francesa reciente habría sido escrito exclusivamente por extranjeros.

La solución que se adoptó finalmente consistió en que el nuevo instituto absorbiera de manera progresiva el CHGM y que su comité dejara de existir

250 "Note sur la créatio d'un Institut du Monde Contemporain", s.l.n.d. Probablemente, este texto de siete páginas fue redactado por François Bédarida, el futuro director, con ayuda del economista Edmond Lisle, director del departamento de ciencias humanas y sociales del CNRS en el periodo de 1977. Sirvió de base para dos reuniones celebradas el mismo año en el Hotel Matignon. Descubrí la existencia de una copia con ocasión del segundo ingreso de los archivos del IHTP a los Archivos Nacionales, en 2010, efectuado por Anne-Marie Pathé, responsable de la documentacióm, y por mí mismo. El primer ingreso lo llevaron a cabo en 1998 François Bédarida y Marianne Ranson, entonces secretaria general, quien participó activamente en la fundación del IHTP, jugando en él un rol central hasta fines de los años 1990 (AN-Fontainebleau, Ministère de la Recherche, CNRS, IHTP, cote 20110096). El original, indudablemente, se encuentra en los archivos de la secretaría general del Gobierno. Véase igualmente Lisle Edmond, "Les sciences sociales en France: développement et turbulences dans les années 1970", *La revue pour l'histoire du* CNRS, 7, 2002.

al cabo de algunos años. Aparte de los problemas de algunas personas que complicarán particularmente las cosas, surge el asunto central acerca del destino reservado a los estudios sobre la guerra y, de manera más general, la propia definición de las actividades del nuevo instituto. Se definen entonces tres ejes de acción. Se debe explorar la historia de Francia desde 1945, una historia desconocida que debe proveer accesoriamente "un esclarecimiento útil para la comprensión del devenir nacional". Se debe emprender un trabajo que "abra de par en par las ventanas hacia afuera" y hacia los estudios comparados para subsanar la tendencia demasiado "hexagonal" de la historiografía francesa. Al no poder abarcar toda la historia del siglo XX, el nuevo instituto debe privilegiar ciertas áreas "geoculturales": la Europa de los nueve, Estados Unidos, el Reino Unido y la Commonwealth y el Sudeste Asiático. Se interesará incluso por algunos temas fundamentales: "en la medida en que el periodo considerado está dominado (al menos en su primera fase) por el fenómeno de la descolonización, parece aconsejable prestar particular atención a los antiguos territorios coloniales, actualmente convertidos en países independientes". Por lo tanto, se deberá poner el acento en el África francófona. Estamos aún a dos décadas de las controversias sobre "el impensado debate colonial" ("l'impensé colonial") de la historiografía y de la sociedad francesas, lo que demuestra que este "impensado" ameritaría a veces el ser puesto en perspectiva antes que ser levantado como slogan. En fin, será necesario continuar, incluso intensificar las investigaciones sobre la Segunda Guerra Mundial, campo donde la historiografía francesa ocupa un lugar preeminente gracias, sobre todo, al Comité Internacional de Historia de la Segunda Guerra. Además, la carta de intenciones precisa que el nuevo organismo tendrá estatus de "unidad propia" (autónoma), por lo tanto dependerá exclusivamente del CNRS y no de un establecimiento de enseñanza superior, en función de la clásica división francesa: "lejos de partir de una *tabula rasa*, la primera tarea del nuevo instituto será apoyarse en todo lo ya adquirido y por ende mantener relaciones estrechas y amistosas con todas las universidades y grandes establecimientos de educación superior (Fundación Nacional de las Ciencias Políticas, EHESS, etc.) donde existen centros de investigación que llevan a cabo trabajos acerca de la historia reciente", fórmula diplomática destinada a evitar la idea de un lugar con pretensiones hegemónicas, y a mostrar que su misión será coordinar y ser un punto de encuentro. Al haber muchos universitarios celosos de sus prerrogativas –en particular la dirección de tesis– verán con cierta desconfianza las negociaciones en curso[251].

[251] "Note sur la création d'un Institut du Monde Contemporain", p. 2.

Último problema –y no menor–: el nombre del nuevo centro de investigación. El tema es a todas luces fundamental, dada las implicancias epistemológicas e historiográficas, aun cuando la decisión tiene que ver finalmente con una forma de pragmatismo institucional. Surgen varios nombres: "Instituto de Historia del Mundo contemporáneo", "Instituto de Historia del Presente", "Instituto de Historia del Tiempo Presente". El redactor de la carta, quien incluso sugirió la noción "ultracontemporáneo" ["ultra-contemporain"], precisa en el intertanto que prefiere la primera opción, el "mundo contemporáneo", sin explicar las razones. Además, al mismo tiempo, el CNRS contempla crear otra unidad propia –el "Instituto de Historia moderna y contemporánea"– encargada de emprender investigaciones sobre los siglos XVII, XVIII y XIX, donde la palabra "contemporáneo" retoma su sentido tradicional en el universo académico francés, por lo tanto desde 1789.

Finalmente el nombre escogido será "Instituto de Historia del Tiempo Presente" ["Institut d'histoire du temps présent"]. Discutimos durante años con François Bédarida tal decisión y aún no el porqué. En primer lugar, fue por defecto. Pese a la voluntad reformadora que dirige la creación de este instituto, no se tocan las grandes divisiones canónicas del tiempo histórico y el concepto de historia contemporánea seguirá definiendo desde entonces un periodo casi doblemente secular (que dura dos siglos). La existencia de dos instituciones que trabajan sobre periodos distintos con dos nombres etimológicamente vecinos –contemporáneo y tiempo presente– solo acentuará la falta de determinación de esta forma de historiografía; sin embargo presentará una gran ventaja: la de provocar una reflexión epistemológica durable sobre la relación entre definiciones formales, fundamentos teóricos y prácticos efectivos acerca de la cuestión de la contemporaneidad, que fue la marca del IHTP y de los investigadores que trabajaban en su "constelación", y del cual este libro presta testimonio directo. Después, como visto con anterioridad, la noción de "tiempo presente" aparece en el vocabulario de los historiadores hace algunos años. François Dosse incluso explica que habría sido una elección de Jacques Le Goff, quien preside la sección historia del CNRS y participará en la creación de la nueva unidad, haciéndose eco del nombramiento de Pierre Nora en la dirección de estudios del EHESS, poco tiempo antes[252]. Es verdad que el gran medievalista desempeño un rol esencial en la creación del IHTP, prueba que, en adelante, toda la disciplina se interesa en el desarrollo de la historia contemporánea. Sin embargo, está lejos de haber sido el único. René Rémond, uno de los primeros en practicar una historia

[252] *Ibidem*, p. 5.

contemporánea de un nuevo tipo, también hará sentir toda su influencia respecto del tema. Es así como, entre 1979 y 1990, presidirá el comité científico del IHTP, una de las dos instancias de evaluación, junto con el consejo de laboratorio, característicos de todas las unidades científicas del CNRS, a los que se sumará una instancia específica: el consejo de coordinación, deseado por François Bédarida para asociar a esta iniciativa miembros eminentes del mundo político, élites administrativas y ex miembros de la resistencia[253]. Por otra parte, el término "historia del presente" tiene visibilidad desde hace bastante tiempo en la historiografía alemana y desde 1949 tomó cuerpo en una institución guía, el *Institut für Zeitgeschichte de Munich*. Aunque no todos los actores franceses que participaron en la creación del IHTP han leído los trabajos de Hans Rothfels y sus sucesores, conocen la existencia y misión de esta institución, cercana al comité francés en proceso de reestructuración y que servirá, en parte, de modelo para el nuevo IHTP, dado que desde 1967 el IfZ representó a Alemania federal en el Comité Internacional de Historia de la Segunda Guerra Mundial presidido por Henri Michel.

Por último, la elección del término y sobre todo que haya podido imponerse después, se debe en gran medida a la personalidad del nuevo director, aun cuando no era su primera opción. Nacido en 1926, François Bédarida es un especialista en historia contemporánea de Gran Bretaña, donde hizo parte de su carrera. Es un conocedor de la historiografía anglosajona, lo cual le da un perfil atípico en el medio académico francés. Profesor y académico en el IEP de París [Institut d'études politiques de Paris], fue el encargado de realizar una edición crítica de los procesos jurídicos verbales del Consejo supremo Interaliado, el órgano de coordinación militar franco-británico durante 1930-1940, los que fueron seleccionados por Pierre Renouvin en los archivos de Édouard Daladier, entregados a la FNSP en 1972[254]. Muy cercano a René Rémond, su delfín y su amigo, comparten la fe católica que lo llevó, en 1944, junto a su esposa Renée, a participar en la aventura de *Testimonio cristiano* [Témoignage chrétien], el diario clandestino de la resistencia espiritual. Por lo tanto, tiene el perfil idóneo. No obstante, en este medio cercano al

253 Dosse François. *Pierre Nora, óp. cit.*, pp. 282-283.

254 En su discurso de recepción a René Rémond en l'Académie Française, el 4 de noviembre 1999, Hélène Carrère d'Encausse evocará este aspecto de la carrera del nuevo miembro al declarar: "Usted estuvo en los inicios de la creación del Instituto de Historia del Tiempo Presente, que presidió desde su creación, en 1979, hasta 1990". *Discours de réception de René Rémond à l'Aca- démie française et réponse d'Hélène Carrère d'Encausse*, París, Fayard, 2000, p. 47. La información figura igualmente en la nota oficial en línea en el sitio de la Académie: http://www.academie-francaise.fr/les-immortels/rene-remond. El elogio es en gran parte merecido, haciendo la salvedad de que el cargo de "presidente del IHTP" nunca ha existido: durante ese periodo este organismo solo tuvo un director, François Bédarida.

personalismo la noción de tiempo presente reviste una acepción más profunda que la mera designación de una secuencia histórica: señala un compromiso temporal, *hic et nunc* (aquí y ahora), que no asegura solamente el respeto por la fe en todas sus dimensiones, sino que además le da todo su sentido al trabajar por un mundo mejor aquí abajo y no limitarse simplemente a la espera pasiva del más allá. De hecho, François Bédarida mencionó algunas veces una filiación con el nombre de dos semanarios de los años 1930, provenientes de esta tendencia: *Sept. L'hebdomadaire du temps présent*, fundado en 1934 por los Dominicanos de las Éditions du Cerf, que tomó partido por los republicanos españoles y el Frente Popular español, provocando la ira de Roma y su posterior disolución; y su sucesor *Temps présent*, creado principalmente por Jacques Maritain y François Mauriac, en 1937[255]. Esta herencia indirecta va a actuar de forma determinante en la manera en que François Bédarida concebirá las misiones del nuevo instituto, en especial mediante una reflexión continua acerca del rol social del historiador, acerca de su responsabilidad en el debate público, acerca de los vínculos entre "ciencia et sociedad", como se decía entonces. Lo hará tomando caminos distintos a los de los "intelectuales orgánicos", cercanos al partido comunista o sus herederos, quienes no cesaron de denunciar el rol de la demanda social en el surgimiento de la historia del tiempo presente, mientras al mismo tiempo defendían la idea que el historiador debía ponerse al servicio de la causa del pueblo[256].

Esta discusión respecto del nombre del nuevo instituto puede parecer de segundo orden. De hecho, en su época lo fue, puesto que otros nombres habrían podido ser los ganadores. La creación del IHTP y de una rama de especialización "historia del tiempo presente" que comenzaba en la historiografía francesa no fueron el resultado de un trabajo teórico previo, el que habría desembocado en la institucionalización de un concepto más o menos bien definido y ya puesto a prueba. Más bien se produjo lo contrario. En función de una necesidad aún difusa, se creó una institución *ad hoc*; y porque esta institución desarrolló una práctica singular de la historia bajo la bandera de la historia del tiempo presente, esta noción terminó tomando sentido y arraigándose en el lenguaje historiográfico. Existe entonces en este concepto, una dimensión pragmática que asumo a cabalidad, aun cuando, desde el comienzo de este libro haya intentado demostrar que se podía identificar, en el largo

255 Bédarida François. *La Stratégie secrète de la Drôle de guerre. Le Conseil suprême interallié. Septembre 1939 – avril 1940*, Paris, Presses de la FNSP/Éditions du CNRS, 1979.

256 Cf. Winock Michel. *Histoire politique de la revue "Esprit" 1930- 1950*, Paris, Éditions du Seuil, 1975, p. 141, y Sevegrand Martine, *"Temps présent", une aventure chrétienne, 1937-1992*, Paris, Éditions du Temps présent, 2006.

plazo, una reflexión más o menos comparable acerca del lugar del presente en el tiempo histórico, sean cuales fueran los términos empleados según los lugares o las épocas. Es una manera de decir que hablar de Historia del Tiempo Presente no tiene que ver solamente con una coyuntura –explicar el siglo XX– sino que plantea preguntas mucho más universales respecto del lugar que ocupan el historiador, la escritura de la historia y los desafíos de las relaciones entre observadores y actores. Dado que lo anterior era expresado con claridad en 1978, sin embargo, todas estas preguntas serán planteadas en los años siguientes.

Al decidir la creación del IHTP, el CNRS precisa que este organismo "tiene por objetivo cubrir un campo de investigación histórica que hasta aquí no ha sido lo suficientemente explorado por los historiadores franceses: la historia reciente de Francia y de los países extranjeros desde 1945[y] al mismo tiempo, que especifica el IHTP integrará el CHSGM pero continuará de igual manera con el estudio del periodo 1939-1945"[257]. El proceso no resultó exitoso, puesto que Henri Michel parte estrepitosamente y se lleva con él, al Ministerio de Defensa, la *Revue d'histoire de la Deuxième Guerre mondiale*. De hecho, tal acontecimiento resultará una oportunidad para el IHTP porque participará activamente, a partir de 1983-1984, en la creación de la revista *Vingtième Siècle*, primera revista científica francesa de historia contemporánea, punto que abordo en el siguiente capítulo. No obstante, el personal, la biblioteca (privada de su biblioteca fotográfica), los archivos recopilados (que serán más tarde depositados en los Archivos nacionales), las investigaciones en curso así como la secretaría general del Comité Internacional de Historia de la Segunda Guerra Mundial vuelven a manos del IHTP. Expliqué en otro libro cómo esta institución –a la cual me uní en 1981– creada para desarrollar más bien una historia posterior a 1945, se había encontrado cara a cara con la anamnesis de esta guerra en la Europa de los años 1980-1990. De ahí el considerable interés y trabajo respecto de la historia mal contada de la guerra y de la Ocupación, a saber: la colaboración, el antisemitismo, el régimen de Vichy, y sobre la historia de su memoria. Por ejemplo, el primer proyecto del ITPH fue el estudio sobre la duración de la conmemora-

[257] Bédarida François. *Histoire, critique et responsabilité*, textos reunidos y presentados por Gabrielle Muc, Henry Rousso y Michel Trebitsch, Bruselas/París, Complexe/IHTP, 2003. También cabe remitirse al seminario que dictó de 1980 a 1985 sobre "Historiografía pasada y tiempo presente" en la École Normale Supérieure y en la EHESS (grabaciones y transcripciones disponibles en la biblioteca del IHTP, SEM 001-0038). Véase igualmente Delacroix Christian, "L'histoire du temps présent au risque de la demande sociale", en Crivello Maryline; Garcia Patrick y Offenstadt Nicolas (dir.), *Concurrence des passés. Usages politiques du passé dans la France contemporaine*, Aix-en-Provence, Presses universitaires de Provence, 2006, pp. 271-282.

ción del 8 de mayo[258]. Desde un comienzo, y por diferentes razones de aquellas desarrolladas por Pierre Nora y la EHESS, el IHTP se dedicará, entre otros, al campo de una historia de la memoria colectiva y de la historia oral con Jean-Pierre Rioux, Daniel Voldman y Denis Peschanski, entre otros. Asimismo, desde un principio, impulsó investigaciones acerca de la descolonización y la Guerra de Argelia, gracias a Charles-Robert Ageron, quien encuentra en el nuevo instituto un lugar y los medios adecuados, que en ese entonces no le ofrece la universidad donde hace clases, y que le permitirán publicar algunas obras importantes sobre estos temas antes de la renovación historiográfica de los años 1990. Por último, el IHTP acoge tanto a historiadores como sociólogos y economistas.

En los años 1980, por lo tanto, el panorama historiográfico había cambiado considerablemente en este ámbito. Existirán en Francia posteriormente, varios lugares que desarrollan la historia reciente alrededor de una red de personalidades. En la Universidad de Nanterre, presidida por René Rémond entre 1971 y 1976; en el Instituto de Ciencias Políticas de París, en los ámbitos de la historia social, de la historia de la relaciones internacionales, de la historia económica o inclusive entre los germanistas[259]. La diversidad de especialidades y sensibilidades historiográficas e ideológicas de las instituciones académicas involucradas, demuestra que esta historia conoce su apogeo verdaderamente en aquella época. Durante la década de los años 1980 los "contemporaneístas" –que, a decir verdad, agrupan a los especialistas de los siglos XIX y XX– constituyen en adelante cerca del 30% de los 1.155 historiadores profesionales empleados en la enseñanza superior y en el CNRS, en comparación con el 22% de los historiadores de la Antigüedad, el 18% de los medievalistas, el 18% de los modernistas y el 12% de los historiadores del arte (sin distinción de periodo)[260]. Son los contemponaneístas quienes conocieron la tasa de crecimiento más alta en los años anteriores. Y en los años 1990 la proporción de especialistas del siglo XX entre los contemporaneístas pasa a ser mayoritaria, tendencia que se estabilizó posteriormente[261]. Aun cuando no dimensionemos

258 Es el sentido del debate que me ha opuesto a Gérard Noiriel en 1999-2000, tras la aparición de su libro *Les Origines républicaines de Vichy*, *óp. cit.*,: "L'histoire du temps présent, hier et aujourd'hui", *Bulletin de l'IHTP*, n° 75, junio de 2000, pp. 23-40, <http://www.ihtp.cnrs.fr/spip.php%3Frubrique90.html> (consultado el 13/04/2017). Es la misma oposición que subyace a las controversias entre la Association Liberté pour l'Histoire, presidida por René Rémond y más tarde por Pierre Nora, a la que incorporé poco después de su creación en 2005, y el Comité de Vigilance face aux Usages Publics de l'Histoire (CVUH) en torno a las llamadas leyes "memoriales".

259 Artículo número 2 de la decisión del 26 de septiembre de 1978, firmado por Robert Chabbal, director general del CNRS, citado en varios documentos, entre ellos "Réflexions et perspectives sur l'IHTP", 8 de julio de 1985, archivos personales de Henry Rousso.

260 Rousso Henry. *Vichy, l'événement, la mémoire, l'histoire*, Paris, Gallimard, col. Folio Histoire, 2001, pp. 32-33.

261 Podemos mencionar en Nanterre, en los años 1980, los nombres de Jean-Jacques Becker, quien posteriormente fundará una verdadera escuela renovadora de la historia de la Primera Guerra Mundial,

de inmediato lo sucedido, se trata de un verdadero cambio en la profesión, tanto en su manera de concebir la investigación y la enseñanza, como en su relación con la sociedad y en la naturaleza de su visibilidad. Por último me concentré en Francia, pero podríamos observar la misma evolución fuera de sus fronteras. La mayoría de los centros de historia de la guerra en Europa amplían sus temas de interés, puesto que la guerra sirve como punto de apoyo para desarrollar al mismo tiempo estudios sobre la Primera Guerra Mundial, la descolonización, la Guerra Fría, y para llevar a cabo una reflexión acerca de la epistemología de la historia contemporánea, sobre todo muy presente en Alemania.

Los metódicos del siglo XIX, siguiendo una tendencia que surgió inmediatamente después de la Revolución Francesa en Alemania, país que "inventó" la historia en la acepción moderna del término, habían imaginado que podían excluir lo contemporáneo de la historia científica para así relegarlo a una forma de educación cívica y patriótica. Los partidarios de la *nueva historia*, adeptos a la larga duración, tenían pensado, en nombre de una ideología igualmente cientificista, mantener a distancia una historia del tiempo presente, considerada demasiado política y basada en acontecimientos. Sin embargo el acontecimiento cobró revancha, temporalmente quizá. En la actualidad es toda la historiografía la que debe tratar con el peso del tiempo presente, y la dificultad de ordenar las catástrofes del siglo XX en la categoría de un pasado concluido.

---

y de Annie Kriegel, su hermana, historiadora del comunismo que formará también una generación de sociólogos, politólogos e historiadores (entre otros, Stéphane Courtois, Marc Lazar, Marie-Claire Lavabre y Annette Wieviorka). En la Fondation Nationale des Sciences Politiques y en el instituto homónimo, donde Pierre Nora y François Bédarida han desarrollado una parte de sus carreras, se puede citar a Jean-Pierre Azéma, Serge Berstein, Raoul Girardet, Jean-Noël Jeanneney, Pierre Milza y Michel Winock. A esta lista no exhaustiva es posible agregar historiadores económicos agrupados en torno a Jean Bouvier (París I), François Caron (París IV) y Maurice Lévy-Leboyer (París X Nanterre); historiadores de las relaciones internacionales herederos de Pierre Renouvin en París I con Jean-Baptiste Duroselle, René Girault, Robert Frank (que en 1990 sucederá a François Bédarida en la direction del IHTP). También se puede mencionar a los herederos intelectuales de Jean Maitron en el Centre d'Histoire du Syndicalisme, creado en la Sorbonne a mediados de los años 1960 en torno a la revista *Le Mouvement Social*, particularmente Antoine Prost, o incluso el ámbito de los germanistas franceses en la Universidad de Estrasburgo y en París IV (Jacques Bariéty, François-Georges Dreyfus, Jean-Marie Valentin).

Langlois Claude y Chartier Roger. "Les historiens et l'organisation de la recherche (histoire moderne et contemporaine)", informe redactado a solicitud de Maurice Garden, Dirección de Investigación, Ministerio de Educación Nacional, París, septiembre de 1991, biblioteca del IHTP, p. 19.

Cf. Rémond René. "L'Histoire contemporaine", en Bédarida François (dir.), *L'Histoire et le métier d'historien en France 1945-1995*, París, Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1995, pp. 247-251; y Poirrier Philippe, "L'histoire contemporaine", en Sirinelli Jean-François; Cauchy Pascal y Gauvard Claude (dir.), *Les historiens français à l'œuvre 1995- 2010*, París, Presses universitaires de France, 2010, pp. 73-91.

Capítulo IV
Nuestro tiempo

Tiempo presente y presentismo

Las grandes catástrofes del siglo XX produjeron nuevas figuras historiográficas que participaron en el enraizamiento de una historia del tiempo presente en el campo científico y en el espacio público. La Gran Guerra contribuyó al declive, incluso al derrumbe del paradigma de la objetividad, desarrollado en el siglo XIX, tras la participación sin reservas de los historiadores y de los universitarios en general de todos los ámbitos, en la guerra ideológica. Esta guerra también vio el surgimiento de la figura del historiador-experto, encargado de ayudar a redefinir las fronteras, transformándose así en actor, todavía menor, de un proceso en curso; o incluso la del testigo, sobreviviente de una experiencia de violencia, quien habla en nombre de sus compañeros desaparecidos y se impone en el espacio público, en osmosis o en conflicto con los discursos académicos –a su vez, impregnados de la experiencia directa de la guerra. De manera general, emerge una nueva relación con el pasado, marcada por una obligación política y moral, como diría Paul Ricoeur, una "deuda" de construir un recuerdo colectivo. Este se alimenta de la proliferación de relatos de ex combatientes; de la instalación de monumentos de un nuevo tipo en honor a los muertos; de las conmemoraciones de un duelo masivo; de las primeras políticas públicas en gran escala acerca de la memoria. Sin buscar poner término a la distancia de la emoción original, estos inéditos elementos de historicidad mantienen y arraigan el pasado cercano en el imaginario social. Después de 1945 irrumpe otra figura de historicidad: el gran juicio histórico (tribunal), con la recopilación de una cantidad de testimonios y documentos sin precedentes, y las primeras interpretaciones jurídicas y judiciales de una historia que acababa de terminar. Asimismo, los primeros relatos de guerra son elaborados en organismos oficiales creados para tal efecto. La escritura de la historia del conflicto se vuelve parte íntegra de una cultura de guerra antes de ser un elemento central de la posguerra, tanto en el contexto de la Guerra Fría como en el de la construcción europea, donde los intercambios universitarios y la enseñanza de la historia reciente desempeñaron un papel impulsor.

El fenómeno de grandes genocidios jugó un papel central en la importancia que se dio a la historia reciente, sobre todo a partir del tema del exterminio de los judíos. En el capítulo anterior vimos hasta qué punto la necesidad de

entender, de conservar huellas y testimonios de la destrucción del judaísmo europeo comenzó en el seno mismo del proceso. La configuración de esta historia y el alcance de la toma de conciencia tuvieron una particular evolución, después de 1945, con aspectos inéditos como la longevidad misma del problema, su transmisión de una generación a otra, su creciente magnitud a medida que nos *alejábamos* del acontecimiento. Aun cuando el "silencio" acerca de la Shoah habría sido un mito forjado *a posteriori*: en los años 1960, en Alemania e Israel; en los años 1970, en Francia y en los años 1980 en EE.UU. –por lo tanto con efectos retardados variables– el recuerdo de la Shoah se transforma en un problema público mayor tanto nacional como internacional. Serán veinte a treinta años después de la guerra cuando se realizan las grandes conmemoraciones oficiales, aparecen los discursos de excusas o de arrepentimiento (Willy Brandt en 1970, Jacques Chirac en 1995), que esta historia es objeto de una inversión considerable en la enseñanza primaria y secundaria. Y también en este periodo fue iniciada, no sin algunas dificultades y resistencias, lo que denomino una "segunda ola de depuración", en especial con los procesos judiciales franceses por crímenes contra la humanidad que trastocan el tiempo judicial tradicional y cambian profundamente nuestra relación con la historia. El régimen de la imprescriptibilidad aplicado de manera efectiva a crímenes de naturaleza política no solo tiene que ver con la existencia de una categoría que ha existido desde siempre en ciertos sistemas jurídicos (como para los delitos de sangre en EE.UU.), sino también con un régimen de historicidad particular. Este elimina la distancia entre el pasado y el presente, y nos vuelve, durante el tiempo que toma el proceso judicial, artificialmente contemporáneos de los sufrimientos soportados no solo por algunos, sino por toda una colectividad. También nos obliga a aprehender nuevamente el pasado, bajo normas y categorías morales como durante la posteridad inmediata del acontecimiento. Este régimen de historicidad participa de una temporalidad donde no es tanto el presente que domina –aunque se trata de poner calificaciones forjadas después de la catástrofe– sino la persistencia del pasado o, con más exactitud, aquella de un acontecimiento insalvable, sin precedente y, por lo tanto inicial (matricial).

La anamnesis más o menos tardía que vivió la Shoah experimentó además otro desarrollo aún más significativo para este estudio. Percibida como un efecto de la singularidad del genocidio en sí mismo –acontecimiento sin precedentes–, esta anamnesis se convirtió ella misma en un precedente, casi un modelo a imitar, a veces envidiada, en otra coyuntura, la de la caída del Muro de Berlín y del fin de la Guerra Fría, que no solo desencadenó el fin de las dictaduras comunistas en Europa Central y Oriental, sino también indirectamente, el fin de otros sistemas autoritarios como el de Sudáfrica o los

de América Latina. A pesar que aún faltan estudios en orden a establecer con certeza la existencia de un vínculo directo entre los dos fenómenos, por lo menos podemos observar una notable concomitancia histórica: en el preciso momento en que Europa emprende, a gran escala, una nueva ola de reparaciones judiciales, morales o financieras respecto de los crímenes nazis contra los judíos, surgen un poco por doquier cuestiones similares. Europa no está ajena a esto. La guerra en la ex Yugoslavia plantea dilemas análogos a aquellos mal resueltos en 1945. ¿Es necesario hacer una purga, en nombre de la moral y de la seguridad, entre los funcionarios, los policías, los magistrados de los difuntos regímenes, al menos respecto de aquellos que cometieron faltas reconocibles? ¿O se debe conservarlos (protegerlos) para asegurar la continuidad de los Estados? ¿Se debe amnistiar o se debe juzgar a quienes son culpables de delitos comprobados? ¿Cómo juzgarlos y cómo respetar un derecho formal al enfrentar delitos a menudo fuera de toda norma? ¿Con qué textos y qué tribunales? ¿Se debe hacer públicos los archivos de los crímenes cometidos en nombre de la transparencia democrática o se debe establecer un plazo de reserva para preservar la paz social? Estas son algunas de las preguntas que se planteaban en los años 1990, al mismo tiempo que la lucha por el reconocimiento de las víctimas de la Shoah y de los crímenes cometidos respecto de ellos –expulsiones, expropiaciones, deportaciones, exterminio– llegaban a su fin gracias a las acciones de algunas asociaciones de víctimas y de algunos militantes encarnizados (Simon Wiesenthal, Beate y Serge Klarsfeld). Sin embargo, siempre desde la sola observación de una concomitancia y no de una filiación entre estos dos procesos, existe un debate, a veces un abierto enfrentamiento entre los partidarios de la memoria y los del olvido, entre quienes reclaman la justicia en nombre de una moral de los derechos del hombre y quienes preconizan la amnistía en nombre de la tradicional razón de Estado, entre quienes proponen tomar la palabra y testimoniar contra el silencio y la voluntad de dar vuelta la página. Ciertamente estos temas ya se habían planteado en 1945, tras el término de la guerra y del nazismo, pero después de 1990 se plantean con mayor claridad respecto de los desafíos, y sobre todo, dándole un lugar inédito a las voces que reclaman por un derecho a la memoria, el cual se ha convertido en un verdadero derecho humano. Durante la posguerra esas voces existían pero eran minoritarias y no concitaron adhesión como lo demuestra la votación de las leyes de amnistía, relativamente precoces, en muchos países europeos. Si la situación es distinta en los años 1990, desde Ciudad del Cabo a Santiago de Chile, se debe a que muchos actores políticos, jurídicos y asociativos temen reproducir el ejemplo de una memoria de la Shoah que tardó dos generaciones antes de ser completamente reconocida. De esta hipótesis, muy general, se desprende *ipso facto*

la siguiente observación: por doquier, en estos países, la necesidad de escribir una historia del tiempo presente, ya sea por parte de historiadores, testigos, tribunales de una justicia calificada desde entonces como "transicional", con comisiones de verdad y reconciliación –una novedad en los relatos *postbellum*–, de museos o memoriales, se ha constituido en una evidencia e incluso una práctica social efectiva que habría sido imposible refrenar en nombre de una necesidad inversa, aquella de esperar a que esta historia fuese escrita solamente por los eruditos de las futuras generaciones. La catástrofe no solo cambió la manera de escribir la historia contemporánea, sino que además sus largas consecuencias han contribuido a cambiar por largo tiempo la relación con el pasado y el presente.

El cambio bastante radical que tuvo lugar en la historiografía de estos últimos treinta años, un poco por todas partes, y que ha visto a la historia transformarse en una importante preocupación, tanto en el ámbito científico como en el cultural o político, ¿debe ser solo atribuido a las consecuencias directas o indirectas de las guerras y conflictos? Ciertamente no. Los alegatos por una historia contemporánea terminaron por tener eco y sustrato en el mundo académico al multiplicarse desde el término de la Primera Guerra Mundial, tanto más por cuanto las objeciones que se les oponían han perdido poco a poco su pertinencia. Otros elementos también pudieron operar en tal cambio, como por ejemplo los avances de los métodos utilizados, como en historia oral con la generalización de los procedimientos de grabación y preservación de los testimonios; la novedad de ciertos temas como la historia de la memoria; la interpenetración de las disciplinas que ha influido a todos los historiadores, pero que sin lugar a dudas dio más credibilidad a aquellos que se dedicaban a la historia política, social o económica de los periodos recientes, pues podían apoyarse en datos y trabajos de ciencia política, sociología o economía. Como hemos visto con anterioridad, la apetencia por la historia cercana por parte del público masivo también jugó un papel. Habría que agregar también el rol desempeñado por el cine, la televisión, la radio y las plataformas en línea. Por cierto, el interés y dedicación de los medios por la historia se da respecto de todos los periodos. Sin embargo es bastante fácil observar hasta qué punto la historia del siglo XX predomina ampliamente en todo tipo de producciones audiovisuales de toda índole.

Además de que lo anterior se inscribe en el contexto general aquí analizado, también existen motivos particulares que por lo menos ameritan ser mencionados. Es claro que contamos con imágenes animadas de la historia de los últimos 150 años, actualmente inventariadas y utilizadas en bases jurídica y técnicamente accesibles –como la del *Instituto Nacional Audiovisual* (INA) [Institut national de l'audiovisuel], en Francia, que se vio beneficiada por una

ley precursora acerca del depósito legal de las producciones audiovisuales, adoptada en 1992, gracias al historiador Jean-Noël Jeanneney; o incluso con las bases de archivos de las grandes agencias de prensa internacionales que alimentan la industria de los documentales históricos. No obstante, la explosión de la oferta y la demanda audiovisual alentó la explotación sistemática de estos fondos de archivos, inexistentes por definición para los periodos antiguos, puesto que naturalmente los directores y autores privilegiaron los periodos o acontecimientos que contasen con una gran cantidad de imágenes y sonidos, por lo tanto las catástrofes históricas, desde la Segunda Guerra Mundial –omnipresente en las pantallas del mundo entero– al 11 de septiembre de 2001. Habiendo sido miembro del consejo de orientación del canal francés *Histoire* durante algunos años, puedo dar fe de los debates acerca de la dificultad relativa de abordar temas anteriores al término del siglo XIX, a falta de imágenes animadas para ser exhibidas; una tendencia incrementada debido a la idea de que solo la imagen "habla" verdaderamente al telespectador.

Aun así, el éxito de la historia contemporánea se explica por razones, sin duda alguna, más profundas, relacionadas con la evolución de los regímenes de historicidad, sin que de hecho resulte fácil distinguir entre la causa y el efecto: ¿nuestro actual régimen de historicidad cambió porque lo contemporáneo y el presente ocupan un lugar mayor o bien el interés por lo contemporáneo es consecuencia de la evolución de la relación con la historia? Entre dichas razones, a menudo resurge el argumento según el cual el declive de los "grandes relatos" de índole ideológica habría marcado la manera de percibir y escribir la historia: el fin de la modernidad y el surgimiento de la condición posmoderna, que emergen en los años 1970, de alguna manera nos habrían vuelto más sensibles a la contemporaneidad, avivando el sentimiento de vivir en un presente carente de sentido, privado de la idea estructuradora de un progreso en marcha o incluso de un finalidad de la Historia.

> En los últimos cincuenta años cada uno de los grandes relatos de emancipación, sea cual sea el género al que le otorgó hegemonía, fue invalidado en su principio, por decirlo de alguna manera. Todo lo que es real es racional, todo lo que es racional es real: "Auschwitz" contradice la doctrina especulativa. Por lo menos este crimen, que es real, no es racional. –Todo aquello que es proletario es comunista, todo aquello que es comunista es proletariado: "Berlín 1953, Budapest 1956, Checoslovaquia 1968, Polonia 1980" (por mencionar solo algunos) refutan la doctrina materialista histórica: los trabajadores se enfrentan al Partido. – Todo lo democrático es por el pueblo y para el pueblo, y vice versa: "Mayo1968" rechaza la doctrina del liberalismo parlamentario. Lo social cotidiano echa por tierra la

institución representativa. –Todo aquello librado al juego de la oferta y la demanda es propicio para el enriquecimiento general, y viceversa: "las crisis de 1911, 1929" refutan la doctrina del liberalismo económico, y la "crisis de 1974-1979" refuta el arreglo poskeynesiano de esta doctrina. Con estos numerosos acontecimientos el investigador capta las señales de una falla de la modernidad. Los grandes relatos se volvieron poco creíbles[262].

En realidad, el "fin de las ideologías" no jugó un papel tan relevante en el surgimiento de una historia contemporánea –por el contrario, los compromisos políticos, incluyendo los más partidarios, provocaron vocaciones– como el declive de las interpretaciones holísticas de la Historia. Puesto que cada uno de estos acontecimientos hasta hace poco tiempo eran analizados según un principio explicativo único y mecánico –"la lucha de clases", "el mercado"– se encontraban como suspendidos en el tiempo, privados del lugar que les habían asignado en el sistema, era absolutamente necesario reasignarles una consistencia histórica, reintegrarlos como elementos *sui generis* de una narración por reconstruir una vez deconstruida. Además, no era suficiente conformarse diciendo que Auschwitz era, a fin de cuentas, un crimen real y no una categoría abstracta. También había que comprender los motivos y la complejidad intrínseca del acontecimiento, por lo tanto regresar a su historia singular, tanto más cuanto que los últimos avatares de estos grandes relatos, al mismo tiempo, mutaban en formas degeneradas como el negacionismo. Si hacemos caso a Jean-François Lyotard, es un cierto tipo de lectura de la historia reciente (1956, 1968,1974) que zozobra por lo tanto con los "grandes relatos". Este colapso abre, como consecuencia, el camino a una reevaluación de esta historia sobre otras bases, sin el o los hilos conductores que habían prevalecido desde el comienzo de la Guerra Fría. Podemos agregar que esta incertidumbre respecto de la lectura del pasado, del presente y del futuro, vuelve de manera cíclica en la historia del pensamiento y de la historiografía. Los "grandes relatos" nacidos en los años 1950 solo llenaron un vacío producto de la catástrofe de la Primera Guerra Mundial, compensada durante un tiempo por el "gran estallido" de 1917, después por el de 1939-1945, que ningún elemento "positivo" atenuó. Desde ese punto de vista, la situación de los años 1970 no es por lo tanto ni una novedad ni una explicación en sí misma.

Asimismo, podemos suponer la existencia de un nexo entre la importante vertiente epistemológica que significó el "*giro lingüístico*"–otro aspecto

262 Lyotard Jean-François. *Le postmoderne expliqué aux enfants*, Paris, Galilée, 1986, pp. 52-53 (trad. cast.: *La posmodernidad (explicada a los niños)*, Barcelona, Ed. Gedisa, 1991).

de la posmodernidad nacido en EE.UU.– y el surgimiento, al mismo tiempo, de una nueva historia del tiempo presente. Verdadera arma de guerra dirigida contra una historia social entonces hegemónica y contra las interpretaciones materialistas de la Historia, este movimiento pretende revolucionar las ciencias sociales al proponer otro paradigma: "toda realidad está mediatizada por el lenguaje y los textos, por tanto, toda investigación histórica es dependiente de la reflexión sobre el discurso", definición de Gérard Noiriel, quien rebatió a este movimiento la supremacía del relato con el cual pretende substituir los determinismos sociales[263]. No obstante, toda la disciplina se vio envuelta en este debate que actuó de manera más bien incidental en la naciente epistemología de una historia del tiempo presente. Por una parte, el "giro lingüístico" se relaciona con las mutaciones de las ciencias sociales en general y de la historia en particular durante los años 1980, que crearon un contexto favorable al cuestionamiento de los paradigmas dominantes –entre los cuales, la historia social determinista y la larga duración– y, por lo tanto, favorecieron el surgimiento de nuevas maneras de hacer historia, incluyendo una renovada historia contemporánea. Por otra parte, la revalorización del relato en el trabajo del historiador, sin duda, alentó la elaboración de una historia del acontecimiento, de la memoria, de las representaciones, de la opinión; todos acercamientos u objetos que contribuirán a dar a la historia del tiempo presente una configuración más problemática que el simple "retorno" (alguna vez caricaturizado) a la historia política tradicional. Estos objetos nuevos o renovados que dieron credibilidad a la nueva historia del tiempo presente le deben tanto al contexto político y cultural, como a un contexto propiamente científico, el cual también evoluciona según sus propios ritmos.

Existe también otro argumento que encontramos de forma recurrente para explicar la importancia del tiempo presente en los estudios históricos actuales: el "fin del paradigma nacional". Una historiografía esencialmente nacional privilegia por definición el tiempo vertical, aquel que comenzó en la fundación y llega hasta nuestros días –de Hugo Capeto a François Hollande–, o todavía la singularidad, incluso la excepcionalidad, tales nociones de la "excepción francesa" o de la *Sonderweg* alemana. Mientras más antiguas sean las raíces de la nación, mayor tendencia tendría esta a valorarlas, y mientras más reciente sea el periodo, menos peso relativo tendría. Por el contrario, si la dimensión nacional se reduce, el tiempo horizontal se verá más favorecido, el "tiempo mundial", menos sometido a la obsesión por los orígenes, más marcado por la

263 Noiriel Gérard. *Sur la "crise" de l'histoire*, París, Gallimard, col. Folio Histoire, 2005 [1ª edición: Belin, 1996], p. 167 (trad. cast.: *Sobre la crisis de la historia*, Madrid, Cátedra, 1997).

transversalidad y, por lo tanto, más orientado hacia los periodos recientes. Los primeros alegatos en defensa de la historia contemporánea, en manos de historiadores como Hugh Seton-Watson, en los años 1930, o Geoffrey Barraclough en los años 1960, ya sostenían la idea que la disciplina histórica debía evolucionar en una doble dirección: considerar el tiempo presente y considerar la globalización, dos fenómenos que ellos describían como íntimamente ligados. La observación tiene una parte de verdad pero también posee sus límites. En primer lugar, podemos cuestionar la idea que la "globalización" comienza con la segunda revolución industrial y las profundas transformaciones científicas y técnicas del último tercio del siglo XIX, y situarla mucho antes, por ejemplo, en la época de los grandes descubrimientos. Por lo tanto, la globalización en los hechos o bien en los relatos históricos sería entonces anterior al paradigma nacional, el cual surgió con la constitución de los Estados-Nación modernos. La experiencia demostró después que la escritura de una historia nacional, sobre todo si tuvo vocación cívica, casi siempre ha formado parte del periodo contemporáneo, a pesar de que era rechazado en el ámbito científico. De la misma manera, a la Historia del Tiempo Presente, surgida después de 1945, le costó algo de tiempo salir del ámbito nacional, y el sello de esta no obedece a una evolución lineal: en los años 1960 la historia de la Segunda Guerra Mundial era una historia internacionalizada; que se renacionalizó en los años 1980, al focalizarse en los fenómenos de colaboración interna; en los años 1990 se europeizó y se abrió a la comparación con la Primera Guerra Mundial. En realidad, el asunto más espinoso es entender por qué, incluyendo temas desplegados en un espacio transnacional, el prisma nacional continuó siendo tan importante y tan atractivo. Por último, resultaría arriesgado trasladar la situación de la historiografía norteamericana, alemana o francesa a otros países sin contar con otra forma de análisis: la historia nacional tiene un futuro garantizado en Estados que buscan, desde el término de la Guerra Fría, forjar o soldar una identidad propia, tal como los países que salieron del alero de la URSS (Países Bálticos, Ucrania, Bielorrusia). Por lo tanto, aun cuando se despliegan en un contexto donde predomina la necesidad de enfrentar los "capítulos oscuros" del pasado, la utilización nacional e identitaria de la historia reciente está lejos de haber desaparecido.

Para finalizar, un último elemento y no menor: la Historia del Tiempo Presente se desarrolló en el contexto de una crisis del futuro, una crisis del mañana, en un régimen de historicidad "presentista". Ella habría incluso contribuido a reforzar esta atención sobredimensionada del presente.

Como historiador que se esfuerza por estar atento a su tiempo, al igual que muchos otros, observé el rápido ascenso de la categoría del presen-

> te hasta volverse evidente que un presente omnipresente se impone. Se trata de lo que aquí nombro "presentismo". ¿Podemos identificar mejor este fenómeno? ¿Cuál es su alcance? ¿Qué sentido atribuirle? Por ejemplo, en el marco de la historia profesional francesa, la aparición de una historia que se reivindica, a partir de los años 1980, como "Historia del Tiempo Presente" acompañó a este movimiento [...] Frente a las múltiples demandas por una historia contemporánea la profesión fue requerida, a veces obligada a responder. Presente en diferentes frentes, esta historia se encontró, en particular, frente a las cámaras de la actualidad judicial, al momento de los procesos por crímenes contra la humanidad, cuya característica más importante tiene que ver con la inédita temporalidad de la imprescriptibilidad[264].

"¿Crisis del futuro?". Sin duda alguna. Una parte de este trabajo se inscribe, más menos, en esta perspectiva, al intentar demostrar que la aparición, por etapas, y sin lógica lineal, de una nueva historia del tiempo en el mundo occidental, y por consiguiente de una nueva forma de contemporaneidad, correspondió a momentos de gran incertidumbre –como después de 1918 o 1945–, en cuanto a la posibilidad de guardar un vínculo con el pasado concluido y la posibilidad de proyectar un futuro aunque esté apenas abierto. Entre la señales de este presentismo François Hartog retiene, por ejemplo, el rechazo social al envejecimiento, la necesidad de alejar a la muerte y a los muertos de nuestro alrededor y la patrimonialización vista como frenesí de una preservación a todos los niveles, y, por lo tanto, como un temor a la alteridad del tiempo que pasa. Además, Hartog incluye el compromiso en la memoria antes que en la historia, es decir, la voluntad de hacer revivir el pasado en el presente antes que observarlo de lejos, guardando distancia. Agregaría algunos más, como la voluntad de calificar jurídicamente y de reparar los crímenes del pasado con la vara de las normas y valores del presente, olvidando que en parte estas deben su actual configuración a las dificultades para considerar la novedad de estos crímenes después de 1945. Esta actitud condujo a una forma de juicio retrospectivo y constante respecto de las generaciones pasadas, acusadas de no haber "entendido" la real naturaleza de los acontecimientos por los que atravesaban, puesto que no habían dilucidado todas las consecuencias que nosotros sí fuimos capaces de prever, treinta, cuarenta o cincuenta años después.

[264] Hartog François. *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps, op. cit.*, p. 18 (trad. cast.: *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, México, Universidad. Iberoamericana, 2007).

A pesar de ello, la categoría historiográfica del presente no data de los años 1980 y no nació en Francia, sino en Alemania. Asimismo, la idea de una brecha abierta entre el pasado y el presente no surgió a fines del siglo pasado, sino después de la Revolución Francesa: "Cuando el pasado deja de iluminar el futuro, el espíritu camina por las tinieblas", escribe Tocqueville en 1840, pasaje comentado por Hannah Arendt en *Between Past and Future*[265]. Entonces, este sentimiento de incertidumbre ya parece perceptible en el régimen de historicidad post revolucionario que progresivamente puso fin al reinado imperial de una historia marcada por la Divina Providencia o la Razón. Incluso podemos sugerir que esta percepción del tiempo, esta incertidumbre es propia de la contemporaneidad moderna que se ha fortalecido con las catástrofes, aún imprevisibles, del siglo posterior al de Tocqueville. Existe entonces un vínculo entre la atención dada al tiempo presente y el cambio de percepción en el futuro, pero quizá un vínculo más estructural que coyuntural o propio de nuestro tiempo.

François Hartog tiene razón al apuntar también al complejo tema, aunque de otro orden, del rol jugado por el historiador en el campo de la experticia judicial u otras. Sin embargo, no es tanto la intervención del historiador –que evidentemente podemos criticar– la que me parece el elemento explicativo, sino la propia existencia de un campo de pericias previo y que necesitará de sus servicios, lo que me parece estar en consonancia con el sentido del presentismo. La aceptación o la negación, por parte del historiador acerca del rol que se le ha querido hacer jugar en los procesos judiciales "históricos" no cambia la existencia de una necesidad, que formaba parte de la idea de que los actores del presente, en este caso un tribunal que se reúne cincuenta años después de los hechos, pretendieran actuar retrospectivamente sobre el pasado, repararlo, movilizando toda suerte de técnicas y conocimientos, entre otras, las del historiador[266]. Desde el punto de vista de sus intenciones, si no de sus realizaciones efectivas, la historia del tiempo presente, tal como se ha desarrollado desde hace unos treinta años, me parece entonces, y al contrario, una forma de resistencia al presentismo, una pretensión para volver a entregar, como todos los historiadores, una profundidad al pasado cercano o a la actualidad, una manera de introducirlo en una duración. Que ella haya resultado o no es harina de otro costal, ¿que tenga parte de responsabilidad en el predominio de ciertas temáticas en la historiografía reciente y en los deba-

[265] Tocqueville Alexis de. *De la Démocratie en Amérique*, 1840, tomo II, capítulo VIII, citado en Arendt, Hannah, *La Crise de la culture. Huit exercices de pensée politique*, *óp. cit.*, p. 15.

[266] He desarrollado algunas de estas cuestiones en *La Hantise du passé*, *óp. cit.*

tes públicos?, es posible. Pero si, como escribe François Hartog en un pasaje antes citado en la introducción de este libro, el presente, separado tanto del futuro como pasado, privilegia lo inmediato, entonces la historia del tiempo presente constituye un antídoto y no un síntoma.

Denominaciones más o menos controladas

Teniendo en cuenta las diversas maneras de abordar la historia del pasado cercano, no es de sorprender que la misma práctica haya sido identificada con múltiples denominaciones, ya sea en una misma o en distintas lenguas, ya que además la traducción de un término puede cambiar de sentido de una lengua a otra. En la mayoría de los casos, el inglés, la lengua claramente convertida en dominante en las ciencias humanas y sociales, se utiliza con mayor frecuencia el término *contemporary history*, tomado su sentido etimológico y pragmático puesto que hace unos cuarenta años dejó de cuestionarse la legitimidad de este enfoque. El mundo anglosajón, sobre todo en América del Norte, prefiere discutir más acerca de los objetos y enfoques concretos de la historia reciente que sobre su epistemología, su legitimidad, su significación política o moral. No obstante, podemos notar un aumento del interés por estos temas en una generación de jóvenes investigadores norteamericanos o canadienses gracias al surgimiento de una "historia popular", escrita por y para el pueblo siguiendo una viejo aforismo, y que traduce la actual evolución de la *public history*. Este movimiento, originado en la toma de conciencia de la demanda social de la historia, y que surge a comienzos de los años 1980, se propuso formar profesionales aptos para participar en la creación de museos locales, parques nacionales, y ayudar a las iniciativas de clasificación de sus archivos y patrimonio. Fue así como estableció verdaderos programas de "historia aplicada" en ciertas universidades americanas, lo cual despertó un gran interés por parte de la historia del tiempo presente que nacía entonces en Europa al interior del paradigma de la demanda social[267]. Desde hace algunos años este movimiento acompaña y alienta a ciudadanos comunes y corrientes, o más bien a comunidades, a producir un conocimiento "histórico" sobre sus familias, colegios, ciudades y regiones, fuera de los marcos de la historia académica tradicional. Sendas investigaciones sobre estas prácticas populares más o menos espontáneas acerca de la historia en EE.UU., Australia y

[267] Cf. Rousso Henry. "L'histoire appliquée ou les historiens thaumaturges", *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, n° 1, enero-marzo de 1984, pp. 105-121.

Canadá suscitan, a su vez, una reflexión epistemológica renovada y original[268]. Asimismo, se renueva el interés por el concepto de "conciencia histórica", en parte por causa de los cambios de la noción de "memoria colectiva" de los cuales los historiadores y sociólogos abusaron estos últimos años; en parte porque el término se inserta en una propedéutica de la historia, y en una historia cultural que también buscan comprender la evolución de la historicidad, un término aún poco extendido en el mundo anglosajón[269].

La noción de "Historia del Tiempo Presente" tuvo una fuerte difusión tanto en el mundo germanófono donde nació, como en el francófono a partir de los años 1980-1990. También conoció un desarrollo bastante notable en América Latina, especialmente en Brasil donde los centros y revistas del "tiempo presente" se multiplicaron en los años 1990-2000[270]. Este interés se explica por la atención prestada por las historiografías francesa y alemana a las crisis del siglo XX, a la violencia de las guerras y a la violencia política, a la posguerra y a sus secuelas, todos temas que por definición son del interés de los países que salían de la dictadura y la guerra civil. De ahí el atractivo de nociones extremadamente cercanas como la de la *historia actual*, más cercana a la historia inmediata, las de *historia vivida*, o de *pasado vivo* de origen hispanófono, donde el adjetivo "vivo" alude tanto a la pregnancia del pasado como a la presencia de actores vivos[271]. Por lo tanto, desde hace unos treinta años existe una circulación de conceptos y nociones que expresan la necesidad de abordar el legado de las recientes catástrofes para analizarlas o aprehender su impacto a mediano plazo.

268 Cf. Rozenberg Roy y Thelen David. *The Presence of the Past. Popular Uses of History in American Life*, Nueva York, Columbia University Press, 1998; Ashton Paul y Hamilton Paula, *History at the Crossroads: Australians and the Past*, Sydney, Halstead Press, 2010; Létourneau, Jocelyn y Northrup, David, "Québécois et Canadiens face au passé: similitudes et dissemblances", *The Canadian Historical Review*, 92, 1, marzo de 2011, pp. 163-196. Sobre este asunto, véase igualmente la revista en línea *Histoire engagée* <www.histoireengagée.ca>.

269 Cf. Seixas Peter (dir.). *Theorizing Historical Consciousness*, Toronto, University of Toronto Press, 2004, o incluso el Centre for the Study of Historical Consciousness, de la Universidad de Columbia Británica, o la revista *Narration, Identity, and Historical Consciousness* (Berghahn Books).

270 Cf. Pôrto Jr. Gilson (dir.). *História do Tempo Presente*, Bauru, EDUSC, 2007; el Seminario de Historia del Tiempo Presente en la Universidad del Estado de Santa Catarina, que publica la revista *Tempo e Argumento*, bajo la dirección, entre otros, de Silvia Maria Favero Arend; la revista *Cadernos do Tempo Presente*, de la Universidad Federal de Sergipe. El coloquio internacional organizado por el IHTP en París, del 24 al 26 de marzo, sobre "Tiempo presente y contemporaneidad", ofreció una panorámica de la vitalidad de la historia del tiempo presente en Argentina, Brasil, Chile y Guatemala. Este aspecto debe ser objeto de un dossier especial de la revista en línea *Conserveries mémorielles* < http://cm.revues.org /index.html>.

271 Véase el notable trabajo de síntesis de Anne Pérotin-Dumon, *Historizar el Pasado Vivo en América Latina* (http://www.historizarelpasadovivo.cl/es_home.html), 2007. Para el caso español, véase, entre otros, Cuesta Josefina, *Historia del presente*, Logroño (La Rioja), Eudema Universidad, 1993, y Aróstegui Sánchez Julio, *La historia vivida*, Madrid, Ed. Alianza, 2004.

Al estar la historia del tiempo presente asociada a veces a una cierta manera de practicar la historia contemporánea que no siempre es de consenso general ni está exenta de defectos, algunos investigadores franceses prefieren utilizar la expresión, aparentemente más neutra,"historia muy contemporánea". Este uso se interpreta sobre todo como un reflejo de diferenciación, y algunas veces de hostilidad respecto de esta escuela de pensamiento[272]. Sin embargo, de momento, no existe ningún texto que confiera a la expresión un contenido conceptual. Desprovista de una real pertinencia, solo aporta más imprecisiones donde justamente es necesario clarificar las cosas. Sobre todo y una vez más, reduce la noción de contemporaneidad a la mera proximidad temporal, distorsionando el sentido, puesto que no se trata simplemente de medir el tiempo histórico, sino de comprender la relación entre el pasado estudiado y el presente del historiador.

En la actualidad aún utilizamos la expresión "historia inmediata", aparecida en Francia antes que la de "historia del tiempo presente" como vimos con anterioridad. Esta última, por el contrario, suscitó una argumentada reflexión, en particular por parte de Jean-François Soulet, especialista en el comunismo, quien fundó en 1989 el *Grupo de Investigaciones en Historia Inmediata* [Groupe de recherche en histoire immédiate (GRHI)], en la Universidad de Toulouse-Le Mirail[273]. De hecho, a pesar de las largamente proclamadas diferencias entre historia del tiempo presente y la historia inmediata, la evolución de las prácticas reales demuestra una gran proximidad entre las dos tendencias. Ninguna de las dos aborda temas más "recientes" que la otra, y ambas fueron consideradas sospechosas por parte de la academia para luego ser objeto del mismo entusiasmo. Ambas se enfrentan a los mismos obstáculos y generan las mismas interrogantes epistemológicas, si bien las respuestas fueron diferentes según las sensibilidades o centros de interés. De hecho, Guy Pervillé, el sucesor de Jean-François Soulet, escribió que las dos expresiones eran "sinónimos" puesto que designan la misma secuencia historiográfica: "aquella para la que aún existen testigos"[274]. ¿El debate está cerrado entonces? Sí, res-

272 Es principalmente el caso de Pierre Laborie, que usa esta expresión en *Les Français des années troubles: de la guerre d'Espagne à la Libération*, París, Desclée de Brouwer, 2001, p. 8.

273 Véanse especialmente sus artículos en los *Cahiers d'histoire immédiate* y en *L'histoire immédiate*, París, Presses universitaires de France, col. Que sais-je?, 1994, o incluso su obra *L'Histoire immédiate: Historiographie, sources et méthodes*, París, Armand Colin, 2009.

274 Pervillé Guy. "L'histoire immédiate selon Jean-François Soulet, Jean Lacouture et Benoît Verhaegen", en"Bilan et perspectives de l'histoire immédiate", *óp. cit.*, p. 6. Sobre la discusión en torno a las diversas denominaciones de la historia contemporánea, ver la mesa redonda organizada por el IHTP el 2 de abril de 2009 y presentada por Patrick Garcia, con Philippe Bourdin, Guy Pervillé, Henry Rousso y Jean-François Sirinelli (www.ihtp.cnrs. fr/spip.php%3Farticle791.html).

pecto del fondo, por la ausencia de diferencias concretas entre las visiones. No, respecto del sentido del término "inmediato".

Si las palabras tienen un sentido, ni la historia contemporánea ni la historia del tiempo presente, ni ninguna clase de historia puede pretender situarse en lo inmediato, por la sencilla razón que, desde la época del Renacimiento y la emergencia de un conocimiento... mediado, hacer historia es precisamente crear una mediación, establecer un puente entre un pasado a menudo ininteligible para las generaciones posteriores y un presente que requiere un arraigo temporal, de una profundidad de campo, sea cual sea su duración. Es necesario estar aun más atento a las palabras ya que la inmediatez constituye una de las grandes ilusiones de nuestra época. Ver derrumbarse las Torres Gemelas de Manhattan en tiempo real trasluce una forma de instantaneidad aparente, nacida con los medios de comunicación modernos. Ello es olvidar que esta "instantánea" requirió de la presencia, fortuita o no, de cámaras que captaban el acontecimiento desde ciertos ángulos particulares, con miradas condicionadas por ciertos lentes. Es pasar por alto que estas imágenes que dieron la vuelta al mundo en segundos fueron transmitidas por un ojo que "ve" y hace de pantalla al mismo tiempo, un recordatorio tan banal como esencial. Un famoso periodista y ensayista norteamericano, consejero de Richard Nixon, William Safire, comparó la historia inmediata o instantánea (*instant history*) con el café del mismo nombre[275]. De esta manera denuncia los riesgos de experticias demasiado precoces, aquellas que nos acostumbramos a ver extendidas por doquier, solo algunos minutos después de las primeras proyecciones de los resultados electorales (y en la actualidad, incluso semanas antes) o algunas horas después del comienzo de un conflicto en el mundo. Nuestra época consume hasta el hartazgo estos ejercicios verborreicos de retórica, al mismo tiempo que falta la información; o de "politólogos" que juegan doctamente durante horas a ser adivinos, sin que se les mueva un pelo; o de militares condecorados ya jubilados que vienen a explicarnos el origen de una guerra que quizá durará años; o bien de "especialistas" en relaciones internacionales, orgullosos de su lectura matinal de algunos artículos de la prensa extranjera, quienes nos explican la evolución del mundo futuro sobre la base del acontecimiento del día. Ciertamente existe en nuestras sociedades una fuerte demanda de inmediatez, de "análisis", que son olvidados tan rápido como son enunciados, y cuya vocación es ser consumidos en el momento, sin preparación y sin esfuerzo, como si se tratase de café en polvo. Nuestra época ya no soporta ni el vacío ni la incertidumbre, ni la espera, ni la lentitud. Desde ahora,

[275] Safire William. *Safire's Political Dictionary*, Londres/Nueva York, Oxford University Press, 1972, p. 349.

el historiador del tiempo presente debe posicionarse por definición fuera de esta temporalidad que conlleva otra lógica distinta a aquella del conocimiento. Como todos los historiadores lo saben, después de todo, la objeción sumamente precoz de parte de los historiadores del siglo XIX hacia la historia contemporánea no carecía de cierto sentido. Sin embargo, siempre y cuando se considere que el "necesario distanciamiento" no significa un tiempo de espera o un periodo de reserva, sino que tenga que ver con una construcción, una disposición mental, una manera de analizar el presente de otra manera en un universo que parece haber prohibido precisamente toda distancia temporal, espacial o física. Querer escribir la historia en caliente de un acontecimiento cargado de innumerables posibles consecuencias, *a fortiori* la de una catástrofe que tiene lugar frente a nuestros ojos, no significa reducirlas solo a sus delimitaciones presentes, ni fijarlas en una inmediatez imposible de aprehender y que, de hecho, no tiene ningún sentido para el historiador. Por el contrario, hacer la historia del tiempo presente es postular que tal presente tiene un espesor, una profundidad, que no se reduce a una suma de instantáneas tomadas al vuelo. Como toda buena historia, se trata de restituir una genealogía, de insertar el acontecimiento en una duración, de proponer un orden de inteligibilidad que intente escapar de la emoción del instante o, usando un vocabulario lacaniano, de instituir un poco de lo simbólico ahí donde lo imaginario lo invadió todo: esa es una de las tareas esenciales de la historia, y una de las misiones más importantes de la historia del tiempo presente.

¿Qué es ser contemporáneo?

Definir lo contemporáneo parece una tarea más esencial que elegir una buena denominación, aun cuando esto se relaciona con un registro más filosófico que historiográfico. Pertenecer al "mismo tiempo", como lo hemos visto desde el comienzo de este libro, reviste varias significaciones. "Ser contemporáneo" es ser biológicamente de la misma época, una información de base a ser necesariamente considerada, aun cuando está lejos de ser suficiente: tal como para las otras ciencias sociales, en especial para la sociología o la antropología, el contacto directo, el intercambio, el diálogo, la confrontación, la simple presencia de testigos o actores, de su memoria, de sus posibles reacciones, y por lo tanto de la transferencia que se puede establecer entre los protagonistas de una misma época, constituyen un elemento de singularidad de la historia contemporánea, pese a las volteretas intelectuales esgrimidas para negar esta particularidad en nombre de una ciencia histórica única e indivisible, punto que abordaré más adelante en este capítulo. Si toda la historia es contemporánea, resulta que la historia del tiempo presente lo es un poco más que las otras.

Para actores de diversas posiciones, "ser contemporáneo" es mantener una relación con una actualidad y un presente percibido como "común", en un espacio que ha cambiado considerablemente desde hace medio siglo. Es también participar en conjunto de la evolución del mundo, pese a las diferencias de edad, de lugar, de situación y de percepción del tiempo vivido.

> Lo contemporáneo no es una propiedad, una cualidad o un conjunto de cualidades que uno podría esperar fijar en un tipo ideal. Todos los intentos de definir un arquetipo de nuestro tiempo contemporáneo comparten el error según el cual habría una esencia histórica común a todos los actores presentes en la escena. El error no consiste en creer que existen puntos en común entre los actores históricos, sino de creer que tales puntos podrían conformar *su* modernidad. Pues hay de todo sobre la escena: lo tradicional, lo moderno, lo muy antiguo, incluso lo arcaico, lo muy nuevo, y sobre todo mucha mezcla. Lo contemporáneo consiste más bien en una relación entre todos los ingredientes de la actualidad[276].

Es así como la contemporaneidad debe pensarse como una relación tanto respecto del tiempo como del espacio, con el dilema crucial para el historiador acerca de dónde situar a los muertos en este conjunto o de darle un lugar al pasado concluido. Una sociedad que concede gran importancia a la memoria, incluso si lo hace de manera superficial, concede entonces *ipso facto* una presencia más marcada a los desaparecidos y al pasado concluido. Ella les asigna un lugar diferente al que se les daba tradicionalmente, pues les otorga una actualidad constantemente reactivada: tal es el principio que se practica en una época "conmemorativa", sobre todo en la nuestra, que además pretende reparar todos los sufrimientos del pasado después de haberlos reintroducido en el presente en el modo de un olvido imposible. En un universo donde la frontera entre el pasado y el presente se atenúa precisamente a causa de esta voluntad de traer y conservar en la actualidad los sufrimientos o los crímenes del pasado, cercano o distante, el historiador del tiempo presente se enfrenta al dilema de tener que ser, por una parte, alguien "de su tiempo" y, por lo tanto, acompañar esta ilusión de que es posible reparar la historia y entonces participar en la emoción colectiva y, por ejemplo, poner su arte al servicio de las causas "de la memoria"; o bien, por el contrario, tener que separarse, desfasarse a riesgo de ser incomprendido, precisamente para crear distancia,

[276] Descombes Vincent. "Qu'est-ce qu'être contemporain ?", en el dossier "Actualités du contemporain", *Le Genre humain*, febrero de 2000, pp. 21- 32, cita en pp. 30-31.

contraviniendo el principio de la emoción que busca revivir el sufrimiento de los muertos en una forma de empatia. El historiador del tiempo presente ¿sería entonces "presentista"? ¿No estaría entonces más cerca de lo "descontemporáneo" de un Alain Finkielkraut cuando se refiere a Charles Péguy, o incluso de lo "inactual" nietzscheano?

> Aquel que pertenece realmente a su tiempo, el verdadero contemporáneo, es aquel que no coincide perfectamente con él ni adhiere a sus pretensiones, y se define, en ese sentido, como inactual; sin embargo, precisamente por esta razón, precisamente gracias a esta distancia y, este anacronismo, es más apto que los demás para percibir y aprehender su tiempo[277].

Sin duda alguna esta posición esconde una parte de esteticismo. No obstante, este enfoque de la contemporaneidad calza exactamente con la mirada que los historiadores del tiempo presente buscaron adoptar en los últimos años, creando distancia con la proximidad para evitar caer en la ilusión de una comprensión de lo mismo por lo mismo so pretexto de vivenciar el mismo espíritu de la época de los actores estudiados. Paradójicamente, trabajar acerca de la historia cercana implica tomar permanentemente la medida de la distancia, constantemente variable respecto del objeto o del sujeto estudiado. Existe proximidad porque se estudia un proceso en curso, inacabado por definición, o porque se trata de un actor vivo, accesible, y por ende, sujeto a reacciones ante las observaciones del historiador. Existe distancia relativa porque a pesar de todo el proceso ha sido datado o el sujeto es más viejo que el observador: nos encontramos con esta idea central de que el tiempo presente define una duración significativa y no un instante fugaz. Por último, existe un grado más o menos grande de alteridad porque la experiencia descrita es a menudo extraña para el historiador, sobre todo si se trata de una experiencia de violencia extrema. Por ende, los historiadores del tiempo presente viven, al igual que el resto de los historiadores, la experiencia de una tensión estructural entre proximidad, distancia y alteridad, pero lo hacen con una polaridad diferente: *les resulta más difícil estar lejos*. El desafío de su práctica no consiste en acercarse a aquello de lo que *a priori* estarían alejados, como el antropólogo frente a un indio caduveo o el historiador frente a una campesina del medioevo, sino al contrario, en alejarse de aquello de lo que creen estar cercanos, como un militante de la Resistencia

[277] Agamben Giorgio. *Qu'est-ce que le contemporain*, trad. fr. Maxime Rovère, París, Payot & Rivages, col. Rivages poches Petite bibliothèque, 2008, pp. 9-10 (versión. cast.: *¿Qué es lo contemporáneo? y otros ensayos*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2008), comentando la *Segunda consideración intempestiva*,de Nietzsche.

o un sobreviviente de la edad de su padre o de su abuelo, que habla la misma lengua, quizá vive en el mismo barrio y, a menudo, frecuenta o frecuentaba asiduamente los seminarios en que participan estos historiadores.

Insisto en este punto porque ello explica las confusiones que se dan a veces acerca del propio proyecto de la historia del tiempo presente. Esta se relaciona con el ámbito disciplinario de la historia y no tiene intención alguna de escaparse fuera de su familia de origen. Aun cuando aspira a ciertas especificidades e incluso a algunas singularidades, no busca ni imponerse como disciplina autónoma, ni confundirse con la sociología o incluso con una "antropología del presente", que aparentemente le es cercana, aunque solo sea porque ella también se interesa en el mundo contemporáneo que es el del propio observador, y porque también plantea la cuestión del alejamiento voluntario. Esta última, surgida a principios de los años 1990, constituye, de hecho, un indicador adicional del creciente peso de las preocupaciones sobre el presente o por lo contemporáneo a fines del siglo XX. Tomando nota del surgimiento reciente de una historia del tiempo presente, esta forma de antropología no pretendió sustituir ni reavivar la vieja querella acerca de historia y estructura: "si la historia de la historia, que es por una parte aquella de la relación entre historia y antropología, consigue, a fines de este siglo, definir las condiciones de una "historia del presente", la antropología no debe interpretar esta evolución como el signo imperialista de una competencia desleal sino como un síntoma tanto más significativo cuanto que se origina en la reflexión de historiadores, por definición, especialistas del tiempo", escribe Marc Augé en 1994[278]. En ese sentido, tanto la evolución de la historia como de la antropología hacia interrogantes respecto del presente, constituye un principio de respuesta a la evolución de las sociedades contemporáneas en las cuales la "inmediatez", la experiencia vivida y el testimonio "directo" se han vuelto cada vez más importantes en un espacio público dominado por la emoción del instante. El análisis mediado, distante e indirecto tiene, desde ahora, cada vez más dificultades para imponerse; de ahí el riesgo que habría al mantener esta ilusión al interior mismo las disciplinas más interesadas. En un texto chispeante donde se imagina el diálogo entre un antropólogo y un historiador que disputan respecto de los méritos comparados de la observa-

[278] Augé Marc. *Pour une anthropologie des mondes contemporains*, Paris, Aubier, 1994, cita en p. 11 de l'édition Champs/Flammarion, 1997 (trad. cast.: *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*, Barcelona, Gedisa, 2009). Véase igualmente Althabe Gérard; Fabre Daniel y Lenclud Gérard, *Vers une ethnologie du temps présent*, París, Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1992, y los trabajos de Marc Abelès.

ción directa e indirecta, el antropólogo Gérard Lenclud nos recuerda que su disciplina, por definición, no puede abolir por completo toda distancia:

> [El antropólogo] insiste en recordar al historiador que si bien el etnógrafo "está ahí", es decir comparte la existencia de los hombres que estudia, no "es" parte de. No es uno de los suyos. Su mirada es lejana, su participación distanciada. Su punto de vista, sin embargo, no es una caverna, pues ya está abierto al otro, confrontado a otro punto de vista, ya cuestionado y fuera de su territorio. El historiador agradece al antropólogo este recordatorio, pero afirma inmediatamente después, que el "yo estaba" pierde entonces una parte de su fuerza. El etnógrafo no sabría actuar en todo estos escenarios[279].

Por lo tanto, no es tanto la presencia del observador en el lugar y en el momento en que acontece tal o cual hecho lo que va a crear las condiciones para un mejor conocimiento, sino la capacidad de distanciamiento respecto de los hechos o de las personas observadas, la calidad del enunciado y de la formulación del relato, la posibilidad de relacionar un conocimiento previo, un primer cuestionamiento con las observaciones en el terreno. Así como en la actualidad el historiador no puede presumir de tener algún día la última palabra, puesto que no puede predecir nada respecto de cómo lo que observó *hic et nunc* del pasado será percibido por sus homólogos en dos generaciones más, el antropólogo no puede presumir de tener un privilegio de posición, de "contemporaneidad", puesto que esta, entendida en su primer sentido –del mismo tiempo compartido–, no suprime en lo absoluto la alteridad y, por ende, la necesidad que él tiene de sentar las bases de una mirada con la distancia conveniente.

En cambio, tanto para el antropólogo como para el historiador del tiempo presente, la escena contemporánea es un lugar donde sus escritos pueden tener efectos casi inmediatos, puesto que se insertan en un proceso en curso, como sucede con un periodista. Esta es una singularidad bastante notable. La idea no es nueva. "Todo "inmediatista" [...] es a la vez recopilador de hechos y productor de efectos, de efectos inmediatos"[280]. No se trata tanto de las consecuencias que tal o cual interpretación histórica puede producir en la actualidad: una discusión sobre sitios arqueológicos en Tierra Santa o

279 Lenclud Gérard. "Observation ethnographique, observation historique", en *La Culture, l'esprit. Anthropologie, histoire, psychologie*, París, Éditions de L'EHESS, 2012.

280 Lacouture Jean. "L'histoire immédiate", en Le Goff Jacques; Chartier Roger y Revel Jacques (dir.), *La Nouvelle Histoire, óp. cit.*, p. 282 (trad. cast.: *La nueva historia*, Bilbao, Mensajero, 1988).

sobre manuscritos religiosos medievales puede ser tan acalorada como una controversia acerca del 11 de septiembre de 2001. Se trata más bien de las consecuencias que del análisis histórico, colocado voluntariamente o no en situación de experticia, puede tener en un proceso en curso. Es en este caso donde la Historia del Tiempo Presente es la más difícil y la más riesgosa.

A modo de ejemplo, el informe de 1995 elaborado por el *Instituto holandés sobre la Historia de la Guerra* (NIOD) (Nederlands Instituut voor Oorlogsdocumentatie), respecto de la masacre de Srebrenica, hizo caer al gobierno en 2002, al señalar las responsabilidades de los cascos azules holandeses. No obstante, a pesar de haber realizado una acabada investigación, el informe perdió a veces su objetivo, al aplicar sobre la situación de guerra en la ex-Yugoslavia paradigmas empleados para la historia del nazismo. No lo hizo solo por reflejo –era su campo de experticia e incluso la razón por la que se le había pedido su participación, siguiendo el principio de una posible analogía entre las dos situaciones históricas–, sino para escapar de la influencia de las categorías jurídicas, intentando "desplazar" el problema tal y como había sido expuesto ante la Corte Internacional de La Haya para la ex Yugoslavia. Sin embargo, esta analogía, a pesar de su carácter inadecuado, multiplicó los efectos políticos del informe, que solo podían ser devastadores al hacer alusión al nazismo[281].

Asimismo, siempre en el registro de la experticia, el informe elaborado por Christian Bachelier, en 1998, en el IHTP, acerca del rol de la SNCF [Sociedad Nacional de Ferrocarriles Franceses] durante la guerra, no fue solo una lectura académica o experta de una cuestión debatida en el espacio público. Modificó profundamente la naturaleza del problema en curso[282]. En un primer momento este informe trató de tomar distancia no del periodo histórico, lo que es obvio, sino de la manera en que se planteó el problema a comienzos de los años 1990. Requerido por la SNCF para realizar una pericia sobre el asunto de los trenes de deportación (alrededor de un centenar), el IHTP propuso ampliar el tema y realizar una investigación respecto de la estrategia global de la empresa, así como sobre sus vínculos con la tutela gubernamental y la de las autoridades alemanas de ocupación para establecer su eventual margen de autonomía. En 1992, al comenzar la investigación, la

281 Cf. Lagrou Pieter. "Réflexions sur le rapport nêerlandais du NIOD: logique académique et culture du consensus", en el dossier "Srebrenica 1995. Analyse croisée des enquêtes et des rapports", *Cultures & Conflits. Sociologie politique de l'international*, 65, 2007, pp. 63-79.

282 Bachelier Christian. *La SNCF sous l'Occupation allemande 1940- 1944. Rapport documentaire*, 4 vol., Paris, IHTP [1998]. Una parte de este informe, del que fui responsable (sin los anexos), está disponible en el sitio de la Association pour l'histoire des chemins de fer en France, < http://www.ahicf.com/une-entreprise-publique-dans-la-guerre-la-sncf- 1939-1945,52>

situación era la de una posible acusación a la empresa por crímenes contra la humanidad; de ahí la necesidad de los historiadores de salir de una lógica exclusivamente jurídica y judicial, ella misma involucrada en la temporalidad de las querellas de memoria. Por lo tanto, el IHTP propuso algo más que una simple historia factual que buscase la culpabilidad o la responsabilidad de tal o cual individuo o de tal o cual servicio, sino una que se concentrara en un análisis político y económico de la estrategia de la empresa, y resituar así el tema de los convoyes de deportación en un contexto más amplio. Después de la entrega del informe, en 1998, las asociaciones que habían entablado demandas civiles contra la empresa pública pero que no habían podido continuar por la vía penal, decidieron llevar el expediente a la justicia administrativa, la cual no juzgaba a las personas sino que debía determinar cuál había sido la responsabilidad de la empresa pública para decidir si el pago por daños y perjuicios estaba justificado. El único o casi único documento emanado de estas nuevas demandas, alguna de las cuales prosperaron, fue el *Informe Bachelier*. Su redacción no impidió a ciertos protagonistas acusar a los historiadores de haber querido "ocultar la verdad", una descarada mentira a la vez táctica y política. En otras palabras, habiendo sido solicitado para respaldar un eventual alegato en una corte penal, el *Informe Bachelier* sirvió de libelo acusatorio en un proceso administrativo sin que los historiadores, aunque advertidos y habiendo tomado distancia con el eventual uso que se haría de su trabajo, realmente pudiesen anticipar estos efectos. Por cierto, podemos encontrar ejemplos parecidos respecto de trabajos de historia medieval o moderna, sin embargo, la experiencia demostró que la consideración de los posibles efectos de ese tipo de experticia acerca del proceso estudiado, en la medida en que no estaba "terminado", era una información estructural de la historia del tiempo presente. El historiador nada logra con desplazarse temporalmente para escapar de su propia contemporaneidad, esta lo va a alcanzar sin que él sepa exactamente ni dónde ni cuándo.

Una definición a partir de criterios constantes

Además del tema de las denominaciones y de la multiplicidad de definiciones de la contemporaneidad, en la práctica real de los historiadores existen dos maneras de identificar la historia contemporánea, no excluyentes entre sí. Por un lado, podemos buscar los criterios constantes que permiten distinguir esta parte del tiempo histórico de los otros periodos, sin que estos criterios dependan de un contexto historiográfico particular o de una determinada coyuntura. La ventaja de esta manera de proceder es que permite hacer com-

paraciones en el tiempo y en el espacio respecto de las diversas prácticas que reclaman una misma preocupación por la historia reciente; de ahí el interés por la existencia de una perspectiva larga. Por otro lado, podemos definir el "tiempo presente" o lo "contemporáneo" por la periodización: la operación historiográfica por excelencia que invita a señalar una fecha inicial y aislar un segmento histórico con características propias. Al contrario de la anterior, esta definición pertenece al registro de la interpretación del segmento considerado y, por lo tanto, depende de criterios variables: autores, escuelas de pensamiento, contextos científicos o culturales.

A primera vista, resulta difícil distinguir grandes secuencias históricas de otra manera que no sea gracias a hitos bien definidos, tradición que remonta, como se señaló con anterioridad, al Renacimiento, e incluso a las primeras narraciones históricas. Por lo general, estos hitos recuerdan acontecimientos memorables, significativos para los contemporáneos o sus descendientes: guerras, revoluciones, crisis, cambios dinásticos o constitucionales, un hábito sólidamente arraigado en la percepción del tiempo a través de las épocas, al menos en el universo occidental. Asimismo, la elección de una periodización histórica implica siempre una lectura o relectura del pasado a partir de determinada época, sea cual sea la manera de obrar de los historiadores, del poder político o del sentido común. La historia contemporánea es la única que escapa en parte a estas características, puesto que resulta imposible definirla por medio de criterios constantes no dependientes de una coyuntura dada y, por lo tanto, de una lectura situada en un tiempo y un espacio definidos.

Un periodo móvil

En los años 1980 varios historiadores, entre los cuales me encontraba, habíamos propuesto que al ser el hito inferior del territorio de la historia del presente una frontera en constante movimiento, este proceso debía tener consecuencias en las investigaciones por realizar, en especial una suerte de permanente vigilancia a la actualidad. Si bien el historiador del tiempo presente permanece atento a su propio tiempo por las razones anteriormente mencionadas, esta interesante idea de una movilidad constante del tiempo tuvo apenas un impacto muy limitado sobre el trabajo efectivamente realizado. El historiador del tiempo presente no es un historiador del instante y no está en su vocación correr tras la actualidad. Que los estudios históricos enfrenten una prolongación permanente del devenir de las sociedades humanas [hacia el presente] es una obviedad, pero la cuestión no deja de tener efectos en la organización de los programas escolares. Muchos países europeos, sobre

todo aquellos que reducen sus horas de enseñanza de historia, enfrentan un dilema: abordar la historia del tiempo presente y disminuir cada año la parte dedicada a otros episodios del pasado, o bien rehusarse a realizar una selección para evitar las controversias acerca de la idea que no se enseña más tal o cual periodo, a riesgo de que los programas se vuelvan ilegibles. De hecho, estas dificultades produjeron cierto revuelo en los años 1980, sobre todo en Francia, a partir del momento en que las políticas escolares en materia de enseñanza de la historia desarrollaron la idea de que los alumnos de penúltimo y último año de enseñanza secundaria debían ser sensibilizados tanto respecto de la historia cercana como de los temas llamados de "actualidad", un cambio relacionado con la emergencia de una nueva sensibilidad acerca de lo contemporáneo. Sin embargo, se trataba de un problema puntual que no pesó en el desarrollo de una historia del tiempo presente. Al contrario, la inestabilidad de toda periodización en historia contemporánea, que por lo general termina en "en nuestros días", no puede ser dejada atrás como si nada, y constituye un primer rasgo constante de toda la historia contemporánea.

Una duración significativa

Si hacer la historia del tiempo presente consiste en abordar una duración significativa, un "periodo" en el sentido más clásico del término –"de 1945 hasta nuestros días", "de 1989 hasta nuestros días"–, la experiencia muestra que a menudo este será más reducido que en historia medieval o moderna. Mientras más nos acercamos al presente, más estrechos se vuelven los cortes, un hecho fácilmente observable en los títulos de concursos o exámenes, en los temas de las tesis, en los trabajos de investigación. A modo de ejemplo, entre 2009 y 2012 se publicó una nueva *Historia general de Francia* [Histoire générale de la France] en trece volúmenes, retomando los cortes más bien tradicionales: cuatro volúmenes que cubren desde la Edad Media, a partir del advenimiento de Clovis (481) hasta el término de la Guerra de los Cien años (1453); cuatro para el periodo moderno, desde el Renacimiento hasta el umbral de la Revolución Francesa; y cinco para el periodo contemporáneo en el sentido institucional del término, desde 1789 hasta 2005[283]. Con un

[283] Colección "Histoire de France", bajo la dirección de Joël Cornette, Jean-Louis Biget y Henry Rousso, en Éditions Belin, 2009-2012: Bührer-Thierry Geneviève y Mériaux Charles, *La France avant la France (481-888)*; Mazel Florian, *Féodalité (888-1180)*; Cassard Jean-Christophe, *L'Âge d'or capétien (1180-1328)*; Bove Boris, *Le Temps de la Guerre de Cent ans (1328-1453)*; Hamon Philippe, *Les Renaissances (1453-1559)*; Le Roux Nicolas, *Les Guerres de Religion (1559-1629)*; Drévillon Hervé,

simple cálculo aritmético, vemos que cada volumen de historia medieval comprende en promedio 250 años; cada volumen de historia moderna, 80 años; y cada volumen de historia contemporánea, alrededor de 45 años, a veces menos, como aquel entre 1914-1945. Por lo tanto, se necesitaron más volúmenes para abarcar los dos siglos y más que nos separan de la Revolución Francesa que para abarcar un milenio de historia medieval o tres siglos de historia moderna. Podemos comparar esta situación con una reciente *Historia de Alemania* [Histoire de l'Allemagne], en 24 volúmenes publicados entre 2004 y 2010. Aparte de un volumen general, se dedicaron ocho volúmenes al periodo medieval (desde el siglo IV al término del siglo XV); cuatro al periodo moderno (1495-1806); cinco al siglo XIX (hasta 1914); y siete exclusivamente para el "corto siglo XX" (1914-1990), de los cuales tres fueron específicamente dedicados al Tercer Reich, al Holocausto y a la Segunda Guerra Mundial, y la mitad de un volumen a la historia de la RDA[284]. Si bien existen claras diferencias con la serie francesa como resultado del lugar relativamente más importante de la historia medieval y del peso siempre considerable de los años 1933-1945, encontramos disparidades secuenciales análogas: si se necesitan ocho volúmenes para abarcar diez siglos de historia medieval, se necesita la misma cantidad para abarcar menos de un siglo de historia del tiempo presente. Estos dos ejemplos ilustran un fenómeno muy conocido entre los investigadores, profesores o editores de textos escolares: mientras más nos acercamos al presente, más se acorta la secuenciación del tiempo y más aumenta la densidad de la materia estudiada.

Podríamos disertar latamente acerca de las razones de tal situación, observada aquí de manera empírica. La suma de nuestros conocimientos decrece evidentemente a medida que nos alejamos en el tiempo, una regla que de hecho quizá no se aplique a los historiadores del futuro al observar nuestra época, tan preocupada de conservar huellas de todo tipo, aunque es probable que la baja fiabilidad de los soportes de conservación provoque problemas con los cuales los historiadores se han encontrado desde siempre. Por necesi-

Les Rois absolus (1630-1715); Beaurepaire Pierre-Yves, *La France des Lumières (1715-1789)*; Biard Michel, Bourdin Philippe y Marzagalli Silvia, *Révolution, Consulat, Empire (1789-1815)*; Aprile Sylvie, *La Révolution inachevée (1815-1870)*; Duclert Vincent, *La République imaginée (1870-1914)*; Beaupré Nicolas, *Les Grandes Guerres (1914-1945)*; Zancarini Michelle y Delacroix Christian, *La France du temps présent (1945-2005)*. Se ha optado como criterio el número de volúmenes para cada periodo que corresponde a una decisión asumida y establecida por los responsables de la serie, más que el número de páginas, que varía en función de los autores, de su estilos y de sus decisiones intrínsecas.

284 Benz Wolfgang; Haverkamp Alfred y Reinhard Wolfgang (dir.). *Gebhardt: Handbuch der deutschen Geschichte*, 24 vol., Stuttgart Klett-Cotta, 2004-2012. Esta colección ha adoptado el apellido de un historiador alemán, autor de manuales a fines del siglo XIX.

dad, los acontecimientos más recientes pesan más en la memoria histórica y, por lo tanto, en las elecciones historiográficas. Además las mencionadas historias de Francia o de Alemania fueron concebidas en el contexto cultural de fines del siglo XX y comienzos del siglo XXI, un periodo que presta gran atención a la historia del tiempo presente. Por último, la densidad de la historia contemporánea en periodos más cortos se debe a la "aceleración" de la propia historia, resultado del crecimiento de la velocidad de comunicación, de la desaparición progresiva de los límites espaciales que podían delimitar, todavía hace algunas décadas, la percepción del tiempo presente, de las múltiples formas de la globalización –todos procesos que nos vuelven testigos y contemporáneos de lo que sucede a cada instante en el mundo: ese es el mayor desafío para los historiadores del tiempo presente de hoy y del futuro. Me será objetado el hecho de que destaque elementos contextuales para explicar un criterio supuestamente constante. Sin embargo, un rápido vistazo a algunos precedentes demuestra que no se trata de un rasgo propio de fines del siglo XX. Ernest Lavisse, citado en el primer capítulo, y sus colaboradores, dedicaron 17 volúmenes (más un volumen de índice) a la edición original de la *Historia de Francia, desde los orígenes hasta la Revolución* [Histoire de France, depuis les origines jusqu'à la Révolution], publicada entre 1903 y 1911, y que abarca quince siglos; y 9 volúmenes (entre ellos uno de índice) a la edición de la *Historia de Francia contemporánea desde la Revolución hasta la Paz de 1919* [Histoire de France contemporaine depuis la Révolution jusqu'à la paix de 1919] para un tiempo presente que cubre apenas 130 años.

Un periodo político de reserva

Si la historia contemporánea remonta en el tiempo "cincuenta años, un mes o un minuto", retomando la frase de Benedetto Croce, sin importar cuál sea la periodización o los cortes adoptados, surgirá la pregunta por un plazo de reserva, que, por definición, no existe para las otras secuencias de la historia. Por cierto, acabamos de mencionar que el obstáculo fue eliminado a lo largo de estas últimas décadas. No por ello desapareció por completo, como bien dan testimonio las recurrentes discusiones respecto de los periodos de acceso a los archivos públicos que delimitan un tiempo de latencia dentro del cual el acceso a la información será controlado, incluso prohibido por cierto tiempo[285].

[285] Sobre los periodos de acceso a los archivos considerados en un plano distinto al meramente político o administrativo, véase Menne-Haritz Angelika, "Die Verwaltung und ihre Archive. Überlegungen zur Latenz von Zeit in der Verwaltungsarbeit", *Verwaltung & Management*, n° 5, 1, 1999, pp. 4-10.

En Francia ese tiempo de latencia, discutido duramente por los diputados y senadores al votar las diferentes leyes sobre los archivos, fue sensiblemente modificado en las últimas tres décadas, pasando de cincuenta años (situación que prevalecía en los años 1960, a treinta años (ley de 1979) luego a 25 años (ley de 2008) para los documentos de interés general, pero con plazos de cierre muy variables para cierto tipo de documentos considerados "sensibles" por los parlamentarios o el poder político[286]. Lo mismo sucede en la mayoría de los países europeos que actualmente se dan un periodo de reserva de alrededor de veinticinco a treinta años, con variaciones en la gestión de ciertos documentos. En Estados Unidos prevalece el sistema de la "desclasificación" de diferentes tipos de archivos públicos, que tiene como ventaja el permitir un acceso progresivo a muchos documentos públicos sin esperar el término de un plazo de reserva general. Sin embargo, en todos los casos, y aun cuando el obstáculo de los archivos provisoriamente inaccesibles es sorteado con frecuencia, ello significa que por lo menos existen una definición política y una normativa de la historia contemporánea, una particularidad bastante manifiesta respecto de los otros periodos de la historia que tiene repercusiones, sobre todo en las relaciones de los historiadores con el Estado y el poder político. Agreguemos, sin embargo, que esta observación es valedera solo para los archivos públicos: huellas escritas, imágenes o sonidos producidos por los Estados y los poderes constituidos de toda índole. Es parcialmente valedero para los archivos privados cuya publicación puede ser regida por marcos legales. Sin embargo no podría abarcar el conjunto de fuentes a las que la historia contemporánea puede acceder dada su diversidad y abundancia y que, por una parte, constituyen un escollo y por otra, una ventaja de la disciplina.

El ritmo secular

En la práctica de los historiadores, como de hecho en otras disciplinas, resulta frecuente, desde el siglo XIX, cortar el tiempo histórico en tantas secuencias como "siglos" existen. Esto permite definir con mayor facilidad los territorios por a dividir, los temas de los exámenes a rendir y los cursos por impartir. Así se dan naturalmente entre los especialistas en el siglo XX

Versión inglesa en línea: "Thoughts on the latency of time in administrative work and the role archives play to make it visible", http://www.staff.unimarburg.de/~mennehar/publikationen/latency.pdf

286 Dentro de una abundante literatura, véase el lúcido enfoque de Sophie Cœuré et Vincent Duclert, que abordan la cuestión desde un punto de vista comparativo: *Les Archives*, París, La Découverte, coll. Repères, 2001.

como en el XVI, cortes visibles tanto en los títulos de textos (pensemos en la serie de manuales de historia literaria "Lagarde et Michard"), como en los centros de investigaciones y en las revistas científicas. A modo de ejemplo, en 1984 aparece el primer número de la revista *Vingtième Siècle*, creada por historiadores provenientes, entre otros, del *Institut d'études politiques de Paris*, IEP (René Rémond, Michel Winock, Jean-Pierre Azéma, Jean-Noël Jeanneney...), de la Universidad de París X Nanterre (Jean- Jacques Becker, Jean-François Sirinelli) y del nuevo Instituto de Historia del Tiempo Presente, IHTP (François Bédarida, Jean-Pierre Rioux, Danièle Voldman y yo), donde se instaló en un comienzo la redacción. En los meses que precedieron a su lanzamiento los redactores más jóvenes plantearon la interrogante acerca de saber si era necesario anticipar el posible éxito de esta revista y, por lo tanto, interrogarse respecto a la pertinencia de su nombre. En ese entonces solo faltaban diecisiete años para que terminara el siglo y aun cuando la revista no se asentaba demasiado en el medio científico, su nombre podía volverse obsoleto bastante rápido. El argumento fue desestimado como si nada por los mayores. Como resultaba imposible ocupar un nombre utilizado por otra revista –la *Revista de historia moderna y contemporánea* [Revue d'histoire moderne et contemporaine], su hermana mayor–, y que tampoco se trataba de llamar a esta hermana recién nacida *Revista de Historia del Tiempo Presente* [Revue d'histoire du temps présent] para que todos no pensaran que tenía un solo padre cuando en realidad tenía muchos –problemas que provocaría algunas infructuosas querellas de legítima paternidad, de la cual la Universidad guarda el secreto–, el nombre se conservó tal cual. Diecisiete años más tarde, con el éxito alcanzado, la revista debió enfrentarse a un dilema: cambiar su nombre y alterar una imagen bien instalada en el medio, o conservarlo y perder un tanto la sustancia de su mensaje original, que era tanto el estudio del siglo XX como el estudio del tiempo presente, el cual iba a desbordar en el siglo XXI. Se decidió conservar el título original.

> Nuestra revista debía señalar el paso del siglo XX al siglo XXI. Lo hace a su manera, sin ostentación ni lamentos. En primer lugar, huyendo de la idea de un balance demasiado manipulado que se inscribiría en ese sello de verdad establecida a toda prisa y groseramente que desde hace algunos meses encontramos en tantas publicaciones. La única verdad que este número desea sugerir es la siguiente: el tiempo, nuestro tiempo, no es cerrado, las cadenas causales más pesadas y los acontecimientos más "cruciales" (1989 en primera instancia, según algunos) no bastaron para desligarnos de este siglo XX y su borrosa cronología, cuyas fuentes se remontan tan atrás como en el pre 1914 y cuya fase tardía aún corre, ¡cómo corre "hasta

> nuestros días"!, ante nuestros ojos abiertos, sin trágico fatalismo ni "sentido" eufórico de la Historia. En pocas palabras, la problemática crepuscular, en blanco y negro, en rosa o sangre no nos convencen, y las diversas manifestaciones que el año pasado marcaron la entrada al tercer milenio no nos hicieron cambiar de opinión. La historia en presente, la historia del tiempo presente, la historia de la presencia del tiempo, la historia del pasado no concluido, la historia entonces contemporánea en el sentido más exacto del adjetivo, no debe cumplir con las obligaciones del calendario y conmemoraciones artificiales, puesto que por definición recusa los hitos y los cierres[287].

Si dejamos de lado la última aseveración, bastante rara en el contexto, dado que el nombre de la revista alude precisamente a límites seculares, el interés del argumento reside en la constatación de que los historiadores del tiempo presente son primero historiadores y, por lo tanto, trabajan en periodos significativos y no desean estar sometidos a la tiranía o a los modos de lo inmediato y de la actualidad. Al no haber elegido un nombre más conceptual o más general, para la revista habría sido una elección riesgosa llamarse *Siglo Veintiuno*, desde el primer número en 2001. Dicho esto, una elección más "estructural" y más ambiciosa en un comienzo habría evitado este inconveniente desde el principio.

En el modelo de cortes por "siglos", los historiadores de lo contemporáneo son entonces quienes trabajan en el siglo más reciente: ese es el criterio constante. Sin embargo, tras esta división del tiempo un tanto mecánica se disimula una visión implícita: el siglo constituiría el horizonte temporal del sentido común y se trataría de una categoría pertinente para el análisis científico. Hoy, cien años son apenas más que una vida humana, es una duración simbólica, al menos en las civilizaciones que adoptaron el calendario gregoriano y para las cuales el paso de los siglos y los milenios constituyen momentos sensibles del imaginario social. Se trata de una secuencia al alcance de los recuerdos individuales o colectivos directos o transmitidos de primera o segunda generación. No obstante, al admitir por hipótesis que el sentido común percibe el siglo como un horizonte histórico natural, ¿el rol de los historiadores no es acaso rechazarlo o al menos operar un desplazamiento de perspectiva? De hecho, podemos notar que los especialistas

[287] Rioux Jean-Pierre. "Présentation", *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, n° 69, enero de 2001, pp. 3-5. La última frase reenvía a René Rémond, *Regard sur le siècle*, París, Presses de Sciences Po, 2000, y a Zaki Laïdi, *Le Sacre du présent*, París, Flammarion, 2000.

de un determinado siglo rara vez se cuestionan si el siglo constituye en sí mismo una elección pertinente y, de ser así, por qué razones. Esto es particularmente cierto entre los especialistas del siglo XX ["vingtiémistes"] sin mencionar a aquellos que ya se consideran especialistas de un siglo XXI que recién comienza[288]. De hecho, en su mayoría están conscientes de la poca pertinencia de estos cortes y dan prueba de su imaginación en pos de hacer coincidir el ritmo secular con una interpretación subjetiva de la Historia, al situarse por lo tanto en el registro interpretativo, la otra manera de definir el tiempo presente. A veces, haciendo algo de trampa con la aritmética: los historiadores europeos se acostumbraron así a considerar la caída del Imperio Napoleónico, en 1815, como el comienzo del siglo XIX y desencadenamiento de la Gran Guerra, en 1914, como su término. Geoffrey Barraclough, uno de los pioneros de la historia contemporánea, mencionado en el capítulo anterior, da comienzo al siglo XX y la modernidad alrededor de 1890, de la mano de las revoluciones tecnológicas; el gran historiador Eric Hobsbawm definió un silo XX "corto" que habría comenzado en 1914 y terminado en 1991, con la caída del sistema soviético[289]. En lo que dice relación con los terroristas del 11 de septiembre de 2001, tuvieron el "buen gusto" de lanzar sus ataques muy al principio del nuevo siglo, entregando así a los historiadores un hito inaugural perfecto.

El actor y el testigo

Por último, la presencia de actores vivos susceptibles de prestar testimonio acerca de su experiencia vivida, constituye el criterio constante más mencionado. Los historiadores del tiempo presente a menudo delimitan su territorio refiriéndose a la "duración de una vida humana", es decir, un cálculo retroactivo de alrededor de sesenta a ochenta años, si consideramos las recientes evoluciones biológicas[290]. A diferencia del siglo, que es un límite fijo, nos encontramos aquí con la idea de un límite móvil, en todo caso de una temporalidad resbaladiza y relativa, en realidad extremadamente difícil de dominar. En el momento de su creación, en 1978-1980, en un comienzo,

288 D'Almeida Fabrice. *Brève histoire du XXIe siècle*, Paris, Perrin, 2007.

289 Hobsbawm Eric. *L'Âge des extrêmes. Histoire du court XXe siècle (1914- 1991)*, Paris/Bruselas, *Le Monde diplomatique*/Éditions Complexe, 1999 (reed.: André Versailles éditeur, 2008) (versión cast.: *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 1998).

290 Véanse especialmente los escritos del IHTP, en particular los de François Bédarida, *óp. cit.*, así como la obra colectiva editada por Danièle Voldman (dir.), *La Bouche de la vérité ?La recherche historique et les sources orales*, *óp. cit.*,

el IHTP había adoptado este tipo de criterio, el tiempo contemporáneo se remontaba entonces a alrededor de 1900. El azar hace bien las cosas una vez más, y sus historiadores pudieron así dialogar directamente con sus colegas especialistas en el siglo XX, sin que aún comprendamos sus diferencias, al confundirse entonces el tiempo presente con el siglo en curso. Dicho esto, ¿de qué podía "testimoniar", en 1980, una persona nacida en Francia alrededor de 1900? ¿De su infancia antes del desencadenamiento de la Gran Guerra? ¿De su actividad a la edad adulta, a partir de los años 1920? ¿De momentos sobresalientes de su existencia, como por ejemplo su tránsitar por la Segunda Guerra Mundial, a partir de 1939? ¿Del comienzo de un relativo periodo de paz y prosperidad después de 1945 –de si había nacido del lado correcto de la Cortina de Hierro o de no vivir en un territorio colonial? Se trata de una visión ingenua de las cosas, porque el proceso de tomar la palabra acerca del pasado obedece a criterios infinitamente más complejos que la simple restitución de la memoria histórica, en el sentido en que la entiende Maurice Halbwachs, es decir, aquella de un pasado colectivo más o menos internalizado por la experiencia del individuo y de los primeros marcos sociales en los que se inserta: la familia, el lugar donde vive, etc. Aquí entran en juego la propia capacidad de los sujetos para recordar y olvidar, su voluntad de expresarse o no respecto del pasado, su reactividad ante las eventuales preguntas de los historiadores que piensen interrogarlos, las experiencias diferenciadas que vivieron según el lugar, el género, los azares de la existencia, su temperamento, su posición social. A esto debemos agregar un elemento esencial: la brecha de generación entre el historiador y su testigo potencial. Interrogar a alguien de más edad, como un ex deportado que vivió una experiencia inaccesible para el historiador, presentará por cierto algunas dificultades inherentes a toda entrevista en ciencias sociales, pero al menos ofrecerá una situación de evidente alteridad. Por el contrario, interrogar a alguien más cercano en edad requerirá acrecentar la vigilancia, en virtud del principio enunciado en diversas ocasiones en este libro: el reto del historiador del tiempo presente consiste en crear distancia respecto de la proximidad.

Por consiguiente, para el historiador la presencia de testigos vivos no se confunde con la posibilidad de interrogarlos y de fabricar así fuentes orales para la historia, como se dice a menudo. No existe *homotecia* entre la historia oral y la historia del tiempo presente, aun cuando hay evidentes vínculos historiográficos. Por una parte, numerosas fuentes históricas del pasado más lejano son regularmente fuentes orales recopiladas, luego registradas en un soporte que pudo atravesar el tiempo y subsistir en forma de huella: es el caso de los archivos judiciales o policiales utilizados para comprender el imaginario popular, no sin los posibles riesgos de reproducir la mirada no del

interrogado sino del interrogador[291]. Por otra parte, el historiador puede trabajar sobre un acontecimiento reciente sin por ello estar en condiciones de recopilar testimonios suficientes para ser significativos: todos quienes trabajan en la historia de los genocidios y las masacres en masa del periodo reciente conocen esta dificultad, ya sea porque casi todos los actores han desaparecido, que no tengan deseos de dar su testimonio, por miedo o por razones relacionadas con su equilibrio psíquico personal. Esto es lo que ocurrió en algunas oportunidades en ciertos tribunales penales internacionales al juzgar crímenes recientes perpetrados por vecinos, semejantes, a veces miembros de la familia (como en Ruanda), y no por elementos extranjeros[292].

¿Cómo justificar entonces el énfasis en tal o cual criterio para definir la historia del tiempo presente y qué significa hacer la historia de un periodo para el cual existen "testigos vivos"? En primer lugar, aun cuando no existe equivalencia perfecta entre la escritura del tiempo presente y la posibilidad de recurrir a testimonios orales, esta es una realidad importante si no decisiva en la práctica concreta. Aun cuando escasos, los relatos más precoces sobre un acontecimiento dramático –guerra, revolución,...– casi siempre son testimonios directos que los historiadores utilizan posteriormente, incluso con una mirada crítica. Las informaciones disponibles acerca de los sistemas autoritarios o totalitarios, de los cuales el reciente periodo dio muestras en abundancia, a menudo provienen en primer lugar de testimonios clandestinos, más confiables que cualquier documento oficial. Enseguida, sea cual sea la proclamada unicidad del método histórico, no existe comparación posible entre una situación donde el testigo y el historiador están frente a frente, en una relación interpersonal directa, en un encuentro amigable o tenso entre dos conciencias, dos inconscientes, dos imaginarios, donde las palabras de uno se moldean en virtud de la escucha del otro, de su capacidad de escuchar o, al contrario, de su "resistencia" a la alteridad; y una situación donde el historiador se enfrenta a la palabra de un muerto, aunque su misión consiste en hacerlo revivir por un instante gracias a las huellas que pudo dejar, incluyendo las palabras registradas en algún documento de archivo.

Mal que les pese a los críticos de la historia del tiempo presente, existen diferencias esenciales entre estas dos situaciones. Para comenzar, la naturaleza de los fenómenos de transferencia. Evidentemente, trabajar en el pasado leja-

291 Farge Arlette. *Le Goût de l'archive*, París, Éditions du Seuil, 1989 (trad. cast.: *La atracción del archivo*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1991).

292 Un filme reciente ilustra muy bien este fenómeno, al rechazar todas las posiciones del testigo ante el Tribunal Penal de La Haya para la ex Yugoslavia: *Storm* (Hans-Christian Schmid, 2009, tít. francés: *La révélation*).

no no impide al historiador operar una transferencia respecto de un personaje desaparecido siglos atrás, y al muerto de desplegar lo vivo. No obstante, esta transferencia puede operarse en un solo sentido, mientras que en el encuentro directo, de viva voz, entre un historiador y un testigo, los asuntos de transferencia juegan un rol determinante, *a fortiori*, si uno quiere hacer hablar al otro sobre su pasado. La ignorancia acerca de esos mecanismos psíquicos –elementales, sin embargo–, particularmente por parte de los historiadores, explica a menudo los malentendidos, incluso los graves conflictos que pueden existir en la materia, así como la consideración de las expectativas inconscientes de un testigo por parte de un avezado observador puede explicar, por el contrario, los vínculos estrechos creados entre ellos y producir una gran inteligibilidad. Aquellos otros productores de saber histórico que son los cineastas y los documentalistas, comprendieron de maravillas esta relación específica, directa, intersubjetiva frente a interlocutores de carne y hueso, a menudo incapaces de hablar sin ser empujados, a veces sin gran cuidado, como un Marcel Ophuls o un Claude Lanzmann, cuyo talento y éxito descansan en gran medida en su capacidad "de hacer hablar" hasta a los más reticentes, inclusive manipulándolos sin la más mínima vergüenza y sirviéndose de una agresividad que no conoce la común mesura que a veces se les reprocha a los historiadores. Al respecto, resulta chocante ver que, con frecuencia, son los académicos los acusados de "despojar" a sus testigos de su discurso mientras se sacralizan los métodos de un Lanzmann, quien prácticamente substituyó física y moralmente a los que se suponía iban a prestar testimonio[293]. Por el contrario, habría mucho que decir acerca de la ética ortodoxa y pusilánime de la entrevista en ciencias sociales que privilegia casi siempre lo "no-dirigido", las preguntas abiertas, que aparentemente ofrecen más libertad al testigo. En realidad, con frecuencia, este método termina borrando la subjetividad del investigador y de las informaciones recopiladas, además de entregar resultados a menudo planos, mientras que debería suceder todo lo contrario, enseñarle al investigador a dominar su subjetividad, aceptando su presencia; una de las únicas maneras de crear el deseo en el testigo interrogado, de incitarlo a bajar la guardia y de crear un poco de transferencia, la única generadora de sorpresas, el único acceso posible a una verdad que sobrepasaría los marcos acordados. Aun cuando la práctica de los documentalistas no puede ser adoptada por los científicos, quienes deben respetar un conjunto de condiciones previas (deontológicas), y aunque

[293] Entre la abundante literatura sobre *Shoah*, véase el trabajo de deconstrucción emprendido por Rémy Besson en su tesis *La Mise en récit de Shoah*, defendida en la EHESS en marzo de 2012, y que analiza en detalle el montaje del filme.

la imagen en estos asuntos siempre será más fuerte que lo escrito para el público masivo, existen no obstante algunas lecciones por aprender acerca del impacto de estos testimonios filmados en relación con aquellos recopilados por los investigadores, historiadores o sociólogos, armados de un arsenal teórico algunas veces tan verborreico como inútil, puesto que limita su capacidad de considerarse como sujetos a la escucha de otros sujetos, por lo tanto, aceptando dejarse atravesar por el discurso de los otros.

En definitiva, la Historia del Tiempo Presente basa más su singularidad en la presencia misma de los actores sean o no interrogados y solicitados, que en el tema del testigo. Es la presencia física y carnal de los actores la que constriñe al historiador de una manera absolutamente distinta respecto de aquellos que trabajan con las huellas del pasado. No hace falta una larga demostración para convencerlo. Los historiadores del tiempo presente son los más sometidos a la atención prestada a sus objetos de estudio, a su amigable "vigilancia", a veces incluso a su vindicta, si por casualidad son arrastrados ante los tribunales por acusaciones de difamación: en derecho, se puede decir lo que se desee sobre los muertos (aunque al parecer la tendencia va hacia imponer restricciones más fuertes), pero no de los vivos, de ahí el riesgo mayor de caer en la autocensura. No obstante, se trata de casos extremos y, de hecho, esa es su singularidad. Frecuentemente se da el caso de actores que se transforman en historiadores de los acontecimientos en los cuales participaron, compitiendo con los investigadores nacidos después, objetándoles no tan solo un saber adquirido, comparable al de ellos, sino también una experiencia con la que por definición no cuentan: si para ellos la toma de distancia va a resultar más difícil, por el contrario, la pertinencia de las observaciones, la precisión factual, la penetración psicológica pueden verse fortalecidas. Los escritos de un Jean-Louis Crémieux-Brilhac, ex combatiente de la Francia Libre [Libre France], quien se convirtió en su historiador, o de un Daniel Cordier, ex secretario de Jean Moulin, convertido en su biógrafo, valen más por su lucidez y su espíritu crítico que muchos de los escritos universitarios acerca de la Resistencia, donde la estrechez de la mirada se conjuga con la facilidad hagiográfica. Debemos agregar que en la historiografía del fascismo, del nazismo y de la Shoah, y antes del surgimiento de una nueva generación, muchos de los grandes libros escritos hasta los años 1990 lo fueron por historiadores que vivieron la época (Saul Friedländer, Walter Laqueur, George Mosse, Léon Poliakov, Zeev Sternhell, o incluso Martin Broszat), todos con experiencias sumamente diferentes que jugaron un rol esencial en su vocación y su manera de escribir la historia.

A veces sucede que los actores se convierten ellos mismos en observadores... en historiadores. Como testimonio de ello podemos mencionar un li-

bro sorprendente, publicado en 2008 por Renée David, ex miembro de la Resistencia, prima de Raymond Aubrac[294]. En 1943, a los 22 años, fue recluida en Fort de Montluc, en Lyon, y después en Drancy. En su calidad de ingeniero, de investigación en la Sorbona, participó, desde la creación del IHTP, en prácticamente todos los seminarios y coloquios dedicados a la historia de la ocupación alemana. Ella habla sobre este periodo en cerca de un tercio del libro, evaluando las posiciones de unos y otros, intentando comprender la dialéctica en juego entre memoria y verdad, siguiendo por escrito un diálogo que practicó a viva voz, durante más de veinte años, con historiadores de varias generaciones, entre los que me incluyo. Ella expone los aportes de una historiografía que se constituyó ante sus ojos, regocijándose de los afectuosos lazos que se tejieron durante todos esos años entre actores e historiadores, integrados en su propia singularidad, sin relegarlos a su simple estatus. Al mismo tiempo, también expone las dificultades o los conflictos por los que atravesó esta historiografía, como sucedió después del "affaire Aubrac", en 1977, cuando una reunión organizada –y publicada por el diario *Libération*– para discutir acerca de las calumnias proferidas a Raymond y Lucie Aubrac, se transformó en una confrontación entre actores, entre investigadores, entre actores e investigadores y entre generaciones[295]. Se trató de una crisis dolorosa pero, sin duda, necesaria para marcar la división que existe, a fin de cuentas, respecto de estos temas entre quienes piensan que el historiador debe estar al servicio de una causa, política, moral u otra, y que reivindican esta servidumbre a pesar de los riesgos de caer en una escritura apologética; y quienes piensan que la tarea del historiador consiste en tener una mirada crítica, autónoma y subjetiva acerca de todo objeto o sujeto que le parezca digno de interés, lo que compromete su responsabilidad –el precio a pagar por esta libertad. A pesar de estos conflictos, Renée David piensa que este diálogo fue fructífero porque los historiadores "incitaron", "llevaron" a los testigos a hacer una difícil retrospección"[296]. De hecho, apunta a un elemento esencial, si no original desde el punto de vista de la epistemología: el historiador del tiempo presente puede no solo crear sus propias fuentes al elaborar, por ejemplo, recopilaciones de testimonios, sino

[294] David Renée. *Traces indélébiles. Mémoires incertaines*, prefacio de Raymond Aubrac, París, L'Harmattan, 2008.

[295] Me he pronunciado latamente sobre este asunto (cf. *La Hantise du passé*, *op. cit.*,). Para un análisis con algo de imparcialidad, véase Suleiman Susan Rubin, *Crises of Memory and the Second World War*, Cambridge, Harvard University Press, 2006, capítulo II [trad. fr.: *Crises de mémoire. Récits individuels et collectifs de la Deuxième Guerre mondiale*, Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2012] (trad. cast.: *La crisis de memoria y la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Antonio Machado, 2016).

[296] David Renée. *Traces indélébiles*, *op. cit.*, p. 13

que también puede además actuar sobre ellas, incluso cuando se trata de actores vivos cuya visión de la Historia, incluida la de ellos, puede sufrir cambios.

Una historia inconclusa

"Los hechos consumados se nos presentan con una nitidez muy distinta de aquellos en vía de ser consumados", escribía Fustel de Coulanges[297]. Visión que retoma Raymond Aron con palabras aún más incisivas: "El objeto de la historia es una realidad que terminó de serlo"[298]. En esta visión teleológica asumida las acciones humanas solo alcanzan su significación en el después. Y acabamos de ver que esta posición puede ser poseedora de cierta legitimidad, por ejemplo en términos de periodización. Dicho esto, la práctica de los historiadores del tiempo presente da cuenta exactamente de una posición contraria: ellos se arriesgan a tener una mirada menos nítida respecto de hechos en desarrollo y de una realidad que continúa viviendo en su presente. Interpretan una historia inacabada y asumen el carácter provisorio de sus análisis.

> Lo propio de una historia del tiempo presente, y de una historia social y cultural indisociable del tiempo presente más que de una historia política o económica, o de una historia de las producciones culturales (teatro, cine, revistas, etc.), es ser una historia coja, inestable, incompleta e inacabada. La manera correcta de hacer esta historia no consiste en intentar remediar esta discontinuidad, o de enmascararla al restablecer, por medio de algún artificio, continuidades demasiado seductoras que lógicamente harían aparecer al presente en el pasado. Se trata de asumir esta discontinuidad, trabajarla para hacerla salir de la inadecuación de las representaciones en relación con las realidades sociales que ellas pretenden decir, la novedad propia de estas últimas[299].

Hago mía palabra por palabra la conclusión de este texto de Antoine Prost, publicado en 1993 en un libro en honor a François Bédarida. No solo él acepta claramente la idea de una singularidad de esta forma de historia –aunque después la negará–, sino que también indica cuál es su singularidad

297 Fustel de Coulanges Numa-Denys. *Questions d'histoire, óp. cit.*, véase el primer capítulo.

298 Aron Raymond. *Dimensions de la conscience historique*, Plon, 1964, pp. 100-101 (trad. cast.: *Dimensiones de la conciencia histórica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983).

299 Prost Antoine. "Pour une histoire sociale du temps présent", en Institut d'histoire du temps présent, *Écrire l'histoire du temps présent, óp. cit.*, p. 359.

más evidente. Al respecto, la historia del tiempo presente se inscribe en un movimiento general de la historiografía contemporánea, incluyendo todos los periodos. Esta última, tras distanciarse del paradigma objetivista, admite hoy en día, casi naturalmente, que una época histórica pueda tener múltiples vidas por medio de diferentes historiadores y de diferentes observadores que se interesarán en ella en el futuro. Esto no significa por ello defender una posición relativista donde todo postulado acerca de un pasado "que efectivamente existió" habría desaparecido y donde todo conocimiento adquirido en un momento determinado debiera ser completamente revisado veinte o treinta años después. Aceptar lo inacabado de una proposición histórica no significa negar a la disciplina su dimensión de proceso acumulativo de conocimientos. Dicho esto, si en la actualidad podemos considerar toda la historia como inacabada, la historia del tiempo presente lo es un poco más que las otras. Su dificultad radica precisamente en esta mayor incertidumbre acerca de las proposiciones que emite y que la acercan a las otras ciencias sociales, al menos a disciplinas que no pretenden explicar lo real mediante leyes, pero que se apegan a comprender a los individuos o los hechos sociales en movimiento, con todos los riesgos que ello supone. Por último agreguemos que el historiador del tiempo presente quedó atrapado en una contradicción del objetivismo raramente planteada. "Al historiador que quiere revivir una época Fustel de Coulanges le recomienda olvidar todo lo que sabe acerca del curso posterior de la historia. Resultaría imposible describir mejor el método con el cual el materialismo histórico rompió", escribe Walter Benjamin, detractor, si es que lo era, de las concepciones positivistas[300]. Esta posición en la que el historiador ignora "la última palabra" de la historia sigue siendo un canon muy extendido de la profesión, incluso entre los historiadores que no son ni positivistas ni materialistas. Ella constituye inclusive el antídoto habitual al pecado de anacronismo, el cual consiste en explicar las acciones de una época con las categorías del presente del historiador. Sin embargo existe una contradicción flagrante entre el principio de una historia que solo se puede escribir una vez "concluida", y el principio de empatía, dos postulados del método positivista. Por una parte, se exige a los historiadores no escribir nada mientras los hechos no estén consumados, mientras la historia no haya finalizado porque, de lo contrario, no estarán capacitados para comprender el sentido último de una época estudiada demasiado pronto. No obstante, por otra parte, se les pide observar este mismo pasado, por tanto concluido,

[300] Benjamin Walter. "Sur le concept d'histoire", tesis VII, en Löwy Michael, *Walter Benjamin: Avertissement d'incendie. Une lecture des thèses "Sur le concept d'histoire"*, *óp. cit.*, pp. 54-55.

con una mirada que debiera abstraerse del conocimiento que tienen de las cosas que sucedieron posteriormente, para así generar mayor empatia con los hombres del pasado y comprender sus acciones, "como si estuviesen ahí". Por lo tanto los historiadores deben tomar distancia pero al mismo tiempo olvidar lo que pueden observar gracias a esta. Sin embargo, los historiadores de tiempo presente no tienen este problema. Mejor aún, superaron con facilidad esta contradicción puesto que efectivamente no conocen el fin de la historia y están, por lo tanto, en una situación ideal para empatizar con sus contemporáneos, sin tener que forzar su imaginación. Lo que sí es cierto es que les resulta más difícil –pero igualmente necesario– "recorrer la historia a contrapelo", como les invita a hacerlo Walter Benjamin.

Una definición a partir de criterios variables

Por regla general, las grandes periodizaciones históricas consagradas por el uso se articulan en torno a momentos fundadores: la caída del Imperio Romano de Occidente (476), la toma de Constantinopla (1453) o la Revolución Francesa (1789). A pesar de la crítica dirigida a la historia política y la historia "acontecimental", y a pesar de la evolución científica o las relaciones estrechas entre la historia y las otras ciencias, todavía en comparación con los acontecimientos en el sentido más tradicional del término, son menos numerosos los cambios profundos, económicos, sociales o culturales que estructuran el tiempo histórico "oficial" –el de los programas escolares y universitarios. No es la primera revolución industrial la que inaugura la época moderna, siguiendo la tradición francesa, sino la Revolución Francesa, aun cuando en la actualidad la historiografía es menos rígida que antes respecto de la cronología. Es así como la frontera entre la historia moderna (fines del siglo XV - fines del siglo XVIII) y la historia contemporánea ha provocado muchos desacuerdos. Para ser más preciso, es el nacimiento de la segunda y no el término de la primera lo más problemático: hay pocos desacuerdos respecto del corte que representa la caída del Antiguo Régimen en Francia. Si bien siempre han existido divergencias sobre dónde fijar los límites entre la Antigüedad, la Edad Media y los Tiempos Modernos, según qué acontecimientos se privilegien, las divergencias acerca del comienzo de la historia contemporánea pueden llegar a ser de 150 años entre las diferentes escuelas y, por lo tanto modificar profundamente el sentido de la palabra "contemporáneo". A continuación les entrego algunos ejemplos que se cuentan entre los más significativos, siguiendo el orden de los hito inaugurales aún en uso, y que aparecieron sucesivamente desde hace alrededor de un siglo y medio para definir la época contemporánea.

1789

La fecha más retrasada en el tiempo también forma parte, como es lógico, de la tradición más antigua entre las que perduran aún a comienzos del siglo XXI. Desde fines del siglo XIX, el año 1789 y el acontecimiento revolucionario, en el sentido amplio del término, constituyen un hito inaugural de la época contemporánea. En ese entonces, en muchos países europeos, esta manera de delimitar el tiempo correspondía a una realidad intelectual y política. En la actualidad, por el contrario, la supervivencia de esta tradición es una singularidad más bien francesa, a pesar de las posteriores evoluciones históricas, las profundas mutaciones de la historiografía en el siglo XX, o incluso la relectura del acontecimiento revolucionario en sí mismo. Aunque los historiadores franceses desempeñaron un papel de primera línea en todas estas transformaciones, no se cuestionó realmente esta delimitación obsoleta, al menos hasta el surgimiento, en los años 1980, de la noción de historia del tiempo presente, precisamente en ruptura con esta tradición. Si los padres fundadores de la República Francesa tenían todas sus razones al inscribir su acción en la línea de la Revolución –con todas las contradicciones señaladas en el capítulo II– y si la Francia de hoy, como buena parte de Europa, permanecen tributarias de los efectos a largo plazo de esta importante ruptura en la Historia, ¿qué significa hoy en día tal definición extensiva de la contemporaneidad? El hecho que un acontecimiento distante en el pasado continúe viviendo o reviviendo en el imaginario presente, en la memoria nacional o mundial, en las tradiciones, las herencias políticas o culturales constituye una evidencia antropológica. Sin embargo, ello no es suficiente para seguir afirmando que un acontecimiento que data de hace casi un siglo y medio continúe siendo el punto de inflexión decisivo de "nuestro tiempo", y aun menos para mantenerlo artificialmente como un hecho contemporáneo, especialmente en la divisiones históricas aún en vigor en la enseñanza superior, siendo que al mismo tiempo los cortes históricos para la enseñanza secundaria parecen más racionales al limitar, de hecho, la época contemporánea al siglo XX, utilizando así un criterio más aceptable.

De hecho, podemos notar que ya no tiene mucho sentido la distinción que usan los historiadores entre los adjetivos "moderno" y "contemporáneo". Ambos términos pertenecen a registros distintos y, según indica la lógica, no debiesen designar secuencias históricas sucesivas: uno designa el advenimiento de un nuevo orden respecto de uno antiguo, mientras el otro designa, en su primera acepción, la pertenencia a una misma época. La modernidad es de nuestro tiempo al constituir, desde el Renacimiento, una manera de marcar un cambio. La contemporaneidad conlleva tanto lo moderno como lo antiguo. Para mejorar o, incluso, empeorar las cosas, una parte de la reflexión epistemológica

contemporánea establece, en el siglo XVIII y en el momento revolucionario, el inicio –y no el fin– de una modernidad que le confiere a la historicidad, es decir, la conciencia que la condición humana se inscribe en un devenir, un lugar determinante. Y esta modernidad se habría marchitado en el último tercio del siglo XX con la crisis del futuro. Además, no solo resulta absurdo considerar que la Revolución Francesa y el comienzo del siglo XX pertenecen al "mismo tiempo", sino sobre todo este corte pasa por alto el hecho que acontecimientos posteriores, igualmente importantes, tuvieron efectos notorios y duraderos, tanto en la "modernidad" como en la manera de concebir la "contemporaneidad".

1917

Una revolución persigue a la otra. Entre las fechas constitutivas de otro hito inaugural del mundo contemporáneo y que aún se utiliza en ocasiones, figura el año 1917, o más bien la secuencia 1917-1918. Este corte se manifestó sobre todo en la historiografía alemana tras la Segunda Guerra Mundial y la caída del Tercer Reich, como lo vimos en el segundo capítulo, con los escritos de Hans Rothfels y la creación del *Institut für Zeitgeschichte*. Este corte asocia en un mismo movimiento la Revolución Rusa, la entrada en la guerra de Estados Unidos, la gran potencia naciente, y el término de la Gran Guerra –y no su punto de partida–, la cual constituye una derrota inmensa con enormes consecuencias para la historia de Alemania y de Europa. Esta división destaca el surgimiento de una primera forma de globalización, con argumentos reales, pero también constituye una manera de minimizar la importancia del criterio nacional en una época donde la historiografía alemana, al igual que el resto de la sociedad, debe enfrentar el terrible balance del nazismo. De hecho, las generaciones siguientes abandonaron este corte a favor de una periodización más fluida, enfocada en la historia y prehistoria del nazismo, lo cual tenía otro inconveniente y que fue objeto de feroces debates en los años 1980: el de aislar, de singularizar al extremo la secuencia 1933-1945, al punto de atribuirle una suerte de estatus de extraterritorialidad histórica.

1945

Si bien 1789 o 1917 remiten a tradiciones historiográficas específicas, ambas marcadas por un fuerte sentimiento de excepcionalidad nacional, como en el caso de la "excepción francesa" o del *Sonderweg* alemán, existen otros hitos inaugurales del mundo contemporáneo que se impusieron de manera más sim-

ple o "naturalmente", al menos en apariencia. Es el caso del año 1945, presente en gran parte de la historiografía inglesa de los años 1980, particularmente con la creación del *Centre for Contemporary British History* (CCBH), en 1986, y cuyo campo de investigación parte con el término de la Segunda Guerra Mundial. No es sorprendente encontrar cortes similares en la historiografía norteamericana, ya que en todo caso el corte entre "historia moderna" e "historia contemporánea" está prácticamente ausente en el universo anglosajón. En el caso norteamericano, por razones casi evidentes, su historia nacional tiene apenas un poco más de dos siglos. En el caso británico, por razones pragmáticas: "El año 1945 y la definición en términos de memoria viva, se admiten de buena gana, no como tentativas de delimitar una nueva era, sino para proporcionar una descripción cómoda de lo contemporáneo"[301]. El mismo corte figura por ejemplo en los programas de término del primer ciclo en Francia, promulgados en 1957 y modificados en 1959. Estos programas, sumamente inspirados en las concepciones de Fernand Braudel, prevén que el periodo 1914-1945 se tratará en el penúltimo año de la enseñanza secundaria, mientras que los alumnos de último año estudiarán la historia de las "civilizaciones": los mundos occidental, soviético, musulmán, extremo-oriental, del Sudeste Asiático y de África Negra[302]. Por una parte, la enseñanza secundaria muestra (al igual que la primaria) un cierto avance en la investigación acerca del lugar otorgado a la historia reciente, pero, por otra, crea una extraña separación entre lo esencial de la historia abordada de manera tradicional, por los hechos, los acontecimientos, la cronología y, de otra, un "mundo contemporáneo" que surge en 1945 y para el cual se privilegia el espacio, la cultura y el larga duración. Así implícitamente, quedamos con la idea que la toma de distancia no es el suficiente para estudiar, por ejemplo, la Revolución China, tal como se estudia la Primera Guerra Mundial[303]. De hecho, este programa desata muchas controversias,

301 Catterrall Peter. "What (if anything) is Distinctive about Contemporary History?", *Journal of Contemporary History*, vol. 32 (4), 1997, pp. 441-452, cita en pp. 441-442.

302 Programa del 19 de julio de 1957. Cf. Garcia Patrick y Leduc Jean, *L'Enseignement de l'histoire en France de l'Ancien régime à nos jours*, *op. cit.*, pp. 200-205.

303 Braudel Fernand. *Le Monde actuel*, en colaboración con Suzanne Baille y Robert Philippe, París, Belin, 1963, reeditado en 1987 en lo que toca a las civilizaciones con el título *Grammaire des civilisations*, París, Arthaud, 1987 (trad. cast.: *Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social*, Madrid, Tecnos, 1993). Cf. también Bouillon Jacques; Sorlin Pierre y Rudel Jean, *Le Monde contemporain. Histoire, civilisations*, París, Bordas, 1968. Este último es el que tuve en el último año de secundaria, en 1971-1972, en el Lycée Florent-Schmitt de Saint-Cloud. Me había dejado un recuerdo bastante vago. Por el contrario, no he olvidado a ese joven profesor, el Sr. Wagner, que tuvo la sensatez de olvidarse del manual y del programa para enseñar la materia viva de la historia del siglo XX. Me recomendó perseverar en esta disciplina y aprovecho esta nota para hacerle un reconocimiento. Para el anecdotario, el Lycée Florent-Schmitt se llama desde 2005 Lycée Alexandre-Dumas. Le cambiaron el nombre tras años de polémicas suscitadas al (re)descubrirse que el músico, que vivió algún

pero son menos aquellas respecto del corte de 1945 que acerca del tema de las civilizaciones. No obstante, habrá que esperar las reformas de 1981-1982, para que se abandone definitivamente este concepto, en favor de un corte que se reconcilie con la cronología y sitúe la Segunda Guerra Mundial en el lugar correcto, puesto que a contar de esa fecha el programa del último año de secundaria abarca el periodo "de 1939 hasta nuestros días", como resultado tanto del surgimiento de un debate público sobre la memoria de esta guerra como de los primeros resultados de una Historia del Tiempo Presente que renacía.

A primera vista, como respecto de otros cortes, el año 1945 inaugura evidentemente el nacimiento de un nuevo mundo, particularmente marcado en lo internacional por el término de la dominación europea, la progresiva desaparición de los últimos imperios coloniales, el surgimiento de nuevas grandes potencias y el nacimiento de la tecnología nuclear con implicancias militares y civiles considerables. Por lo tanto, constituye un hito "natural" para los historiadores, como para muchos de sus contemporáneos. No obstante, hacer comenzar el mundo contemporáneo al día siguiente de la Segunda Guerra Mundial constituye tanto una elección como un punto de vista acerca del sentido de este acontecimiento. Ello supone, al menos en el orden de las representaciones, dar vuelta la página de la guerra más mortífera de la historia de la humanidad. Ello requiere enviar a un pasado que se considera como ya concluido, el "primer" siglo XX: el del fascismo, del nazismo y de los crímenes soviéticos en masa. Poner el énfasis en este corte es destacar el triunfo –al menos parcial– de la idea democrática junto con el advenimiento, en las postrimerías de la posguerra, de la construcción europea, del crecimiento económico –sobre todo occidental–, de un Estado de Bienestar que, durante un tiempo, se impone como modelo universal. Se trata de una visión absolutamente optimista de la historia del siglo XX que presupone que las generaciones posteriores a 1945 habrían superado física y mentalmente los nocivos efectos de las décadas anteriores, marcadas por una violencia guerrera y política extremas.

De hecho, después de 1989 se desarrolló toda una historiografía contraria a esta visión, a veces tranquilizadora, la cual proponía una mirada más "pesimista", y sin duda más cercana a lo realmente vivido por los europeos, sobre la historia posterior a 1945. En el año 2005, fecha del sexagésimo aniversario del término de la Segunda Guerra Mundial, el historiador británico Tony Judt publicó una historia de Europa que identifica no como el triunfo

tiempo en Saint-Cloud, había sido pronazi, presidente honorario de la sección muisical del Groupe Collaboration durante la Ocupación. La publicación en 2001, por el IHTP (que yo dirigía entonces) y Les Éditions Complexe, de *La Vie musicale sous Vichy*, obra colectiva dirigida por la musicóloga e historiadora Myriam Chimènes, parece haber acelerado las cosas.

progresivo del modelo occidental, sino como una interminable posguerra, la cual no terminó sino después de la caída del Muro de Berlín[304]. Al igual que otros historiadores preocupados de adoptar un punto de vista cuyo centro de gravedad dejara de ser Europa Occidental, Judt subraya hasta qué punto, para millones de europeos del Este, el año 1945 fue, primero y antes que nada, el año de una nueva catástrofe colectiva e individual; el punto de partida de un sometimiento, que nada hacía presagiar, tardaría dos generaciones en terminar. En 2010, poco antes de su muerte, al defender una nueva historia europea, Tony Judt hace una constatación sorprendente:

> No está claro a qué se parecerá exactamente esta nueva historia. Ni siquiera podemos decir con exactitud en qué consistirá su periodización. Lo que nos ocupa hoy no estará siempre en el centro de nuestra atención. La historia europea, incluso en nuestra época, no se reduce a la colaboración, la resistencia, los crímenes en masa, el castigo, la justicia política y la memoria de todo aquello. Sin embargo, no seremos capaces de avanzar mientras no hayamos integrado exitosamente estos temas y los relacionados con ellos a nuestra comprensión del pasado reciente de Europa. La historia de la Europa desde 1945 hasta nuestros días comienza con la necesidad de repensar la guerra y sus consecuencias, y estamos apenas en el comienzo[305].

1940

Esta visión de la cosas prevaleció hasta los años 1970-1980, cuando comienza al interior de las sociedades europeas un extenso cuestionamiento retrospectivo respecto de la magnitud y la significación de los crímenes en masa perpetrados por el fascismo y el nazismo –pero no todavía del estalinismo–, lo que Tony Judt considera, con un cierto pesimismo, que no comparto, como inconcluso en 2010. Toda una generación se da cuenta entonces que quizá se dio vuelta muy rápido esta página de la historia del siglo XX, incluso que aún no ha sido escrita, al menos no de manera satisfactoria respecto de los nuevos temas que surgen, particularmente en torno al genocidio de los judíos.

304 Judt Tony. *Après Guerre. Une histoire de l'Europe depuis 1945*, París, Armand Colin, 2007 [1ª ed.: Londres/Nueva York, Penguin, 2006] (versión cast.: *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2006).

305 Judt Tony. "Rethinking Post-War Europe", *IWMpost* (Institut für die Wissenschaften von Menschen, Vienne), 104, abril-agosto de 2010, p. 4.

En este contexto, algunos plantean la idea que "nuestro tiempo" no comienza ni en 1789 ni en 1945 con el término de la última guerra mundial, sino en 1940, con la derrota de Francia[306]. Al igual que los historiadores alemanes, antes que ellos, hicieron, de las premisas sobre el nazismo un punto de partida de la Historia del Tiempo Presente, los historiadores franceses hicieron del desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial un hito inaugural. La idea principal consiste entonces en reintroducir en el tiempo presente ciertos aspectos del acontecimiento insuficientemente estudiados, si no lisa y llanamente expulsados de la mirada historiográfica, como la historia interna del Régimen de Vichy. Afirmar en 1980 que el año 1940 constituía la "matriz de nuestro tiempo" era volver a poner en perspectiva las consecuencias duraderas del colapso francés de 1940 y volver a cuestionar la participación, un tanto sobreestimada, de Francia en la victoria de los aliados en 1945. Esta elección solo conservaba, en apariencia, un carácter estrictamente francés, al focalizarse únicamente en la derrota francesa de mayo-junio de 1940 y no en el desencadenamiento de la guerra tras el ataque alemán contra Polonia, en septiembre de 1939 –fecha que a veces se traslada a julio de 1937 con el inicio de la guerra chino-japonesa. En efecto, el desplazamiento del marcador hacia los inicios de la guerra deriva de una evolución más amplia de la historiografía occidental que en esos años emprende una re-evaluación al alza de la importancia de la *colaboración* en Francia, Bélgica, los Países Bajos y los países escandinavos; del impacto del fascismo en las pocas democracias que subsistían durante los años 1930 en el continente europeo; de la profundidad de un antisemitismo endógeno que explica en parte la facilidad con la cual los nazis pudieron poner en marcha la "solución final". Este desplazamiento de algunos años respecto del interés por el pasado cercano supera ampliamente el marco de la investigación histórica, ya lo vimos, puesto que participa en una extensa revisión cultural y política del sentido mismo del mundo contemporáneo que observa cómo se desmoronan, una tras otra, las mitologías construidas inmediatamente después de la posguerra, primero en Europa occidental luego, después de 1989-1991, en Europa central y oriental: la Segunda Guerra Mundial, el nazismo, la Shoah aparecen desde entonces, lejos de haber sido una aberración o un paréntesis en la evolución inexorable hacia un mundo de progreso y de bienestar, como marcadores de una concepción

306 Véase especialmente Bédarida François. "Penser la Seconde Guerre mondiale", en Versaille André (dir.), *Penser le XXe siècle*, Bruselas, Complexe, 1990, pp. 115-138, incluido en Bédarida François, *Histoire, critique et responsabilité*, *op. cit.*, pp. 93-110; Azéma Jean-Pierre, "La Seconde Guerre mondiale matrice du temps présent", en Institut d'Histoire du Temps Présent, *Écrire l'histoire du temps présent*, *op. cit.*, pp. 147-152.

de la humanidad que debe en adelante vivir con la posibilidad de enfrentar su propia destrucción parcial o total, como fue el caso después de 1939. Por lo tanto, la matriz del tiempo presente deja de ser 1945, ciertamente un año terrible pero, a pesar de todo, portador de esperanza en un mundo mejor, sino los años 1939-1940 que resuenan como el fin de una cierta concepción optimista de la Historia. La naciente historiografía del tiempo presente se inscribe en aquel momento con un pesimismo fundamental, el cual es uno de sus rasgos distintivos.

Podemos agregar que esta visión de las cosas era sin duda más cercana a los sentimientos de los contemporáneos que el optimismo retroactivo, inducido por la valorización del año 1945. A modo de ejemplo, podemos citar un texto sorprendente escrito en 1938 por el historiador suizo conservador Gonzague de Reynolds, quien se lanza en una reflexión acerca del término del siglo XIX, que sitúa... en la víspera de la Segunda Guerra Mundial:

> Guerra mundial, revolución rusa, fascismo, nacional-socialismo, crisis económica, guerra civil de España: estos son los acontecimientos que dominan lo contemporáneo, que le dan sentido. ¿Cuál? [...] La primera evidencia, ya no estamos en el siglo XIX. Todos saben que el siglo XIX terminó cronológicamente, pero muy pocos han comprendido que terminó históricamente. [...] Segunda evidencia: el siglo XIX pertenece en más al pasado, representa en más una civilización que expiró: la "civilización burguesa". En una palabra, para nosotros se trata del antiguo régimen. Hay más: el siglo XIX pertenece a un mundo antiguo, a un mundo que muere. En cambio, el siglo XX inaugura un mundo nuevo, un mundo que nace. Tercera evidencia. De ahí una cuarta evidencia: no asistimos en lo absoluto a la evolución de un conflicto que termina, y después del cual las cosas volverán poco a poco al estado anterior, ¡la prosperidad del siglo XIX! Tampoco atravesamos en lo absoluto por una de esas crisis que por lo general marcan el paso de un siglo a otro, tras lo cual el progreso detenido se retoma. No: cambiamos de época. Cambios como estos, Europa no ha conocido sino dos desde la era cristiana: el fin del Imperio Romano y del mundo antiguo, y el fin de la Edad Media. Hoy vivimos el fin de la época moderna, de la época inaugurada por la Reforma y el Renacimiento. Entramos a otra época. [...] en efecto, quinta evidencia, acaso una serie de acontecimientos como la guerra mundial, la revolución rusa, el fascismo, el nacional-socialismo y la crisis económica bastan para destruir una sociedad, para poner fin a una época. Bastó con la guerra, y la crisis económica por sí sola habría sido suficiente. Ciertamente, el pasado conoció hecatombes cuyas huellas aún son visibles o de las cuales aún sufrimos sus consecuencias. Sin embargo, ninguna tuvo

ese carácter universal, ni coincidió con una anarquía intelectual y moral tan profunda como la nuestra. No, ni siquiera la caída del Imperio Romano y las invasiones de los bárbaros. De ahí que, sexta evidencia, entre los siglos XIX y XX, entre el fin de la época moderna y el comienzo de la nueva época, asistimos, nosotros, los testigos y las víctimas, a una brusca, a una violenta ruptura de continuidad. Tan brusca, tan violenta, que, en el pasado, no encontramos nada que se le asemeje. De hecho, séptima evidencia, estamos en guerra, en plena guerra. Nunca hemos dejado de estarlo desde 1914. Una guerra de veintidós años, que mañana será una guerra de treinta años, que quizá será una guerra de cien años[307].

1914

La idea del año 1940 como matriz era seductora, intuitiva respecto del advenimiento de un nuevo orden de representaciones del pasado cercano, en especial del peso de la memoria y de la particular memoria de este acontecimiento. Sin embargo los historiadores del tiempo presente experimentan, más que otros colegas, la corta vida de los paradigmas de su disciplina. Apenas una década después esta concepción es implícitamente cuestionada, no respecto de la visión pesimista de la historia, sino sobre la elección de la fecha inaugural. El siglo de las tinieblas no comenzó ni en 1939-1940, ni siquiera en 1933 con la llegada de Hitler al poder, ni en 1917-1918, sino en los albores –y no al final– de la Gran Guerra, incluso quizá un poco antes, con las Guerras Balcánicas de 1912-1913, que constituyen un preludio a la catástrofe de 1914. El mismo razonamiento prevalece aquí como en la otra gran guerra. Nunca, hasta ese momento, tantas personas (cerca de 10 millones) murieron en tan poco tiempo en un conflicto armado. Nunca o casi nunca una guerra había sobrepasado tal umbral de violencia en el campo de batalla, y nunca las sociedades beligerantes estuvieron implicadas a tal grado en la totalización de la guerra. El hecho es imponente, casi enceguecedor una vez enunciado. Sin embargo, aunque la primera gran guerra dio lugar a obras importantes en el pasado, incluso a un precoz campo de estudio de la historia contemporánea en Europa, el impacto de la Segunda Guerra Mundial relegó su recuerdo a un segundo plano, como lo prueba por ejemplo la ignorancia recíproca que prevaleció largo tiempo entre los respectivos especialistas de las dos guerras

[307] Reynolds Gonzague de. "Où va l'Europe ?", *La Revue universelle*, 15 agosto de 1938. Le agradezco a Fabien Théofilakis por hacerme descubrir este texto.

ese carácter universal, ni coincidió con una anarquía intelectual y moral tan profunda como la nuestra. No, ni siquiera la caída del Imperio Romano y las invasiones de los bárbaros. De ahí que, sexta evidencia, entre los siglos XIX y XX, entre el fin de la época moderna y el comienzo de la nueva época, asistimos, nosotros, los testigos y las víctimas, a una brusca, a una violenta ruptura de continuidad. Tan brusca, tan violenta, que, en el pasado, no encontramos nada que se le asemeje. De hecho, séptima evidencia, estamos en guerra, en plena guerra. Nunca hemos dejado de estarlo desde 1914. Una guerra de veintidós años, que mañana será una guerra de treinta años, que quizá será una guerra de cien años[307].

1914

La idea del año 1940 como matriz era seductora, intuitiva respecto del advenimiento de un nuevo orden de representaciones del pasado cercano, en especial del peso de la memoria y de la particular memoria de este acontecimiento. Sin embargo los historiadores del tiempo presente experimentan, más que otros colegas, la corta vida de los paradigmas de su disciplina. Apenas una década después esta concepción es implícitamente cuestionada, no respecto de la visión pesimista de la historia, sino sobre la elección de la fecha inaugural. El siglo de las tinieblas no comenzó ni en 1939-1940, ni siquiera en 1933 con la llegada de Hitler al poder, ni en 1917-1918, sino en los albores –y no al final– de la Gran Guerra, incluso quizá un poco antes, con las Guerras Balcánicas de 1912-1913, que constituyen un preludio a la catástrofe de 1914. El mismo razonamiento prevalece aquí como en la otra gran guerra. Nunca, hasta ese momento, tantas personas (cerca de 10 millones) murieron en tan poco tiempo en un conflicto armado. Nunca o casi nunca una guerra había sobrepasado tal umbral de violencia en el campo de batalla, y nunca las sociedades beligerantes estuvieron implicadas a tal grado en la totalización de la guerra. El hecho es imponente, casi enceguecedor una vez enunciado. Sin embargo, aunque la primera gran guerra dio lugar a obras importantes en el pasado, incluso a un precoz campo de estudio de la historia contemporánea en Europa, el impacto de la Segunda Guerra Mundial relegó su recuerdo a un segundo plano, como lo prueba por ejemplo la ignorancia recíproca que prevaleció largo tiempo entre los respectivos especialistas de las dos guerras

[307] Reynolds Gonzague de. "Où va l'Europe ?", *La Revue universelle*, 15 agosto de 1938. Le agradezco a Fabien Théofilakis por hacerme descubrir este texto.

mundiales, como si ambos acontecimientos no hubiesen estado en parte relacionados[308]. En los años 1990 tiene lugar un cambio crucial en la historiografía. La gran guerra despierta una nueva ola de estudios acerca de las sociedades en guerra, de las condiciones materiales y psicológicas de los soldados, del estudio de formas específicas y diferenciadas de violencia, pero además el lugar del acontecimiento en la historia del siglo cambia de naturaleza[309]. Perteneciente desde el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial a un pasado algo lejano, vemos de repente la Primera Guerra Mundial reintegrarse al pasado más cercano, tanto en el plano historiográfico como en el conmemorativo: basta con observar la espectacular inversión en políticas públicas de memoria desde 1998 y el septuagésimo aniversario del armisticio, especialmente en Francia, Alemania, Gran Bretaña y Australia; en la preservación del recuerdo de la Gran Guerra, o incluso en el renovado interés, desde hace dos décadas, de numerosos escritores o cineastas europeos o norteamericanos –aun cuando este interés no se iguala en intensidad al despertado por la Segunda Guerra Mundial, que desafía cualquiera categorización. Una vez más nos encontramos frente al ejemplo de que la pregnancia de un acontecimiento histórico no depende de su proximidad temporal.

Numerosas razones pueden explicar esta evolución. En primer lugar, la caída del Muro de Berlín que hizo resurgir problemas nacionales, étnicos o fronterizos no resueltos del todo en 1918, tras la dislocación de los Imperios Centrales, y congelados después de 1945 por la Guerra Fría y la dominación comunista, como lo ilustra el caso límite del violento estallido de la ex Yugoslavia. El desmoronamiento, algo inesperado, al menos en sus modalidades, del sistema soviético requirió una relectura de la historia del siglo XX, hasta entonces presa de la idea que el comunismo europeo estaba llamado a durar, y que el mundo estaría dividido en dos bloques por largo tiempo. El brusco final de la URSS obligó a los historiadores a repensar la naturaleza del sistema soviético, por lo tanto a remontarse a la fuente de una revolución que estalló en el corazón de la Primera Guerra Mundial, un punto mencionado anteriormente. Luego, en otro registro, la a veces excesiva focalización de los historiadores del mundo contemporáneo en el nazismo provocó legítimas críticas acerca de los orígenes de la violencia extrema desplegada en Europa en los

308 Cf. Audoin-Rouzeau Stéphane; Becker Annette; Ingrao Christian y Rousso Henry (dir.). *La Violence de guerre, 1914-1945. Approches comparées des deux conflits mondiaux*, Bruselas/París, Complexe/IHTP, 2002.

309 Sobre este aspecto, véanse los trabajos pioneros de Jean-Jacques Becker y los que publicó el equipo del Historial de Péronne, inaugurado en 1992, en especial Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker, *14-18, Retrouver la guerre*, París, Gallimard, col. Bibliothèque des Histoires, 2000.

años 1930-1940. La nueva historiografía de la Gran Guerra vuelve a poner en tela de juicio el dogma de la unicidad de la Shoah, sin cuestionar por ello su carácter sin precedentes. Ella lo hace, insistiendo en el hecho que en 1914-1918 se cruzó un primer umbral de violencia, una violencia de otra naturaleza. Lo hace, mostrando implícitamente que la inaudita violencia en que se sumió toda Europa durante los cuatro años de una guerra muy larga, puede haber influido directamente en la naturaleza de la violencia de la otra guerra, treinta años después, incluyendo el desarrollo de la "solución final". Si los historiadores de la Segunda Guerra Mundial habían abierto la puerta a una lectura pesimista de la historia reciente, los historiadores de la Primera recriminan a esta tendencia, al mostrar hasta qué punto la guerra constituyó el horizonte del continente europeo durante gran parte del siglo XX. El éxito tardío y póstumo del historiador George Mosse, creador del controvertido pero estimulante concepto de "brutalización", es índice indicador de aquello. Gracias a él los historiadores comprendieron mejor que el impacto de una guerra no se limita al balance de vidas humanas, a la destrucción material, a las dificultades de la reconstrucción, y que no nos "desprendemos" de una guerra porque se haya firmado un armisticio o un tratado de paz, idea que tomo prestada del historiador Stéphane Audoin-Rouzeau. Muy por el contrario, la violencia de la guerra, ya sea sufrida, infligida, observada o evitada, puede marcar por largo tiempo los espíritus[310]. No obstante, los efectos posteriores de la violencia de la Gran Guerra parecieron estar ocultos por el hecho de que en 1939 la humanidad cruzaba otro umbral apocalíptico. Y esta violencia es redescubierta en los años 1990-2000.

Además de la caída del Muro de Berlín y los progresos de la historiografía, es posible que el renacimiento progresivo del pacifismo en Europa o en América del Norte haya despertado un renovado interés por este conflicto al tiempo que la secuencia 1933-1945 aún acapara toda la atención de las sociedades occidentales y moviliza las políticas de memoria, particularmente en la lucha contra el "olvido" de los crímenes nazis. De manera casi universal, la guerra total llevada a cabo contra las potencias del Eje ha sido percibida constantemente desde 1945 –por razones evidentes– como una guerra necesaria, una guerra vital para la supervivencia de la humanidad, una "guerra buena"[311]. Incluso ha servido de ejemplo de la "guerra justa", precedente a menudo invocado posteriormente para justificar una intervención militar de

[310] Véase en especial Mosse George. *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, Londres, Oxford University Press, 1990, traducido al francés con el título *De la Grande guerre au totalitarisme. La brutalisation des sociétés européennes, óp. cit.*,

[311] Cf. Terkel Studs. *"The Good War". An Oral History of World War Two, óp. cit.*

las potencias occidentales, ya sea en Suez, en 1956, o en Serbia, en 1999, al haber comparado, en ambos casos y algo precipitadamente, a Nasser y Milosevic con Hitler. Este precedente es implícitamente aceptado por todos los movimientos vinculados a la tradición del antifascismo, incluyendo los movimientos de extrema izquierda europea en los años 1970, hostiles a la guerra de Vietnam y que se presentaban como herederos de la resistencia europea al nazismo, puesto que al igual que con el "fascismo", este no había podido ser derrotado por el uso de la fuerza guerrera más brutal y más extrema hasta entonces conocida. Entre 1990-2000, la reaparición del fantasma de la guerra en el horizonte occidental, en un contexto absolutamente distinto del de la Guerra Fría, con la primera Guerra del Golfo, la Guerra en la ex Yugoslavia, los atentados del 11 de septiembre, las sucesivas intervenciones en Afganistán y en Irak, generaron formas de oposición y el renacimiento de movimientos y sentimientos pacifistas. De ahí en más, que se trate de denunciar nuevamente la guerra, sus horrores, las víctimas civiles, la referencia a la Segunda Guerra Mundial y a su memoria se volvía menos operante, incluso contraproducente. De ahí la renovada atención que muchos actores sociales (políticos, militantes, escritores) han prestado, desde hace unos diez años, a la Primera Guerra Mundial, de la cual gracias a la historiografía se redescubre al mismo tiempo hasta qué punto fue una "mala guerra", por ende una "buena" referencia histórica factible de usar en las luchas pacifistas de hoy en día. En esta lógica, no es de sorprender que en un plano ideológico– sin entrar en el fondo de la querella franco-francesa del llamado "consentimiento"–, las tesis planteadas por una parte de esta nueva historiografía europea que destaca el consentimiento masivo de los combatientes alistados en el frente como principal argumento para explicar su resistencia o su acostumbramiento a inéditos umbrales de violencia, hayan suscitado reacciones de indignación respecto de lo que se percibió como un cuestionamiento a la figura del soldado-víctima y, tangencialmente, la pérdida de substancia de un argumento histórico mucho más cómodo tanto más cuanto que hoy existe un consenso amplio, de derecha a izquierda, en toda Europa, para denunciar lo absurdo de esta guerra.

¿1989, 2001?

¿Pueden la caída del Muro de Berlín o los atentados del 11 de septiembre constituir, a su vez, hitos para un nuevo periodo contemporáneo? Es... demasiado pronto para decirlo –y este comentario no es en absoluto contradictorio respecto de la demostración aquí operada. Si los atentados en suelo

estadounidense inauguran una secuencia en la historia de la violencia de guerra y produjeron importantes consecuencias internacionales, no es seguro que constituyan una catástrofe de tipo inaugural. Por el contrario, la secuencia 1989-1991 tiene toda la apariencia de un acontecimiento en el sentido profundo del término, que consagra la desaparición de un mundo antiguo, nacido en 1917 con la revolución leninista y cristalizado en 1945 con la dominación del estalinismo sobre la mitad de Europa. Sin embargo, si nada nos obliga a hacer una historia del tiempo presente de estos últimos veinte años, teniendo en cuenta el impacto de este nuevo corte, tampoco nada obliga al historiador a trastocar las cronologías establecidas con cada ruptura de importancia en la historia de la humanidad. A modo de ejemplo, el *Zentrum für zeithistorische Forschung* (ZZF) de Potsdam, creado en 1996, para enfrentar el reto de una historia del tiempo presente cuyo centro de gravedad ya no es el nazismo, ha realizado principalmente trabajos sobre la historia comparada de las dos Alemanias en el contexto de las dictaduras comunistas en Europa Central y Oriental, suscitando importantes investigaciones acerca de la Guerra Fría, por lo tanto del periodo precedente de 1945 a 1989[312]. Sin embargo, él no postula la necesidad de formalizar un nuevo periodo, que costaría mucho definir a falta de un distanciamiento suficiente: la posibilidad de escribir acerca del pasado cercano no significa tener la última palabra sobre el tema, sino, en el mejor de los casos, la segunda o tercera después de los periodistas y los testigos. Además, a riesgo de ser repetitivo, hay que tener en mente que la historia del tiempo presente, sea cuales sean sus singularidades, aborda, como cualquier otra forma de historia, periodos históricos suficientemente significativos para merecer una atención particular.

Ni el periodo "de 1989 hasta nuestros días", ni *a fortiori* el que cubre "de 2001 hasta nuestros días" pueden, por ahora, ser calificados –con cierta pertinencia–, con algo que vaya más allá del cómodo concepto de "poscomunismo" o de "pos-Guerra Fría". Mientras tanto, aun cuando incluso la historia contemporánea puede haber comenzado en 1914, 1940, 1945 o 1989, nos cuesta imaginar –como consecuencia de ello– el cambiar radicalmente los periodos anteriores correspondientes a la historia llamada moderna. Si por lo tanto conservamos el término "historia moderna" para el periodo que culmina con la Revolución Francesa, incluidas las guerras napoleónicas, y si reservamos el término "tiempo presente" o "contemporáneo" para una secuencia

[312] Véase su presentación en el sitio http://www.zzf-pdm.de, consultado el 13 de abril de 2017. En las páginas en francés, el ZZF es denominado "Centre de recherche sur l'histoire du temps présent".

que comenzaría en 1945 o 1989, ¿cómo vamos a calificar entonces el periodo que se extiende entre 1815 y esas fechas respectivas?

CONCLUSIONES
Frente a la tragedia

Quién dice dónde comienza la memoria
Quién puede decir dónde acaba el tiempo presente
Donde el pasado se juntará con el romance
Donde el dolor no es más que un papel amarillento.

LOUIS ARAGON[313]

En este libro busqué una suerte de punto de equilibrio entre las permanencias y una coyuntura, entre una definición ahistórica de la contemporaneidad y su registro en un contexto. Varios son los temas de reflexión que surgieron y que presentaré como conclusión.

Tras una rápida mirada histórica de larga duración, sin sorpresa apareció la idea de que la contemporaneidad ha conocido una profunda evolución. Ya no nos podemos conformar con el cliché según el cual "toda historia es contemporánea". Hasta el Renacimiento y el surgimiento de un conocimiento mediado, y sin duda incluso hasta el siglo XVIII, la idea misma de una historia cercana distinta del resto de la historia solo tuvo una débil consistencia, puesto que no hay una separación clara entre pasado y presente. Sin embargo, esto no significa que exista una concepción continua e inalterable respecto de varios milenios en la manera de escribir sobre su propio tiempo: las modalidades, los métodos, las finalidades de la escritura de la historia han cambiado considerablemente de una civilización a la otra. Concebir el tiempo de manera cíclica o lineal, hacer del presente el final de las cosas o una modalidad eterna; situar a la Ciudad, al Señor, al Soberano o a la Providencia en el centro del relato tiene relación con regímenes de historicidad profundamente diferentes. En lugar de simplemente recordar con una frase ritual que la práctica de la historia contemporánea se remonta a los tiempos más recónditos, la digresión por una historia larga permitió detectar, incluso de manera fugaz e impertinente, algunos rasgos permanentes en la definición de una historia de su propio tiempo.

Desde luego, el testigo que ve, el testigo que habla, el testigo que escribe, incluso el propio historiador, desempeñan un papel esencial en tanto

313 Aragon Extracto de "Les larmes se ressemblent", en *Les Yeux d'Elsa*, París, P. Seghers, 1968.

el primero si no el único mediador. De esta constatación deriva o se asocia la idea que la memoria también desempeña un rol primordial, porque en el relato histórico existe una anterioridad al "yo recuerdo", y que es el "había una vez". Al respecto, sigo la línea de Paul Ricoeur según el cual "no tenemos otro recurso, en lo que atañe a la referencia al pasado, que la memoria misma [...] no contamos con nada mejor que la memoria para significar que algo tuvo lugar, sucedió, pasó *antes* que declarásemos haberlo recordado". En esta visión de las relaciones entre el pasado y el presente, "el testimonio constituye la estructura fundamental de transición entre la memoria y la historia"[314]. Sin embargo, en el tiempo presente, este testigo no es inalcanzable, no existe solo por su huella, no es solo pasado resucitado. Contrariamente al testigo del pasado, que solo revivirá gracias a las huellas que el historiador o la posteridad explotarán, este testigo existe fuera de y antecede a cualquier operación historiográfica.

Otro rasgo casi constante: el historiador del tiempo presente mantiene relaciones conflictivas con el poder, ya sea político o religioso. Su arte, luego su oficio, lo destinan a anticipar el juicio de la posteridad, incluso a orientarla, en presencia de los principales interesados, quienes actúan en el horizonte de una inmortalidad escrituraria a falta de una biológica. De ahí en más, el historiador queda ineluctablemente sometido a una tensión entre una libertad de escritura, a la cual aspira casi naturalmente, y la necesidad de someterse al Príncipe, dado que hasta el siglo XVIII la historia es ante todo la historia de los poderosos o de la voluntad divina.

Tras la Revolución Francesa aparecen nuevas categorías del tiempo histórico. La "historia como tal" es percibida desde entonces como una fuerza autónoma independiente tanto de la providencia divina como del actuar del soberano. Del pasado en general se distingue el "pasado concluido" que marca un corte, un "antes" y un "después" del quiebre de 1789. Desde entonces una nueva secuencia del tiempo histórico hace su aparición en el pensamiento que se difundirá en distintos lugares bajo el nombre de *Zeitgeschichte* o "historia contemporánea", puesto que surge la necesidad de identificar un periodo nuevo posterior a "los tiempos modernos". Antes de la Revolución Francesa, el uso de la palabra contemporáneo estaba relativamente limitado y podía tener múltiples sentidos, incluyendo el dado por Pascal: una presencia del pasado inmemorial que atravesó el tiempo sin alteración, volviendo a los lectores del siglo XVII del Antiguo Testamento contemporáneos de los judíos que recibieron las Tablas de la Ley. Tras la Revolución Francesa, la palabra

[314] Ricœur Paul. *La Mémoire, l'histoire, l'oubli, op. cit.*, p. 26.

se generaliza con otra significación. La historia deja de ser por entero contemporánea, puesto que ya no hay continuidad entre el pasado y el presente. En adelante, el periodo contemporáneo designa una secuencia más limitada, más visible, marcada por singularidades. En el mismo momento, siempre en la posteridad revolucionaria, la historia se constituye progresivamente en una profesión, incluso aspira a ser una ciencia, inventa la distancia y la objetividad y, en un mismo movimiento o casi, lanza una mirada sospechosa sobre la posibilidad de escribir acerca de este pasado reciente, sin distancia alguna y en el fuego de la pasión, precisamente aquello de lo cual desea distanciarse. Lo que en otro tiempo constituía un elemento sin discusión de la reflexión histórica –la consideración del presente, un presente no separado del pasado– a partir de ese momento, plantea un problema, y de ahí la exclusión, desde principios del siglo XIX, de la historia del tiempo presente como un campo que puede pretender a la cientificidad, pero no como categoría de reflexión, de enseñanza o de la literatura.

La manera de pensar su propio tiempo cambia con la aparición de esta tensión entre, por una parte, la necesidad de escribir una historia en caliente, de darle sentido al acontecimiento que acaba de convulsionar el antiguo orden de las cosas, de comprender las causas, y, por otra parte, la imposibilidad de emprender tal narración a falta de fuentes, de distancia y de serenidad. Este dilema entre necesidad e imposibilidad, esta oposición entre quienes pretenden ponerse manos a la obra al día siguiente del acontecimiento y quienes les deniegan toda credibilidad, porque el tiempo aún no ha hecho su obra, coincide con la aparición de la historia contemporánea, como lo muestra la paradójica actitud de la escuela metódica, que rechaza la dimensión científica de una posible historia del tiempo presente, pero que la practica de hecho tanto en la enseñanza como en la publicación de manuales y obras dirigidos al público en general. Esta historia vuelve a surgir al día siguiente, a veces incluso en medio de todas las catástrofes del siglo XX. Sucede después de 1918, así como después de 1945; momentos definitivos en la constitución y posterior institucionalización de una historia del tiempo presente perenne, reconocida, y sin embargo siempre discutida, si no cuestionada. Esta tensión remite a dos maneras de enfrentar los traumatismos históricos, entendidos aquí como los efectos retardados de un acontecimiento que provocó una ruptura, trastocó los valores, modifico la cotidianidad, dejando huellas duraderas, a veces heridas psíquicas o físicas en los individuos y en las colectividades. De un lado están quienes preconizan la espera, el periodo de reserva con el fin de responder, al menos, con los criterios de imparcialidad: estos rechazan incluso la idea de una historia del tiempo presente por considerarla presuntuosa, riesgosa, contaminada por la contingencia y el ruido de lo ac-

cesorio. Podemos decir que se sitúan del lado de la inhibición benevolente, una suerte de apoyo al olvido, una ficción de silencio, a veces un reflejo de la negación. La historia, vista así, debe ser una materia fría, o por lo menos enfriada, como las cenizas. Por otro parte, están quienes desean hurgar en las huellas humeantes del acontecimiento, interpretar las primeras palabras de los testigos, intentando relatar catástrofe cuando se trata de experiencias extremas, que desean, por lo tanto, responder a las expectativas, reclamando sentido en el caos dejado por una guerra, un genocidio, una destrucción masiva. Para ellos la historia del tiempo presente es una necesidad intelectual, moral y psicológica, que asume, cual más cual menos, el riesgo de mantener abierta la herida y no admite ningún periodo de reserva para comprender y poner palabras a acontecimientos percibidos y vividos como inconcebibles.

Desde la Revolución Francesa parece entonces existir una relación estructural entre la escritura de una historia del tiempo presente y la existencia de un traumatismo histórico que necesita una adaptación más o menos larga y más o menos profunda de las sociedades afectadas por la crisis que tuvo lugar. La necesidad de recobrar una continuidad temporal tras la ruptura, la necesidad de forjar relatos, incluso antagonistas, que pueden dar sentido a la ruptura vivida o provocada, la recomposición de las identidades individuales o colectivas producto de las grandes catástrofes históricas, son procesos inherentes a la posterioridad de todos los "acontecimientos-monstruo". Y es, por lo general, en este contexto que se inscriben las preguntas sobre la historia contemporánea. Esta da cuenta entonces no solo de un "después" –posición anacrónica que es aquella de todos los historiadores–, sino de un "después de", temporalmente más cercano de la catástrofe, en todo caso mucho más presente en la conciencia o el inconsciente de los actores, obligados a lidiar con un pasado que demora en pasar y que puede que no pase. Su propósito no es solo tomar distancia respecto del acontecimiento traumático para poder interpretarlo, sino sobre todo captar los efectos a corto y mediano plazo, forjar herramientas para leer aquello que se puede denominar el instante del después, la vida posterior, *afterlife* en inglés, es decir, la prolongación del shock inicial y la manera de adaptarse a él. Desde esta perspectiva, el historiador del tiempo presente no se define, o no solamente por la proximidad temporal "objetiva" que le separa del acontecimiento estudiado, sino más bien por su propia capacidad para crear por sí mismo la correcta distancia, visual y ética, necesaria para la observación de un tiempo que le pertenece solo en parte.

Si bien es cierto que desde la Revolución Francesa existe una historia contemporánea identificada como tal, en los recientes años su práctica efectiva ha estado marcada por una configuración donde cada componente no es nuevo, pero cuya combinación resulta algo inédita. Dicha configuración

relaciona una serie de elementos derivados de una realidad social, cultural y política, tangible y concreta; y de conceptos o nociones elaborados por las ciencias sociales. La historia deja entonces de ser la única disciplina involucrada, y el orden de sus elementos, léase: el acontecimiento, el testimonio, la memoria, las demandas sociales y la judicialización, no resulta indiferente. Algunos de ellos son propios de toda escritura histórica, como el acontecimiento; otros son constitutivos de toda escritura de una historia propiamente contemporánea, como el testimonio directo; por último, otros dan cuenta de la coyuntura cercana, como la creciente intervención de la ley, del derecho y de la justicia en las interpretaciones históricas.

El vínculo entre acontecimiento e historia del tiempo presente no es ni nuevo ni original. Sin embargo hubo que batallar en un principio contra la excomunión del primero antes de enfrentar las secuelas de los grandes traumatismos del siglo XX. Obviamente, el historiador no podía dejar fuera del campo de la historiografía docta el siglo de las guerras, los genocidios y los totalitarismos. Además, el acontecimiento, tal como ha sido estudiado por los historiadores del tiempo presente, en los últimos treinta años, ya no tiene mucho que ver con aquel de una historia "acontecimental" otrora denunciada por la Escuela de los *Annales*, y por lo demás ampliamente construida como una figura imaginaria del enemigo al que se debía combatir. Por una parte, la mayoría de las veces tomó la forma de catástrofes sin precedente, que se sucedían una y otras, y con la necesidad de comprender, en cada ocasión, cómo la humanidad había podido cruzar un nuevo umbral de violencia o de destrucción, como después de 1918, después de 1945, o incluso después de 2001. Por otra, este acontecimiento ha sido estudiado interesándose de manera privilegiada no solo en su propio desarrollo y la manera en que sus contemporáneos lo vivían, sino también su posterioridad, sus efectos duraderos y su memoria. La atención prestada sobre todo al tiempo posterior de estas catástrofes muestra acontecimientos que poseen una vida casi autónoma en el imaginario social que subsiste largo tiempo después de su aparente cierre, con una relación, a veces, cada vez más tenue con los hechos originales. Desde este punto de vista, son casos de estudio: el interminable e imposible término de la Revolución Francesa a lo largo de todo el siglo XIX, la anamnesis de la Segunda Guerra Mundial en el último tercio del siglo XX, incluso de la Primera Guerra en los albores del siglo XX.

Como sucede respecto del acontecimiento, el tema del testimonio tampoco es específico de la historia contemporánea, siendo la historia un diálogo permanente entre los vivos y los muertos, y una manera, entre otras, de preservar el recuerdo de estos últimos. Además, antes de ser un "testigo", un actor de la historia, es fundamentalmente un sujeto a quien las circunstancias o

los requerimientos del historiador, el sociólogo, el antropólogo o simplemente un editor, convertirán en un testigo significativo. Por el contrario, no solo el diálogo con un muerto o con un vivo son de distinto orden, ni tampoco movilizan los mismos métodos o la misma ética, sino que además la historia del siglo XX presenció la creciente fuerza de una nueva figura del testigo, y de un género nuevo de testimonios relacionados con las catástrofes evocadas en este libro. Enseguida, la reflexión evolucionó hacia una reflexión acerca de la víctima y la victimización, figura central de la relación contemporánea con el pasado, no solo porque el sufrimiento ha dejado una marca duradera en la historia reciente, porque se trata del siglo traumático por excelencia, sino también porque nuestras sociedades respondieron a ello mediante políticas de reconocimiento, de reparación, especialmente materiales, que atribuyeron, a las diferentes categorías de víctimas, verdaderos estatus políticos, jurídicos y sociales: personas desplazadas, deportados políticos,"deportados raciales", víctimas de leyes antisemitas, expoliados, reclusos, miembros de la resistencia homologados, "Justos", víctimas de trabajos forzados, etc. La elaboración infinitamente compleja de estas categorías, tanto en el plano de los principios generales como respecto de su aplicación *intuiti personae* requirió, en la mayoría de los casos, de una experticia histórica para definir el derecho de acceder a ese estatus. Asimismo, la multiplicación de los procesos civiles o penales de reparación respecto de acontecimientos acaecidos, a veces, varias décadas antes, indujo la movilización de pericias de toda suerte, incluyendo las históricas respecto de hechos pasados. Desde ahí en adelante la relación entre actores de la historia e historiadores cambió de naturaleza. Se tensionó, y fue despertada por la vieja oposición entre experiencia y conocimiento. Por una parte, los actores erigidos en testigos pretendieron, a menudo de manera absolutamente inocente, hablar en nombre de toda una época, olvidando que su experiencia, incluso la más terrible e imborrable, fue limitada en el tiempo y en el espacio: haber sido deportado a Buchenwald no permite dar cuenta de la experiencia en Auschwitz. Por otra, a veces los historiadores han olvidado hasta qué punto el discurso histórico presenta proposiciones generales, a menudo muy complicadas de aplicar en casos particulares. De ahí la dificultad de hacer entrar a un acusado de carne y hueso en categorías filosóficas o históricas, como luego de los procesos de Adolf Eichmann o Maurice Papon. De hecho, la oposición tampoco fue tan simple, puesto que testigos, como en Francia, Daniel Cordier, el antiguo secretario de Jean Moulin, quien se convirtió en su biógrafo, se alistó sin ambigüedad entre los historiadores más suspicaces respecto de los testimonios. Mientras que el mundo universitario se escindió, una parte desarrollando una verdadera ideología del testimonio que magnifica al testigo y a la víctima, sacraliza su discurso, hace

alarde de una falsa humildad respecto de ellos, con la cual enmascara, desde mi punto de vista, un populismo científico cuyo objetivo no es, como en los otros populismos, el deseo de defender la causa de los "olvidados de la Historia", sino, de manera más o menos consciente, el de hablar –en voz alta– en lugar de ellos. De hecho, así lo testimonia la violencia de las observaciones durante algunas debates historiográficos recientes, especialmente en Francia, acerca de la actitud de los combatientes de la Gran Guerra, acerca de la heroización de la Resistencia, respecto de la magnitud de la cuestión colonial y su vínculo con el tema de la inmigración. No solo rechazo esta ideología que, por una parte, se muestra como el ícono representativo de una radicalidad ideológica que perdió sus tradicionales referencias históricas y busca a los nuevos condenados de la tierra, sino que pienso que el verdadero respeto que el historiador debe al testigo, o más bien una vez más, al actor de la historia, es considerarlo en un encuentro cara a cara, en un diálogo amigable o polémico, que no impide en lo absoluto respetar lo que él fue en el pasado, pero dejando entera libertad para criticar sus interpretaciones de la historia, incluyendo la propia historia del testigo.

Del testigo y de la víctima pasamos naturalmente a la *memoria*, la palabra fetiche de fines del siglo XX. Una vez más, toda historia contemporánea es desde luego confrontada con los recuerdos de los actores, a una memoria viva que puede o no expresarse públicamente y que compite con el discurso académico. Sin embargo, la naturaleza de la memoria de la cual hablamos aquí, como ya lo vimos, fue otra, al punto que pudimos hablar en el último tercio del siglo XX de una "edad de la memoria", consecuencia inevitable del siglo de los grandes traumatismos. El historiador del tiempo presente se vio confrontado, un poco más que el resto, al despliegue incontrolado de esta noción que terminó por subsumir todas las otras formas habituales de relación con el pasado –la historia, la tradición, la herencia, el mito y la leyenda. Se dedicó entonces particularmente a una historia de los usos y la presencia del pasado reciente, ejemplo bastante esclarecedor de la manera de tomar distancia respecto de un reto del presente. No obstante, hay que insistir en el hecho que los trabajos de los historiadores sobre la memoria, todos los cuales son más o menos tributarios del espíritu de su época y de una preocupación por sus contemporáneos, se inscribieron en varias direcciones diferentes, las cuales no tenían las mismas implicaciones. Si dejo de lado la más antigua, aquella que redescubre la noción de memoria gracias a la historia oral, por lo tanto del testimonio solicitado, que se desarrolló, como lo vimos con anterioridad, después de 1945 con las grandes campañas de entrevistas a los veteranos norteamericanos de la Segunda Guerra Mundial, o en los años 1970 con las recopilaciones dedicadas a la memo-

ria obrera inglesa (Paul Thompson), a la memoria de las mujeres (Luisa Passerini), o incluso a la memoria de los protestantes franceses (Phillipe Joutard). No cabe duda que entre las líneas más exitosas de las tres últimas décadas destaca la de los "lugares de memoria", por un lado, y aquella de las "memorias traumáticas" por el otro. La primera, inspirada en la iniciativa editorial que Pierre Nora dedicó a Francia y que inspiró obras similares en Alemania, Italia, Rusia, Holanda y Luxemburgo. Este enfoque da cuenta, sobre todo, de una reescritura en segundo grado de la historia nacional. Ella ofreció una mirada analítica sobre el patrimonio material e inmaterial de cada uno de los países cuyo inventario se extendió considerablemente a todo cuanto pudo constituir el soporte de un imaginario y un carácter nacional propios, en uno u otro momento. Esta manera de considerar la historia de la memoria se inscribe esencialmente en el registro de la positividad, es decir, considera al pasado más bien como forma de una permanencia de comportamientos, de tradiciones, de hábitos de pensamiento que fundan una identidad nacional, en la cual los ciudadanos del país considerado pueden reconocerse y extraer elementos. Ella no concierne solo a la historia reciente, ni mucho menos, sino que se sitúa, a imagen del modelo original de Pierre Nora, en una larga duración que corresponde cual más cual menos con la aparición del sentimiento nacional.

La segunda línea trata sobre el estudio de episodios traumáticos del pasado reciente, a menudo ausentes en la problemática de los lugares de memoria, excepto aquellos concernientes a Alemania –de hecho, a menudo se ha hecho notar que las dos principales querellas memoriales francesas, es decir, la de Vichy y la de Argelia, no figuraron en los siete volúmenes dirigidos por Pierre Nora, publicados entre 1984 y 1992, en el momento mismo en que surgían en el espacio público[315]. Sean cuales sean las razones de aquello, su ausencia subraya la diferencia con la corriente que tuvo una dedicación, a veces excesiva, a la historia de los "crímenes humanos" del siglo XX: las dos guerras mundiales, los genocidios, el colonialismo, los sistemas totalitarios cuyas secuelas posteriores y efectos retardados se instalaron como importantes temas de estudio al mismo tiempo que se imponía una nueva historia del tiempo presente. Esta segunda línea acompañó, incluso estructuró este nuevo campo historiográfico que se desarrolló un poco por doquier en el mundo y que se inscribió, desde un comienzo, en el registró de la negatividad: se trata de una historia esencialmente confrontada con el duelo, la pérdida, el resentimiento, la imposible reparación,

[315] Para iniciar una explicación, al menos circunstancial, véase Dosse François, *Pierre Nora, op. cit.*

las exigencias a las que los historiadores, sociólogos u otros profesionales dedicados a este campo no podían realmente responder. Esta historia se vio acorralada, y en respuesta generó conflictos, incluso una forma de violencia que muestra hasta qué punto los observadores lejanos fueron probable o incluso seguramente confrontados con los efectos retardados de la violencia original de los acontecimientos que estudiaban. Si la iniciativa de Pierre Nora y de sus imitadores se inclinó del lado de las terapias del comportamiento que ordenan al paciente a "positivar" su historia, la otra posición, por el contrario, se ubicó en el horizonte de la terapia analítica –pero yo no sabría decir si en lugar del analista o del paciente–, aquella que intenta historizar el traumatismo al reconstruir su evolución después del shock, poniendo palabras sobre las heridas, haciendo del discurso del historiador no un recurso identitario, sino una instancia simbólica susceptible de contrapesar el imaginario de una identidad basada en la victimización que lo invade todo.

La demanda social decanta de lo anterior, pues los historiadores se vieron confrontados a expectativas de un nuevo tipo, provenientes de una sociedad presa de profundos cuestionamientos respecto del pasado reciente. En sí mismo, el término señala un problema al que se enfrentan todas las ciencias sociales, es decir, las expectativas más o menos explícitas, susceptibles de ser traducidas en investigaciones, y cuya iniciativa surge fuera del medio académico. La demanda social no equivale a la experticia, otra novedad que involucró a los historiadores en general, y en particular a aquellos del tiempo presente. La experticia indica una parte de la demanda social que moviliza conocimientos al servicio de una acción, pública o privada, y que por lo tanto no solo tiene como finalidad la comprensión de lo real, sino la voluntad de cambiarlo. En consecuencia, no hay "experticia" si no existe antes un campo de acción bien definido, y cuyos actores expresen clara e implícitamente una expectativa, como sucede en el caso de un proceso judicial. No ocurre lo mismo con la demanda social que puede derivar solamente de la imaginación del investigador, interpretando el contexto que lo rodea. Estas nociones forman parte de la epistemología de las ciencias sociales, e incluso de las ciencias en general desde hace muchísimo tiempo. El intenso debate a propósito del tema de la experticia del historiador indica una redefinición en curso de las relaciones entre el poder, el saber y la sociedad. Se inscribe en una transición que vio cómo se activaba una transferencia de influencia desde los "intelectuales" tradicionales, los legisladores como los nombra Zygmunt Bauman –aquellos que intentan guiar al mundo–, hacia los "intérpretes", los "intelectuales específicos", para emplear una terminología de Michel Foucault, por lo tanto los expertos, que más bien tratan de comprenderlo,

a veces con el riesgo de una pérdida de autonomía[316]. Si el historiador también se transformó en un "experto" es porque la historia misma, y singularmente la historia reciente, se convirtió en un campo de experticia, un campo de acción donde ciertos actores sociales pretendían actuar retrospectivamente el pasado.

El último elemento de esta configuración se inscribe en la misma coyuntura. Se trata de la reciente y relativamente inédita tendencia a hacer del pasado un objeto de derecho. Un ámbito donde intervienen tanto el legislador como el juez. Esta judicialización (de judicial) ["juridización" (de jurídico) de la historia se inscribe por cierto en un movimiento general de las sociedades contemporáneas que demandan al derecho y a la justicia intervenir cada vez más en ámbitos donde, en el pasado, su acción era excepcional. En el caso de la historia revistió una especial importancia: por la multiplicación de las decisiones respecto del trabajo de los historiadores, particularmente en el tema de la difamación de actores vivientes del pasado; por el papel que los estudios académicos y los investigadores jugaron en la definición e implementación de nuevos conceptos de incriminación, como los crímenes contra la humanidad; en ser parte activa en la búsqueda de responsabilidades penales, administrativas o civiles de los grandes crímenes en masa, hasta su participación como expertos o testigos en los grandes procesos criminales de la guerra, en Alemania, Israel o Francia; y por último, por la emergencia de una forma inédita de interpretación del pasado que utiliza la ley como instrumento normativo para definir retroactivamente los acontecimientos del pasado. Por ejemplo, los dispositivos que reprimen el negacionismo o incluso, lo que se llamó en Francia las "leyes memoriales", es decir, la toma de posición oficial del legislador acerca de episodios históricos más o menos recientes (la Guerra de Argelia, el colonialismo, el genocidio armenio o la trata de esclavos). Esta tendencia constituye una de la traducciones políticas y sociales más impactantes de lo descrito a lo largo de esta obra: el peso del pasado trágico en nuestras sociedades, la voluntad de repararlo en nombre de una concepción virtuosa de la memoria, del testigo y de la víctima; el cambio de estatus social del historiador, la particularidad de la historia del tiempo presente, esta última especialmente afectada por esta intrusión del derecho y de la justicia en la lectura del pasado.

Una pregunta contingente y un reproche que se escucha en ocasiones: la historia del tiempo presente ¿ha contribuido a acentuar el actual corte entre

[316] Foucault Michel. "La fonction politique de l'intellectuel", *Politique-Hebdo*, 29 noviembre de 1976, incluido en *Dits et écrits 1954-1988*, tomo III, *1976-1979*, ed. de Daniel Defert y François Ewald con la colaboración de Jacques Lagrange, París, Gallimard, col. Bibliothèque des Sciences humaines, 1994, pp. 109-114. Bauman Zygmunt, *La Décadence des intellectuels. Des législateurs aux interprètes*, París, Chambon/Actes Sud, 2007.

pasado y presente? ¿Ella alentó el presentismo ambiente mediante una focalización desmesurada en el presente, desconociendo los vínculos dialécticos existentes entre los dos *en todo momento* en la historia? A lo largo de este trabajo intenté mostrar que, en sus premisas epistemológicas, como en sus realizaciones efectivas, la historia del tiempo presente había, por el contrario, atenuado este corte tal y como puede perfilarse en el espacio público y en las representaciones del sentido común. Por una parte, esta historiografía forjó sus herramientas teóricas en los años 1920-1930, precisamente cuando este corte, nacido con la Revolución Francesa y formalizado por los positivistas alemanes y después franceses, es atacado frontalmente tanto por la Escuela de los *Annales* como por defensores de una nueva historia contemporánea. Las definiciones mismas de esta forma historiográfica, aun cuando infieren singularidades de método o de posición, se basan en la idea de que lo contemporáneo pertenece a la historia al igual que cualquier otro periodo, y en consecuencia entra directamente en el campo de observación del historiador, de igual modo como lo está en el de las ciencias sociales. Por lo tanto, aquí la ausencia de corte constituye una condición previa. Por otra parte, debido a razones coyunturales, la historia del tiempo presente de estas últimas décadas ha sido algo más sensible a los temas de memoria que las anteriores, es decir, a una de las formas de la presencia del pasado en nuestra época. No obstante, estudiar la memoria, sus relaciones con otras formas de representación o de narración del pasado, entre estas la historia erudita, es por definición considerar el fuerte vínculo que existe entre el presente y el pasado, y no solo el reciente.

Tanto a causa de la particular coyuntura de fines del siglo XX como de los rasgos constantes de toda contemporaneidad, el historiador del tiempo presente ha debido encargarse de un doble movimiento que ocurre ante sus ojos: por una parte, llevar el presente al pasado, y por otra, llevar el pasado al presente. No se trata aquí de un juego retórico, sino de una cuestión esencial que se plantea a todos los historiadores de lo contemporáneo, sin por ello ser de su exclusividad[317].

El *llevar el presente al pasado*, trata simplemente del momento en que un acontecimiento, un proceso, un actor del presente se cambia radicalmente a

[317] Retomo acá una hipótesis formulada hace algunos años en el marco de una reflexión sobre el patrimonio: "Introduction", en Rousso Henry (dir.), *Le Regard de l'histoire. L'émergence et l'évolution de la notion de patrimoine au cours du XXe siècle en France*, Actes des Entretiens du Patrimoine 2001, París, Fayard/Monum. Éditions du Patrimoine, 2003. Este texto fue incluido en Auzas Vincent y Jewsiewicki Bogumil (dir.), *Traumatisme collectif pour patrimoine. Regards sur un mouvement transnational*, Quebec, Les Presses de l'Université Laval, 2008, pp. 13-21.

otro registro temporal. Este paso, en sí mismo, puede constituir un acontecimiento brusco y notorio, como cuando tiene lugar una acción de carácter memorable o luego de la desaparición de una figura de primera línea. Entonces diremos que la acción o el personaje, desde ese momento, pertenece a la Historia, término que significa una forma de inmortalidad, una presencia eterna en los relatos colectivos del presente y del futuro. En esta una acepción corriente, "entrar en la Historia" significa escapar del olvido, alcanzar un eterno presente, inscribirse en la memoria. Sin embargo, se trata de un fenómeno bastante excepcional que concierne a algunos acontecimientos o a ciertas figuras que pudieren adquirir un carácter ejemplar. En la mayoría de los casos el paso del presente al pasado se hace de manera fluida, por deslizamientos a menudo casi imperceptibles. A excepción de las transiciones violentas, una guerra o una revolución, donde pasamos de una época a otra sin darnos cuenta inmediatamente, sin advertir que una generación se apagó poco a poco y que otra la reemplazó. De hecho, en gran medida, más que constituir un elemento objetivo, este paso no es más que una representación del tiempo. Entrar en la Historia puede significar entonces una forma de olvido relativo o definitivo; una manera de dejar el mundo, como la expresión norteamericana "I'm history" "soy historia" o "ya no estoy en el juego", que indica una forma de obsolescencia. Lejos de ser banal, este paso del presente al pasado reviste para el historiador una importancia crucial, porque no solo lo atraviesa como todos, sino que adopta su misión que consiste en detectarlo, analizarlo, perfilar sus desafíos, incluso se trata de lo propio de una historia que se considera de su época, aquella que debe tomar en cuenta el tiempo que pasa frente a sus ojos. Y si por casualidad cae en la tentación de desviar la mirada, no faltará quienes estén ahí para llamarlo al orden.

> Nosotros, los últimos sobrevivientes del Holocausto, desaparecemos uno tras otro. Pronto la Historia comenzará a hablar, en el mejor de los casos, con la voz impersonal de los investigadores y los novelistas. En el peor de los casos, con la de los negacionistas, los falsificadores y los demagogos. El Día Internacional de Conmemoración de las Víctimas del Holocausto es un vínculo vital en la transmisión de nuestra trágica herencia. Si fracasamos en darle colectiva y apropiadamente el lugar que le corresponde en la memoria y en la educación, en el corazón de los valores fundamentales de todas las creencias, espirituales o seculares, las fuerzas de las tinieblas podrían nuevamente acecharnos[318].

[318] Pisar Samuel. "Auschwitz parle encore aux juifs et aux musulmans", *Le Monde*, 28 de enero de 2012, con ocasión del Día Internacional de Conmemoración en Memoria de las Víctimas del Holocausto.

Así se expresaba recientemente Samuel Pisar, un sobreviviente de Auschwitz que prestó testimonio, especialmente en el proceso de Klaus Barbie, en 1987. Esta posición es notable por cuanto enfrenta, por una parte, la experiencia del testigo y la conmemoración, entendida como una comunión emocional en torno de un recuerdo del acontecimiento, y, por otra, toda otra forma de representación del pasado, histórica o novelesca, casi sugiriendo que estás últimas no distan en lo absoluto del negacionismo. Según este punto de vista, la transmisión de la información del actor al investigador es vivida como una pérdida, casi como una injusticia. Si bien se trata de una observación radical, expresa un sentimiento muy extendido entre los antiguos deportados, ex combatientes, y todos quienes han sobrevivido a experiencias extremas. No obstante, la idea que la desaparición de los últimos sobrevivientes cambia la percepción de un acontecimiento, y deja todo el espacio a los historiadores para ejercer el monopolio al cual tanto aspiran, no data del momento en que los sobrevivientes se hicieron cada vez más escasos por causa de la edad. Es una idea muy antigua: fui personalmente cuestionado acerca de este tema, prácticamente desde mis primeros escritos, a fines de los años 1970; una experiencia que ha vivido todo historiador que trabaja sobre acontecimientos sensibles. Ella no expresa, por tanto, un fenómeno coyuntural, vinculado con una situación biológica, sino una percepción del tiempo vinculada tanto a la experiencia extrema, la deportación, la tortura, por lo tanto al pasado vivido, como a la manera en la que nuestras sociedades entienden la relación entre el presente y el pasado. Tras la Shoah, el paso del presente al pasado tomó una dimensión particularmente problemática, enfrentando a los historiadores a dilemas de una intensidad inédita. Escribir esta historia, una vez más, daba cuenta, por una parte, de una necesidad imperiosa, y por otra, de una imposibilidad absoluta. La necesidad fue asumida desde el final de la guerra tanto por los sobrevivientes como por los profesionales, sin excluirse unos a otros, permitiendo incluso la eclosión de una nueva historia del tiempo presente. Por el contrario, la imposibilidad, esta vez, no era la objeción metódica de una falta de distanciamiento, por lo tanto de una imposibilidad relativa, sino más bien de una imposibilidad radical: *escribir la historia de la Shoah era, de alguna manera, matar el recuerdo*, la posición de un Samuel Pisar, pero también de un Claude Lanzmann, sin duda –este último– por razones menos desprovistas de consideraciones narcisistas.

Estos posicionamientos no impidieron, en lo absoluto, la eclosión de una historiografía de la Shoah, sin duda una de las más diversificadas y sofisticadas en el campo de la historia contemporánea. Sin embargo, estas preguntas y temores jugaron un rol fundamental en la manera de escribir esta historia y, en consecuencia, en la manera de concebir cualquier historia del tiempo presente confrontada a lo trágico. Además, ellas son emblemáticas respecto de la dificul-

tad de imponer una distancia histórica mientras los actores aún están vivos, y con mayor razón si se trata de sobrevivientes. Esta historiografía muestra hasta qué punto el paso entre el presente y el pasado, entre la memoria y la historia, entre la verdad de una experiencia vivida y la de un conocimiento elaborado, puede ser íntimamente sentida como un duelo, casi una muerte por anticipación. No obstante, la idea misma de un paso tan nítido entre presente y pasado refleja una ilusión. Muchos ex deportados han vivido lo suficiente como para ver desaparecer prematuramente a muchos historiadores de la Shoah, al tener la sucesión de las generaciones un valor general que, desgraciadamente no se aplica siempre a situaciones particulares. Asimismo, muchos historiadores, por motivos personales, se sienten más interesados en acontecimientos históricos que algunos ex sobrevivientes o actores que decidieron dar vuelta la página por razones personales. Confrontar a los "historiadores" con los "testigos" deriva, por lo tanto, de una construcción a veces superficial. Por el contrario, la expresión pública y repetida de esta oposición ilustra la dificultad de pensar en este paso. Ello ocurre como si fuese necesario detener el tiempo, prevenir la alteridad del olvido e intentar mantener vivo, tanto como sea posible, un presente que no es sino recuerdo de un pasado ya viejo de 70 años.

Este paso del presente al pasado también puede, en algunos casos, ratificar el fracaso de hacer surgir, en la acción, una verdad necesaria y volver a comenzar en un futuro cercano, esperando que el historiador pueda cumplir con una misión que el contemporáneo no pudo concretar. Recientemente, el senador italiano de izquierda Luciano Violante, ex presidente de la Comisión anti Mafia y ex presidente de la Cámara de Diputados, comentando con amargura la absolución definitiva, el 14 de abril de 2012, de todos los inculpados en el proceso por el atentado de Brescia del 28 de mayo de 1974, atribuido a la extrema derecha, y que dejó ocho muertos y un centenar de heridos, consideró que la palabra debía desde entonces "pasar a los historiadores". Desprovistos de la necesidad de entregar pruebas formales e individuales, estos podrán, en un futuro más o menos cercano, leer de manera diferente los documentos y decir lo que la justicia italiana no pudo decir. El historiador se encuentra de antemano convocado para transmitir la información y para decir una verdad que la justicia no pudo formular –a pesar de varias décadas de proceso judicial–, siguiendo la más pura tradición del "tribunal íntegro y terrible", del cual habla D'Alembert[319].

[319] Cf. *Le Monde*, 18 de abril de 2012. Agradezco a Anne Pérotin-Dumon por haberme dado a conocer este artículo en el marco de un seminario que conduje en el IHTP en 2011-2012 acerca de las relaciones entre historia y justicia.

Detrás de su aparente banalidad, el paso del presente al pasado constituye en realidad uno de los problemas más punzantes de la historia del tiempo presente durante estas últimas décadas. Es así como dio lugar a numerosas controversias, como la que confrontó, en los años 1980, al historiador alemán Martin Broszat, director del *Institut für Zeitgeschichte* de Munich, proveniente de la "generación de las Juventudes Hitlerianas", líder de la escuela llamada "funcionalista" de la interpretación del nazismo, con el historiador israelí Saul Friedländer, un sobreviviente que se transformó en una de las eminencias mundiales del tema. Sin reabrir un dosier que hizo correr mucha tinta, recordemos simplemente que la controversia se originó con la publicación de un artículo de Martin Broszat titulado "Alegato en favor de la historización del nacional-socialismo", donde pide que el nazismo sea tratado como un objeto de historia entre otros, abogando por un distanciamiento no moralizante, y sobre todo menos rígido, proponiendo otros paradigmas fuera del enfoque ideológico[320]. En apariencia neutro, el término "historización" escondía no pocas ambigüedades, como lo reveló su detractor. Apuntando a los riesgos de esta iniciativa, Saul Friedländer se preguntaba acerca de la noción de distancia en el tratamiento de un tema así. Al comentar respecto incluso de los límites de una historia del tiempo presente, sostenía:

> Por mi parte, considero que este pasado está aún demasiado presente para que los historiadores contemporáneos puedan estar en condiciones de tomar conciencia fácilmente acerca de los presupuestos y de los *a priori* que están en juego –en particular los historiadores alemanes o judíos que vivieron bajo el nazismo, e incluso su segunda o tercera generación. Podemos suponer que, muy frecuentemente, el historiador que aborda la era nazi no comprende del todo ni sobre qué base específica, ni a partir de qué móviles específicos, ni el interior de cual contexto específico desea trabajar sobre este periodo. Por lo tanto, todo análisis histórico debe basarse imperativamente en un proceso de reflexión sobre sí mismo, porque solo de esa manera el historiador puede permanecer consciente –a pesar del sentimiento de objetividad que puede sentir– de que es él y solo

320 Cf. Broszat Martin. "Plädoyer für eine Historisierung des Nationalsozialismus", *Merkur*, mayo de 1985, pp. 373-385, y la respuesta de Saul Friedländer, "Réflexions sur l'historisation du national-socialisme", *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, octubre-diciembre de 1987, pp. 43-54. Véase igualmente la correspondencia publicada entre ambos historiadores: Martin Broszat y Saul Friedländer, "A Controversy about the Historicization of National Socialism", *New German Critique*, 44, número especial sobre el *Historikerstreit*, primavera-verano de 1988, pp. 85-126. El artículo de Martin Broszat, así como su correspondencia con Saul Friedländer, están disponibles en francés: *Bulletin trimestriel de la Fondation Auschwitz* (Bruselas), 24, abril-septiembre de 1990, pp. 27-86.

> él quien elige el enfoque, determina el método y organiza el material en función de tal o cual programa. Lo que es verdad para todo escrito histórico resulta decisivo para el estudio de este periodo. Escribir acerca del nazismo no es escribir sobre la Francia del siglo XVI: la idea de historización, como la analizamos aquí, descansa sobre la hipótesis, a mi parecer equivocada, según la cual, cuarenta años después del fin del Tercer Reich, el nazismo podría ser tratado, más o menos, de la misma manera que la Francia del siglo XVI[321].

Lo más notable de esta controversia fue que resultó casi imposible decidir a favor de uno o de otro protagonista. La posición de Martin Broszat y su escuela de pensamiento demostró ser de gran riqueza porque no solo "desbloqueó" la historia del nazismo, sino que también hizo pensar respecto de cómo tratar la historia de todos los sistemas criminales cuyo recuerdo aún está fresco. Por ejemplo, en Francia, se utilizó para la historia de la Ocupación desde una perspectiva menos determinada por las explicaciones políticas e ideológicas[322]. La posición de Saul Friedländer permitió percibir los riesgos que había, a pesar de todo, de "pasar" demasiado rápido del presente al pasado, de enfriar los objetos, de desconocer los retos morales y éticos presentes en la construcción de una problemática de la historia. Frente a una posible desviación cientificista, ante la cual los historiadores pueden sucumbir fácilmente, Saul Friedländer nos recuerda que una subjetividad controlada, nutrida de reflexividad, de trabajo sobre sí mismo y su profesión, eran las únicas garantías de lograr una escritura de la historia que pueda conciliar espíritu crítico y responsabilidad. Ambos historiadores, a su manera, mostraron el rol decisivo de los discursos y escritos académicos sobre el paso del presente al pasado, del cual los historiadores no son testigos pasivos sino activos protagonistas –de ahí el temor que provocan y los ataques de los que en ocasiones pueden ser objeto. Podríamos agregar que están lejos de ser los únicos: los sobrevivientes, los escritores, los artistas, todo lector apasionado por la historia o todo espectador de una conmemoración, participan también en esta "historización" de la cual dudamos o denunciamos sus efectos por anticipado. La historización, a veces identificada como "memorialización", es en sí un fenómeno social de naturaleza general, dado que cada colectividad tiene su manera de registrar el tiempo presente en una narración perenne.

321 Friedländer Saul. "Réflexions sur l'historisation du national-socialisme", *op. cit.*, p. 52.

322 Bédarida François y Azéma Jean-Pierre (dir., con Denis Peschanski y Henry Rousso). *Le Régime de Vichy et les Français*, Paris, Fayard/IHTP, 1992.

Por último queda una pregunta acerca de "este pasado demasiado presente". ¿Resultó también tan presente entre 1945 y 1987? En otros trabajos expliqué que la memoria de ese periodo había conocido, por el contrario, fases diferentes de presencia y de ausencia. No obstante, al momento de esta controversia, el recuerdo de la Shoah alcanzó un punto intermedio de estabilidad, sobre todo con el estreno de la película *Shoah* (de Claude Lanzmann) y el cuadragésimo aniversario de la caída del Tercer Reich o incluso el proceso judicial contra Klaus Barbie en Francia, en 1987.

Esta anamnesis constituye literalmente *la instalación del pasado en el presente*, un proceso de rememoración inverso al de la historización. ¿En ese momento, la era nazi era un periodo que aún pertenecía al presente o, por el contrario, un pasado que regresaba al presente? Podríamos razonar de la misma manera respecto de otros ejemplos históricos. Lo importante aquí es la existencia de un shock entre dos tendencias contrarias, en el medio de las cuales se encuentra el historiador del tiempo presente. Ya no se trata de aprehender un movimiento lineal, de comprender una historia en curso, sino de combatir en dos frentes: el de la historia y el de la memoria, aquel de un presente que no deseamos ver pasar y el de un pasado que regresa a atemorizar al presente. La diferencia entre uno y otro escapa en ocasiones a nuestra comprensión. La historia del tiempo presente contemporáneo nació y se desarrolló en esta incertidumbre y en esta inestabilidad. Al observar mi tiempo presente hoy, no veo ninguna razón para que ella no continúe por el mismo camino.

Agradecimientos

Este libro es resultado de un extenso periodo de reflexión, de ahí la imposibilidad de mencionar a todos quienes en determinado momento alimentaron este proceso. El IHTP ha sido siempre mi residencia intelectual y profesional, por eso mi primer agradecimiento es para François Bédarida, su fundador, quien partió prematuramente. A su memoria asocio las de Michael Pollak, Michel Trebitsch y Karel Bartosek, quienes también nos dejaron antes de tiempo. De la misma manera, desearía mencionar a Marianne Ranson, presente desde un comienzo, así como Robert Frank, Denis Peschanski, Jean-Pierre Rioux y Danièle Voldman, al recordar la época de la fundaciõn, junto con Jean Astruc, Gabrielle Muc, Anne-Marie Pathé y Éléonore Testa. Durante el proceso de redacción, estos últimos años, tuve el placer de interactuar a diario con Christian Ingrao, el actual director, Fabrice d'Almeida, Vincent Auzas, Alain Bancaud, Rémy Besson, Anne Boigeol, Olivier Büttner, Juliette Denis, Catherine Hass, Anne Kerlan, Anne Pérotin-Dumon, Malika Rahal y Fabien Théofilakis. Agradezco también su ayuda a Caroline Chanteloup, Valérie Hugonnard, Morgane Jouve, Nicolas Schmidt y Boris Videmann.

Quisiera reconocer la deuda muy particular que tengo con Christian Delage y Peter Schöttler por las muchas discusiones que sostuvimos respecto de la práctica de la historia, así como con Christian Delacroix, François Dosse y Patrick García –quien tuvo la gentileza de releer el manuscrito– cuyo seminario sobre historiografía representó una instancia trascendental en el proceso de reflexión de este libro.

También desearía mencionar el gran aporte que significaron los estrechos y constantes intercambios con mis amigos del Grupo europeo de investigación de la historia del tiempo presente (The Network for Contemporary History), del que soy coordinador en el CNRS: Peter Apor, Paolo Capuzzo, Martin Conway, Norbert Frei, John Horne, Constantin Iordachi, Michael Kopecek, Konrad Jarausch, Pieter Lagrou, Marie-Claire Lavabre, Thomas Lindenberger, Guillaume Mouralis, Peter Romijn, Mariuccia Salvati y Dariusz Stola.

Asimismo, querría nombrar a algunas personas que alimentaron directa o indirectamente este trabajo: en primer lugar, Stéphane Audoin-Rouzeau –quien también tuvo la gentileza de ser uno de los primeros en leerlo– y Anette Becker, con quien (junto a Nicole Edelman) animé un seminario en la Universidad de Nanterre, además de Marc Abelès, Ora Avni, Jean-Pierre

Azéma, François Azouvi, Omer Bartov, Leora Bilsky, Nathan Bracher, Bruno Chaouat, Myriam Chimènes, Jean-Marc Coicaud, Éric Conan, Olivier Dumoulin, Marc Ferro, Étienne François, Valeria Galimi, Antoine Garapon, Richard J. Golsan, François Hartog, Gerhard Hirschfeld, Bogumil Jewsiewicki, Alice Kaplan, Gerd Krumeich, Gérard Lenclud, Jocelyn Létourneau, Michael R. Marrus, Bertrand Muller, Pierre Nora y Peter Novick–amigo cercano y gran historiador recientemente fallecido–, Michel Offerlé, Pascal Ory, Robert O. Paxton, Philippe Petit, Krzysztof Pomian, Renée Poznanski, Philippe Roussin, Jean-François Sirinelli, Zeev Sternhell, Benjamin Stora, Susan Suleiman, Nicolas Werth y Eli Zaretski.

Mis más sinceros agradecimientos a François Hofstein, con quien pude contar para encontrar palabras para expresar el peso del pasado.

Por último, mi reconocimiento a Hélène, quien atravesó estoicamente la prueba de un trabajo que nunca acababa, y a Linda, porque el futuro es más que la ilusión de antaño.

Bibliografía

Esta bibliografía identifica las referencias citadas en el texto, así como una selección de lecturas que dan cuenta del ambiente intelectual en el que fue concebido el libro. Asimismo, pretende ser una herramienta de trabajo que se ha dividido en tres partes para simplificar la presentación: 1) Estudios históricos, historiográficos o epistemológicos generales, así como textos relativos a la filosofía de la historia o acerca de la historia; 2) Referencias en torno a la cuestión específica de la contemporaneidad, a la definición y a la práctica de una historia del tiempo presente, así como a títulos sobre la historia de los siglos XX y XXI, que han permitido situar el contexto de su surgimiento o bien qué rol en particular jugaron en su desarrollo, independientemente de su interés intrínseco; 3)Finalmente, una selección limitada de textos, dentro de una bibliografía internacional hoy considerable, sobre la cuestión del testimonio, de la memoria, del traumatismo y de los usos del pasado.

Pensar la Historia

"L'histoire anachronique", *Les Temps Modernes*, n° 410, septembre 1980.

AGAMBEN GIORGIO (2008). *Qu'est-ce que le contemporain?*, trad. fr. Maxime Rovere, París, Payot & Rivages, coll. Rivages poches. Petite bibliothèque (trad. cast.: *¿Qué es lo contemporáneo? y otros ensayos*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2008).

AÏT-TOUATU FRÉDÉRIQUE (2011). *Contes de la lune. Essai sur la fiction et la sciencemodernes*, París: Gallimard, col. NRF Essais.

APPLEBY JOYCE; HUNT LYNN, y JACOB MARGARET (1994). *Telling the Truth About History*, Nueva York: Norton. (trad. cast: *La verdad sobre la historia*, Santiago: Andrés Bello, 1999)

ARENDT HANNAH (1972). *La crise de la culture. Huit exercices de pensée politique*, París: Gallimard.

ARENDT HANNAH (1990). *La nature du totalitarisme*, París: Payot. (versión cast.: "La naturaleza del totalitarismo", en *Ensayos de comprensión, 1930-1945*, Madrid: Caparrós Editores, 2005).

_____ (1989). *Penser l'événement*, trad. fr. Claude Habib, París: Belin.

ARON RAYMOND (1964). *Dimensions de la conscience historique*, París: Plon (trad. cast.: *Dimensiones de la conciencia histórica*, México: Fondo de Cultura Económica, 1983).

ARON RAYMOND (1989). *Leçons sur l'histoire. Cours du Collège de France*, texto editado, presentado y anotado por Sylvie Mesure, París: Fallois (trad. cast.: *Lecciones sobre la historia. Cursos del Collège de France*, México: Fondo de Cultura Económica, 1996).

BARRET-KRIEGEL BLANDINE (1988). *Les historiens et la monarchie*, 4 vol., París: Presses Universitaires de France.

BAUMAN ZYGMUNT (2007). *La décadence des intellectuels. Des législateurs aux interprètes*, trad. fr. de Manuel Tricoteaux, París: Chambon/Actes Sud.

BENJAMIN WALTER (1940). *Sur le concept d'histoire [1940]*. Ver Löwy Michael; Benz Wolfgang; Haverkamp Alfred; Kocka Jürgen y Reinhard Folfgang (dir.). *Gebhardt: Handbuch der deutschen geschichte*, 24 vol., Stuttgart, Klett-Cotta, 2004-2012.

BERGER STEFAN (dir.) (2007). *Writing the Nation: A Global Perspective*, Nueva York: Palgrave Macmillan.

_____, DONOVAN MARK y PASSMORE KEVIN (dir.) (1999). *Writing national histories. Western Europe since 1800*, Nueva York: Routledge, *1999*.

BLOCH MARC (1997) *Apologie pour l'histoire*, préface de Jacques Le Goff, ed. de Étienne Bloch, París: Armand Colin. (trad. cast.: *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México: Fondo de Cultura Económica, 2001).[1re éd.: *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien*, 1949, prefacio de Lucien Febvre, "Comment se présentent les manuscrits de Métier d'historien". Traducción cast.: *Introducción a la historia*, México: Fondo de Cultura Económica, 1952].

_____ (1995). *Histoire et historiens*, textos compilados por Étienne Bloch, París: Armand Colin, 1995. (trad. cast. *Historia e historiadores*, Madrid: Akal, 1999).

BONNAUD ROBERT (1992). *Y a-t-il des tournants historiques mondiaux?*, París: Kimé.

BOURDÉ GUY y MARTIN HERVÉ (1990). *Les écoles historiques*, París: Éditions du Seuil, [1ª ed: 1983].

BOUTON CHRISTOPHE y BÉGOUT BRUCE (dir.) (2011). *Penser l'histoire. De Karl Marx aux siècles des catastrophes*, Paris: Éditions de l'Éclat.

BRAUDEL FERNAND (1997). *Les Ambitions de l'Histoire*, ed. de Roselyne de Ayala y Paule Braudel, prefacio de Maurice Aymard, París: Éditions de Fallois (trad. cast.: *Las ambiciones de la historia*, Barcelona: Crítica, 2002)

_____ (1990), *Écrits sur l'histoire*, París: Arthaud (trad. cast.: *Escritos sobre historia*, México: Fondo de Cultura Económica, 1991).

BURGUIÈRE ANDRÉ (dir.) (1986). *Dictionnaire des sciences historiques*, París: Presses Universitaires de France (trad. cast.: *Diccionario Akal de ciencias históricas*, Madrid: Akal, 1991).

_____ (2006). *L'École des Annales. Une histoire intellectuelle*, París: Odile Jacob (trad. cast.: *La escuela de los Annales. Una historia intelectual*, Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2009).

CARBONELL CHARLES-OLIVIER (1976). *Histoire et historiens. Une mutation idéologique des historiens français 1865-1885*, Toulouse: Privat.

_____ y WALCH JEAN (dir. avec Roland Marx et Laurent Cesari) (1994). *Les sciences historiques. De l'Antiquité à nos jours*, París: Larousse.

CARR EDWARD HALLETT (1961). *Qu'est-ce que l'histoire?* Conférences prononcées dans le cadre des "Georges Macaulay Trevelyan Lectures" à l'université de Cambridge, janvier-mars 1961, trad. fr. Maud Sissung, París: La Découverte, 1988 (trad. cast.: *Qué es la historia*, Barcelona: Ariel, 1983).

CERTEAU MICHEL DE (2002). *L'Écriture de l'histoire*, París: Gallimard, col. Bibliothèque des Histoires, 1975; reed. col. Folio Histoire, 2002. (trad. cast.: *La escritura de la historia*, México: Universidad Iberoamericana, 1999).

CHATEAUBRIAND FRANÇOIS-RENÉ DE (1999). *Mémoires d'Outre-tombe*, prefacio de Julien Gracq, introducción, notas y comentarios de Pierre Clarac, ed. revisada y corregida por Gérard Gengembre, París: LGF, col. Le Livre de Poche [1a ed.: Lieja, 1849] (trad. cast.: *Memorias de ultratumba*, Madrid: Alianza, 2005).

CHESNEAUX JEAN (1996). *Habiter le temps. Passé, présent, futur: esquisse d'un dialogue politique*, París: Bayard.

COLLINGWOOD ROBIN GEORGE (1966). *Essays in the Philosophy of History*, editado y presentado por William Debbins, Nueva York: McGraw-Hill (trad. cast.: *Ensayos sobre la filosofía de la historia*, Barcelona: Barral Editores, 1970).

CORNETTE JOËL; BIGET JEAN-LOUIS y ROUSSO HENRY (dir.) (2009-2012). Colección "Histoire de France", París: Belin [Geneviève Bührer- Thierry et Charles Mériaux, *La France avant la France (481-888)*; Florian Mazel, *Féodalité (888-1180*; Jean-Christophe Cassard, *L'âge d'or capétien (1180-1328)*; Boris Bove, *Le temps de la Guerre de Cent ans (1328-1453*; Philippe Hamon, *Les Renaissances (1453-1559)*; Nicolas Le Roux, *Les guerres de Religion (1559-1629)*; Hervé Drévillon, *Les Rois absolus (1630-1715)*; Pierre-Yves Beaurepaire, *La France des Lumières (1715-1789)*; Michel Biard, Philippe Bourdin y Silvia Marzagalli, *Révolution, Consulat, Empire (1789-1815)*; Sylvie Aprile, *La Révolution inachevée (1815-1870)*; Vincent Duclert, *La République imaginée (1870-1914)*; Nicolas Beaupré, *Les Grandes Guerres (1914-1945)*; Michelle Zancarini y Christian Delacroix, *La France du temps présent (1945-2005)*.]

CORREARD NICOLAS (2012). "L'hypothèse scientifique comme fabrique de la fiction: poétiques du discours astronomique au XVIIe siècle", *Acta Fabula*, dossier crítico "Écritures du savoir", <http://www.fabula. org/revue/document6947.php>.

CROCE BENEDETTO (1968). *Théorie et histoire de l'historiographie*, trad. fr. de Alain Dufour, París: Droz, 1968 [1ª ed. italiana: 1912-1913] (trad. cast.: *Teoría e historia de la historiografía*, Buenos Aires: Escuela, 1955).

D'ALEMBERT JEAN LE ROND (1821-1822). *Réflexions sur l'Histoire, lues à l'Académie Française dans la séance publique du 19 janvier 1761*, en *Œuvres complètes de d'Alembert*, París: A. Belin, 4 vol., tomo II, 1a parte, p. 1-10, <http://www.eliohs.unifi.it/testi/700/alemb/reflect.html>, *Electronic Library of Historiography*, enero de 2017.

DARBO-PESCHANSKI CATHERINE (2007). *L'Historia.Commencements grecs*, París: Gallimard, coll. Folio Essais.

DELACROIX CHRISTIAN; DOSSE FRANÇOIS y GARCIA PATRICK (2009). *Les courants historiques en France XIXe-XXe siècle*, ed. revisada y aumentada, París: Gallimard, col. Folio Histoire [1ª ed.: 1999].

_____ (dir.) (2009). *Historicités*, París: La Découverte (trad. cast.: *Historicidades*, Buenos Aires: Wladhuter editores, 2011).

_____ y OFFENSTADT NICOLAS (dir.) (2010). *Historiographies. Concepts et débats*, 2 vol., París: Gallimard, coll. Folio Histoire.

_____ y TREBITSCH, MICHEL (dir.) (2002). *Michel de Certeau. Les chemins d'histoire*, Bruselas/Paris: Complexe/Institut d'histoire du temps présent.

DESPOIX PHILIPPE y SCHÖTTLER PETER (dir.) (2006). *Kracauer, penseur de l'histoire*, Quebec/París: Presses de l'Université Laval/Presses de la Maison des sciences de l'homme.

DOSSE FRANÇOIS (1987). *L'Histoire en miettes. Des "Annales" à la "nouvelle histoire"*, París: La Découverte; Pocket, col. Agora, 1997 (trad. cast.: *La historia en migajas*, México: Universidad Iberoamericana, 2006).

_____ (2006). *Paul Ricœur, Michel de Certeau. L'histoire entre le dire et le faire*, París: L'Herne (trad. cast.: *Paul Ricoeur y Michel De Certeau. La historia: entre el decir y el hacer*, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2009).

DOSSE FRANÇOIS (2011). *Pierre Nora. Homo historicus*, París: Perrin.

_____ (2010). *Renaissance de l'événement. Un défi pour l'historien: entre sphinx et phénix*, París: Presses Universitaires de France.

DROYSEN JOHAN GUSTAV (2002). *Précis de théorie de l'histoire*, trad., presentación y notas de Alexandre Escudier, París: Cerf [1ª ed.: Iéna, 1858]

DUMOULIN OLIVIER (1992)."Histoire et historiens de droite", en Sirinelli, Jean-François (dir.), *Histoire des droites, tome II: Cultures*, París: Gallimard, col. NRF Essais, p. 327-398.

_____ (2003). *Le rôle social de l'historien. De la chaire au prétoire*, París: Albin Michel, 2003.

DUPUY JEAN-PIERRE (2002). *Pour un catastrophisme éclairé. Quand l'impossible est certain*, París: Éditions du Seuil.

EVANS RICHARD J. (1997). *In Defence of History*, Londres: Granta Books.

FARGE ARLETTE (1989). *Le goût de l'archive*, París: Éditions du Seuil (trad. cast.: *La atracción del archivo*, Valencia: Edicions Alfons el Magnànim, 1991).

FEBVRE LUCIEN (1992). *Combats pour l'histoire*, París: Armand Colin [1ª ed.: 1952] (trad. cast.: *Combates por la historia*, Barcelona: Planeta-Agostini, 1993).

_____(1920)."L'histoire dans le monde en ruines", *Revue de synthèse historique*, n° 30, t. IV, febrero-junio, p. 1-15.

FORCE PIERRE (1989). *L'herméneutique chez Pascal*, París: Vrin.

FOUCAULT MICHEL (1976-1979). "La fonction politique de l'intellectuel" (Politique-Hebdo, 29 noviembre 1976), en *Dits et écrits 1954-1988*, t. III, ed. Daniel Defert y François Ewald con Jacques Lagrange, París: Gallimard, col. Bibliothèque des Sciences humaines, 1994, pp. 109- 114.

_____ (1966). *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*, París: Gallimard, coll. Bibliothèque des Sciences humaines; reed. col. Tel, 1990 (trad. cast.: *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Buenos Aires: Siglo XXI, 1968).

FUSTEL DE COULANGES NUMA-DENYS (1875). "Leçon inaugurale en Sorbonne", en Hartog, François, *Le XIXe siècle et l'histoire. Le cas Fustel de Coulanges*, París: Presses Universitaires de France, 1988, pp. 341-342.

_____ (1893). *Questions d'histoire*, París: Hachette.

GAUCHET MARCEL (2005). *La condition historique. Entretiens avec François Azouvi et Sylvain Piron*, París: Gallimard, coll. Folio Essais. (trad. cast.: *La condición histórica*, Madrid: Trotta, 2005).

_____ (éd.) (2002). *Philosophie des sciences historiques. Le moment romantique*, París: Éditions du Seuil.

GOETZ HANS-WERNER (2000). "Historical consciousness and institutional concern in European medieval historiography (11th and 12th centuries)", 19e Congrès international des sciences historiques, Oslo, 6-13 agosto 2000, thème 3: "Les usages de l'histoire et la responsabilité de l'historien dans l'histoire", <http://www.oslo2000.uio.no/pro gram/papers/m3a/m3a-goetz.pdf>, consultado en marzo de 2011.

GOODY JACK (2010). *Le vol de l'histoire. Comment l'Europe a imposé le récit de son passé au reste du monde*, trad. fr. de Fabienne Durand-Bogaert, París: Gallimard, col. NRF Essais [1ª ed.: Cambridge University Press, 2007] (trad. cast.: *El robo de la historia*, Madrid: Akal, 2011).

GOULEMOT JEAN-MARIE (1996), *Le règne de l'histoire. Discours historiques et révolutions XVIIe-XVIIIe siècles*, París: Albin Michel.

GUENÉE BERNARD (1980). *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval*, París: Aubier-Montaigne.

HALPHEN LOUIS (1914). *L'Histoire en France depuis cent ans*, París: Armand Colin.

HARTOG FRANÇOIS (1988). *Le XIXe siècle et l'histoire. Le cas Fustel de Coulanges*, París: Presses Universitaires de France.

_____ (2005). *Évidence de l'histoire. Ce que voient les historiens*, París: Gallimard, col. Folio Histoire (trad. cast.: *Evidencia de la historia*, México: Universidad Iberoamericana, 2011).

_____ (éd.) (1999). *L'Histoire d'Homère à Augustin. Préfaces des historiens et textes sur l'histoire*, trad. fr. de Michel Casevitz, París: Éditions du Seuil.

_____ (2001). *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*, París: Gallimard, col. Folio Histoire (trad. cast.: *El Espejo de Heródoto. Ensayo sobre la representación del otro*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003).

_____ (2003). *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, París: Éditions du Seuil (trad. cast.: *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, México: Universidad Iberoamericana, 2007).

_____ y LENCLUD GERARD (1993). "Régimes d'historicité", en Alexandre Dutu y Norbert Dodille (dir.), *L'état des lieux en sciences sociales*, Institut français de Bucarest, París: L'Harmattan, pp. 18-38.

HERÓDOTO (1985 y 1990). *L'Enquête*, edición de Andrée Barguet, 2 vol., París: Gallimard, col. Folio classique. (versión cast.: *Los nueve libros de la Historia*, trad. Bartolomé Pou, Madrid: Edaf, 1989/2004).

HORACIO (2002). *Odes*, textos escogidos por François Villeneuve, introducción y notas de Odile Ricoux, París: Les Belles Lettres (versión cast.: *Odas*, introducción, traducción y notas de Alejandro Bekes, Buenos Aires: Losada, 2015).

HUMBOLDT WILHELM VON (1821). "On the Historian's task" ["Über die Aufgabe des Geschichtschreibers"], *History and Theory*, vol. 6, n° 1.

KOSELLECK REINHART (1997). "Le concept d'histoire", en *L'expérience de l'histoire*, edición y prefacio de Michael Werner, trad. fr. Alexandre

Escudier con Diane Meur, Marie-Claire y Jochen Hoock, París: École des hautes études en sciences sociales/Gallimard/Seuil, pp. 15-99 [1ª ed.: Stuttgart, 1975].

KOSELLECK REINHART (1990). *Le futur passé. Contribution à la sémantique des temps historiques*, trad. fr. Jochen y Marie-Claire Hoock, París: Éditions de l'École des hautes études en sciences sociales [1ª ed.: Francfort, 1979] (versión cast.: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona: Paidós, 1993).

KRACAUER SIEGFRIED (2006). *L'Histoire: des avant-dernières choses*, préface de Jacques Revel, trad. fr. Claude Orsoni, París: Stock (versión cast.: *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*, Buenos Aires: Las Cuarenta, 2010).

LANGLOIS CHARLES-VICTOR y SEIGNOBOS CHARLES (1992). *Introduction aux études historiques*, prefacio de Madeleine Rebérioux, París: Kimé [1ª ed.: 1897] (trad. cast.: *Introducción a los estudios históricos*. Buenos Aires: Editorial La Pléyade, 1972).

LAURENTIN EMMANUEL (dir.) (2010). *À quoi sert l'histoire aujourd'hui*, París: Bayard/France-Culture.

LAVISSE ERNEST (dir.) (1903-1911). *Histoire de France, depuis les origines jusqu'à la Révolution*, 18 vol., París: Hachette [reed.: París: Éditions des Équateurs, a partir de 2009].

_____ (dir.) (1920-1922). *Histoire de la France contemporaine depuis la Révolution jusqu'à la paix de 1919*, 9 vol., París: Hachette.

LE GOFF JACQUES (1977). *Pour un autre Moyen Âge. Temps, travail et culture en Occident: 18 essais*, París: Gallimard, coll. Bibliothèque des Histoires; reed. en *Un Autre Moyen Âge*, París: Gallimard, col. Quarto, 1999.

_____ (1996). *Saint Louis*, París: Gallimard, col. Bibliothèque des Histoires; reed. en *Héros du Moyen Âge, le saint et le roi*, París: Gallimard, col. Quarto, 2004.

_____; CHARTIER ROGER y REVEL JACQUES (dir.) (1978). *La nouvelle histoire*, París: Retz. (trad. cast.: *La nueva historia*, Bilbao: Mensajero, 1988).

_____ y NORA PIERRE (dir.) (1974). *Faire de l'histoire. Nouveaux problèmes, nouvelles approches, nouveaux objets*, 3 vol., coll. Bibliothèque des Histoires, París: Gallimard; reed. col. Folio Histoire, 2011 (trad. cast.: *Hacer la historia*, 3 vols., Barcelona: Editorial Laia, 1984-1986).

LEDUC JEAN (1999). *Les Historiens et le temps. Conceptions, problématiques, écritures*, París: Éditions du Seuil.

LENCLUD GERARD (2012). *La Culture, l'esprit. Anthropologie, histoire, psychologie*, París: Éditions de l'EHESS.

LENCLUD GERARD (2006). "Traversées dans le temps", *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 5, septiembre, p. 1053-1084.

LE ROY LADURIE EMMANUEL (1975). *Montaillou, village occitan de 1294 à 1324*, París: Gallimard, col. Bibliothëque des Histoires; nueva ed. 1982; reed. Folio Histoire, 1985. (trad. cast.: *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324*, Madrid: Ed. Taurus, 1981).

LETERRIER SOPHIE-ANNE (1997). *Le XIXe siëcle historien. Anthologie raisonnée*, París: Belin.

LÖWY MICHAEL (2001). *Walter Benjamin: Avertissement d'incendie. Une lecture des thëses "Sur le concept d'histoire"*, París: Presses Universitaires de France (trad. cast.: *Walter Benjamin: aviso de incendio. Una lectura de las tesis "Sobre el concepto de historia"*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2012).

LYOTARD JEAN-FRANÇOIS (1986). *Le postmoderne expliqué aux enfants*, París: Galilée (trad. cast.: *La posmodernidad (explicada a los niños)*, Barcelona: Ed. Gedisa, 1991).

MAQUIAVELO (1996). *Histoire de Florence*, en *Œuvres*, trad. y ed. de Christian Bec, París: Robert Laffont (versión cast.: *Historia de Florencia*, trad. de Fëlix Fernández Murga, Madrid: Alfaguara, 1979).

MALLARME STEPHANE (2003). *Divagations*, en *Igitur. Divagations. Un coup de dës*, ed. de Bertrand Marchal, París: Gallimard, col. Poësie/Gallimard [ed. original: 1897] (trad. cast.: *Prosa diversa /Correspondencia*, Lima: Fondo Editorial PUCP Pontificia Universidad Católica del Perú, 1998).

MARIN LOUIS (1997). *Pascal et Port-Royal*, compilación de Alain Cantillon et alii, París: Presses Universitaires de France, col. Bibliothëque du Collëge International de Philosophie.

MARROU HENRI-IRENEE (1954). *De la connaissance historique*, París: Éditions du Seuil (trad. cast.: *El conocimiento histórico*, Barcelona: Idea, 1999).

MERCIER LOUIS-SEBASTIEN (1773). *Du théâtre ou Nouvel essai sur l'art dramatique*, Amsterdam: E. van Harrevelt.

MOMIGLIANO ARNALDO (1992). *Les Fondations du savoir historique*, prólogo de Riccardo Di Donato, trad. fr. de Isabelle Rozenbaumas, París: Les Belles Lettres.

MOSES STEPHANE (1992). *L'Ange de l'Histoire. Rosenzweig, Benjamin, Scholem*, París: Éditions du Seuil (trad. cast.: *El ângel de la historia*. Madrid: Catedra, 1997).

NIETZSCHE FRIEDRICH (1990). *Considérations inactuelles I et II*, edición de Giorgio Colli y Mazzino Montinari, trad. fr. de Pierre Rusch, París: Gallimard (versión cast.: *Consideraciones intempestivas*, Buenos Aires: Alianza, 2002).

NOIRIEL GERARD (2005). *Sur la "crise" de l'histoire*, París: Gallimard, col. Folio Histoire [1ª ed.: 1996] (trad. cast.: *Sobre la crisis de la historia*, Madrid: Cátedra, 1997).

NORA PIERRE (dir.) (1987). *Essais d'ego-histoire*, París: Gallimard, col. Bibliothèque des Histoires.

_____ (dir.) (1984-1993). *Les lieux de mémoire*, 7 vol., París: Gallimard, col. Bibliothèque des Histoires.

NOVICK PETER, *That Noble Dream. The "Objectivity Question" and the American Historical Profession*, Cambridge: Cambridge University Press, 1988. (trad. cast.: *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, México: Editorial Mora, 1997).

PARAVICINI WERNER (2002). "Nietzsche et les sciences historiques. Autour de la Deuxième considération intempestive", *Francia*, Institut historique allemand de París, n° 29, 3, 2002, pp. 151-191.

PASCAL BLAISE (1963). *Pensées*, 436-628, en *Œuvres complètes*, prefacio de Henri Gouhier, presentación y notas de Louis Lafuma, París: Éditions du Seuil (trad. cast.: *Pensamientos*, Madrid: Cátedra, 2008).

PATOCKA JAN (2007). *Essais hérétiques. Sur la philosophie de l'Histoire*, prefacio de Paul Ricœur, postfacio de Roman Jacobson, trad. fr. de Erika Abrams, París: Verdier [1ª ed.: 1975] (versión cast.: *Ensayos heréticos sobre filosofía de la historia*, Madrid: Encuentro, 2016).

PLUMB JOHN H. (1969). *The death of the past*, Boston: Houghton Mifflin Co. (version cast.: *La muerte del pasado*, Barcelona: Barral Editores, 1974).

POLIBIO (2003). *Histoire*, edición bajo la dirección de François Hartog, texto traducido, presentado y anotado por Denis Roussel, París: Gallimard, col. Quarto (versión cast.: *Historias*, trad. y notas de M. Balasch Recort. Madrid: Editorial Gredos, 1983-1990).

POMIAN KRZYSZTOF (1984). *L'ordre du temps*, París: col. Bibliothèque des Histoires, Gallimard (versión cast.: *El orden del tiempo*, Gijón: Júcar, 1990).

_____ (1999). *Sur l'histoire*, París: Gallimard, col. Folio Histoire [en particular"L'histoire de la science et l'histoire de l'histoire", pp. 121-159, tomado de *Annales* ESC, n° 5, 1975] (versión cast.: *Sobre la historia*, Madrid: Cátedra, 2007).

PROST ANTOINE (2000). "Comment l'histoire fait-elle l'historien?", *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, n° 65, enero-marzo 2000, pp. 3-12.

_____ (1996). *Douze leçons sur l'histoire*, París: Éditions du Seuil (trad. cast.: *Doce lecciones sobre la historia*, Madrid: Cátedra, 2001).

RAULFF ULRICH (2005). *Marc Bloch. Un historien au XXe siècle*, trad. fr. Olivier Mannoni, París: Éditions de l'École des hautes études en sciences sociales [1ª ed.: Fráncfort: Fischer, 1995].

RICŒUR PAUL (1957). *Histoire et vérité*, París: Éditions du Seuil (trad. cast.: *Historia y verdad*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2015).

_____ (1983-1985). *Temps et récit*, 3 vol., París: Éditions du Seuil (trad. cast.: *Tiempo y narración*, 3 vol., México: Siglo XXI, 1995-1996).

RÜSEN JÖRN (dir.) (2006). *Meaning and representation in History*, New York: Berghahn Books.

_____(2005) *History. Narration, interpretation, orientation*, Nueva York, Berghahn Books.

SEIGNOBOS CHARLES (1909), *La Méthode historique appliquée aux sciences sociales*, París: Felix Alcan (trad. cast.: *El método histórico aplicado a las ciencias sociales*, Madrid: Daniel Jorro, 1923).

SEIXAS PETER (dir.) (2004). *Theorizing historical consciousness*, Toronto: University of Toronto Press.

SEMPRÚN JORGE (1997). *Mal et modernité*, París: Éditions du Seuil. (versión cast.: "Mal y modernidad", en *Claves de razón práctica*, N° 9, 1991, págs. 2-17).

TUCÍDIDES (2000). *La Guerre du Péloponnèse*, prefacio de Pierre Vidal-Naquet, edición y trad. de Denis Roussel, París: Gallimard, col. Folio classique [1ª ed.: 1964] (versión cast.: *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Madrid: Gredos, 1990-1992).

TODOROV TZVETAN (2002). *Devoirs et délices. Une vie de passeur. Entretiens avec Catherine Portevin*, París: Éditions du Seuil (trad. cast.: *Deberes y delicias. Una vida entre fronteras. Entrevistas con Catherine Portevin*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003).

_____ (2010). *Le siècle des totalitarismes*, París: Robert Laffont [incluye particularmente *Face à l'extrême* (Éditions du Seuil, 1991) y *Mémoire du mal, tentation du bien* (Robert Laffont, 2000)].

VEYNE, PAUL (1971). *Comment on écrit l'histoire*, París: Éditions du Seuil (trad. cast.: *Cómo se escribe la historia*, Madrid: Alianza, 1984).

VOLTAIRE (1996). *La Philosophie de l'histoire*, prefacio de Catherine Volpilhac-Auger, Ginebra: Slatkine (trad. cast.: *Filosofía de la historia*, Madrid: Tecnos, 1990).

Pensar la Contemporaneidad

"At the Crossroads of Past and Present. 'Contemporary' History and the Historical Discipline", *Journal of Contemporary History*, 46, 3, julio de 2011.

"Aus Politik und Zeitgeschichte", *Das Parlament*, vol. 51-52, diciembre de 2002, pp. 3-54.

"Bilan et perspectives de l'histoire immédiate", *Cahiers d'histoire immédiate*, n° 30-31, otoño 2006-primavera 2007.

"Historians on the Twentieth Century", *Journal of Contemporary History*, vol. 2, n° 1, enero de 1967.

"L'histoire au temps présent", *Documents. La revue des questions allemandes*, n° 4, septiembre-octubre 2000.

"L'histoire du temps présent", *La Revue pour l'histoire du* CNRS, n° 9, noviembre de 2003.

"L'histoire du temps présent, hier et aujourd'hui", *Bulletin de l'Institut d'histoire du temps présent*, julio de 2000, <http://www.ihtp.cnrs.fr/spip. php%3Frubrique89.html>.

AGULHON MAURICE (1987). "Vu des coulisses", enPierre Nora (dir.), *Essais d'ego-histoire*, París: Gallimard, col. Bibliothèque des Histoires, pp. 9-59.

ALMEIDA FABRICE D' (2007). *Brève histoire du XXIe siècle*, París: Perrin.

ALTHABE GERARD; FABRE DANIEL y LENCLUD GERARD (1992). *Vers une ethnologie du temps présent*, París: Éditions de la Maison des sciences de l'homme.

AMOUROUX HENRI (1961). *La vie des Français sous l'Occupation*, París: Fayard, col. Les Grandes études contemporaines.

ARON, ROBERT con GEORGETTE ELGEY (1954). *Histoire de Vichy. 1940-1944*, París: Fayard, col. Les Grandes études contemporaines.

ARÓSTEGUI SÁNCHEZ JULIO (2004). *La historia vivida*, Madrid: Ed. Alianza.

AUDOIN-ROUZEAU STEPHANE (2008). *Combattre. Une anthropologie historique de la guerre moderne (XIXe-XXe siècle)*, París: Éditions du Seuil.

_____ y BECKER ANNETTE (2000). *14-18, Retrouver la guerre*, París: Gallimard, col. Bibliothèque des Histoires; reed. Folio Histoire, 2003.

_____, BECKER ANNETTE, INGRAO CHRISTIAN y ROUSSO HENRY (dir.) (2002). *La violence de guerre, 1914-1945. Approches comparées des deux conflits mondiaux*, Bruselas/París: Complexe/Institut d'histoire du temps présent.

AUGÉ MARC (2011), *Où est passé l'avenir?*, París: Éditions du Seuil (trad. cast.:*Futuro*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2012).

_____ (1994). *Pour une anthropologie des mondes contemporains*, París: Aubier, 1994; Flammarion, col. Champs, 1997. (trad. cast.:

Hacia una antropología de los mundos contemporáneos, Barcelona: Gedisa, 2009).

AZEMA JEAN-PIERRE (1993). "La Seconde Guerre mondiale matrice du temps présent", en Institut d'histoire du temps présent, *Écrire l'histoire du temps présent. En hommage à François Bédarida*, París: Éd. du CNRS, pp. 147-152.

BABELON ERNEST (1917-1918). *Le Rhin dans l'Histoire*, 2 vol., París: Ernest Leroux, 1917-1918.

BACHELIER CHRISTIAN (1998). *La SNCF sous l'Occupation allemande 1940-1944. Rapport documentaire*, 4 vol., París: Institut d'histoire du temps présent.

BARRACLOUGH GEOFFREY (1955). *History in a Changing World*, Oxford, Basic Blackwell.

_____(1964). *An Introduction to Contemporary History*, Harmondsworth: Penguin Books [trad. francesa: Paris, Stock, 1967] (trad. cast.:*Introducción a la historia contemporánea*, Madrid: Gredos, 2011).

BECKER JEAN-JACQUES (2008). *Dictionnaire de la Grande guerre*, Bruselas: André Versaille Éditeur.

BECKER JEAN-JACQUES (2010). "La Grande guerre et la naissance de la BDIC", en *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, 100, octubre-diciembre, pp. 5-6.

BECKER JEAN-JACQUES (2009). *Même si la cause était mauvaise... Mémoires d'un historien, 1936-1968*, París: Larousse.

BÉDARIDA FRANÇOIS (2003). *Histoire, critique et responsabilité*, textos compilados et presentados por Gabrielle Muc, Henry Rousso y Michel Trebitsch, Bruselas/París: Complexe/Institut d'histoire du temps présent.

_____ (dir.) (1995). *L'Histoire et le métier d'historien en France 1945-1995*, París: Éditions de la Maison des sciences de l'homme.

_____ (1990). "Penser la Seconde Guerre mondiale", en André Versaille (dir.), *Penser le XXe siècle*, Bruxelles, Complexe, pp. 115-138.

_____ (1979). *La Stratégie secrète de la drôle de guerre. Le conseil suprême interallié. Septembre 1939-avril 1940*, París: Presses de la FNSP/Éditions du CNRS.

_____ y AZEMA JEAN-PIERRE (dir., con Denis Peschanski y Henry Rousso) (1992). *Le Régime de Vichy et les Français*, París: Fayard/IHTP.

BENEDICT RUTH (1946). *The chrysanthemum and the sword. Patterns of Japanese Culture*, Nueva York: Houghton Mifflin [trad. fr.: *Le sabre et le chrysanthème*, Picquier, 1987] (trad. cast.: *El crisantemo y la espada*, Madrid: Alianza, 2005).

BERG NICOLAS (2003). *Der Holocaust und die westdeutschen Historiker. Erforschung und Erinnerung*, Göttingen: Wallstein Verlag.

BERGER STEFAN (1995). "Historians and nation-building in Germany after reunification", *Past & Present*, n° 148, pp. 187-222.

_____ y LORENZ CHRIS (2010). *Nationalizing the past. Historians as nation builders in modern Europe*, Londres: Palgrave MacMillan/ European Science Foundation.

BLANC LOUIS, *Histoire de dix ans. 1830-1840*, París: Pagnerre, 1842 [facsimilé Cœuvres-et-Valsery, Ressouvenances, 2012].

BLOCH MARC (2006). *L'histoire, la guerre, la résistance*, edición de Annette Becker y Étienne Bloch, París: Gallimard, col. Quarto, 2006 [incluye *L'étrange défaite. Témoignage écrit en 1940*, París: Société des Éditions Franc-Tireur, 1946 (trad. cast.: *La extraña derrota*, Barcelona: Crítica, 2002)].

_____ (1939). *La société féodale*, París: Albin Michel, 1939 (trad. cast.: *La sociedad feudal*, Madrid: Akal, 1988).

BLUM FRANÇOISE y VACCARO ROSSANA (2007). "Madeleine Rebérioux: de l'histoire ouvrière à l'histoire sociale", *Cahiers Jaurès*, 1, n° 183-184.

BOUILLON JACQUES; SORLIN PIERRE y RUDEL JEAN, *Le Monde contemporain, histoire, civilisations*, París: Bordas, 1968 [manual de último año de secundaria /manuel des classes terminales].

BOURGEOIS ÉMILE (1926). *Manuel historique de politique étrangère, IV, La politique mondiale (1878-1919). Empires et nations*, París: Belin.

BOURLET MICHAËL (2003). "Les officiers de la section historique de l'état- major de la Grande guerre", *Revue historique des armées*, n° 231, 2/2003, pp. 4-12.

BRAUDEL FERNAND (1957). "La captivité devant l'histoire", *Revue d'histoire de la Deuxième Guerre mondiale*, n° 25, enero, pp. 3-5.

_____ (1986-1987). *L'Identité de la France*, t. I, *Espace et Histoire*, t. II et III, *Les hommes et les choses*, París: Arthaud-Flammarion (trad. cast.: *La identidad de Francia*, 3 vols., Barcelona: Gedisa, 1993).

_____ (1958). "La longue durée" (*Annales ESC*, 13° año, n° 4, octubre-diciembre, pp. 725-753), en *Les ambitions de l'Histoire*, edición de Roselyne de Ayala y Paule Braudel, prefacio de Maurice Aymard, París: Éditions de Fallois, 1997, p. 190-230.

_____ (1972). "Ma formation d'historien", *Journal of Modern History*, diciembre de 1972.

_____ (1949). *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París: Armand Colin (trad. cast.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México: Fondo de Cultura Económica, 1987).

_____, con la colaboración de Suzanne Baille y Robert Philippe (1963). *Le Monde actuel*, París: Belin [reeditado parcialmente con el título *Grammaire des civilisations*, París: Arthaud, 1987] (trad. cast.:

Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social, Madrid: Tecnos, 1993).

BRINTON CRANE (1939). "The 'New History' and 'Past Everything'", *American Scholar*, 8.

BROSZAT MARTIN (1957). "Aufgaben und probleme zeitgeschichtlichen unterrichts. Am beispiel der nationalsozialistischen Zeit", *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, vol. 8, pp. 529-550.

_____ (1985). "Plädoyer für eine historisierung des nationalsozialismus", *Merkur*, mayo, p. 373-385 [trad. fr.:*Bulletin trimestriel de la Fondation Auschwitz*, 24, abril-septiembre 1990, pp. 27-42].

_____ y FRIEDLÄNDER SAUL (1988). "A controversy about the historicization of national socialism", *New German Critique*, 44, primavera-verano, pp. 85-126 [trad. fr.:*Bulletin trimestriel de la Fondation Auschwitz*, 24, abril-septiembre 1990, pp. 42-86].

CALLU AGNÈS (dir.) (2010). *Le Mai 68 des historiens: entre identités narratives et histoire orale*, Villeneuve d'Ascq: Presses universitaires du Septentrion.

CAPUZZO PAOLO; GIORGI CHIARA; MARTINI MANUELA y SORBA CARLOTTA (dir.) (2011). *Pensare la contemporaneità. Studi di storia per Mariuccia Salvati*, Rome: Viella.

CATTERRALL PETER (1997). "What (if anything) is distinctive about Contemporary History?", *Journal of Contemporary History*, vol. 32 (4), pp. 441-452.

CAVANI LILIANA (dir.) (1974). *Portier de nuit* (filme estrenado en Sudamérica con el título *Portero de noche*).

CHABLAT-BEYLOT AGNES y SABLON DU CORAIL AMABLE (2009). "Les archives de la Grande Guerre: mise en ligne d'un guide", *Revue historique des armées*, n° 254, pp. 132-134.

CHABORD MARIE-THÉRÈSE (1982). "Le Comité d'histoire de la Deuxième Guerre mondiale et ses archives", *La Gazette des Archives*, 116, 1er trimestre, pp. 5-19.

CHAOUAT BRUNO (2012), *L'ombre pour la proie. Petites apocalypses de la vie quotidienne*, Villeneuve d'Ascq: Presses universitaires du Septentrion.

CHIMENES MYRIAM (dir.) (2001). *La vie musicale sous Vichy*, París: Institut d'histoire du temps présent/Éditions Complexe.

CŒURE SOPHIE y DUCLERT VINCENT (2001). *Les Archives*, París: La Découverte.

CONRAD SEBASTIAN (2010). *The quest for the lost nation. Writing history in Germany and Japan in the American century*, Berkeley: University of California Press [1ª ed.: Göttingen, 1999].

CORDIER DANIEL (1999). *Jean Moulin. La République des catacombes*, París: Gallimard, col. La Suite des Temps; reed. col. Folio Histoire, 2 vol., 2011.

COURRIÈRE YVES (1968-1971). *Histoire de la Guerre d'Algérie*, 4 vol., París: Fayard.

COURTOIS STEPHANE; WERTH NICOLAS; PANNE JEAN-LOUIS *et alii* (1997). *Le livre noir du communisme. Crimes, terreur, répression*, París: Robert Laffont (trad. cast.: *El libro negro del comunismo*, Barcelona: Ediciones B, 2010.

CREMIEUX-BRILHAC JEAN-LOUIS (1996). *La France libre. De l'appel du 18 juin à la Libération*, París: Gallimard, col. La Suite des Temps; reed. col. Folio Histoire, 2 vol., 2001.

CUESTA JOSEFINA (1993). *Historia del presente*, Logroño (La Rioja): Eudema Universidad.

DARBO-PESCHANSKI CATHERINE (1989). "La politique de l'histoire: Thucydide historien du présent", *Annales* ESC, n° 3, may-junio, pp. 653-675.

DELACROIX CHRISTIAN (2006). "L'histoire du temps présent au risque de la demande sociale", en Maryline Crivello, Patrick Garcia y Nicolas Offenstadt (dir.), *Concurrence des passés. Usages politiques du passé dans la France contemporaine*, Aix-en-Provence: Presses universitaires de Provence, pp. 271-282.

DELAGE CHRISTIAN y GUIGUENO VINCENT (2004). *L'historien et le film*, París: Gallimard, col. Folio Histoire.

DESCAMPS FLORENCE (2001). *L'historien, l'archiviste et le magnétophone. De la construction de la source orale à son exploitation*, París: Comité pour l'histoire économique et financière de la France.

DESCOMBES VINCENT (2000). "Qu'est-ce qu'être contemporain?", en el dossier "Actualités du contemporain", *Le Genre humain*, febrero, pp. 21-32.

DEWAR KENNETH C. (1994). "Geoffrey Barraclough: From historicism to historical science", *The Historian*, vol. 56, n° 3, marzo, pp. 449-464.

DOUZOU LAURENT (dir.) (2008). *Faire l'histoire de la Résistance*, Rennes: Presses universitaires de Rennes.

_____ (2005). *La Résistance française: une histoire périlleuse. Essaid'historiographie*, París: Éditions du Seuil.

DUJARDIN PHILIPPE (2009). "De quoi sommes-nous contemporains? Essai d'anthropologie politique", *Cahiers Sens public*, noviembre-diciembre, pp. 11-91.

DURKHEIM ÉMILE (1915). *"L'Allemagne au-dessus de tout". La mentalité allemande et la guerre*, París: Armand Colin.

DURUY VICTOR (1901). "Lettre au général Coffinières de Nordeck", en *Notes et souvenirs*, París, Hachette, 1901, pp. 122-125.

DUVERGER MAURICE (1967). *La démocratie sans le peuple*, París: Éditions du Seuil, col. L'Histoire immédiate (trad. cast.: *La democracia sin el pueblo*, Barcelona: Ariel, 1968).

FEBVRE LUCIEN (1949). "Avant-Propos", *Cahiers d'Histoire de la Guerre*, n° 1, enero, pp. 1-3.

_____ (1950). "Par manière de préface", *Cahiers d'Histoire de la guerre*, n° 3, febrero.

FERRO MARC (1974). "Le film, une contre-analyse de la société"?, en Jacques Le Goff y Pierre Nora (dir.), *Faire de l'histoire*, París: Gallimard, t. III, pp. 236-255. (trad. cast. en: *Historia contemporánea y cine*, Barcelona: Ariel, 2000).

FRANKLAND NOBLE (1998). *History at war. The campaigns of an historian*, Londres: Giles de la Mare.

FREI NORBERT (1988). "The Federal Republic of Germany", en Anthony Seldon (dir.), *Contemporary history. Practice and method*, Oxford: Basic Blackwell.

_____ (dir.) (2007). *Was heißt und zum welchen ende studiert man Geschichte des 20. Jahrhunderts?*, Göttingen: Wallstein Verlag.

FRIEDLÄNDER SAUL (1964). *Pie XII et le IIIe Reich*, París: Éditions du Seuil, col. L'Histoire immédiate; nueva ed., 2010.

FURET FRANÇOIS (1995). *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XXe siècle*, Paris: Robert Laffont/Calmann-Lévy (trad. cast.:*El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo* XX, México: Fondo de Cultura Económica, 1995).

GALIMI VALERIA (2000) "De l'histoire de la Résistance à l'histoire du XXe siècle: l'Istituto nazionale per la storia del movimento di Liberazione in Italia' et le réseau des Instituts associés", en "L'his- toire du temps présent, hier et aujourd'hui", *Bulletin de l'Institut d'histoire du temps présent*, julio, <http://www.ihtp.cnrs.fr/ spip.php%3Frubrique89.html>.

GIRARDET RAOUL (1987). "L'ombre de la guerre", en Pierre Nora (dir.), *Essais d'ego-histoire*, París: Gallimard, col. Bibliothèque des Histoires, pp. 139-171.

GIRAULT RENE (1988). "Pierre Renouvin, la BDIC et l'historiographie française des relations internationales", *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, n° 49-50, pp. 7-9.

GUIBERT DE NOGENT (2004). *Histoire de la première croisade*, Clermont-Ferrand: Éditions Paléo.

HAMEL JEAN-FRANÇOIS (2006). *Revenances de l'histoire. Répétition, narrativité, modernité*, París: Éditions de Minuit.

HARTOG FRANÇOIS (2010). "Le présent de l'historien", *Le Débat*, n° 158, enero, pp. 18-31.

_____; SCHMITT PAULINE y SCHNAPP ALAIN (dir.) (1998). *Pierre Vidal-Naquet, un historien dans la cité*, París: La Découverte.

HAVET JACQUES (dir.) (1978). *Tendances principales de la recherche dans les sciences sociales et humaines*, 2 vol., París/La Haya/Nueva York: Mouton/ UNESCO.

HEIMPEL HERMANN (1957). *Der mensch in seiner gegenwart. Acht historische essais*, Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht [1ª ed.: 1954].

HIRSCHFELD GERHARD (2005). "Niederländische zeitgeschichte: Fragen und perspektiven der forschung", *Jahrbuch des Zentrums für Niederlande- Studien*, vol. 16, pp. 141-157.

HOBSBAWM ERIC (1999). *L'âge des extrêmes. Histoire du court XXe siècle (1914-1991)*, París/Bruselas: Le Monde diplomatique/Éditions Complexe; reed.: André Versaille Éditeur, 2008 (versión cast.: *Historia del siglo XX*, Buenos Aires: Crítica, 1998).

HUDEMANN RAINER (2004). "Frankreich - Histoire du temps présent zwischen nationalen problemstellungen und internationaler öffnung", en Alexander Nützenadel y Wolfgang Schieder (dir.), *Zeitgeschichte als problem. Nationale traditionen und perspektiven in Europa*, Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, pp. 175-200, <https://docupedia.de/ zg/Frankreich_-_Histoire_du_Temps_present?oldid=80318>.

HÜRTER JOHANNES y WOLLER HANS (2005). *Hans Rothfels und die deutsche zeitgeschichte*, Munich: Oldenbourg Wissenschaftsverlag.

HUSSON ÉDOUARD (2000). *Comprendre Hitler et la Shoah. Les historiens dans la République Fédérale d'Allemagne et l'identité allemande depuis 1949*, París: Presses universitaires de France.

IGGERS GEORG G. (1997). *Historiography in the XXth Century. From scientific objectivity to the postmodern challenge*, Hanover: Wesleyan University Press (trad. cast.: *La historiografía del siglo XIX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*, Santiago: Fondo de Cultura Económica, 2012).

_____ (1975). *New directions on European historiography*, Middletown: Wesleyan University Press.

INSTITUT D'HISTOIRE DU TEMPS PRESENT (1993). *Écrire l'histoire du temps présent. En hommage à François Bédarida*, París: Éditions du CNRS.

_____ (1980). *Histoire et temps présent*, París: Institut d'histoire du temps présent/CNRS [roneo].

ISAAC JULES (2004). *Jules Isaac, un historien dans la Grande guerre. Lettres et carnets 1914-1917*, introducción de André Kaspi, presentación y notas de Marc Michel, París: Armand Colin.

JÄCKEL EBERHARD (1989). *Umgang mit der vergangenheit. Beiträge zur geschichte*, Stuttgart: DVA, pp. 133-150.

JARAUSCH KONRAD (dir.) (1991). *Zwischen Parteilichkeit und Professionalität: Bilanz der Geschichtswissenschaft der DDR*, Berlín: Akademie Verlag.

JARAUSCH KONRAD y SABROW MARTIN (dir.) (2002). *Verletztes gedächtnis. Erin- nerungskultur und zeitgeschichte im konflikt*, Fráncfort: Campus Fachbuch.

JEANNENEY JEAN-NOËL (1987). *Concordances des temps. Chronique sur l'actualité du passé*, París: Éditions du Seuil.

JONG LOUIS DE (1969-1991). *Het Koninkrijk der Nederlanden in de Tweede Wereldoorlog* (*Le Royaume des Pays-Bas pendant la Seconde Guerre mondiale*), 14 tomos, 29 vol., La Haya: Martinus Nijhoff.

JOUHAUD CHRISTIAN (2000). *Les Pouvoirs de la littérature. Histoire d'un paradoxe*, Paris: col. NRF Essais, Gallimard.

JOURNAL OF CONTEMPORARY HISTORY (1996) vol. 1, n° 1, enero.

JUDT TONY (2007). *Après Guerre. Une histoire de l'Europe depuis 1945*, París: Armand Colin [1re éd.: Londres/Nueva York, Penguin, 2006] (versión cast.:*Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid: Taurus, 2006).

_____ (2010). "Rethinking Post-War Europe", *IWMpost* (Institut für die Wissenschaften von Menschen, Vienne), 104, abril-agosto, p. 4.

KASSOW SAMUEL D. (2011). *Qui écrira notre histoire? Les archives secrètes du ghetto de Varsovie*, París: Grasset.

KRUGLER GILLES (2009). "Historians in Combat. L'armée américaine et le concept de Military History Operations", *Revue historique des armées*, n° 257.

LABORIE PIERRE (2001). *Les Français des années troubles: de la guerre d'Espagne à la Libération*, París: Desclée de Brouwer.

LACOUTURE JEAN (1978). "L'histoire immédiate", en Jacques Le Goff, Roger Chartier y Jacques Revel (dir.), *La nouvelle histoire*, París: Retz, pp. 270-293.

LACRETELLE CHARLES DE (1829-1835). *Histoire de France depuis la Restauration*, 4 vol., París: Delaunay.

_____ (1821-1826). *Histoire de la Révolution française*, 8 vol., París: Treuttel et Würtz.

LAGROU PIETER (1999-2000). "Historiographie de guerre et historiographie du temps présent: cadres institutionnels en Europe occidentale, 1945-2000", *Bulletin du Comité international d'histoire de la Deuxième Guerre mondiale*, 30-31, pp. 191-215, <http://www.ihtp.cnrs.fr/ spip.php%3Farticle515.html>.

_____ (2003). "Ou comment se constitue et se développe un nou-veau champ disciplinaire", dossier "Histoire du temps présent", *La Revue pour l'histoire du CNRS*, n° 9.

LAÏDI ZAKI (2000). *Le sacre du présent*, París: Flammarion, 2000.

LANZMANN CLAUDE (dir.)(1985). *Shoah*. Documental.

LAQUEUR WALTER y MOSSE GEORGE (dir.) (1967). "History today in USA, Britain, France, Italy, Germany, Poland, India, Czechoslovakia, Spain, Holland, Sweden", *Journal of Contemporary History*, vol. 2, n° 1, enero.

LE MOIGNE NICOLAS (2004). "L'histoire du temps présent à l'allemande: l'Institut für Zeitgeschichte de Munich", *Bulletin de la Mission historique française en Allemagne*, n° 40, pp. 186-192.

LISLE EDMOND (2002). "Les sciences sociales en France: développement et turbulences dans les années 1970", *La Revue pour l'histoire du* CNRS, 7.

MARTENS STEFAN (2007). "Frankreich zwischen 'Histoire contemporaine' und 'Histoire du temps présent'", *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n° 4.

MEINECKE FRIEDRICH (1946). *Die deutsche Katastrophe. Betrachtungen und Erinnerungen*, Wiesbaden: Brockhaus, 1946. (trad. cast.: *La catástrofe alemana. Comentarios y recuerdos*, Buenos Aires: Editorial Nova, 1947).

MENNE-HARITZ ANGELIKA (1999). "Die Verwaltung und ihre Archive. Überlegungen zur latenz von zeit in der verwaltungsarbeit", *Verwaltung & Management*, n° 5, 1, pp. 4-10, <http://www.staff.uni-marburg. de/~mennehar/publikationen/latency.pdf>.

MICHEL HENRI, "Lucien Febvre (1878-1956)", *Revue d'histoire de la Deuxième Guerre mondiale*, n° 25, enero.

_____, (1949). "Une enquête sur la Résistance par la Commission d'histoire de l'Occupation et de la Libération de la France", *Cahiers d'Histoire de la Guerre*, n° 2, junio, pp. 45-55.

MÖLLER HORST y WENGST UGO (dir.) (1999). *50 jahre Institut für Zeitgeschichte. Eine bilanz*, Múnich: Oldenbourg Verlag.

MORIN EDGAR (1969). *La Rumeur d'Orléans*, París: Éditions du Seuil, col. L'Histoire immédiate.

MOSSE GEORGE (1999). *De la Grande Guerre au totalitarisme. La brutalisation des sociétés européennes*, prefacio de Stéphane Audoin-Rouzeau, trad. fr. de Edith Magyar, París: Hachette [1aed.: Oxford University Press, 1990] (versión cast.: *Soldados caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales*, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2016).

NEUMANN FRANZ (1942). *Behemoth. The structure and practice of National Socialism*, Londres: Gollancz (trad. cast.: *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacional-socialismo, 1933-1944*, Barcelona: Anthropos, 2014).

NIETHAMMER LUTZ con AXEL DOSSMANN (2000). *Kollektive identität. Heimliche quellen einer unheimlichen konjunktur*, Hamburgo: Rowohlt.

_____ con DIRK VAN LAAK (1992). *Posthistoire. Has History come to an End?*, Nueva York: Verso [1re éd.: 1989].

NOIRIEL, GÉRARD (1999). *Les origines républicaines de Vichy*, París: Hachette.

_____ (1998). *Qu'est-ce que l'histoire contemporaine?*, París: Hachette.

NORA PIERRE (1972). "L'événement-monstre", *Communications*, n° 18, pp. 162-172 [retomado en "Le retour de l'événement", en Jacques Le Goff et Pierre Nora (dir.), *Faire de l'histoire*, París: Gallimard, 1974, t. I, pp. 210-228].

_____ (1961). *Les Français d'Algérie*, París: Julliard; nueva ed. Christian Bourgois, 2012.

_____ (1978). "Présent", enJacques Le Goff, Roger Chartier et Jacques Revel (dir.), *La nouvelle histoire*, París: Retz, pp. 467-472 (trad. cast.: *La nueva historia*, Bilbao: Mensajero, 1988).

NÜTZENADEL ALEXANDER y SCHIEDER WOLFGANG (dir.) (2001). *Zeitgeschichte als problem. Nationale traditionen und perspektiven der forschung in Europa*, Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.

OPHULS MARCEL (dir.) (1971). *Le chagrin et la pitié*.

PALMOWSKI JAN y SPOHR-READMAN KRISTINA (2011). "Speaking Truth to Power: Contemporary History in the Twenty-first Century", en el dossier "At the Crossroads of Past and Present. 'Contemporary' History and the Historical Discipline", *Journal of Contemporary History*, 46, 3, julio, pp. 485-505.

PAVONE CLAUDIO (dir.) (2008). *Novecento. I tempi della storia*, Roma: Donzelli [1ª ed.: 1997].

_____ (2007). *Prima lezione di storia contemporanea*, Roma: Laterza.

PATEL KIRAN KLAUS (2011). "Zeitgeschichte im digitalen zeitalter. Neue und alte herausforderungen", en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n° 3, vol. 59, julio, pp. 331-351.

PAXTON ROBERT O. (1973). *La France de Vichy. 1940-1944*, París: Éditions du Seuil (versión cast.: *La Francia de Vichy*, Barcelona: Noguer, 1974).

PÉROTIN-DUMON ANNE (2007). *Historizar el pasado vivo en América Latina*, <http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es_home.html>.

PERVILLE GUY (2007). "L'histoire immédiate selon Jean-François Soulet, Jean Lacouture et Benoît Verhaegen", en el dossier "Bilan et perspectives de l'histoire immédiate", *Cahiers d'histoire immédiate*, n° 30-31, otoño 2006-primavera 2007, pp. 5-9.

PESCHANSKI DENIS; POLLAK MICHAEL y ROUSSO HENRY (dir.) (1991). *Histoire politique et sciences sociales*, Bruselas/París: Complexe/Institut d'histoire du temps présent.

PIRENNE HENRI (1900-1932). *Histoire de Belgique*, 7 vol., Bruselas: Lamertin.

PISAR SAMUEL (2012). "Auschwitz parle encore aux juifs et aux musulmans", *Le Monde*, 28 de enero.

PLUMYENE JEAN y LASIERRA RAYMOND (1963). *Les fascismes français, 1923-1963*, París: Éditions du Seuil, col. L'Histoire immédiate.

POIRRIER PHILIPPE (2010). "L'histoire contemporaine", en Jean-François Sirinelli, Pascal Cauchy y Claude Gauvard (dir.), *Les historiens français à l'œuvre 1995-2010*, París: Presses universitaires de France, pp. 73-91.

POLIAKOV LÉON (1951). *Le bréviaire de la haine*, Paris: Calmann-Lévy (trad. cast.: *Breviario del odio. Los judíos y el Tercer Reich*, Buenos Aires: Stilcograf, 1954).

_____ (1956). "Une grande institution française: le Comité d'histoire de la 2e Guerre mondiale", *La Revue du Centre de documentation juive contemporaine*, abril, pp. 19-22.

PÔRTO JR. GILSON (dir.) (2007). *História do tempo presente*, Bauru (Brasil): EDUSC.

POSTEL-VINAY KAROLINE (2007). "Dire l'histoire à l'échelle du monde", *Esprit*, junio, <http://www.esprit.presse.fr/archive/review/article.php?code=14083>.

POZNANSKI RENÉE (1999). "La création du Centre de documentation juive contemporaine en France (avril 1943)", *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, 63, julio-septiembre, pp. 51-64.

PROST ANTOINE (2007) "L'histoire du temps présent: une histoire comme les autres", en el dossier "Bilan et perspectives de l'histoire immédiate", *Cahiers d'histoire immédiate*, n° 30-31 otoño 2006-primavera 2007, pp. 21- 28.

_____ (1993). "Pour une histoire sociale du temps présent", enInstitut d'histoire du temps présent, *Écrire l'histoire du temps présent. En hommage à François Bédarida*, París: Éditions du CNRS.

RABINBACH ANSON (1997) *In the shadow of catastrophe. German intellectuals between Apocalypse and Enlightenment*, Berkeley: University of California Press.

RASSMUSSEN ANNE (2044). "La 'science française' dans la guerre des manifestes, 1914-1918", *Mots. Les langages du politique*, 76.

RAULFF ULRICH (1997). *De l'origine à l'actualité. Marc Bloch, l'histoire et le problème du temps présent*, Sigmaringen: Jan Thorbecke Verlag.

REMOND RENÉ (1972) "La blessure de 1940 enfin cicatrisée", *Réalités. Revue de Paris*, n° 315, abril, pp. 37-41.

_____ (1987). "Le contemporain du contemporain", en Pierre Nora (dir.), *Essais d'ego-histoire*, París: Gallimard, col. Bibliothèque des Histoires, pp. 293-349.

REMOND RENÉ (1982). *Les droites en France*, París: Aubier-Montaigne, 4e éd., 1982 [1a ed.: *La droite en France de 1815 à nos jours. Continuité et diversité d'une tradition politique*, Aubier, 1954].

_____ (1967). "France: Work in Progress", en el dossier especial "Historians on the Twentieth Century", *Journal of Contemporary History*, vol. 2, n° 1, enero.

_____ (dir.) (1972). *Le Gouvernement de Vichy 1940-1942. Institutions et politiques*, París: Armand Colin.

_____ (1995). "L'Histoire contemporaine", en François Bédarida (dir.), *L'histoire et le métier d'historien en France 1945-1995*, París: Éditions de la Maison des sciences de l'homme, p. 247-251.

_____ (1988). *Notre siècle. De 1918 à 1988*, París: Fayard [tomo VI de *Histoire de France*, bajo la dir. de Jean Favier]; nueva ed.: *Notre siècle. De 1918 à 1991*, París: LGF, col. Le Livre de Poche, 1993.

_____ (1957). "Plaidoyer pour une histoire délaissée. La fin de la IIIe République", *Revue française de science politique*, vol. 7, n° 2, pp. 253-270.

_____ y BOURDIN, JANINE (dir.) (1977). *Édouard Daladier, chef de gouvernement*, París: Presses de la FNSP.

_____ y CARRÈRE D'ENCAUSSE HÉLÈNE (2000). *Discours de réception de René Rémond à l'Académie française et réponse d'Hélène Carrère d'Encausse*, París: Fayard.

RENOUVIN PIERRE (1925). *Les origines immédiates de la guerre: 28 juin-4 août 1914*, París: Alfred Costes.

REYNOLDS DAVID (2003). "The Origins of the Two 'World Wars': Historical Discourse and International Politics", *Journal of Contemporary History*, vol. 38, n° 1, enero, pp. 29-44.

REYNOLDS GONZAGUE DE (1938). "Où va l'Europe?", *La Revue universelle*, 15 de agosto.

RIOUX JEAN-PIERRE (1984). "20-01-84", *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, n° 1, enero, pp. 5-6.

_____ (2001). "Présentation", *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, n° 69, enero, pp. 3-5.

ROSENSTONE ROBERT A. (1995). *Visions of the past. The challenge of film to our idea of history*, Cambridge: Harvard University Press (trad. cast.: *El pasado en imágenes. El desafío del cine a nuestra idea de la historia*. Barcelona: Ariel, 1997).

ROTHFELS HANS (1953). "Zeitgeschichte als Aufgabe", *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 1, enero, pp. 1-8.

ROUSSO HENRY (2006). "Histoire du temps présent", en Sylvie Mesure y Patrick Savidan (dir.), *Le dictionnaire des sciences humaines*, París: Presses universitaires de France, pp. 555-558.

ROUSSO HENRY (2000). "L'histoire du temps présent, vingt ans après", en el dossier "L'histoire du temps présent, hier et aujourd'hui", *Bulletin de l'Institut d'histoire du temps présent*, n° 75, junio, pp. 23-40.

SABROW MARTIN; JESSEN RALPH y GROSSE KRACHT KLAUS (dir.) (2003). *Zeitgeschichte als streitgeschichte. Grosse kontroversen nach 1945*, Múnich: C. H. Beck.

SAFIRE WILLIAM (1972). *Safire's Political Dictionary*, Londres/Nueva York: Oxford University Press.

SALVATI MARIUCCIA (2004). *Il Novecento. Interpretazioni e bilanci*, Roma: Laterza.

SAUVAGEOT JACQUES; GEISMAR ALAIN y COHN-BENDIT DANIEL (1968). *La Révolte étudiante: les animateurs parlent*, París: Éditions du Seuil, col. L'Histoire immédiate.

SCHMID HANS-CHRISTIAN (réal.) (2010). *La révélation*.

SCHÖTTLER PETER (dir.) (1997). *Geschichtsschreibung als legitimationswissenschaft 1918-1945*, Fráncfort: Suhrkamp.

_____ (dir.) (1999). *Marc Bloch, historiker und widerstandskämpfer*, Fráncfort: Campus.

_____ (2010). "After the deluge: The impact of the two world wars on the historical work of Henri Pirenne and Marc Bloch", en Stefan Berger y Chris Lorenz, *Nationalizing the past. Historians as nation builders in modern Europe*, Londre: Palgrave MacMillan/European Science Foundation, pp. 404-425.

_____ (2011). "Fernand Braudel, prisonnier en Allemagne face à la longue durée et au temps présent", pronencia presentada en el coloquio internacional "Captivité de guerre au XXe siècle. Des archives, des histoires, des mémoires", Institut d'histoire du temps présent/Institut de recherche stratégique de l'École militaire, 17-18 de noviembre.

_____ (2011). "La 'Zeitgeschichte' allemande, entre révisionnisme, conformisme et autocritique", ponencia presentada en el coloquio internacional "Temps présent et contemporanéité", París: Institut d'histoire du temps présent, 24-26 de marzo.

SELDON ANTHONY (dir.) (1988). *Contemporary history. Practice and method*, Oxford: Basil Blackwell.

SETON-WATSON ROBERT WILLIAM (1922). "The historian as a political force in central Europe", conferencia inaugural con motivo de la creación de la cátedra de estudios eslavos en la Universidad de Londres el 2 de

noviembre de 1922, The School of Slavonic Studies, University of London, King's College.

SETON-WATSON ROBERT WILLIAM (1929). "A plea for the study of Contemporary History", *History (The Journal of the Historical Association)*, abril, n° 53, vol. XIV, pp. 1-18.

SEVEGRAND MARTINE (2006). *"Temps présent", une aventure chrétienne, 1937-1992*, París: Éditions du temps présent.

SIRINELLI JEAN-FRANÇOIS (2005). *Comprendre le XXe siècle français*, París: Fayard.

_____ (dir.) (1992). *Histoire des droites en France*, 3 vol., París: Gallimard, col. NRF Essais.

_____; CAUCHY PASCAL y GAUVARD CLAUDE (dir.) (2010). *Les historiens français à l'œuvre 1995-2010*, París: Presses universitaires de France.

SOLCHANY JEAN (1997). *Comprendre le nazisme dans l'Allemagne des années zéro (1945-1949)*, París: Presses universitaires de France.

SOULET JEAN-FRANÇOIS (2009). *L'Histoire immédiate: historiographie, sources et méthodes*, París: Armand Colin.

_____ (1994), *L'Histoire immédiate*, París: Presses universitaires de France, QSJ.

STOOP PAUL (1986). "Das 'Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie' in Amsterdam", *Jahrebibliographie der Bibliothek für Zeitgeschichte*, vol. 58, pp. 455-465.

STORA BENJAMIN (2008). *Les guerres sans fin. Un historien, la France et l'Algérie*, París: Stock.

TAINE HIPPOLYTE (1875-1893). *Les origines de la France contemporaine*, 6 vol., París, Hachette (trad. cast.: *Los orígenes de la Francia contemporánea*, 2 vol., Barcelona: Orbis, 1986).

TAYLOR ALAN J. P. (1956). "Sales talk", *New Statesman and Nation*, 17 marzo.

TILLION GERMAINE (1966). *Le harem et les cousins*, París: Éditions du Seuil, col. L'Histoire immédiate.

TOULONGEON EMMANUEL DE (1803). *Histoire de France depuis la Révolution de 1789 écrite d'après les mémoires et manuscrits contemporains, recueillis dans les dépôts civils et militaires*, París: Didot.

TRAVERSO ENZO (2011). *L'histoire comme champ de bataille. Interpréter les violencesdu XXe siècle*, París: La Découverte (trad. cast: *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2012).

TRAVERSO ENZO (dir.) (2001). *Le totalitarisme. Le XXe siècle en débat*, París: Éditions du Seuil (trad. cast.: *El totalitarismo. Historia de un debate*, Buenos Aires: Eudeba, 2001).

TREBITSCH MICHEL (1992). "Du mythe à l'historiographie", en Danièle Voldman (dir.), *La bouche de la vérité? La recherche historique et les sources orales, Les Cahiers de l'Institut d'histoire du temps présent*, n° 21, noviembre, pp. 13-32, <http://www.ihtp.cnrs.fr/spip.php%3Farticle211.html>.

_____ (1991). "L'histoire contemporaine: quelques notes sur une histoire énigmatique", en Olivier Dumoulin y Raphaël Valéry (dir.), *Périodes. La construction du temps historique*, Paris: Éd. de l'École des hautes études en sciences sociales/Sources "Histoire au présent", pp. 135-144.

VERHAEGEN BENOIT (1974). *Introduction à l'histoire immédiate*, Gembloux: Éd. Duculot.

VERSAILLE ANDRE (dir.) (1990). *Penser le XXe siècle*, Bruselas: Complexe.

VIDAL DE LA BLACHE, PIERRE (1919). "La frontière de la Sarre d'après les traités de 1814 et 1815", *Annales de Géographie*, t. 28, n° 154, pp. 249-267.

VIDAL-NAQUET PIERRE, *Mémoires*, 2 vol., Paris, Seuil/La Découverte, 1995 et 1998. *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n° 1, enero de 1953. *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, n° 1, enero-marzo de 1984.

VIRILIO PAUL (2000). "Les illusions du temps zéro", *Esprit*, n° 260, enero, pp. 97-104.

VOLDMAN DANIÈLE (dir.) (1992). *La bouche de la vérité?, Les Cahiers de l'Institut d'histoire du temps présent*, n° 21.

WEBER EUGEN (1962). *Action Française. Royalism and reaction in Twentieth Century France*, Stanford: Stanford University Press, 1962 [trad. fr.: *L'Action Française*, trad. Michel Chrestien, Paris, Fayard, 1985].

WERTH NICOLAS (2001). "Totalitarisme ou révisionnisme: l'histoire soviétique, une histoire en chantier", en Enzo Traverso (dir.), *Le Totalitarisme. Le xxe siècle en débat*, Paris, Éditions du Seuil, 2001, pp. 878-896.

WESSELING HENK L. (1979). "The Annales school and the writing of contemporary history", *Review*, vol. 1, n° 3-4, invierno-primavera, pp. 185- 194, incluido en Henk L. Wesseling, *Certain ideas of France: Essays on French history and civilization*, Westport: Greenwood Press, 2002.

WINOCK MICHEL (1975). *Histoire politique de la revue "Esprit" 1930-1950*, París: Éditions du Seuil.

WIRSCHING ANDREAS (2011). "'Epoche der Mitlebenden'" - Kritik der Epoche, *Zeithistorische forschungen/Studies in Contemporary History*, 8, mayo, <http://www.zeithistorische-forschungen.de/16126041- Wirsching-1-2011>.

WOODWARD LLEWELLYN (1966). "The study of contemporary history", *Journal of Contemporary History*, vol. 1, n° 1, enero.

Testimonio, presencia y usos del pasado

"L'histoire entre épistémologie et demande sociale", Créteil, Institut universitaire de formation des maîtres, 1994.

"La responsabilité sociale de l'historien", *Diogène*, n° 168, octubre-diciembre de 1994.

"Mémoire, histoire", *Revue de métaphysique et de morale*, n° 1, marzo de 1998.

ANDRIEU CLAIRE; LAVABRE MARIE-CLAIRE y TARTAKOWSKI DANIELLE (dir.) (2006). *Politiques du passé. Usages politiques du passé dans la France contemporaine*, Aix-en-Provence: Presses universitaires de Provence.

ASHTON PAUL y HAMILTON PAULA (2010). *History at the crossroads. Australians and the past*, Sydney: Halstead Press.

ASSMANN ALEIDA (2006). *Der lange schatten der vergangenheit. Erinnerungskultur und geschichtspolitik*, Múnich: C. H. Beck.

ASSMANN JAN (1992). *Das kulturelle gedächtnis. Schrift, erinnerung und politische identität in frühen Hochkulturen*, Múnich: C. H. Beck.

AUZAS VINCENT y JEWSIEWICKI BOGUMIL (dir.) (2008). *Traumatisme collectif pour patrimoine. Regards sur un mouvement transnational*, Quebec: Les Presses de l'Université Laval.

AZOUVI FRANÇOIS, *Le Mythe du grand silence. Auschwitz, les Français, la* mémoire, Paris, Fayard, 2012.

BECKER ANNETTE (2003). *Maurice Halbwachs. Un intellectuel en guerres mondiales 1914-1945*, París: Noêsis.

BESSON REMY (2012). *La mise en récit de Shoah*, tesis defendida en l'EHESS bajo la dirección de Christian Delage, marzo.

BLAIVE MURIEL; GERBEL CHRISTIAN y LINDENBERGER THOMAS (dir.) (2011). *Clashes in European memory. The case of communist repression and the Holocaust*, Ludwig Boltzmann Institute for European History and Public Spheres, Innsbruck: StudienVerlag, 2011.

BRÜCKNER PASCAL (2006). *La tyrannie de la pénitence. Essai sur le masochisme occidental*, Paris, Grasset (trad. cast.: *La tiranía de la penitencia. Ensayo sobre el masoquismo occidental*, Barcelona: Ariel, 2008).

CRIVELLO MARYLINE; GARCIA PATRICK y OFFENSTADT NICOLAS (dir.) (2006). *Concurrence des passés. Usages politiques du passé dans la France contemporaine*, Aix-en-Provence: Presses universitaires de Provence.

CRU JEAN NORTON (1931). *Du témoignage*, París: Gallimard [reed: Jean-Jacques Pauvert, 1967].

_____ (1929). *Témoins. Essai d'analyse et de critique des souvenirs des combattants édités en français de 1915 à 1928*, París: Les Étincelles [reed.: Presses universitaires de Nancy, 1993].

DAVID RENÉE (2008). *Traces indélébiles Mémoires incertaines*, prefacio de Raymond Aubrac, Paris: L'Harmattan.

DAVOINE FRANÇOISE et GAUDILLIERE JEAN-MAX (2006). *Histoire et trauma. La folie des guerres*, París: Stock (trad. cast.: *Historia y trauma. La locura de las guerras*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011).

DINER HASIA (2009). *We remember with reverence and love. American Jews and the myth of silence after the Holocaust, 1945-1962*, Nueva York: New York University Press.

DULONG RENAUD (1998). *Le témoin oculaire. Les conditions sociales de l'attestation personnelle*, París: Éditions de l'École des hautes études en sciences sociales.

FASSIN DIDIER y RECHTMAN RICHARD (2007). *L'empire du traumatisme. Enquête sur la condition de victime*, París: Flammarion.

FERRO MARC (2007). *Le ressentiment dans l'histoire. Comprendre notre temps*, París: Odile Jacob (trad. cast.: *El resentimiento en la historia*, Madrid: Cátedra, 2009).

FRANÇOIS ÉTIENNE et SCHULZE HAGEN (dir.) (2007). *Mémoires allemandes*, trad. de Bernard Lortholary, París: Gallimard, col. Bibliothèque des Histoires [versión abreviada de la edición alemana en 3 vol., *Deutsche erinnerungsorte*, aparecida en 2001].

FRANK ANNE (1989). *Les journaux d'Anne Frank*, ed. de Harry Paape, Gerrold van der Stroom yDavid Barnouw, trad. fr. De Philippe Noble e Isabelle Rosselin-Bobulesco, París: Calmann-Lévy [1a edition: Amsterdam, Bakker, 1986]; ver en particular: Stroom, Gerrold van der, "Les journaux, le texte néerlandais publié (*Het Achterhuis*) et les traductions", pp. 75-96 (versión cast.: *El diario de Ana Frank*, Barcelona: DeBolsillo, 2001).

FREI NORBERT (dir.), *Martin Broszat, der "Staat Hitlers" und die historiesierung des nationalsozialismus*, Göttingen: Wallstein Verlag, 2007.

_____ (1997). *Vergangenheitspolitik. Die anfange der Bundesrepublik und die NS-Vergangenheit*, Múnich: C. H. Beck.

FRIEDLÄNDER SAUL (1987). "Réflexions sur l'historisation du national-socialisme", *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, octubre-diciembre, pp. 43- 54.

FUSSEL PAUL (1975). *The Great War and Modern Memory*, Londres, Oxford University Press. *La Gran Guerra y la memoria moderna*, Barcelona: Turner, 2006).

GALLERANO NICOLA (dir.) (1995). *L'uso pubblico della storia*, Milán: Franco Angeli.

GARCIA PATRICK (2000). *Le Bicentenaire de la Révolution française. Pratiques sociales d'une commémoration*, préface de Michel Vovelle, París, CNRS Éditions, 2000.

GARCIA PATRICK. *Il était une fois la France. Les présidents de la Ve République et l'histoire*, Paris, Gallimard, coll. NRF Essais, aparición prevista para 2017.

_____ y LEDUC JEAN (2003). *L'enseignement de l'histoire en France de l'Ancien Régime à nos jours*, París: Armand Colin.

GAUDARD PIERRE-YVES (1997). *Le fardeau de la mémoire. Le deuil collectif allemand après le national-socialisme*, París: Plon.

GILDEA ROBERT (1994). *The Past in French History*, New Haven/Londres: Yale University Press.

HALBWACHS MAURICE (1994). *Les cadres sociaux de la mémoire*, edición crítica de Gérard Namer, París: Albin Michel (trad. cast.: *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona: Anthropos, 2004).

_____ (1997). *La mémoire collective*, edición crítica de Gérard Namer, París: Albin Michel.

HOMANS PETER (dir.) (2000). *Symbolic Loss. The Ambiguity of Mourning and Memory at Century's End*, Charlottesville: University Press of Virginia.

JARAUSCH KONRAD y LINDENBERGER THOMAS (dir., con Annelie Ramsbrock) (2007). *Conflicted memories. Europeanizing contemporary histories*, Nueva York/Londres: Berghahn Publishers.

JASPERS KARL (1948). *La culpabilité allemande*, París: Éditions de Minuit [1ª ed.: *Die schuldfrage. Ein beitrag zur deutschen frage*, Zúrich: Artemis Verlag, 1946] (versión cast.: *El problema de la culpa: sobre la responsabilidad política de Alemania*, Barcelona: Paidós, 1998).

JEANNENEY JEAN-NOËL (1998). *Le passé dans le prétoire*, París: Éditions du Seuil.

JOUTARD PHILIPPE (1983). *Ces voix qui nous viennent du passé*, París: Hachette (trad. cast.: *Esas voces que nos llegan del pasado*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1999).

LAGROU PIETER (2003). *Mémoires patriotiques et occupation nazie. Résistants, requis et déportés en Europe occidentale, 1945-1965*, Bruselas/París: Complexe/Institut d'histoire du temps présent-CNRS.

_____ (2007). "Réflexions sur le rapport néerlandais du NIOD: logique académique et culture du consensus", en el dossier "Srebrenica 1995. Analyse croisée des enquêtes et des rapports", *Culture & Conflits. Sociologie politique de l'international*, 65, pp. 63-79.

LAVABRE MARIE-CLAIRE (1991). "Du poids et du choix du passé", en Denis Peschanski, Michael Pollak et Henry Rousso (dir.), *Histoire politique et sciences sociales*, Bruselas/París: Complexe/Institut d'histoire du temps présent, pp. 265-278.

_____ (2007) "Paradigmes de la mémoire", *Transcontinentales*, 5, 2007, pp. 139-147.

_____ (1994) "Usages du passé, usages de la mémoire", *Revue française de science politique*, vol. 44, n° 3, junio.

_____ y DAMAMME DOMINIQUE (dir.) (2000). Número especial "Expertises historiennes", *Sociétés contemporaines*, n° 39.

LEMOINE HERVÉ (2008). *La maison de l'histoire. Pour la création d'un centre de recherche et de collections permanentes dédié à l'histoire civile et militaire de la France*, Rapport d'étape, París: Ministerio de Cultura.

LÉTOURNEAU JOCELYN y NORTHRUP DAVID (2011). "Québécois et Canadiens face au passé: similitudes et dissemblances". *The Canadian Historical Review*, 92, 1, marzo, pp. 163-196.

LOWCZYK OLIVIER (2010). *La Fabrique de la paix. Du comité d'études à la Conférence de la paix*, Paris, Économica.

MARES ANTOINE (1995). "Louis Léger et Ernest Denis. Profil de deux bohémi- sants français au xixe siècle", *in* Bohumila Ferenuhová (dir.), *La France et l'Europe centrale. 1867-1914*, Bratislava, AEP, 1995, pp. 63-82.

MARGALIT AVISHAI (2002). *The Ethics of Memory*, Cambridge, Harvard University Press, 2002 [trad. fr: *L'éthique du souvenir*, París: Climats, 2006] (trad. cast.: *Ética del recuerdo*, Barcelona: Herder, 2002).

MARTIN JEAN-CLEMENT (2000). "Histoire, mémoire et oubli. Pour un autre régime d'historicité", *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, n° 47, octubre-diciembre, pp. 784-804.

MORIN MÉLISSA S. y NOËL PATRICK-MICHEL (dir.) (2011). "Les représentations du passé: entre mémoire et histoire", *Conserveries mémorielles*, n° 9, <http://cm.revues.org/808>.

MOSSE GEORGE (1999). *De la Grande Guerre au totalitarisme. La brutalisation des sociétés européennes*, trad. fr. de Edith Magyar, prefacio de Stéphane Audoin-Rouzeau, París: Hachette [1ª ed.: Oxford University Press, 1990] (versión cast.: *Soldados caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales*, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2016).

NIELSON JONATHAN M. (2011). *American Historians in war and peace: Patriotism, diplomacy and the Paris Peace Conference, 1918-1919*, Lincoln: Academia Press.

ORY PASCAL (1992). *Une nation pour mémoire: 1889, 1939, 1989, trois jubilés révolutionnaires*, París: Presses de la Fondation nationale des sciences politiques.

POLLAK MICHAEL (1990). *L'expérience concentrationnaire. Essai sur le maintien de l'identité sociale*, París: Métailié.

PROST ANTOINE y WINTER JAY (2004). *Penser la Grande Guerre. Essai d'historiographie*, París: Éditions du Seuil.

REY JEAN-MICHEL (2010). *L'oubli dans les temps troublés*, París: Éditions de l'Olivier.

RICŒUR PAUL (2000). *La Mémoire, l'histoire, l'oubli*, París: Éditions du Seuil (trad. cast.: *La memoria, la historia, el olvido*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008).

RINGELBLUM EMMANUEL (1959). *Chroniques du ghetto de Varsovie*, París: Robert Laffont (versión cast.: *Crónicas del gueto de Varsovia*, Barcelona: Alba, 2003).

ROBIN REGINE (2003). *La mémoire saturée*, París: Stock, 2003 (trad. cast.: *La memoria saturada*, Buenos Aires: Waldhuter, 2012).

ROUSSEAU FREDERIC (2003). *Le procès des témoins de la Grande Guerre. L'affaire Norton Cru*, París: Éditions du Seuil.

ROUSSO HENRY (1997). *La hantise du passé. Entretien avec Philippe Petit*, París: Textuel.

_____ (1984), "L'histoire appliquée ou les historiens thaumaturges", *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, n° 1, enero-marzo, pp. 105- 121.

_____ (dir.) (2003). *Le regard de l'histoire. L'émergence et l'évolution de lanotion de patrimoine au cours du XXe siècle en France*, Actes des Entretiens du Patrimoine 2001, París: Fayard/Monum Éditions du Patrimoine.

_____ (1990). *Le Syndrome de Vichy de 1944 à nos jours*, París: Éditions du Seuil.

_____ (2001). *Vichy, l'événement, la mémoire, l'histoire*, París: Gallimard, col. Folio Histoire.

ROZENBERG ROY y THELEN DAVID (1998). *The presence of the past: Popular uses of history in American life*, Nueva York: Columbia University Press.

SALTER MICHAEL (2007). *Nazi war crimes, US Intelligence and selective prosecution at Nuremberg: Controversies regarding the role of the Office of Strategic Services*, Nueva York: Routledge.

SEGEV TOM (1993). *Le septième million. Les israéliens et le génocide*, trad. fr. de Eglal Errera, París: Liana Levi.

STORA BENJAMIN (1991). *La gangrène et l'oubli*, París: La Découverte.

SULEIMAN SUSAN RUBIN (2006). *Crises of memory and the Second World War*, Cambridge: Harvard University Press [trad. fr.: *Crises de mémoire. Récits individuels et collectifs de la Deuxième Guerre mondiale*, Presses universitaires de Rennes, 2012] (trad. cast.: *La crisis de memoria y la Segunda Guerra Mundial*, Madrid: Antonio Machado, 2016).

TERKEL STUDS (1984). *"The Good War": An oral history of World War Two*, Nueva York, Pantheon Books [trad. fr.: *La bonne guerre. Histoires orales de la Seconde Guerre Mondiale*, París: Éditions Amsterdam, 2006] (trad. cast.: *La guerra "buena"*. Madrid: Capitán Swing, 2015)

TRAVERSO ENZO (2005). *Le passé, mode d'emploi. Histoire, mémoire, politique*, París: La Fabrique (trad. cast.: *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*, Madrid: Marcial Pons, 2007).

TREMEAUX JEAN-CLAUDE (2004). *Deuils collectifs et création sociale*, prefacio de René Kaës, París: La Dispute.

VIDAL-NAQUET PIERRE (1995). *Les juifs, la mémoire et le présent*, París: Éditions du Seuil (trad. cast.: *Los judíos, la memoria y el presente*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1996).

WIEVIORKA ANNETTE (1999). *L'ére du témoin*, París: Plon.

WILSON KEITH (dir.) (1996). *Government and international historians through two world wars*, Nueva York: Berghahn Book.

WILSON RICHARD ASHBY (2011). *Writing history in international trials*, Cambridge: Cambridge University Press.

WINTER JAY (1995). *Sites of memory, sites of mourning. The Great War in European cultural history*, Cambridge: Cambridge University Press.

YERUSHALMI YOSEF (1984). *Zakhor: Histoire juive et mémoire juive*, trad. fr. Éric Vigne, París: La Découverte (versión cast.: *Zajor: La historia judía y la memoria judía*, Barcelona: Anthropos, 2002).

EDITORIAL UNIVERSITARIA

Comité Editorial Soledad Berríos del S., Patricio Felmer A., Teresa Matte L., Rodrigo Meza K., Rafael Sagredo B., Bernardo Subercaseaux S., Isabel Torres D. (*Presidenta del Directorio*); *Gerente General* Rodrigo Meza K.; *Producción Editorial* Víctor Letelier E., Norma Díaz S., Yenny Isla R.; *Corrección de textos* Luis Riveros M.; *Ventas* Ricardo Farías S., Fernando Ramírez P.; *Promoción* Patricio Araya T.; *Administración y Finanzas* Lilian Isamit R., Jocelyn Retamal V., Mónica Donoso V., Pamela Villalón G., Mónica León V.; *Soporte técnico* Omar Bastidas F.; *Librería* Jenny Guzmán L., Sebastián Diez C., Giselle Marchant S., Teresa Vargas M.; Antonio Contreras S.; *Comunicaciones* Verónica Espinoza U.